



**LOS PANZERS
DE LA MUERTE**

SVEN HAFEL

Lectulandia

Invierno de 1942. Los intentos alemanes por romper el cerco soviético han fracasado. Adolf Hitler, contrariado por el rumbo que están tomando los acontecimientos, da a sus tropas la orden de no retroceder y oponer una resistencia fanática, mientras exige al enemigo que capitule.

El soldado alemán Sven Hassel y sus compañeros del 27º Regimiento Panzer, curtidos en combate, libran una batalla imposible en el frente ruso, donde las hostiles condiciones del campo de batalla y la brutal ferocidad de su adversario admiten una sola regla: matar o ser matado. Cuando el ejército alemán inicia su retirada ante el enemigo implacable, los veteranos saben que su tiempo ya se ha terminado.

Debíamos gozar de catorce días de descanso.

En sustitución, nos dieron cincuenta gramos de queso por barba, a recoger en cantina.

Pero hacía mucho que no se repartía queso.

Entonces nos regalaron una fotografía en colores de Hitler y regresamos al frente sin descanso y sin queso. Porta se encaminó en línea recta a las letrinas e inmediatamente encontró empleo para cinco fotografías del Führer.

Lectulandia

Sven Hassel

Los panzers de la muerte

Biblioteca Sven Hassel - 2

ePUB v1.0

Ozzeman 26.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Doden pa Larvefodder*

Autor: Sven Hassel, © 1958

Traducción: Alfredo Crespo

Diseño/retoque portada: Ozzeman (de la edición inglesa)

Editor original: Ozzeman (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.0

LOS PANZERS DE LA MUERTE



PROEMIO

Muchos lectores de mi primer libro *La legión de los condenados* han reclamado la continuación de mis recuerdos. Así pues, prosigo relatando la guerra, tal como la he vivido con mis camaradas y mi Regimiento. Pido perdón por resucitar aquí ciertos personajes cuya muerte relaté en *La legión de los condenados*. Esta narración no es más que un cuadro rápido y sucinto del mundo de experiencias que fue nuestra vida militar. Creo conveniente recordar que el 27.º Regimiento Blindado se constituyó en 1938. Se convirtió en *Sonder Regiment* en 1939. Veinte mil hombres desfilaron por él entre 1938 y 1945. De este total, se dice que nueve siguen aún detenidos por los rusos en Kolyma, mientras que otros siete regresaron a sus casas al final de la guerra. De esos siete, había un loco que sigue internado en un asilo, dos tuberculosos que murieron unos años más tarde —el último en junio de 1955— y tres enfermos, incluido el autor de este libro, debilitados gravemente por las fiebres. Sólo uno está casi indemne, es decir, sólo le falta la pierna izquierda; pero como la amputación fue hecha por debajo de la rodilla, su insuficiencia prácticamente no se nota cuando pasea por las calles de Colonia. Exceptuando los nueve hombres citados, el Regimiento jalona con sus esqueletos blanqueados los campos de Polonia, Francia, Italia, Grecia y Rusia. Sangrientas batallas, cuyos nombres han entrado a formar parte de la Historia: Stalingrado, Sebastopol, Kuban, Kharkov, Kiev, Cherkassy, Königsberg, Breslaw, Berlín, fueron las tumbas del Ejército alemán.

¡Aúlla, silba, estalla...!

Es el fuego que llueve del cielo.

Las madres claman a Dios y se arrojan sobre sus hijos para protegerlos de este diluvio mortal.

Los soldados olvidan el odio que se les ha enseñado para convertirse en salvadores. En medio del pánico, en el que los hombres matan a sus propios jefes, resuenan disparos.

¿Y por qué esta demencia? ¿Por qué estos horrores? Es la Dictadura, amigo mío.

NOCHE INFERNAL

El cuartel estaba en silencio, negro y despierto, sumergido en el sombrío terciopelo del otoño. Sólo las pisadas duras y monótonas de las claveteadas botas del centinela resonaban en el asfalto y hasta los pasillos. Reunidos en el dormitorio 27, jugábamos a «skats».

—Veinticuatro —dijo Stege.

—Soy yo el que ataca, ¿no?

—Veintinueve —prosiguió tranquilamente Móller.

—Mierda —dijo Porta.

—Cuarenta —siguió diciendo Alte—. ¡Esto marcha, larguirucho! No conseguirás mejorarlo.

—Hubiese debido sospecharlo —gritó Porta—. No hay manera de jugar con unos desgraciados como vosotros. Atiende bien, infeliz, digo cuarenta y seis.

Bauer exhibió una ancha sonrisa.

—Mi pequeño Porta, si tienes la desvergüenza de rebasar los cuarenta y ocho, tendré el gusto de aplastarte esas salchichas que te sirven de morros.

—Es mejor que empieces por cerrar los tuyos. Además, aún no has visto nada, amigo mío. Ahí tienes: ¡cuarenta y nueve!

En el exterior sonó un grito:

—¡Alerta! —vociferó alguien—. ¡Alerta...! ¡Alerta!

Resonó el ruido de las sirenas, que fue aumentando y decreciendo alternativamente. Porta, después de agotar las blasfemias, tiró las cartas.

—¡Ah, cerdos! ¡Interrumpir la mejor partida que he jugado desde hace tiempo...!

Pegó un empujón a un recluta aturullado:

—¡Tú, a ver si te mueves! ¡Llegan los aviones! ¡A toda prisa, al refugio!

Boquiabiertos, los reclutas vieron cómo chillaba.

—¿Es un ataque aéreo? —preguntó tímidamente uno de ellos.

—¿Crees que se trata de un baile, estúpido? ¡Valiente desgracia! ¡Una mano sensacional a la mierda! ¡Qué porquería de guerras...! No hay manera de vivir tranquilo.

El desorden alcanzaba su auge. Todo el mundo iba de un lado para otro. Se forzaban los armarios, el pesado paso de las botas sonaba en las escaleras, los jóvenes, no acostumbrados aún a los clavos, resbalaban y caían en el asfalto, patas arriba, enloquecidos por el aullido de las sirenas y pisoteados por los camaradas, que sí sabían lo que les esperaba.

Unos minutos más y la lluvia de bombas horadaría la negra noche.

—¡Tercera Compañía, adelante!

—¡Cuarto pelotón, por aquí!

La voz tranquila de Alte resonó en una oscuridad que hubiese podido cortarse con un cuchillo. En el aire, el zumbido de las escuadrillas se aproximaba. Los cañones de la defensa contra aviones, diseminados por los alrededores, empezaron a ladrar.

De repente, una luz blanca, deslumbradora, desgarró la noche. Una luz resplandeciente, que permaneció suspendida en el aire, como un espléndido árbol de Navidad. Era una bengala; al cabo de unos segundos empezarían a caer las bombas.

—¡Tercera Compañía, al refugio! —ordenó la voz grave de Edels, el *feldwebel* en jefe.

Los doscientos hombres de la Tercera Compañía se arrojaron en las trincheras, tras los terraplenes. Nadie quería saber nada con las cuevas; todos preferíamos el cielo abierto a aquellas ratoneras.

Y súbitamente, se desencadenó el infierno.

En medio de las monstruosas explosiones se oían aullidos. La ciudad, bajo la alfombra de bombas, adquiriría un color rojo de sangre, y el formidable incendio iluminaba hasta nuestras trincheras.

El mundo parecía derrumbarse ante nuestros ojos, en tanto que los torpedos y las bombas incendiarias llovían sobre la urbe condenada.

¡No existen palabras para describir esa noche de horror! El fósforo brotaba como de una fuente múltiple, esparciendo un ciclón de llamas. Las piedras, el asfalto, los hombres, los árboles, el propio cristal, todo estalla.

Revientan bombas, y proyectan el río de fuego cada vez más lejos. Un fuego que no es blando, como el de los altos hornos, sino rojo, como la sangre.

Escuchad... ¿Oís reír a Satanás en este infierno que sobrepasa al suyo...? Otros árboles de Navidad aparecen, deslumbradores, en la noche. Las bombas se multiplican, el terror aúlla en la ciudad, replegada en sí misma como un animal

tembloroso señalado por la muerte. Los hombres, como insectos, buscan las rendijas, los mejores huecos para salvar sus vidas. Pero bajo la luz radiante, pueden pronunciar una última plegaria, porque van a morir, destrozados, aplastados, ahogados, consumidos en aquel monstruoso crisol. Pese a la guerra, al hambre, a las privaciones, al terror, se aferran con desesperación a esta vida que aún aman.

La ridícula defensa antiaérea del cuartel disparaba débilmente contra los bombarderos invisibles. El reglamento ordenaba disparar y se disparaba, pero teníamos la plena seguridad de que ni una sola de las fortalezas volantes recibiría un arañazo.

No muy lejos resonaba un grito estridente, ininterrumpido, y una voz que lloraba llamando a un enfermero. Las bombas habían debido de alcanzar una de las naves del cuartel.

—¡A cuántos habrán liquidado! —murmuró *Plutón*, tendido de espaldas en la trinchera, con el casco sobre la cara—. Esperemos que muchos sean nazis.

—¡Es increíble cómo puede arder una ciudad! —le interrumpió Móller, incorporándose para echar una ojeada al océano de llamas—. ¡Válgame Dios! ¿Qué es lo que puede quemar de esta manera?

—Mujeres gordas y delgadas, hombres secos o barriles de cerveza, niños buenos y malos, muchachas bonitas —dijo Stege enjugándose el sudor de la frente—. ¡En fin, un buen surtido!

—Sí, amigos, después iremos a desenterraros —dijo gravemente Alte, mientras encendía su vieja pipa—. ¡Cochino trabajo! No me gusta ver a las mujeres medio quemadas.

—Nadie te pregunta si te gusta —dijo Stege—. Tampoco a nosotros nos gusta. Hemos de hacer de carniceros, y nada más.

—Exacto —replicó *Plutón*—. Una maldita carnicería. ¿Y para qué sirve todo? Pues para aprender el oficio. Es como un aprendizaje.

Se levantó, se quitó la gorra de policía y saludó circularmente a los cuerpos pegados al terraplén.

—Joseph Porta, soldado de primera clase por la gracia de Dios, carnicero en el ejército de Hitler, asesino de profesión, incendiario, y proveedor de la muerte.

En el mismo instante, un nuevo árbol de Navidad se iluminó brillantemente no lejos de nosotros.

—¡Nueva remesa para el infierno! —gritó Porta, dejándose caer en la trinchera—. ¡En nombre de Jesús, amén!

Durante tres largas horas, sin un minuto de respiro, las bombas sacudieron la tierra, cayendo de un cielo aterciopelado. Los depósitos de fósforo estallaban, salpicando las calles y las casas con un chapoteo siniestro, granizo infernal, danza macabra de incendio, de muerte y de tortura.

Hacía mucho rato que la D.C.A. había callado. Sin duda, nuestros cazas estaban allá arriba, pero los grandes bombarderos no parecían notarlos. El inmenso vals de fuego cubría la ciudad de Norte a Sur y de Este a Oeste. La estación ardía en medio de un amasijo de vagones y de rieles retorcidos por la mano de un gigante. Hospitales y lazaretos se hundían en un huracán de escombros y de llamas, donde el fósforo devoraba en sus camas a los enfermos que no habían podido huir. Los amputados trataban de levantarse para escapar del infierno que lamía ávidamente las ventanas y las puertas. Los largos pasillos se convertían en excelentes chimeneas.

Las paredes ignífugas, en cuyo interior la gente jadeaba antes de morir de asfixia, estallaban como vidrio bajo las toneladas de explosivos. Un olor a carne quemada llegaba hasta nuestras trincheras, y entre las explosiones se oían los gritos de los moribundos.

—¡Es peor que cuanto hemos visto! —dijo Alte—. Si conseguimos escapar con vida, acabaremos completamente locos. Después de esto, prefiero el frente. Allí, por lo menos, no hay mujeres y niños que mueran asados. ¡Deseo a los cerdos inmundos que han inventado esto, que mueran ellos también víctimas del fósforo!

—Espera a que llegue el gran momento —siseó Porta—. Ya lo creo que quemaremos la grasa del culo del gordo de Hermann. ¡Fue él quien enseñó a los ingleses lo que éstos nos devuelven ahora!

Por fin sonó el término de la alerta. Los silbatos y las órdenes resonaron en el cuartel, iluminado por el incendio. Nos precipitamos hacia los camiones. Porta se encaramó como un gato, zumbó el motor, y sin esperar órdenes, el pesado vehículo arrancó a toda velocidad. Aferrados a la plataforma, nos amontonábamos hasta la cabina del conductor. Un teniente de diecinueve años gritó algo. Renunció y se lanzó hacia el camión donde diez manos le levantaron en vilo. Jadeante, preguntó si era el diablo quien conducía, pero nadie contestó. Todos los esfuerzos se concentraban en mantenerse sobre el vehículo que se bamboleaba como un loco y que Porta conducía a toda marcha por entre los cráteres diseminados en la calzada.

Penetramos en las primeras calles que ardían, donde los tranvías y los vehículos yacían aplastados bajo las paredes derruidas. Nos desviamos para pasar por un fragmento de acera indemne, entre árboles tronchados como si fuesen cerillas. Cerca de Erichstrasse hubo que detenerse, porque las casas, derruidas por los torpedos, formaban a través de la calle una pared ante la que incluso un tanque hubiera vacilado.

Bajamos del camión, tratando de abrirnos paso a golpes de pico, de hacha y de pala, a través de las ruinas. El teniente Halter quiso formarnos como un comando, pero fue inútil. Nadie le prestaba atención: quien mandaba era Alte. Encogiéndose de hombros, el joven oficial no insistió y, cogiendo un pico, siguió al veterano del frente, que manejaba una herramienta con la misma habilidad que una ametralladora en

primera línea.

Por entre el humo acre y sofocante surgían sombras, vestidas de andrajos, cuyas quemaduras tumefactas eran suficientemente expresivas. Mujeres, niños, hombres jóvenes y viejos, con rostros pétreos marcados por el terror. En sus ojos asomaba la locura. La mayoría tenía los cabellos completamente quemados, de modo que ya no se distinguía a los hombres de las mujeres, y muchos iban envueltos en sacos mojados con la esperanza de protegerse del fuego. Una mujer nos gritó como una loca:

—¡Criminales de guerra! ¿Estáis satisfechos? Mi marido, mis hijos... ¡han muerto quemados! ¡Malditos seáis! ¡Malditos!

Un anciano le rodeó los hombros con un brazo para llevársela.

—Cálmate, Helena, ya hay bastantes desgracias.

Pero, desprendiéndose del brazo, la mujer se lanzó sobre *Plutón* con los dedos engarriados, como una gata. El corpulento estibador la sacudió un poco y después la dejó a un lado como si fuese una niña. Ella se dejó caer en el suelo y golpeó con la cabeza el asfalto ardiente, mientras lanzaba gritos inarticulados que se perdieron tras de nosotros, que seguíamos avanzando penosamente por un océano de ruinas.

Un agente de policía, sin casco, con el uniforme medio quemado, nos detuvo y tartamudeó:

—La casa de niños... La casa de niños...

—¿Qué dices? —gritó Alte, exasperado.

—La casa de niños... La casa de niños... —proseguía diciendo el agente, como una letanía y la misma voz monocorde, sin soltar a Alte.

Plutón se acercó rápidamente y pegó un puñetazo al hombre; un buen remedio empleado en el frente para los que se veían afectados por lo que se llama «el vértigo del frente». También en aquella ocasión dio resultado. Parpadeando de terror, el agente acabó por pronunciar unas frases coherentes.

—La casa de niños... Salvad a los niños... Están encerrados allí... Soy el guardián... Arde, arde... Y gritan. ¡Gritan, capitán! El guardián Poél informa... ¡Está ardiendo...!

—¡Orina un poco! ¡Después te sentirás mejor! —gritó Porta, cogiendo al hombre y sacudiéndolo—. En marcha! ¿A qué esperas, vive Dios? No soy capitán, sino soldado de primera. ¡Adelante! ¿No me oyes?

El agente permanecía inmóvil. De pronto, empezó a, correr en círculo, atolondrado. Pero el teniente Halter lo inmovilizó.

—¿Has oído? ¡Adelante! Enséñanos dónde es, y aprisa. De lo contrario, te fusilamos.

Colocó su máuser bajo la nariz del agente medio loco, cuyos labios temblaban como los de un conejo, mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Era un

viejo que, a no ser por la guerra, estaría jubilado ya.

El corpulento *Plutón* se puso ante él y le empujó brutalmente.

—¡Basta! Adelante, polizonte del diablo, indícanos el camino o te abro un agujero en la barriga.

El agente vacilaba, daba traspiés, corría ante la columna por las calles deshechas donde bailaban las llamas. Por todas partes, cuerpos tendidos, pegados a tierra; muchos estaban muertos, otros permanecían silenciosos, locos de pánico, y otros gritaban hasta producir escalofríos. En un lugar, que había debido de ser un cruce, un niño corrió hacia nosotros aterrorizado, con la boca espumeante.

—¡Están encerrados en la bodega! Ayúdeme a sacarles. Papá es soldado como ustedes, y estaba de permiso... Lieschen ha perdido un brazo, Henrik ha caído entre el fuego.

Nos detuvimos y Móller acarició al niño:

—En seguida volvemos —dijo.

El instinto nos decía que nos esperaba algo mucho más grave.

Por fin, ante una montaña de paredes derruidas, tuvimos que detenernos. En el momento en que nos volvíamos para interrogar al agente, retumbaron unas explosiones enormes. En un santiamén, estábamos protegidos; la experiencia del frente constituye una verdadera bendición.

—¡Son los «Tommies» que vuelven! —gritó Porta.

Un sonido metálico ensordecedor y esquirlas, tierra, piedras silbaron por encima de nosotros. Un granizo cae sobre nuestros cascos de acero, pero ni siquiera le prestamos atención. Al cabo de un momento, todo pasa...

—Bombas sin estallar —constata Alte, incorporándose.

Seguimos nuestro camino, con el agente en cabeza. A golpes de pico horadamos una cueva, un muro y llegamos por fin a algo que debía ser un gran jardín en el que un loco hubiese derribado todos los árboles. Bajo las capas de cascote y de hierros retorcidos, las llamas parecían jugar al escondite. El agente señaló con un dedo y murmuró:

—Los niños están ahí debajo.

—¡Qué pestilencia! —exclamó Stege—. ¡Aquí han tirado bombas de fósforo!

Alte miró rápidamente a su alrededor y sin pérdida de tiempo empezó a trabajar en algo que guardaba cierto parecido con una escalera descendente. Picamos, desescombramos y rascamos febrilmente, pero sin obtener ningún resultado. A cada paletada que sacábamos, nuevo cascote caía en su lugar y, al cabo de un tiempo, nos detuvimos agotados. Móller dijo que lo más razonable sería tratar de comunicarnos con la cueva, por si casualmente hubiese alguien vivo aún. Contemplamos al agente, que se balanceaba de un lado para otro, con mirada de muerto.

—¡Eh, poli! —gritó Porta—. ¿Estás seguro de que es aquí? Para la mecedora y

acércate. ¡Eh, viejo! ¿No me oyes?

—Déjale en paz —dijo el teniente—. Nada puede hacer. De todos modos, esto es una casa de niños. Está escrito en esa placa.

Siguiendo el consejo de Móller, empezamos a golpear las bases del edificio, acechando una respuesta desde el interior. Al cabo de lo que nos pareció una eternidad, unos débiles golpes llegaron hasta nosotros. Volvimos a golpear con un martillo y escuchamos con el oído pegado a tierra. No había duda, nos contestaban.

En el acto, nos lanzamos como locos sobre nuestras herramientas. El sudor resbala por nuestros rostros ennegrecidos, las manos nos sangran, las uñas se parten al coger los pedazos de pared salientes y rugosos que el pico desprende.

El agente seguía balanceándose sobre sus pies, murmurando palabras incomprensibles.

—¡Acércate, decano de la policía! —gritó *Plutón*, encolerizado—. ¡Trabaja con nosotros! ¡Te lo ordeno!

No obtuvo ningún resultado. El gigante se le acercó, lo levantó como si fuera un niño y lo lanzó de cabeza al pozo en el que trabajábamos. Le pusieron en pie y alguien le puso una pala entre las manos.

—¡Y a ver si nos movemos, camarada!

El hombre empezó a rascar y, poco a poco, el trabajo pareció devolverle la razón. Por fin, en el fondo del agujero en el que trabajaba Alte, apareció una rendija, de la que surgió bruscamente una mano infantil, crispada, que se aferraba desesperadamente. Alte se inclinó y pronunció palabras tranquilizadoras a través de la oscura rendija. Pero por allí surgía un infierno de gritos, un infierno de voces de niños llegados al paroxismo del terror y de la locura. Tuvimos que golpear la manecita para que se retirara, pero inmediatamente apareció otra. Stege se volvió diciendo:

—Es para volverse loco. Así no conseguiremos nada, y si desescombramos, aplastaremos alguna de esas manos.

Una mujer gritaba pidiendo aire.

—¡Agua, agua! —gemía otra—. ¡Por amor de Dios, agua!

Siempre de rodillas, Alte pronunciaba palabras tranquilizadoras. En tales momentos, era un dechado de paciencia, y sin él haría mucho rato que hubiésemos tirado nuestras herramientas y hubiésemos huido tapándonos los oídos con las manos para no seguir oyendo aquellos gritos atroces...

Amanecía, pero la luz apenas podía horadar la capa de humo asfixiante que recubría la ciudad incendiada. Trabajábamos con las máscaras antigás, al borde de la sofocación. Nuestras voces, a través del filtro de la máquina, parecían voces de fantasma. El conjunto parecía un sueño, una horrible pesadilla.

Habíamos abierto otro agujero y tratábamos inútilmente de apaciguar a los

desesperados. Nos llegaban frases sincopadas, que elevaban al colmo el horror, ese horror que nadie que no haya presenciado uno de estos bombardeos aéreos, puede imaginar. Todos creen en lo peor cuando llueven las bombas, pero eso no es lo peor; lo peor son las reacciones humanas, que crean un infierno inolvidable.

—Padre nuestro que estás en los cielos... —oraba una voz temblorosa.

Todos los impactos sordos de los picos respondían. «¡Schssss...!», hacían las explosiones. «Perdónanos nuestras deudas...» Un surtidor de barro y de fuego emergió hacia el cielo; los estampidos resonaron a nuestro alrededor. ¿Bombas sin estallar? No, bombas incendiarias de espoleta retardada. Nos acurrucamos junto a las paredes maestras. «Venga a nos el tu reino...»

¡Callaos! —vociferó Porta, furioso—. ¡Es ese cerdo de Satanás! ¡El de Hitler...!

—¡Socorro! ¡Dios del cielo, salvad a nuestros hijos! —lloraba la voz desesperada en el negro agujero.

—¡Dense prisa! Sávennos —gritó una voz histérica.

Y una mano blanca, cuidada, se aferró al borde de la grieta, partiéndose las uñas en el mortero.

—Aparta los dedos, hija mía —gruñó *Plutón*—. De lo contrario, no podremos sacarlos nunca.

Pero los esbeltos dedos arañaban desesperadamente. Porta levantó el cinturón y golpeó: surgió la sangre, la mano se abrió y los dedos resbalaron como gusanos moribundos, tragados por la oscuridad.

Las explosiones crepitaban. Gritos y blasfemias. Vigas, piedras y sillares caían entre la lluvia de fósforo que nos envolvía. El agente de policía estaba tendido en el suelo, inmóvil. *Plutón* empujó con una bota el rostro del pobre diablo.

—Está medio muerto —dijo—. ¿Qué le vamos a hacer? Es imposible que un viejo resista esta vida que nos dan los ingleses.

El teniente Halter hizo una mueca:

—¡Que le den morcilla! Seguro que estaba convencido de la victoria de la Alemania nazi y que se habrá mostrado tan implacable como todos... No le hagáis caso.

—¡Al diablo con el poli! —fue el comentario de Porta.

Y volvimos a excavar en dirección a la cueva.

De repente, una explosión más violenta que todo lo que acabábamos de oír sacudió la tierra bajo nuestros pies. Fue seguida inmediatamente de otra. Saltamos hacia lo que podía constituir un refugio, pegándonos cuanto nos era posible. Ya no eran bombas de espoleta retardada, sino otro ataque que empezaba.

Las bombas incendiarias levantaban surtidores de fuego de quince metros de altura; el fósforo resbalaba por las paredes como si fuese lluvia. Todo silbaba y giraba en un huracán de llamas y de explosiones. Un torpedo aéreo de gran calibre volatilizó

la casa y todo su contenido.

Porta estaba tendido junto a mí y nos guiñaba un ojo, a través de los cristales de la máscara, para darnos ánimo. Mi máscara me pareció de repente llena de vapor hirviente. Me aplastaba las sienes..., me asfixiaba, el terror me oprimía la garganta. «Vas a sufrir el vértigo del frente...» Esas palabras me atravesaron el cerebro y me hicieron incorporar a medias. Tenía que huir, a cualquier sitio, pero huir...

Porta se lanzó sobre mí como un halcón. De una patada, me derribó de nuevo. Me golpeó una y otra vez, sin dejar de mirarme, malévolamente, a través de los gruesos cristales. Grité, aullé... y después terminó. ¿Cuánto duró? ¿Una hora, un día? No, quince minutos. Durante ese tiempo centenares de personas habían muerto, y yo, un soldado de las fuerzas blindadas, había sufrido el vértigo del frente... Salía de él con los labios partidos, un diente menos, un ojo tumefacto y todos los nervios desgarrados, contraídos hasta producir un dolor intolerable.

La ciudad se había convertido en un horno incandescente, por la que corrían antorchas vivientes aullando entre las ruinas, iluminadas por los azulados fulgores del incendio. Esas personas vacilaban, giraban sobre sí mismas y caían, se levantaban y volvían a caer más lejos como trompos lanzados por niños atolondrados. Luchaban, gritaban, aullaban como sólo los hombres y los caballos pueden aullar ante la muerte. En un instante, un cráter profundo quedó lleno hasta el borde por esos seres en llamas: mujeres, hombres, viejos, bailando la misma danza macabra en una aurora resplandeciente.

Hay personas que al quemarse se vuelven blancas; otras, rojas; otras, rosas; mientras que otras se consumen en llamaradas azules y doradas. A veces, se doblan por la mitad y se carbonizan. Otras corren dando vueltas y luego hacia atrás, para terminar revolcándose como una serpiente clavada en el suelo, antes de contraerse y quedar como una pequeña momia negra.

Alte, que veía esto por primera vez, enloquecía. Él, siempre tan tranquilo, empezó a vociferar:

—¡Disparad! ¡Disparad de una vez, maldita sea!

Después, ocultó la cabeza entre sus brazos doblados. El teniente Halter empezó a sollozar: cogió su revólver y lo tiró a Alte.

—¡Mátalos tú mismo; yo no puedo!

Porta y *Plutón* sacaron sus máuseres: resonaron los disparos, dirigidos a las pobres antorchas vivientes, objetos de horror y de tortura.

Vimos a niños, alcanzados por las balas precisas, agitar un poco las piernas, rascar un poco el suelo con los dedos, e inmovilizarse después y arder hasta la consunción. ¿Horrible? Lo era, en efecto. Pero más valía la bala rápida de un revólver reglamentario que el lento martirio del fuego. Hubiera sido imposible salvar a uno solo de ellos aunque hubiesen estado presentes todos los bomberos del mundo.

De la cueva de la casa de niños surgió un grito unánime procedente de centenares de gargantas. Un grito de niños y de mujeres que se elevó como una tempestad hacia el cielo de Dios. Pero no creo que Dios lo escuchara. Aquel grito, aquella infinidad de sufrimientos era el de inocentes que no tenían ninguna participación en la guerra más infame que el mundo haya conocido jamás. Dios no quiso dejarles vivir. Fueron muy pocos los que pudimos sacar y, de éstos, casi todos murieron poco después en nuestros brazos.

Reiteradamente, *Plutón*, *Móller* y *Stege* penetraron en la cueva, pero apenas habíamos retirado la mitad de los niños cuando se derrumbó. *Plutón* se encontró aprisionado entre dos bloques de piedra, y fue una gran suerte que pudiera salir. Para conseguirlo, tuvimos que utilizar palancas.

Nos dejamos caer, agotados. Nos arrancamos las máscaras antigás, pero el olor era tan repulsivo que no pudimos soportarlo. Una dulzona pestilencia de cadáver, mezclada con el olor acre de la carne quemada, se añadía a los efluvios de la sangre caliente. Si Dante hubiese sabido lo que era un ataque aéreo, su infierno hubiese sido mil veces peor. La sed nos pegaba la lengua al paladar y nos hacía arder los ojos.

Las tejas se arremolinaban como pavesas de una hoguera, las vigas encendidas volaban como hojas otoñales por las calles destruidas. A rastras o corriendo agachados, nos deslizábamos por aquel mar de llamas. Clavada en tierra, una enorme bomba sin estallar nos cerró el paso, pero la rebasamos saltando por encima, sin prestarle atención. ¡Y había existido un tiempo en el que hubiesen aislado un sector de un kilómetro de diámetro en torno al artefacto homicida!

Una tempestad de viento, cuyo origen eran los inmensos incendios, nos arrastraba por las calles. Actuaba como un aspirador gigantesco; la resistíamos pisoteando los cuerpos destrozados, resbalando en la carne que parecía una gelatina sanguinolenta.

Un hombre en uniforme oscuro se nos acercó corriendo. El brazal rojo y negro con la cruz gamada resultaba irrisorio a la luz de las llamas. Porta levantó un brazo.

—¡Ah, no, esto no! —gritó el teniente Halter.

Su mano temblorosa avanzó hacia Porta. Con una blasfemia, el gigante lanzó su hacha al pecho del nazi, en el mismo momento en que la pala de Bauer le alcanzaba en la cabeza, de modo que su rostro cayó sobre sus hombros en dos mitades completamente simétricas.

—¡Esto desahoga! —exclamó malignamente Porta.

En el suelo se retorcían personas que aullaban con la muerte lenta de los quemados. Los rieles de los tranvías, al rojo vivo, se elevaban grotescamente del asfalto. Más lejos, sombras oscuras saltaban como locas de las casas incendiadas, y se estrellaban en tierra con un impacto sordo.

Después, se veía algunas de ellas que avanzaban por el suelo, arrastrando las piernas rotas. Los hombres abandonaban a sus mujeres y sus hijos. Los seres

humanos se habían convertido en bestias para quienes sólo contaba una cosa, huir, salvar la piel.

Nos cruzábamos con compañeros del cuartel, que lo mismo que nosotros, hacían lo imposible para arrancar del infierno a aquellos desdichados. Muchos grupos estaban formados por oficiales, al mando de un suboficial del frente o de un primera clase; porque aquí ya no contaban los grados, sino la experiencia y unos nervios de acero.

Se excavaba, se paleaba, se cortaba, había que penetrar en las cuevas y en los refugios hundidos, lugares ardientes y apestosos, donde nos esperaban escenas de horror.

En un lugar encontramos a más de quinientos seres humanos en un gran refugio de cemento. Estaban unos junto a otros, modosamente sentados o tendidos, sin un solo araño: les había matado el óxido de carbono, sistema que ayuda mucho a morir en un gran bombardeo. En otra cueva, por el contrario, la masa de gente aglutinada formaba como una pared, como una pasta olvidada en un horno, que se ha quemado junta.

Llantos, sollozos, llamadas de socorro... Madres desesperadas llamaban a sus pequeños, aplastados, quemados, arrastrados por el huracán de fuego, rescatados por los salvadores y después abandonados en las calles, por las que deambulaban aterrorizados. Un pequeño número volvía a encontrarse, pero muchos centenares no se vieron nunca más. Los niños desaparecieron en el terrible aspirador de los desgraciados, en la columna de los fugitivos que lo barría todo a lo largo de los caminos.

Muertos, sólo muertos.

Padres, hijos, amigos, parientes, enamorados, enemigos...

Una única y larga fila de ataúdes, llenos de cadáveres, a los que las llamas han convertido en minúsculas momias.

Día tras día, se entierran los cuerpos. Es el trabajo de nuestro comando, el de los sepultureros.

A la primera señal de alerta, todos dieron sus últimos pasos en dirección a los refugios. Acurrucados allí, muriéndose de miedo, hasta que el río infernal del fósforo consumió sus retorcidos cuerpos.

Los que no saben lo que es llorar pueden venir a aprenderlo con nosotros, los hombres de la muerte, el comando de los blindados, junto a esas tumbas.

FURIOSO

Desde luego, un regimiento disciplinario existe para realizar las peores tareas, tanto si está de guarnición como en el frente.

—Habíamos regresado del frente del Este. Ahora se trataba de aprender el manejo de nuevos blindados, para que se nos enviara luego a tapar otras brechas.

Habíamos pasado por los campos de concentración, las cárceles, los campamentos de reeducación y otras instituciones de tortura del Tercer Reich. Pero, entre nosotros, únicamente *Plutón* y Bauer eran condenados por delito común.

Plutón, el corpulento estibador de Hamburgo (en la vida civil Gustav Eicken), había sido encarcelado por robar un camión de harina. Siempre lo negaba, es cierto, pero incluso nosotros, sus amigos, estábamos convencidos de que lo había hecho. Bauer, cinco años de trabajos forzados por venta clandestina de un cerdo y varios huevos en el mercado negro.

Alte (suboficial Willy Baier), nuestro jefe de pelotón, era el de más edad, casado, dos hijas, de profesión carpintero. Sus ideas políticas le habían valido un año y medio de campo de concentración, desde donde, en calidad de «políticamente irrecuperable», había ido a parar al 27.º Regimiento Disciplinario. Joseph Porta, soldado de primera clase, alto, delgado, y de una fealdad inverosímil, nunca olvidaba decir que era comunista.

Una bandera roja sujeta en lo alto del campanario de San Miguel, había acabado por traerle aquí. Era un berlinés con una vis cómica y una desvergüenza

inimaginable.

Hugo Stege era universitario y había sido apresado en una manifestación estudiantil. Tres años en Orianemburgo y en Torgau, antes de caer en el pozo del 27.º. Móller, nuestro santo varón, no había querido renegar de su fe. Llevaba la cinta malva de los Estudiantes de la Biblia, y esto le costó cuatro años en Gross Rosen, en donde le indultaron para enviarle a morir con nosotros. En cuanto a mí, había desertado. Mi paso por el campo de Lengries había sido breve, pero violento, antes de venir a parar a este regimiento de la muerte.

Después del bombardeo, se nos dividió en comandos de desescombros y comandos de enterramiento. ¿Sabe alguien lo que representa enterrar cuerpos destrozados después de un ataque aéreo? Es para vomitar de asco.

Durante cinco días, ayudados por prisioneros rusos, habíamos amontonado los cadáveres, y ahora, en el cementerio, los alineábamos en inmensas fosas comunes, tratando de identificar lo que era identificable. Pero la mayoría de las veces no había nada que hacer. El fuego había actuado bien, admirablemente. Casi todos los documentos habían desaparecido, quemados o robados por los desvalijadores de cadáveres que pululaban entre las ruinas. Si esas hienas de aspecto humano eran sorprendidas, los fusiles disparaban en el acto, como si se tratase de perros rabiosos. Cosa extraña, no siempre era la escoria la que se dedicaba a este oficio infame.

Una tarde, a última hora, detuvimos a dos mujeres que Alte fue el primero en descubrir. Para estar bien seguros, nos emboscamos y las vimos deslizarse por entre las ruinas e inclinarse sobre los cadáveres en descomposición. Con habilidad de ladrones, registraban la ropa y una de ellas había obtenido ya treinta y un relojes y una cincuentena de joyas, sin hablar de un fajo de billetes de Banco. Llevaban también un cuchillo para cortar los dedos portadores de anillos. Las pruebas estaban allí. No había nada que decir. A culatazos, las arrimamos a un muro calcinado y les disparamos una descarga de fusil ametrallador. Fue el tranquilo Móller quien disparó. Bauer las empujó con el pie para asegurarse de que estaban bien muertas.

—¡Asquerosas prostitutas! —exclamó Porta—. ¡Deben de pertenecer al Partido! Esa basura lo colecciona todo... Nos pedirían que cortásemos los últimos mechones de los cadáveres y no me sorprendería.

Porta estaba dentro de la fosa con *Plutón*. Nosotros les entregábamos los cuerpos que sacábamos de las carretas. Brazos y piernas asomaban por encima, hombres, mujeres, niños, de cualquier modo, amontonados. Por detrás, una cabeza se bamboleaba contra una de las ruedas, con la boca abierta, mostrando con una mueca los dientes brillantes.

Alte y el teniente Halter marcaban con fichas amarillas y rojas al que podíamos identificar; los demás eran simplemente contados como sacos: tantos hombres, tantas mujeres. Para este trabajo disponíamos de aguardiente a discreción, y a cada

momento íbamos a echar un trago de las botellas comunes arrimadas a una vieja tumba. Sereno, ninguno de nosotros hubiese podido resistir aquel trabajo.

Un cerebro de prusiano metódico había prescrito el enterrar juntos a los muertos de un mismo refugio. En consecuencia, de vez en cuando teníamos ataúdes medio llenos de un amasijo carbonizado que habían sido seres humanos. Encima, una ficha indicaba cuántos había; una cincuentena de personas rociadas de fósforo no alcanza a llenar un ataúd normal.

Un enorme prisionero ruso que nos ayudaba lloraba incontinentemente. Lo que le trastornaba era la gran cantidad de niños. Los tendía suavemente en la tumba, murmurando:

—*Shalkij prasstalunida, malenkij prasstalunida.* ^[1]

Si veía colocar a unos adultos encima de los niños, casi enloquecía, y entonces le dejábamos hacer su voluntad. Pese a que bebía mucho, parecía muy sereno; con cuidado, arreglaba los diminutos miembros, peinaba los cabellos en desorden y, desde el alba hasta el anochecer, realizaba, por sí solo, esta espantosa tarea.

Alte veía en esa calma aparente uno de los signos precursores de la locura.

Por suerte, teníamos a Porta. Durante este horrible trabajo, su endiablado humor conseguía distraernos y, cuando un brazo se desprendió súbitamente de un cadáver obeso, lanzó una risotada de borracho, y gritó a *Plutón*, que sostenía el brazo con expresión atónita:

—¡Bonito saludo! —Bebió un sorbo de *snaps*—. Coloca su zarpa junto a él, para que pueda ponerse firme allí donde le están esperando, quiero decir en el cielo o en el infierno.

Dejó la botella junto a la lápida rota, en donde aún se leía la inscripción: «Descansa en paz».

—¡Esto no se refiere a una botella de *snaps*!—dijo riendo.

Echábamos una delgada capa de tierra sobre cada montón de cadáveres, y después colocábamos otro. Como no había mucho sitio, los pisoteábamos para apretarlos bien. Entonces, los cuerpos desprendían jugos. Porta gritó, vacilando peligrosamente dentro del pozo:

—¡Cómo apesta! ¡Aún más que tú, *Plutón*, cuando has zampado judías, lo que no es poco!

Cuando una fosa estaba llena, anotábamos el número de cuerpos en un pedazo de papel y lo clavábamos en un palo, con destino a los que, más tarde, colocasen allí una lápida o una cruz.

Cuatrocientos cincuenta desconocidos, setecientos cincuenta desconocidos, doscientos ochenta desconocidos... Siempre un número par, para el orden. La burocracia prusiana no perdía sus derechos. A medida que pasaban los días, la cosa resultaba peor. Ahora enterrábamos cadáveres medio devorados por las ratas y los

perros. Eran cuerpos putrefactos que se deshacían entre los dedos; vomitábamos las tripas, pero había que continuar. Incluso Porta perdía la moral y permanecía silencioso durante muchos ratos. Los caracteres se agriaban, nos peleábamos por naderías.

Una mujer semidesnuda, con las piernas retorcidas bajo el cuerpo, que Porta quiso enderezar, produjo la explosión que se incubaba.

—¡Déjala! —gritó *Plutón*—. ¿Qué diablos te importa cómo está tendida? Ni siquiera la conoces.

Porta se acercó con paso vacilante al corpulento estibador, cubierto de un jugo verdoso.

—Incluso un granuja como tú debería comprender que no se puede dejar a una mujer en esta posición, sin pantalones, en compañía de hombres... Si hay otro mundo, yo, Joseph Porta, no quiero tener la responsabilidad de una violación... Skal... ¡Por todos los diablos del infierno!

Echó la cabeza atrás, levantó la botella e hizo manar el *snaps* hasta el fondo de su garganta. Después, eructó varias veces, con violencia, y por fin lanzó un escupitajo, cuya trayectoria terminó en un montón de cadáveres colocados en una carreta.

—¡Por Satanás, Porta, basta! —gritó el teniente Halter, pegando un puñetazo en la mesa donde escribía—. ¡Ya es suficiente, vive Dios!

—A sus órdenes, teniente. Joseph Porta, enterrador y sepulturero, está a sus órdenes, pero esto no cambia nada. Venga a ver esa mujer y diga si está bien enterrada así.

—¡Por última vez, basta! —rugió Halter—. Soldado Porta, le ordeno que se calle.

—¡Ni hablar! Que cada uno se cuide de lo suyo. Acércate y, cuando te dirijas a mí, dime señor.

Espumeando de rabia, el teniente saltó al pozo semilleno de cadáveres y empezó a golpear a Porta. Pelearon un momento, como unos brutos. Recuperándose de la sorpresa, *Plutón* y Bauer intervinieron y, de un golpe terrible, cada uno de ellos derribó a uno de los contendientes. Porta y Halter rodaron sobre el inmundo amasijo, de donde les sacamos, y acabaron por recuperar el sentido. Con mirada torva se irguieron y bebieron, bien vigilados, una buena ración de alcohol. Cuando Porta regresaba hacia la fosa, el teniente le alargó la mano.

—Disculpa, camarada. Han sido los nervios, pero tal vez te hayas excedido. Olvidémoslo.

—Bien, bien, teniente... Porta no es rencoroso, pero, ¿dónde has aprendido a pegar así? Sólo reconozco a otro igual, el respetado comandante del frente, coronel Hinka. En cuanto a ese cerdo de *Plutón*, la próxima vez nos matará; sus golpes tienen la fuerza de las coces de una mula belga.

Cada vez estábamos más borrachos. En varias ocasiones, alguno de nosotros cayó

en la fosa en medio de estallidos de risa y de palabras de disculpa hacia los muertos.

—¡Caramba! —exclamó de repente Porta con voz que resonó por todo el cementerio—. ¡A ésta la conozco! ¡Válgame Dios!

Empezó a reír alocadamente y tiró una tarjeta, amarilla al teniente Halter.

—Es Gertrude... ¡Válgame Dios! La de Wilhemstrasse... ¡Ella también! ¡Aún no hace ocho días que estábamos juntos, y aquí la tenéis!

Porta se inclinó y examinó muy interesado el cadáver de Gertrude. Con la competencia de un experto, dijo:

—Ha sido un torpedo. En seguida se nota; los pulmones han estallado. En cuanto a lo demás, no tiene nada. ¡Cuando pienso en ello...! ¡Con ella se amortizaban de sobra los veinte marcos!

Nos inclinamos con curiosidad sobre la enamorada de Porta. Después, le llegó el turno a un hombre elegantemente vestido.

Stege se puso a reír:

—¡Un cliente para Gertrude!

—Es mejor que un granuja como yo, ¿eh, Gertrude? —dijo Porta riendo—. ¡Si te hubiesen dicho hace ocho días que iba a enterrarte con un señor tan elegante...! Como ves, todo termina bien.

El teniente Halter echó una ojeada a la larga fila de vehículos que traían incesantemente nuevos cadáveres.

—¡Por el infierno! ¿No se acabará nunca? —gritó al suboficial que conducía la columna—. ¡Hay otros comandos aparte del nuestro!

—Sí, mi teniente. Pero parece que los cadáveres brotan del suelo. Y varios comandos se han derrumbado.

Halter lanzó una blasfemia y siguió confeccionando listas.

Día tras día, enterrábamos. Estábamos completamente borrachos, nuestras bromas alcanzaban el máximo grado de obscenidad, pero el hecho de ser aún capaces de hacerlas nos daba una pequeña posibilidad de escapar a la locura. Porque si nos hubiésemos puesto a pensar...

Para terminar, nos hicieron entrar en los refugios, de donde habían renunciado a sacar los cadáveres. Y nosotros, los hombres de la muerte, con nuestros uniformes negros de las divisiones blindadas, con las armas de la cabeza de muerto, nos encargamos de destruir mediante lanzallamas los últimos restos de lo que habían sido hombres. Labor espantosa que hacía que, ante nuestra presencia, los vivos huyesen horrorizados.

Las rojas llamaradas silbaban sobre los cadáveres y los convertían en ceniza. Después estallaba la dinamita y, entre una espesa nube de polvo, se hundían los restos de las casas que habían albergado tantas generaciones.

La Prensa oficial se encargó de describir en pocas palabras lo que había sido una

visión infernal: «Varias ciudades del norte de Alemania, entre ellas Colonia y Hannover, han sido objeto de fuertes ataques enemigos. Nuestra respuesta no se hará esperar. Numerosos bombarderos han sido derribados por nuestra defensa antiaérea y nuestros cazas nocturnos.»

«Un soldado tiene armas para utilizarlas. Es lo que dice el reglamento.

»Y un soldado debe ceñirse al reglamento.

»Por lo demás, los escarmientos son los que hacen cumplir el reglamento.»

Tal era la letanía eterna del teniente coronel Von Weissshagen, que adoraba el reglamento.

Pero que, sin embargo, encontró desagradable que le agujereasen la gorra con una precisa bala de fusil.

Aquella noche, en el cuartel, reinó la alegría.

UN DISPARO EN LA NOCHE

Durante ocho días habíamos sudado sangre entrenándonos con los nuevos tanques en el infame terreno del campamento de Sennelager, sin duda, el más detestado de todos los malditos campos de maniobras alemán. En el Ejército solía decirse que Sennelager, cerca de Paderborn, sólo había podido ser inventado por el diablo, para aumentar los sufrimientos de los hombres. Y debía de ser cierto, porque se hubiese tenido que buscar mucho antes de encontrar una mezcla más lúgubre de arena, de pantanos, de macizos espinosos. Todo más solitario y triste que el propio desierto de Gobi.

Sennelager estaba ya maldito por todos los componentes del Ejército imperial que habían desfilado por él antes de caer en 1914. Durante la inflación, los cien mil voluntarios del Segundo Reich llegaban a añorar el oficio de sin trabajo, ante la abominación de aquel paisaje. Y nosotros, los soldados esclavos del Tercer Reich, lo maldecíamos más que todos los demás juntos. Porque los suboficiales del Imperio eran unos verdaderos niños junto a los sádicos que ahora teníamos por jefes.

Asimismo, era en Sennelager donde se ejecutaba a las personas, muy numerosas, condenadas por el consejo de guerra de la Comandancia Mayor superior del Rin. Pero, como decía Alte, en aquel lugar espantoso la muerte sólo podía tener el rostro de la liberación.

En resumen, de regreso al cuartel, *Plutón* y yo fuimos designados para montar la guardia en la puerta, con cascos y fusiles, en tanto que los compañeros más afortunados se marchaban a la ciudad a ahogar con cerveza la inmundicia del campo de maniobras.

Porta pasó ante nosotros, contoneándose y riendo a mandíbula batiente, de modo

que se podían contar los tres dientes que le quedaban en su enorme boca. El Ejército, naturalmente, le había regalado una dentadura completa, pero él la guardaba en un bolsillo bien envuelta en el trapo que utilizaba para dar un último repaso a su fusil antes de pasar revista. Para comer, lo desenvolvía todo con cuidado y colocaba una mitad de la dentadura a cada lado del plato; después de haberse comido su ración, más lo que podía obtener de propina, limpiaba la dentadura con el trapo, la envolvía concienzudamente y se la guardaba de nuevo en un bolsillo.

—Acuérdete de dejar la puerta abierta para cuando regrese papá —gritó—, porque necesito coger una buena cogerza. Además, hay un programa de los que me vuelven loco... ¡Hasta pronto, desgraciados, y vigilad que no se largue ese maldito cuartel de prusianos!

—¡Menudo granuja! —gruñó *Plutón*—. Va a pasárselo bomba, mientras que nosotros hemos de quedarnos aquí con esos cretinos de reclutas. ¡Ni siquiera son capaces de jugar a cartas!

Estábamos en la cantina, ante nuestra sopa de ortigas, la sempiterna «Eintopf» de la que estábamos saturados, pero que engañaba el hambre. En un rincón, varios reclutas sacaban el pecho porque llevaban un uniforme. ¡Pobres diablos! Pronto se les vería en una Compañía en maniobra, para no hablar ya del frente.

El sargento Paust también estaba allí, con varios suboficiales, y bebía glotonamente, resoplando en su jarra de cerveza. Cuando nos vio ante nuestras escudillas, con el casco puesto, se echó a reír:

—¿Qué hay, cretinos? ¿Os gusta estar de guardia? Agradecédselo a papá, aquí presente. He pensado que necesitabais descansar... Mañana os alegraréis, cuando os encontréis libres de jaqueca.

No hubo respuesta por nuestra parte. Apoyándose en la mesa con sus gruesos puños cerrados, el sargento se levantó a medias y nos acercó su zafio rostro prusiano.

—A ver si contestáis, ¿eh? El reglamento prescribe que los subordinados deben contestar a sus superiores. Aquí no estamos en el frente... ¡Somos civilizados! Meteos eso en la sesera, cabezas de alcorcho.

Nos levantamos lentamente y contestamos:

—Sí, sargento, nos gusta mucho estar de guardia.

—Os pesa el trasero, ¿eh, cerdos? ¡Ya os curaré yo con el ejercicio, y antes de lo que os figuráis! —Hizo un ademán y chilló—: ¡Descanso, sentaos!

Le cuchicheé a *Plutón*.

—No hay nada más cretino que un suboficial. Se cree que es alguien y es menos que nada.

Plutón se echó a reír.

—Esos suboficiales instructores son unas verdaderas apisonadoras. Menuda gentuza hay por aquí. Salgamos a toda velocidad, me estoy asfixiando. Tengo que

decir mierda cuatro veces.

Al ver que nos dirigíamos hacia la puerta, Paust chilló:

—¡Eh, vosotros, los héroes cansados! ¿No sabéis que el reglamento prescribe el saludo a los superiores? ¡Aquí no se admiten los malos modos! ¿De dónde habrán salido estos palurdos?

Temblorosos de ira contenida, nos inmovilizamos, hicimos chocar los tacones y pegamos el meñique a la costura del pantalón. *Plutón* declamó con voz insolente:

—El soldado Eicken y el soldado Hassel solicitan del sargento autorización para salir de aquí y reanudar la guardia que se les ha encargado.

Una amable inclinación de cabeza de Paust, que se llevó a los labios el inmenso tanque de cerveza:

—¡Rompan filas!

Fuera, *Plutón* levantó la cabeza y lanzó una serie de blasfemias. Terminó con un pedo enorme, dirigido hacia la puerta cerrada de la cantina.

—Pronto pediremos a gritos el frente, amigo mío, porque si nos quedamos aquí acabaremos por romperle el cuello a ese Paust.

Sentados en la sala de guardia, empezamos a soñar hojeando unas revistas pornográficas que Porta nos había prestado con gran lujo de recomendaciones.

—Fíjate en esas nalgas —dijo *Plutón* riendo, mientras me enseñaba la fotografía de una muchacha—. ¡Menudo rato pasaríamos!

—Gracias, pero no es mi tipo. Yo prefiero las delgadas. Mira, ésta me gusta más. Una así cada seis meses y resisto hasta una guerra de treinta años.

El comandante de la guardia, suboficial Reinhardt, se inclinó sobre nuestras revistas con labios babeantes.

—¡Válgame Dios! ¿Dónde las habéis encontrado?

—¿Dónde te figuras? —contestó *Plutón*, risueño—. Las hemos encontrado entre la Biblia.

—¡Basta de insolencias! —gritó Reinhardt ante nuestro estallido de risa.

Pero en seguida se tranquilizó. El deseo se le salía por los ojos mientras hojeaba aquellas revistas llenas de las posiciones eróticas más inauditas. El propio Van de Velde se hubiera quedado atónito de haber podido examinar la biblioteca de Porta.

—¡Válgame Dios! —gruñó Reinhardt—. No podré resistir hasta el fin de esta condenada guardia sin irme a ver a las mujeres. Fijaos en ésta, con tres tíos. ¡Parece mentira que su trasero no estalle como una bomba! ¡Parece mentira lo que puede metérseles dentro cuando se sabe cómo hacerlo! Tengo que probar esto, mañana, con Grete. La columna vertebral debe salirse por detrás.

—¡Psé! —dijo *Plutón*, condescendiente—. Esto no es nada. Más vale que te fijas en eso, muchacho. Yo lo hacía ya a los catorce años, puedes creerme.

En el rostro de campesino de Reinhardt apareció una expresión estupefacta. Miró

sorprendido al corpulento hamburgués.

—¡A los catorce años! Vamos, no te burles. ¿Cuándo te estrenaste?

—A los ocho años y medio.

—¡Bueno! Mirar esto me pone enfermo. No puedo más. Puesto que el señor tiene tanta experiencia, debería ser capaz de encontrarme una mujer así.

—No es imposible, pero toma y daca; diez barritas de opio y una botella de licor francés. No de ese cochino petróleo alemán.

—De acuerdo —dijo Reinhardt—. Pero si te burlas de mí, te prometo de verdad que sabrás lo que es bueno.

—Bueno. Si no tienes confianza, dilo. En tal caso, ya te apañarás tú solo —replicó *Plutón* con altivez, sin demostrar ni por un momento que la perspectiva del opio y del licor le tenía sobre ascuas.

Seguía hojeando con indiferencia las revistas pornográficas. Reinhardt dio varias vueltas por la habitación como una fiera, envió por los aires de un puntapié el equipo de un recluta, a quien castigó por indisciplina durante el servicio de guardia y acabó por acercarse y palmotearnos amistosamente los hombros.

—Bueno, muchachos, no os enfadéis. En este cochino cuartel uno acaba por volverse celoso, aun sin quererlo. Esto está lleno de ladrones asquerosos que sólo tratan de engañarte. Vosotros, los del frente, por lo menos, sois unos tíos estupendos.

—¿Quién te obliga a quedarte aquí si no te gusta? —preguntó *Plutón*, que se sonó ruidosamente con los dedos y escupió en la silla de Reinhardt, cosa que éste fingió ignorar—. Si quieres ir al frente, no tienes más que decirlo. ¡Hay sitio para todos!

—Ya he pensado en eso —dijo Reinhardt—. En esta cochina ciudad ya no se puede estar tranquilo. Y sin embargo, no estamos aquí por culpa mía. Hasta las viejas arpías que te señalan con el dedo, sin hablar de las putas de los burdeles y de las muchachas hitlerianas. Es increíble lo que llegan a decirte esas desvergonzadas. Pero, a propósito de la chica, tú te encargas de eso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero ante todo, una prenda —dijo *Plutón*, alargando la mano afanosa.

—Ya tendrás tus bastoncillos —afirmó Reinhardt—. Te lo juro. Así que termine la guardia. Y mañana, el licor. Tan pronto como haya visto a un amigo que tengo en la ciudad. Pero, ¿y tú? ¿Podrás arreglar el asunto para mañana por la noche?

—Mañana por la noche tendrás lo que quieres —contestó *Plutón* con expresión impaciente—, y podrás hacer lo que te parezca con ella. Es asunto vuestro. Jugar a los naipes o ir al retrete; a mí, me importa un bledo.

Los reclutas, que en su mayoría no habían cumplido los dieciocho años, miraban de reojo, ruborizados por aquella crudeza verbal que para nosotros constituía la más insignificante de las conversaciones. Habríamos quedado estupefactos si se nos hubiera tildado de inmoralidad. Acostarse con una mujer nos resultaba tan natural

como formar parte de los pelotones de ejecución de Sennelager. Ambas cosas dejaban totalmente indiferente a quien hubiese pasado por el terrible laminador que era el Ejército.

La noche había caído sobre el cuartel desde hacía mucho rato. Aquí y allá un recluta se había dormido tras los oscuros cristales llorando silenciosamente. La añoranza de la patria chica, el miedo o bien otros motivos... Pese al uniforme y a la navaja del Ejército que ni siquiera había sido usada todavía: un niño.

Plutón y yo debíamos patrullar a lo largo del muro que rodeaba el terreno del cuartel. Había que asegurarse de que, desde las diez, todas las puertas estuviesen bien cerradas, y que las cajas de municiones, tras el terreno de ejercicios, se encontrasen en el orden reglamentario. Si encontrábamos a alguien debíamos gritarle el alto y examinar la documentación, incluso de aquellos a quienes mejor conociéramos.

Nuestros oficiales nos gastaban a menudo la broma pesada de dejarse detener, para ver si las órdenes eran cumplidas a rajatabla; y entre ellos, especialmente, nuestro comandante, el teniente coronel Von Weissshagen, para quien constituía la distracción favorita. Era un diminuto hombrecillo, con un monóculo demasiado grande atornillado a un ojo. Su indumentaria era un ejemplo de prodigiosa coquetería prusiana; casaca verde, de corte medio alemán medio húngaro, muy corta, completamente al estilo de la caballería. Después, los calzones de montar, color gris perla, casi blancos, con una badana cosida en los fondillos; y las botas relucientes y negras, muy largas, que hacían preguntarse a uno cómo le permitían doblar las piernas cuando las llevaba.

A causa de esas botas y de los calzones, los soldados le habían apodado el *Culo con botas*. Su gorra de seis pisos, como la de los jerifaltes del partido, estaba llena de guirnalda bordada, y el barboquejo lo constituía un pesado cordón de plata. El capote, largo, con mucho vuelo, era de cuero negro. Llevaba al cuello la cruz al mérito, propina de la otra guerra, en la que sirvió en la guardia del emperador, cuyos emblemas había conservado en las hombreras del uniforme nazi, pese a todos los reglamentos.

Entre la tropa se hacían apuestas sobre si aquel hominico tenía labios o no. Su boca era una línea recta, que apenas se veía en el rostro de expresión brutal, desfigurado por una profunda cicatriz. Pero los ojos lo dominaban todo: ojos de un color azul acerado que helaba de terror a aquellos a quienes se dirigía el pequeño comandante con su voz suave como el terciopelo. Ojos fríos, implacables, que te sorbían hasta el tuétano de los huesos, ojos que mataban, que aplastaban toda resistencia. Incluso una cobra tenía ojos de ángel en comparación con los del teniente coronel Von Weissshagen, comandante del batallón disciplinario del 27.º Regimiento Blindado.

Nadie recordaba haber visto jamás una mujer en compañía de Von Weissshagen, y

aquellas a quienes encontraba se ponían rígidas bajo su mirada, como si experimentaran un choque. Si alguna vez dejaba el Ejército, sin duda se convertiría en inspector de una cárcel de «duros», porque aún no había nacido el hombre que él no pudiera dominar.

Había además otra cosa notable en Weissshagen. El estuche de su revólver estaba siempre abierto, para tener a mano el máuser negro azulado, de aspecto venenoso. Sus asistentes —tenía dos— decían que nunca se separaba de un revólver «Walther» 7,65 cuyas seis balas estaban aserradas para convertirlas en balas dun-dun. Su fusta hueca contenía una hoja larga y acerada, dispuesta a salir de su elegante envoltura. Se sabía odiado y tomaba sus precauciones contra los imbéciles eventuales, lo bastante locos para atacarle.

Desde luego, nunca había estado en el frente: sus encumbradas amistades servían para algo. Su perro pelirrojo, *Barón*, estaba inscrito en las listas de la compañía, y había sido degradado en varias ocasiones ante el batallón. En la actualidad era un segunda clase y estaba encerrado en un calabozo del cuerpo de guardia, por haberse ensuciado bajo el escritorio de su amo.

Los asistentes sudaban de miedo cuando la voz suave de Von Weissshagen les indicaba por teléfono un error de servicio. Porque podía estarse seguro que, al cabo de cinco minutos, el coronel lo sabía todo. Incluso había días en que nos preguntábamos si sus ojos temibles no atravesaban las paredes.

Castigaba siempre con las máximas penas que prescribían los millares de párrafos que el Tercer Reich había llamado el Código Militar.

La clemencia era para él signo seguro de decadencia.

Le encantaba dar órdenes insensatas a sus subordinados. Sentado detrás de su escritorio de caoba, en el que brillaba una granada fija en el asta del estandarte de los carros, observaba al hombre que estaba en posición de firmes ante él para decirle de sopetón:

—¡Salte por la ventana!

Desdichado el que vacilase en correr a la ventana y disponerse a saltar desde el tercer piso. En el último segundo resonaba la voz del oficialillo:

—Está bien. Apártese de la ventana.

O bien se presentaba silenciosamente, cómo un gato, en uno de los dormitorios del cuartel (sus botas llevaban suelas de goma). Abría la puerta, y con voz suave e hiriente decía:

—Sosteneos sobre las manos.

El pobre diablo que no lo consiguiese era anotado cuidadosamente en una pequeña libreta gris que Von Weissshagen llevaba siempre en el bolsillo superior izquierdo de la guerrera. Escribía con la caligrafía más bonita, utilizando como mesa la espalda del delincuente, que no se libraba con menos de ocho días de ejercicios

penitenciarios.

Hablando en voz baja, caminábamos tristemente por el terreno del cuartel. *Plutón* llevaba en la boca un cigarrillo insolentemente encendido, pero de longitud calculada para desaparecer con la misma rapidez en el interior de la boca, si se presentaba la necesidad.

Plutón pegó una patada tremenda en la cerradura de una caja de municiones, y comprobó con alegría que se abría. La cosa armaría ruido al día siguiente en la Cuarta Compañía. Si se hubiese podido meter allí una mecha encendida... ¡Qué hermosos fuegos artificiales hubiese producido el cuartel al saltar por los aires! Ante aquella risueña idea, *Plutón* se puso a reír, despertando los ecos de la noche azul. Mientras rodeábamos el patio de ejercicios, escupió su minúscula colilla entre la hierba seca, y por un momento contemplamos, en silencio, el pequeño resplandor con el mismo pensamiento secreto... La última esperanza de que ocurriera algo.

La ronda continuaba con su paso lento. En la punta de los fusiles, las bayonetas relucían malévolamente. No habíamos dado diez pasos cuando ante nosotros se irguió una silueta que reconocimos en el acto: era el teniente coronel Von Weissshagen. Envuelto en su capote y cubierto con su alta gorra, parecía un gigantesco y negro cubreteteras.

Plutón lanzó el santo y seña.

—¡Gheisenau! —Silencio durante varios segundos. Luego, de nuevo la voz de *Plutón*: —La patrulla de guardia solicita, de acuerdo con lo que prescribe el reglamento, la documentación del coronel.

Entonces, de la capota de cuero surgió un susurro. Una delgada mano enguantada se introdujo entre los botones y volvió a salir inmediatamente, apuntando hacia nosotros el cañón de un revólver, en tanto que el coronel susurraba con voz suave:

—¿Y si disparase?

En el mismo segundo, el disparo de *Plutón* salió como un rayo. La bala arrancó la gorra del coronel y, antes que éste se hubiese rehecho de su sorpresa, tenía ya mi bayoneta en el pecho y la culata de *Plutón* le había hecho caer el revólver de las manos. La voz de mi compañero se hizo acariciadora:

—¡Arriba las manos, mi coronel, o disparo!

Apreté con fuerza mi bayoneta contra el pecho del coronel, para hacerle notar la seriedad de nuestra vigilancia.

—¡Chitón! —exclamó el coronel, amenazador—. Ya me conocen ustedes. Retiren la bayoneta y continúen su patrulla. Mañana me presentarán un informe sobre este disparo.

—No le conocemos, coronel, sólo sabemos que durante una guardia se nos ha amenazado con un arma, y que, según el reglamento, hemos disparado un tiro de advertencia.

E, implacablemente, *Plutón* prosiguió diciendo:

—Nos vemos obligados a ordenar al coronel que nos siga hasta el puesto de guardia.

Empujamos lentamente hacia el cuerpo de guardia al coronel, que blasfemaba sin cesar, pero no quisimos atender a razones. Tuvo que seguir adelante.

Nuestra entrada produjo un alboroto. Reinhardt, que dormitaba tendido en una mesa, cayó al suelo, se levantó, se cuadró, avanzó los tres pasos reglamentarios hacia el coronel y con voz llena de emoción gritó:

—¡A sus órdenes! El suboficial Reinhardt, comandante de la guardia, da sus informes al teniente coronel. La guardia se compone de veinte hombres, cinco en el puesto, fusiles, dos en patrulla. En el puesto hay cuatro hombres: un soldado de la Tercera Compañía con dos días de arresto, un fusilero de blindados y un soldado de la Séptima Compañía, con seis días, los tres por haber regresado después del toque de queda; y un perro soldado, con tres días, por haberse ensuciado en el suelo, en una oficina. Nada especial que señalar al teniente coronel —terminó diciendo Reinhardt congestionado.

Interesado, Von Weissbaden preguntó:

—¿Quién soy yo?

—Es usted el comandante del batallón de reeducación del 27.º Regimiento Disciplinario de Tanques, teniente coronel Von Weissbaden.

Con expresión satisfecha, *Plutón* empezó a dar su informe:

—El soldado de primera clase Eiken, al mando de la patrulla del cuartel, compuesta por dos hombres, informa al comandante de la guardia: hemos detenido al teniente coronel detrás del terreno de ejercicios de la Segunda Compañía. Al no obtener respuesta al santo y seña, y en vista de que ante nuestra conminación y solicitud de documentos hemos sido amenazados con un revólver, según prescribe el reglamento, hemos hecho un disparo de aviso con un fusil modelo 98, de modo que la gorra del prisionero fuese arrancada por el proyectil. Hemos desarmado al prisionero y le hemos conducido ante el comandante de la guardia. Esperamos órdenes.

Silencio. Silencio prolongado, suave como el terciopelo.

Reinhardt, completamente atónito, se asfixiaba y movía la cabeza, entretanto que el coronel le miraba con apasionada atención. La piel del cráneo de Reinhardt enrojecía y palidecía alternativamente, estaba hecho un lío. Entonces, el coronel perdió la paciencia y dijo, con cierto tono de reproche;

—Ya sabemos que me conoce usted. Es usted comandante de la guardia. La seguridad del batallón está en sus manos. ¿Qué órdenes da? ¡No podemos esperar toda la noche!

Reinhardt estaba desatinado. Los ojos le salían de las órbitas, de desesperación, en tanto que miraba alternativamente la puerta de salida, las hileras de fusiles, los

reclutas erguidos y firmes, el almohadón y el capote sobre la mesa, pruebas inoportunas de su sueño antirreglamentario. Su mirada volvió a fijarse en el teniente coronel, en *Plutón* y en mí, quienes, con alegría no disimulada, esperábamos las palabras del héroe del momento, abrumado por un exceso de poder que nunca había deseado. Tenía ante sí a un hombre en apariencia como los demás, pero, por desdicha, con galones de oro y de plata en los hombros. Un hombre que, para Reinhardt era Dios y Satanás; que tenía en sus manos la vida y la muerte, y sobre todo..., ¡sobre todo!, el poder de decir ciertas palabras que le enviarían, a él, Reinhardt, a un sitio tan espantoso como una Compañía de maniobras, tras la que se perfilaba un fantasmagórico frente de nieve. Su destino en aquel momento dependía de lo que dijese al todopoderoso, al coronel Von Weissshagen, quien esperaba con risa burlona en los labios.

El cerebro de Reinhardt empezó a dar vueltas. Al principio, lentamente, después, cada vez más deprisa. Mugiendo como un toro entre las vacas nos gritó a *Plutón* y a mí:

—¿Qué conducta es ésta? ¡Liberad inmediatamente al coronel, atajo de imbéciles! Es vergonzoso... —Prosiguió gritando con expresión resplandeciente—: ¡Estáis arrestados! Discúlpeme, coronel —añadió haciendo chocar los tacones—, estos cretinos vienen del frente y esto los vuelve locos. Son dignos de un Consejo de Guerra.

El teniente coronel nos examinaba con mirada que hipnotizaba. La aventura sobrepasaba todas sus esperanzas... Exactamente la situación que le permitiría hacer uno de sus célebres escarmientos.

—¿Es ésa su opinión, suboficial?

Se limpió desganadamente la capota y cogió de manos de *Plutón*, risueño, su revólver y su gorra agujereada. Después, se acercó a la mesa e indicó la cama improvisada de Reinhardt.

—Quitad esto de aquí.

Diez manos se precipitaron y todo desapareció como el rocío bajo el sol. Lentamente, el teniente coronel entreabrió el capote, y la libretita gris surgió de su bolsillo superior izquierdo. Con gran ceremonial y ademanes minuciosos, apareció el lápiz de plata. Colocó la libretita en la mesa, un poco de lado, según se enseña en la clase de párvulos. Mientras escribía, Weissshagen pensaba en voz alta.

—El suboficial Reinhardt, Juan, de servicio en la Tercera Compañía, en calidad de comandante de la guardia, ha sido encontrado en circunstancias especiales vestido poco reglamentariamente, durante la guardia. Su casaca estaba desabrochada, su cinturón y su revólver fuera de su alcance, de modo que le hubiese resultado imposible defender con sus propias armas la guardia que se le había confiado, según ordena el artículo 10678 del 22 de abril de 1939, que se refiere al servicio de la

guardia. Además, ha infringido gravemente el artículo 798 de la misma fecha, al encontrarse dormido en la mesa del cuerpo de guardia. Por añadidura, ha empleado como manta uno de los capotes del Ejército. Por último, ha desobedecido el Reglamento 663 del 16 de junio de 1941, promulgado por el teniente coronel Von Weissshagen, relativo a la identificación de personas encontradas en los terrenos del cuartel después de las 22 horas. El comandante de la guardia no tiene derecho a tomar ninguna decisión a este respecto, sino que debe acudir inmediatamente a su oficial de guardia.

Con un movimiento brusco, el coronel se volvió hacia Reinhardt, que estaba boquiabierto de estupor.

—¿Tiene algo que declarar?

Reinhardt estaba mudo. El teniente coronel sacó un pañuelo immaculado y limpió su monóculo. Una mosca zumbaba alrededor de la lámpara. Von Weissshagen se irguió y ladró:

—Soldado Eicken y abanderado Hassel, lleven al puesto al suboficial Reinhardt. Queda arrestado por grave infracción durante la guardia. El asunto irá a un Consejo de Guerra. El soldado Eicken será el comandante de la guardia hasta que llegue el relevo. La patrulla ha efectuado correctamente su servicio de guardia, según las prescripciones del reglamento.

La puerta se cerró sin ruido a sus espaldas. La mosca había dejado de zumbar.

—¡Tú, ven aquí! —dijo *Plutón*, risueño, a Reinhardt—. ¡Si tratas de huir, utilizaré las armas!

—Le cogió, haciendo tintinear ruidosamente el grueso manajo de llaves. En el calabozo 7 ladraba el perro prisionero.

—¡A callar! —gritó *Plutón*—. Silencio después de las veintidós horas.

Con gran estrépito abrimos las cerraduras del calabozo 13 y metimos en él a Reinhardt.

—Desnúdate, prisionero, y pon tus cosas en el catre —ordenó *Plutón*, que estaba en el séptimo cielo.

En pocos segundos, el grueso Reinhardt estuvo ante nosotros desnudo como un gusano; un hombre insignificante y gordo que, desprovisto de los galones del poder, volvía a ser lo que era: un campesino.

—¡Prisionero, agáchate! —dijo *Plutón* decidido a aplicar el reglamento al pie de la letra, imitando los roncos aullidos del sargento Edels.

Minuciosamente, estudió el trasero que le mostraba Reinhardt, un trasero blanco y reluciente como la luna llena en primavera.

—El prisionero no ha ocultado nada detrás del telón —exclamó *Plutón*.

Después investigó las orejas del desdichado, completamente abatido y silencioso, y anunció con énfasis:

—Prisionero, desconoces el reglamento sobre la limpieza, ordenado por el cuerpo médico. Este puerco ignora aún que hay que limpiarse las orejas por dentro. Escribamos: Hemos encontrado al prisionero en un estado de suciedad muy avanzado, con las orejas especialmente cochambrosas.

—¿De verdad quieres que lo escriba? —pregunté.

—Desde luego. ¿Soy o no soy el comandante de la guardia? Y responsable del arresto.

—¡Ah, cállate, estúpido! —dije—. No seas tan pesado. No tengo inconveniente en escribirlo, pero tú tendrás que firmar.

—Bien, bien —dijo *Plutón*, soltando una risotada—, no me vengas con tantos melindres.

La libretita de direcciones de Reinhardt fue examinada con el mayor interés. Después, le tocó el turno a un paquete de voluminosos cigarrillos que *Plutón* olfateó bajo la mirada interesada del prisionero. El gigante lanzó un grito.

—¡Por Dios! ¡El prisionero lleva cigarrillos de opio! ¿Qué hacemos con ellos? ¿Los decomiso o doy cuenta de ellos en el informe? Me gustaría ver la cara del Consejo de Guerra cuando lo sepa. Bueno, amiguito, decide tú mismo.

—¡Ah, ya está bien! —exclamó Reinhardt furioso—. ¡Quédatelos, cerdo indecente! Y déjame tranquilo de una vez.

—¡A callar, prisionero! ¡Respetar los galones! De lo contrario, me veré obligado a aplicarte el reglamento especial para tipos difíciles. Y te recuerdo que cuando se me habla, se me deben los signos externos de cortesía. ¡A ver si te lo metes en el coco!

Sin dejar de reírse, *Plutón* se guardó los bastoncillos de opio en un bolsillo, recogió en una bolsa adecuada los objetos del prisionero, excepto la ropa interior y el uniforme. Después le mostró el inventario que yo había escrito.

—¡Firma aquí! ¡Así no habrán historias cuando te suelte!

Reinhardt trataba de comprobar la lista, pero *Plutón* le interrumpió vivamente.

—No estás aquí para dedicarte a la lectura. Firma y espabílate y aparta tus trapos de la puerta, para que así podamos encerrarte según las órdenes recibidas.

Reinhardt estaba cabizbajo, desnudo como Adán, bajo la estrecha ventana del calabozo.

—Bueno, prisionero, échate hasta el toque de diana —concluyó *Plutón* triunfalmente.

Salió del calabozo y cerró la puerta armando un ruido tremendo. Tener en su poder las llaves de los calabozos le enloquecía de orgullo, porque había sido mucho más a menudo prisionero que guardián. En su alegría empezó a telefonear a todos los oficiales de servicio en los diferentes puntos del cuartel, pidiendo con altivez mil detalles de los que ningún comandante de la guardia se había preocupado nunca.

—Tiene la voz de quien acaba de despertarse. (Era cierto, naturalmente.) Falta de

disciplina. Presentaré un informe. Envíeme mañana, antes de las ocho, el estado de las armas y las municiones. ¿Que quién le habla? El comandante de la guardia. ¿Por quién me tomaba?

Los suboficiales, aturdidos, se inclinaban sobre sus archivos, con la perspectiva de una noche en vela.

Muy satisfecho de sí mismo, *Plutón* se repantigó en su asiento, con los enormes pies sobre la mesa. E iba a reanudar su lectura pornográfica, con el aliciente adicional de los cigarrillos de opio, cuando se oyó un ruido endiablado.

Dos reclutas se precipitaron en el cuerpo de guardia llevando a una persona muy excitada, ataviada con un vestido estampado, con un pañuelo en la cabeza y botas de infantería en los pies.

—Comandante de la guardia —dijo uno de los reclutas—, el fusilero Niemeyer anuncia que durante la patrulla hemos encontrado a esta persona cuando trataba de saltar la pared de la Tercera Compañía. Ha rehusado identificarse y ha pegado un tremendo puñetazo al fusilero Reichelt, amoratándole un ojo.

Plutón parpadeó. Todos habíamos reconocido a Porta. Sin dirigir ni una mirada al recluta, empujó una silla hacia Porta y dijo con la sonrisa en los labios:

—¿La señora quiere sentarse?

—¡Cállate, idiota! ¡No te burles de mí o te pego un mamporro como a ese recluta estúpido! —fue la poco respetuosa contestación que recibió el comandante de la guardia.

Plutón empujó a Porta hasta la silla.

—Disculpe, señora. ¿La señora quería sin duda entrar en el cuartel para buscar su virginidad? Soy el soldado Eicken, comandante de la guardia y gran especialista en eso. ¿En qué puedo ayudarla, señora?

Levantó la falda de Porta para mostrar sus largos calzones militares sobre sus huesudas rodillas.

—¡Oh, oh, qué coquetería! ¿Es la moda de París? ¡No todas las señoras disponen de ropa interior como ésta!

Porta, completamente borracho, se irguió.

—¡Méate en mi culo, camarada, o trae una cerveza! ¡Reviento de sed!

—Encantado de mearme en su culo, señora, pero ahora no tengo ganas. ¡Reclutas...! —gritó con voz poderosa a los dos jóvenes soldados temblorosos—. ¿Quién de vosotros tiene ganas de orinar?

Los reclutas se cuadraron.

—Sí, comandante de la guardia. Estamos dispuestos.

—¡Entonces, largaos de aquí! ¡Id al urinario! —ordenó *Plutón*—. ¡Héroes con piel de conejo!

Los reclutas se volatilizaron. Porta había empezado a roncar ruidosamente. *Plutón*

se inclinó sobre su oreja y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡A formar!

Porta se levantó de un salto, vaciló y declamó, dirigiéndose a la pared encalada:

—Soldado de primera clase, Joseph Porta, presente.

En el cuerpo de guardia estalló una tempestad de carcajadas. Transportamos a Porta a un calabozo vacío y hasta el día siguiente no pudo hacernos el relato de sus hazañas. Todos los antros de la ciudad habían sufrido su presencia y, según él, había tenido más mujeres que en los últimos dos años. En una casa de la última le habían birlado el uniforme y alguien había escrito en su trasero, con pintura roja, la palabra «cerdo». Pero, ¿quién? ¡Imposible saberlo!

El resto de la noche lo pasamos jugándonos a las cartas el dinero del suboficial Reinhardt, quien, decía *Plutón*, «no lo necesitaría hasta el final de la guerra, en cuyo momento ya no tendría curso legal».

A las ocho de la mañana, el oficial de guardia, teniente Wagner, creyó desmayarse ante el relato de una de las noches más ricas de acontecimientos que el cuartel había conocido. Lo terrible para él era que no había oído el disparo, lo que demostraba, o bien que dormía, o bien que había salido sin permiso.

Conocía lo bastante al teniente coronel Von Weissbaden para estar seguro de que, desde hacía ya muchas horas, esperaba pacientemente el informe que, en tales circunstancias, su oficial de guardia hubiese debido presentarle en el acto. Tan seguro como que dos y dos son cuatro, el futuro jefe de la compañía de maniobras se llamaría teniente Wagner.

Con la boca abierta, contemplaba el drama en todo su horror. No pudo contener un gruñido de animal salvaje cuando *Plutón*, sonriente, le habló de los elogios del teniente coronel para la patrulla, y rechinando los dientes como un caballo que muerde una remolacha helada, salió precipitadamente de la habitación.

Era una mañana hermosa y soleada. Fuimos a buscarlos a la cárcel.

Hicieron su último viaje en un camión desvencijado, que incluso encontró medio de encallarse en la arena.

Después, parecieron ofrecerse a las balas para facilitarnos el trabajo.

Y todo ocurrió en nombre del pueblo alemán.

ASESINATO POR RAZÓN DE ESTADO

Porta fue el último en subir al enorme «Krupp Diesel». El cambio de marchas chirrió. Un breve alto en el puesto de guardia, donde nos entregan órdenes.

Mientras atravesábamos la ciudad, saludamos a todas las mujeres que encontrábamos; Porta empezó a explicar una historia grosera, Möller le rogó que se callara, y entonces estalló una pelea en toda regla.

No terminó hasta que penetramos en la cárcel.

El *feldwebel* Paust, que conducía el comando, saltó del camión y se colgó de la campana que había junto a la puerta. Cuatro de nosotros le seguimos hasta el interior, donde había varios soldados que actuaban de guardianes de la cárcel. Paust desapareció para recibir los documentos de manos del *feldwebel*, un hombre alto y calvo del Cuerpo de Caballería, con una serie de tics nerviosos.

—¿Qué tal os va por aquí? —preguntó Porta con interés.

—¡No nos envidies el trabajo! —contestó un grueso *gefreiter* de unos cincuenta años—. Hace poco que intervenís en este asunto. En tanto que nosotros conocemos desde hace meses a los que os lleváis: Son como camaradas. Y si fuesen los últimos, aún. Pero no paran de venir más.

—¡A ver si te callas, Cari! —dijo un *obergefreiter*, pegando un codazo a su subordinado y mirándonos de reojo.

Contemplábamos con curiosidad el pequeño cuerpo de guardia, la mesa llena de platos sucios, la gran pizarra de la pared, con números y observaciones relativas a las celdas. Las verdes eran las de los condenados a muerte; conté veintitrés. Las rojas, las de los que aún no habían pasado ante el Consejo de Guerra; había muchas; en tanto que las azules (los condenados a trabajos forzados) sólo eran catorce. Habían muchos otros colores, pero ignoraba su significado.

En la pared opuesta, dos grandes fotografías de Hitler y del general Keitel observaban con una mirada inexpresiva aquel cuadro de destinos humanos.

—¿Qué diablos hacen? —dijo Stege—. Hoy es el día que dan garbanzos, y si no regresamos antes de las doce, ya nos los podemos pintar al óleo.

—¡Ah! ¡Tenéis piel de elefante! —exclamó el grueso *gefreiter*—. ¡Pensar en comer, con la que os espera! He tenido cólicos toda la noche, de tanto como me transtorna.

—¡Pobrecito! —dijo Porta riendo—, vosotros «los pies sensibles» ^[2] debéis de perder el sentido en cuanto la cosa se anima un poco.

—¡A callar, Porta, ave de mal agüero! —ordenó Möller.

Ante la torva mirada de Porta, el grupo de guardianes se apartó con nerviosismo, como si temieran nuestro contacto. Un ruido de llaves nos llegó desde el cuarto contiguo; una mujer gritó y después se calló. Porta encendió un cigarrillo de opio. Stege se balanceaba examinando sus pesadas y relucientes botas; un soldado sentado a una mesa trazaba garabatos en un pedazo de secante. La atmósfera estaba electrizante como durante la espera de una tempestad, en el campo, durante el mes de agosto.

El timbre del teléfono nos sobresaltó. El *obergefreiter* se incorporó con pesadez de esclavo y descolgó el aparato:

—Sí, señor actuario, el comando está aquí. Sí, se avisará a la familia, de acuerdo con las órdenes. Nada en especial que añadir. —Colgó—. Os esperan en Senne —dijo con un esfuerzo.

—Es exactamente como una boda en la alcaldía —dijo *Plutón*—. Todo el mundo espera. A ver si terminamos, ¡maldita sea! Esto pone nervioso a cualquiera.

Hablaba todavía cuando se abrió la puerta dando paso a una telefonista del Ejército acompañada por un suboficial de cierta edad, ambos vestidos con el burdo uniforme que se utiliza para el servicio en el cuartel. Detrás, iba el *feldwebel* de caballería y, con la documentación bajo el brazo, Paust, cuyos ojos de color azul pálido sufrían contracciones nerviosas.

El feldwebel abrió una carpeta y dijo:

—Si tenéis algo que reclamar, éste es el momento.

Los prisioneros no contestaron, y contemplaron aturridos el grupo que formábamos, con nuestros fusiles y cascos de acero. Sin darse cuenta de lo que hacían firmaron el documento que colocaban ante ellos. Después, el *feldwebel* les estrechó la mano y les dijo adiós.

Rodeando a los prisioneros, salimos de la cárcel. Los del camión ayudaron cortésmente a la joven, pese a que el viejo suboficial parecía mucho más necesitado de ayuda. El vehículo arrancó con una sacudida, bajo la mirada hostil de los centinelas, y, traqueteando, emprendió el camino hacia Sennelager.

El principio del viaje transcurrió en silencio; mirábamos intimidados a los dos prisioneros. Fue *Plutón* quien rompió el hielo, ofreciéndoles un cigarrillo de opio.

—Tomad esto. Os irá bien.

Los dos cogieron ávidamente los cigarrillos y empezaron a fumar con ansia febril. Porta se inclinó hacia delante, cogido a una de las barras que formaban el techo.

—¿Por qué quieren fusilarlos?

La joven dejó caer el cigarrillo y empezó a sollozar.

—No ha sido por molestarte —dijo Porta torpemente—, pero nos gusta saber lo que hacemos. Tienes que comprenderlo.

—¡Cretino! —gritó Móller, pegándole un empujón—. ¿A ti qué te importa? ¡Ya lo sabrás en Senne! —Pasó un brazo por encima de los hombros de la telefonista—. Tranquilízate, hermanita. ¡Ese idiota...! Siempre metiéndose en lo que no le importa.

La joven lloraba en silencio. El motor roncaba mientras el vehículo ascendía por una pronunciada pendiente. Tras el cristal de la cabina, Paust nos observaba, mientras fumaba en el interior del camión. Alte señaló un montón de grava que había junto a la carretera, en el que trabajaban varios prisioneros de guerra y guardias territoriales.

—¡No es posible! ¡La reparan! Ya era hora. ¡Con el tiempo que hace que nos estamos sacudiendo las tripas!

Bauer quería saber si Porta iría por la noche al «Gato Negro».

—Lieschen y Bárbara irán. Nos divertiremos.

—Yo también —dijo Porta—, pero sólo hasta las diez. Después iré a la inauguración de la «Münchener Gasse».

Una ambulancia, con la sirena funcionando, adelantó al lento camión.

—Esas sirenas crispan los nervios a cualquiera —dijo Bauer, echando una ojeada por el cristal.

—Un parto que va mal o un accidente —dijo Móller.

—Mi mujer tuvo una hemorragia en su segundo. Se salvó por los pelos. Los hospitales modernos son muy útiles con eso que llaman transfusiones de sangre.

—¿Has visto a la nueva que está en la cantina de la Segunda Compañía? ¡Es extraordinaria!

En el mismo instante, un violento impacto hizo rodar por el suelo a los ocupantes del vehículo. El pesado camión acababa de hundirse en uno de los profundos agujeros de la carretera.

—¡Animal! —le gritó Porta al chofer—. A ver si te fijas más. ¿Has venido para matarnos?

El ruido del motor ahogó la respuesta. El cielo, cubierto toda la mañana, empezaba a despejarse, y el sol aparecía entre las nubes.

—Hará buen tiempo —dijo Stege—. Lo prefiero. Salgo con una chica que conocí el otro día.

Porta se echó a reír:

—¿Por qué vas siempre al lago con tus amiguitas? Os debéis mojar el trasero en

esas barcuchas llenas de agua. Es mejor que vengas conmigo a la «Münchener Gasse». Se puede llevar mujeres.

—¿Es que sólo sabéis hablar de vuestras asquerosas historias de mujeres? —gruñó Móller.

—¡Oh, tú, abuelo! —dijo Porta con tono amenazador—. Desde hace algún tiempo hablas mucho. Nosotros no nos ocupamos de tus misas rezadas, detrás de las puertas, con el capellán. Cuídate de lo tuyo y no de lo nuestro. Cuando estemos en el frente, ya veremos lo que llevas dentro, campesino de Schleswig.

Móller pegó un salto y lanzó un furioso directo a Porta, quien se inclinó a tiempo y contestó con un golpe a la garganta de Móller, dado con el canto de la mano. Móller se derrumbó en el fondo del camión.

—El se lo ha buscado. —dijo Alte—. Sé bien que hay que tener en cuenta su edad, pero todo tiene sus límites. Le hablaré cuando volvamos.

—Y yo le romperé su feo hocico —dijo Porta con una expresión que no auguraba nada bueno.

Plutón contaba el último bulo: sabía de buena tinta que seríamos trasladados a una fábrica de tanques, para probar los nuevos «Panzer 6», a los que llamaban «tigres reales».

—¿El señor recibe confidencias del *Culo con botas*? —se mofó Stege.

—¡Pero, por Dios! ¿Qué os sucede para jalear todos así? —gritó *Plutón*.

—¿Y lo preguntas, cerdo? —gritó Alte—. ¿Acaso vamos a una fiesta? ¿Qué tienes en el pecho en vez de corazón?

—¿No podrían callarse un poco? —preguntó de repente el viejo suboficial, con gran sorpresa nuestra.

El camión traqueteaba por el camino destrozado por los pesados vehículos militares. Nos abismamos en nuestros pensamientos contemplando el vacío. Móller, vuelto en sí, permanecía acurrucado en un rincón con expresión aún más agria que de costumbre. Fue la joven quien rompió el silencio.

—¿Tiene alguien un cigarrillo y un comprimido para el dolor de cabeza?

Stege le alargó un cigarrillo. Su mano temblaba mientras se lo encendía con el encendedor comprado en Francia hacía ya tres años. Buscamos febrilmente en nuestros bolsillos para encontrar el comprimido que sabíamos de sobra no teníamos. Porta abrió el cristal de la cabina del chófer.

—¿No tenéis ningún comprimido? Para el dolor de cabeza.

Paust se echó a reír:

—Yo llevo mi «P-38», pero es radical. ¿Quién tiene dolor de cabeza?

—La chica.

Se produjo un embarazoso silencio. El cristal fue cerrado ante el «¡cerdo!» que lanzó *Plutón*.

—¿Alguno de vosotros quiere hacerme un favor? —preguntó el viejo suboficial. Y sin esperar la respuesta prosiguió—: Soy del 76.º de Artillería. Probad de localizar al suboficial Brandt, de la Cuarta Batería, y decidle que se ocupe de que mi mujer reciba mi dinero. Vive en Dormunt, en casa de la mujer de mi hijo mayor. ¿Querrás hacer esto? —le preguntó a Stege.

Éste se sobresaltó y tartamudeó algo.

—Éste no hará más que tonterías, viejo —interrumpió *Plutón*—. Tengo un camarada en el 76.º: Paul Groth, ¿le conoces?

—Sí, está en la Segunda Batería; perdió una pierna en 1941, en Brest-Litowsk. Salúdale de parte del hombre del gas. Era antes de la guerra —explicó.

La joven, interesada, salió de su estupor y un poco de vida asomó a sus facciones muertas.

—¿Queréis hacer algo también por mí? —preguntó con ansiedad—. Dadme un papel y un lápiz.

Le ofrecieron diez lápices. Alte le dio un papel de cartas del Ejército, que al cerrarse formaba ya el sobre. Ella escribió nerviosamente, con prisas releyó lo escrito, cerró el papel y lo entregó a *Plutón*.

—¿Querrá enviarlo?

—Así se hará —fue la breve respuesta.

Y el papel desapareció en un bolsillo.

—Si lo lleva usted mismo, le regalará una botella de vino tinto —balbuceó la muchacha.

Febrilmente, contemplaba al corpulento estibador, en su uniforme manchado de grasa de los blindados, con el casco de acero echado hacia la nuca y el fusil bien derecho entre sus enormes piernas calzadas con las botas: de media caña de la infantería los pantalones formaban bolsas por encima; la guerrera, con las solapas decoradas con la calavera de plata, parecía prolongada por el cuero negro de la cartuchera mal cerrada, donde los cartuchos relucían malévolos.

—No quiero nada —contestó lentamente el gigante—. Se hará como tú quieres. *Plutón*, aquí presente, es el mejor cartero del rey.

—Gracias, soldado —dijo ella—. Nunca te olvidaré.

Volvió a hacerse el silencio. El sol había dispersado finalmente las nubes y calentaba con fuerza. Un *oberschütze* empezó a silbar una canción, que otros repitieron a coro. Pero de repente se callaron, turbados, como si se hubiesen dado cuenta de súbito que cantaban en una iglesia.

El vehículo se detuvo y Paust gritó al centinela:

—Comando de la Segunda Compañía de guardia: un *feldwebel*, un suboficial, veinte hombres, dos prisioneros.

El centinela examinó el interior del camión. Un *feldwebel* asomó la cabeza por la

ventana del puesto de guardia y gritó:

—Pista nueve. ¡Os están esperando! ¿Qué diablos estabais haciendo?

—¡Vete a la porra! —replicó Paust.

Sin esperar respuesta, nos metimos por un camino arenoso entre barracones donde se alojaban los soldados durante su estancia en el terreno de maniobras. Los pueblos en ruinas que atravesábamos habían albergado hacía mucho tiempo pacíficos campesinos, pero ahora estaban desiertos y las ventanas vacías miraban perdidas a los hombres de uniforme que, durante todo el día, hacían ejercicio ante las casas y los establos abandonados.

—Con tal de que queden garbanzos cuando regresemos —lloriqueó Schwartz—. ¡Por una vez que hay algo bueno, hemos de salir con una misión!

Nadie contestó.

—¡Una liebre! —exclamó Porta muy excitado, señalando algo que corría por entre las mustias hierbas. Todos alargamos el cuello—. Comida de verdad, para cristianos —gemía Porta—, y se nos tiene que escabullir ante nuestras narices.

—La última vez que vi una liebre, fue en Rumanía, junto al río Dubovila —dijo *Plutón*.

—El día que limpié aquel puerco de rumano —dijo riendo Porta, quien se olvidó de la liebre para recordar la vida de nabab que se pegaban en aquella época.

El vehículo se detuvo. Lanzando una blasfemia, Paust saltó al suelo.

—¿Dónde está la pista nueve? Este idiota ha debido equivocarse, estamos en la pista de saltos.

No hubo ninguna respuesta. Desdobló un mapa, le dio vueltas y más vueltas y empleó un siglo antes de encontrar el camino. El camión retrocedió y se hundió en la cuneta. Exceptuados los prisioneros, todos tuvieron que apearse para empujar.

—Algunos deberían darse una vuelta por Rusia —dijo *Plutón*—. Aprenderían mucho más que en este maldito terreno.

—¡Ya podemos despedirnos de los garbanzos! —gimió Stege—. ¡Si tienes hambre, muérdete el culo!

—¡Nadie te dice nada, escoria del frente! —replicó Schwartz furioso.

La pelea iba a estallar, cuando el vehículo arrancó por fin. Todos subieron apresuradamente; poco después, nueva parada, por fin en la pista 9.

—Sondercomando, adelante —ordenó el *feldwebel* Paust.

Nerviosamente, saltamos al suelo y nos alineamos ante Paust, olvidando por completo a los prisioneros, lo que enfureció al teniente de *la feldgendarmerie*. Paust, aturrullado, tartamudeaba. De repente, aulló con una voz que llegó hasta la fila de enormes abetos, donde un grupo de paisanos y de militares esperaba, vuelto hacia nosotros.

—¡Prisioneros, adelante! ¡En marcha, en marcha! ¡Uno, dos, uno, dos!

Tropezando el uno contra el otro, los prisioneros bajaron del camión y se colocaron, casi humildemente, a la izquierda del comando, con la muchacha detrás del suboficial.

El teniente estaba congestionado, con el rostro abotagado. Manoseaba inútilmente su ancho cinturón de oficial y su revólver.

—Preséntese, buen hombre. ¿A qué espera?

Paust, cada vez más nervioso, exclamó:

—Derecha, derecha, mirada al frente... Atención, mirada a la derecha. —Se volvió e hizo chocar los talones—: El *feldwebel* Paust, jefe del sondercomando de la Compañía de guardia, 27.º Regimiento Blindado, Tercera Compañía, se presenta con dos prisioneros.

El teniente devolvió el saludo, dio media vuelta, y desapareció en dirección a los abetos. Una bandada de palomas, con las patas cubiertas de plumas, zureaba en el terreno polvoriento, entre el grano esparcido. A lo lejos, cantaba un cuco. Hacía pensar en un juego de niños, «¿Cuántos años me quedan de vida?», mientras se contaban las veces que el pájaro invisible repetía su canto.

El actuario, un coronel, se nos acercó, seguido por un médico de Estado Mayor y varios oficiales. Paust se adelantó y entregó los documentos que había traído en una carpeta roja.

—Los prisioneros en medio, con dos hombres detrás —ordenó el teniente.

Un poco apartadas del camino, semiocultas por unos arbustos, se distinguían tres cajas de madera. Palidecimos: eran tres ataúdes.

El sol brillaba, varios oficiales fumaban, las palomas zureaban, un macho corría torpemente tras dos hembras que le esquivaban con coquetería. Los fusiles estaban calientes en las manos húmedas. Stege, con el pensamiento muy lejano, jugueteaba con la hebilla de la correa.

El actuario entregó el expediente a un sargento de Caballería; no conseguía ordenar aquellos papeles de colores que el viento enredaba. Con voz hiriente, leyó:

—En nombre del Führer y del pueblo alemán, el Consejo de Guerra ha condenado a Irmgard Bartel, nacida el 3 de abril de 1922, telefonista auxiliar de la Wehrmacht en Bielefeldt, a ser fusilada por pertenecer a una organización comunista ilegal y por haber distribuido propaganda contra la seguridad del Estado entre el personal de su servicio y en el cuartel. La condenada queda deshonrada para siempre y sus bienes pasan a poder del Estado.

La misma condena para el viejo suboficial, pero en esta ocasión era «por negarse a obedecer en acto de servicio en el *stalag* 6». Después de leer, el actuario hizo un ademán al teniente de la *feldgendarmarie*, quien dió rápidamente a Paust unas instrucciones que éste no ignoraba.

—¡Sondercomando, derecha! ¡De frente, marchen!

La arena estaba polvorienta bajo nuestros pies. La muchacha tropezó, pero *Plutón* la sostuvo y sólo cayó de rodillas. Hubo un breve desorden. Las palomas, a las que había ahuyentado las órdenes vociferantes, habían vuelto y estaban casi junto a nosotros.

En un recodo del camino, apareció lo que todos esperábamos, pero que, sin embargo, descubrimos con un horrible sobresalto: los postes para atar a los condenados a muerte.

Había seis; seis postes vulgares, cada uno con un pedazo de cuerda nueva sujeta a un anillo.

—¡Comando, alto! —ordenó Paust—. Descansen, ¡armas! Primer grupo a los postes, con los prisioneros.

Alte respiró con tanta fuerza que todos le oímos; era nuestro grupo. Vacilamos un momento; después, se impuso la disciplina. Avanzamos en silencio hacia aquellos postes que en otro tiempo fueron árboles y que ahora eran los auxiliares de la muerte. Andábamos solos, como en un desierto. A nuestra espalda, los paisanos y el resto del comando esperaban en silencio. Parecían rechazarnos lejos de ellos. Doce seres humanos como los demás rodeaban a otros dos que iban a morir: ningún actor hubiese podido interpretar su papel como aquellos dos... Pálidos, inconscientes, irreales.

¿Y si, en aquel momento, hubiésemos huido? O bien ¿y si el fusil ametrallador de Alte hubiese disparado contra los oficiales? ¿Para qué? Aquí había seis postes, pero en otros sitios había muchos más, los suficientes para doce hombres e incluso para más...

Alte tosió; el viejo hizo lo mismo; era el polvo. Necesitamos lluvia, habían dicho los campesinos. Sí, la lluvia... ¡Si por lo menos lloviese! Nos habríamos sentido más aislados.

—¡Primer grupo, alto! —ordenó Alte con voz sorda.

Murmuró algo incomprensible, en donde aparecía la palabra «Dios». Sabíamos que los del lindero del bosque no podían oírnos.

La joven vaciló como si fuese a desmayarse. *Plutón* susurró entre dientes:

—Valor, pequeña. No muestres a esos cerdos que tienes miedo. Lloro cuanto quieras, no pueden hacerte nada más.

Alte nos señaló a Stege y a mí:

—Vosotros dos, con el viejo; *Plutón* y Porta, con la chica.

—¿Por qué nosotros? —protestó Stege en voz baja.

Sin embargo, nos adelantamos. Debíamos hacerlo. Los demás se alegraban de no haber sido escogidos, e incómodos, volvían el rostro hacia otro lado... Ante todo, para no mirar a aquellos desdichados, después para ocultar su alivio.

Los postes estaban pelados y rugosos a la altura del pecho, porque habían servido

muchas veces, siempre en nombre del pueblo alemán. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento el pueblo alemán? Era la hora de la sopa o de la siesta en el despacho.

La cuerda nueva que olía a cáñamo, era algo corta. El viejo suboficial se contrajo, pero el nudo quedó mal hecho. Stege lloraba.

—Dispararé contra los árboles —cuchicheó—. No contra ti, pobre viejo, te lo prometo.

De repente, la chica empezó a gritar. No era un grito ordinario de mujer, sino un aullido profundo, animal. Porta saltó hacia atrás, perdió su fusil, se secó las manos en el fondillo del pantalón, recogió el arma y corrió en zigzag a reunirse con el comando, veinte metros más atrás. También nosotros nos alejamos rápidamente de los postes, como se huye ante una tormenta.

Un capellán, con atavío lila y una cruz en lugar de la maldita águila, se acercó a los prisioneros. La joven había callado. Una ráfaga levantó una espiral de polvo. El capellán murmuró una plegaria elevando las manos al cielo límpido, como para tomar por testigo de toda la escena a Dios invisible.

El actuario avanzó dos pasos y leyó en voz alta.

—Estas ejecuciones han sido ordenadas para proteger al pueblo y al Estado contra los crímenes cometidos por estas dos personas, condenadas por el Derecho civil y militar, según el párrafo 32 del Código Penal.

Retrocedió rápidamente. Paust tomó el mando; estaba pálido y miraba con desesperación el desierto de arena.

—Derecha, mirada al frente. Carguen los fusiles.

Los cerrojos y los cartuchos tintinearon.

—¡Apunten!

Las culatas se apoyaron en los hombros, la mirada sigue el cañón negro, reluciente. Ante nosotros hay una cosa blanca, el objetivo, el trazo blanco tras el que late el corazón... un corazón... que late desacompañadamente. Stege lanzó un resoplido y cuchicheó:

—Dispararé contra una rama.

—¡Atención!

La joven lanzaba gemidos inarticulados. El pelotón vacilaba, el correaje chirriaba. Hacia atrás, alguien cayó desvanecido.

—¡Fuego!

Una breve salva de doce fusiles y un golpe sordo en doce hombres. Dos asesinatos se habían consumado por razones de Estado.

Con ojos desorbitados, contemplábamos, en estado hipnótico, los dos cuerpos que colgaban de las cuerdas. El viejo suboficial había caído al suelo al deshacerse el nudo; sus piernas se contraían, sus uñas rascaban la arena, que iba enrojeciendo. Las palomas, asustadas, describían amplios círculos en el aire. La joven murmuró

«mamá» en un largo estertor. Los cuatro zapadores del 57.º avanzaron apresuradamente hacia los postes. El médico militar lanzó una mirada indiferente a los cadáveres agujereados y firmó los certificados. Como en una pesadilla, oímos la voz de Paust:

—¡Al camión!

Tambaleándonos como unos beodos, subimos al vehículo. En el rostro de Stege aparecían los surcos negros dejados por las lágrimas; todos estábamos blancos como la cal.

Pasamos silenciosamente ante los centinelas; sólo se oía el ruido del motor; era un viejo vehículo que había visto muchas cosas. Llegamos a los montones de grava donde trabajaban en la reparación de la carretera los prisioneros de guerra.

—Las doce y veinte —dijo Móller con voz incolora.

—Cómo pasa el tiempo...

—¡Se han fastidiado los garbanzos! —añadió Schwartz.

—¡Cerdo westfaliano! —aulló Stege—. ¡Puerco! Voy a partirte el hocico y así podrás comer garbanzos durante tres semanas.

Saltó sobre Schwartz que cayó hacia atrás, y le martilleó salvajemente el rostro, mientras que con la otra mano trataba de estrangularlo. A *Plutón* y a Bauer les costó un gran esfuerzo dominar a Stege, medio loco, y arrancarle la víctima, muy maltrecha. En el tumulto, la voz de Paust gritaba:

—¡Tranquilizaos, hatajo de idiotas!

Pero nadie le prestaba atención.

Al llegar al cuartel, bajamos del vehículo con fingida indiferencia.

—El comando tiene libre el resto del día, pero antes tiene que limpiar los fusiles y el corraje.

Pasamos contoneándonos ante los reclutas curiosos e intimidados que regresaban del refectorio. Ya en el dormitorio, Bauer exclamó:

—¿Nos encontramos en el «Gato Negro»?

Porta dio media vuelta y le tiró su fusil a la cabeza, mientras vociferaba:

—¡Haz lo que quieras, cerdo! ¡Acuéstate con tu gato negro, pero déjame en paz!

Bauer esquivó el fusil por los pelos.

—¡Oh! —comentó riendo un *gefreiter*—. ¡Los hay que están muy nerviosos!

Era uno de la segunda sección. *Plutón* le pegó un puñetazo en pleno rostro.

—Y los hay que tienen un ojo a la funerala, ¿eh?

—¿El servicio religioso en campaña? —gritó Porta con gran irreverencia—. ¡De eso sé mucho! ¡Y ahora comprenderán por qué!

DE CÓMO PORTA SE CONVIRTIÓ EN POPE

Estábamos en la sala de armas, jugando al 17-4. Porta, el único a quien había sonreído la suerte, tenía ante sí una respetable suma. El maestro armero Hauser, que había perdido cerca de doscientos marcos, se hartó de repente.

—Bueno, ya está bien, trae la botella —dijo de muy mal humor.

Plutón le alargó una botella de litro, cuya etiqueta decía «petróleo», pero cuyo contenido era una mezcla de coñac y de vodka. Hauser la pasó a Porta, que la hizo circular en torno a la mesa.

Resonaron sonoros eructos, en medio de las armas bien alineadas en sus soportes, que relucían con una espesa capa de grasa.

—¿De dónde sacaste esa gachí delgada, con la que estabas anoche? —le preguntó Stege a Bauer—. ¿No es la mujer del *hauptfeldwebel* Schröder? Tenía un trasero que se le parecía mucho. Si él se entera, no me gustaría estar dentro de tus botas.

Bauer echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Como ese grueso cerdo está en estos momentos en un vagón de ganado, entre Varsovia y Kiev, no hay peligro. Por el hecho de que *Culo con botas* le haya castigado, su mujer no tiene que pagar las culpas. Hoy es su cumpleaños. Hay una fiesta y os invito; atacamos a las nueve. La viuda temporal nos dará todo el licor del viejo, y Dios sabe el que llegaba a tener. Ella dice que su marido no lo necesitará nunca más, ya que está tan gordo que ni siquiera un ciego fallaría la puntería.

—Yo me encontraba en el Estado Mayor cuando *Culo con botas* la emprendió con él. ¡Había que verlo! Brandt y yo nos retorcíamos de risa. Lo trasladaron a una compañía de Infantería, de modo que si no le pegan un pildorazo así que llegue, en quince días estará tan flaco como un poste de cerca.

Plutón empezó a imitar a Von Weissbaden:

—«Bueno, *feldwebel*, ¿no cree que en su ancho pecho hay sitio para condecoraciones?» «Sí, mi coronel», gritaba el imbécil, mientras se ensuciaba en los calzones. «Perfecto —proseguía *Culo con botas*, mirándole a través de su monóculo bien reluciente—, entonces hay que ir a un lugar más expuesto. Por eso le he trasladado al 104.º de Infantería donde le apreciarán tanto como nosotros, hasta el día

en que hemos lamentado descubrir que confundía usted la diversión con el servicio.»
¡Había que ver la cara que ponía el animal cuando salió por la puerta!

—Porta, cuéntanos algo —solicitó Alte—. ¡Pero algo que sea sabroso!

—Ya comprendo lo que quieres, descreído. Pero hoy es domingo, de modo que os voy a explicar un relato edificante, pequeños míos, Veréis como me convertí en capellán, es decir, en pope, como dicen los rusos.

Levantó una pierna y soltó varios pedos sonoros.

—Oled bien, compañeros. Fue en la época en que hacíamos la guerra en el Cáucaso, hacia Maikop y Tuapse, el día en que Iván se burló de nosotros con el truco de los árboles.

—¡Vaya asunto! —exclamó Stege—. ¿Te acuerdas de cómo se estrellaban los tractores más potentes contra las caobas derribadas?

—Oye —interrumpió Porta—, ¿quién lo explica, tú o yo? Bueno, continúo; después de esta historia, cogimos por la carretera de Georgia, hasta un pueblo piojoso, pero que tenía un nombre agradable para Iván: Prolettarskaya. Allí las cosas se estropearon y tuvimos que salir corriendo, pero antes Ewald vino a verme y me dijo...

—¿Quién es Ewald? —preguntó Alte.

—Nuestro mariscal Kleist, pedazo de bestia. ¿No eres capaz de adivinarlo? ¡A ver si te callas de una vez! Como sabéis, cuando hay que largarse, es necesario dejar a retaguardia una fuerza ligera para que Iván no lo descubra en seguida. Al cabo de una veintena de horas, esa fuerza vuela el material antes de poner también pies en polvorosa. Ewald, como tenía el honor de deciros, sabía condenadamente bien que yo era un soldado de primera. «Escuche, mi querido *obergefreiter* Porta —me dijo en tono confidencial—, Iván nos ha pegado tal paliza en estos últimos tiempos que no puedo dejar mucha gente. Pero como usted vale tanto como medio regimiento de "pies sensibles" y no hay manera de matarle, me ayudará para conseguir la retirada de todo un Cuerpo de Ejército. Arrégleselas con los colegas de enfrente.» Conté a mis compañeros y grité: «¡A sus órdenes, señor mariscal!»

—Oye —interrumpió Stege, guiñándonos un ojo—, ¿estabas en el Estado Mayor?

—Desde luego —replicó Porta, enfadado—, estaba de servicio junto a los jefazos y ya había dado a Ewald consejos de primera. ¿Sus oficiales? ¡Unos cretinos, a mi lado!

—Entonces, no deja de ser curioso que no seas general —dijo Alte—. ¡Es lo menos que te debía Kleist!

—No digas tonterías —replicó Porta—. Sabes tan bien como yo que su uniforme no me sienta bien. Su cuello rojo me pone enfermo. ¡Pero, bueno; a ver si te callas! —vociferó—. ¡Déjame hablar! Así pues, permanecí en las posiciones para hostigar un poco a Iván, temiéndome que pasaría un mal cuarto de hora si llegaban a

pescarme. Aunque me llamo Joseph, como Stalin, no me hacía muchas ilusiones. Le daba vueltas a todo esto en el cerebro, cuando, en un refugio, descubro a un capellán de nuestro Ejército, completamente frito. Me habían dicho que los de enfrente volvían a tontear con la religión, y calculé que, con un uniforme piadoso tal vez no se mostrasen tan bestias. Dicho y hecho. Me puse la ropa del muerto y le di la mía, por pudor. Pero, desgraciadamente, sus piojos empezaron a serme tan fieles como a él; no importa, estaba precioso con la tira violeta en el cuello y una hermosa cruz sobre el pecho, como si fuese una nueva condecoración que el gordo de Hermann hubiese inventado. ¡Muchachos, os hubieseis quedado boquiabiertos!

—Desde luego —dijo Alte, tronchándose de risa.

—En un santiamén, Iván se presentó, no es preciso que os lo diga. Me condujeron ante el jefe, un bestia de coronel con hombreras como mesas y ojos de caníbal, que empezó a vociferar: «¡No es posible! Acabamos de ahorcar a nuestro pope por violación, y ahora me traéis a uno del otro lado. ¡No sabíamos dónde ir a buscarlo! Por el diablo, cura, ¿quieres venir con nosotros o ser ahorcado?» Contesté con mi expresión más beata, sosteniendo la cruz santa como había visto hacerlo a nuestro capellán: «Sí, jefe, seré vuestro pope.» Me dieron, pues, las, ropas del pope ahorcado, a cambio del uniforme que yo había quitado al muerto. Y así fue como me encontré de sopetón entre los rusos.

«¡Menuda vida me iba a pegar! Me las arreglaba muy bien, porque un pope, ante todo, bebe.

Porta calló un momento, dijo dos palabras a una botella con la etiqueta de «aceite para fusiles», eructó, soltó otro pedo y continuó:

—Podía robar, comer por veinte, acostarme con las feligresas... Una vida de príncipe... Y sobre todo, hacer trampas con las cartas, pero eso sí, hacer trampas como es debido.

Se reía de buena gana, pegándose palmadas en los tobillos.

—Tenía muchos camaradas y me consideraban un pope excelente. Por las noches, con el coronel y los tres comandantes, hacíamos tales trampas que un niño de teta se hubiese ruborizado de vergüenza. Me acuerdo de una vez en que nos pasamos la noche buscando el as de pique. Pero había tan poco as de pique como mantequilla dentro de mi nariz. Al cabo de un tiempo, el bote del as de pique ascendía a varios millares de rublos, y, ¿sabéis lo que descubrimos entonces? El coronel, aquel viejo cerdo, estaba sentado encima y se disponía a sacarlo. ¡Se armó un alboroto...! Si no se presenta la guardia, lo destripamos. Un día, el general de la División vino a inspeccionar el regimiento. Me encargaron un servicio religioso. Pero, ¡cualquiera encuentra vino para la misa! Como no soy tonto, cogí un bidón de vodka. «¡Qué fuerza diabólica tiene este vino!», gritaba el capitán. Lo que no impedía que pidiese más mientras todo el 630.º estaba de rodillas, con las manos cruzadas sobre los

fusiles, como es debido. Yo me aticé un buen trago de vodka y bendije a todo el mundo reglamentariamente.

—¡Menudas historias cuentas, larguirucho! —dijo Alte—. ¿Cómo se te ocurren?

—¡No! ¿Pero qué te crees? Joseph Porta no inventa nada. Tiene buena memoria y no es mentiroso. Si dudas de mi palabra, te empalo en mi fusil.

Hablamos un rato, sin dejar de beber.

—¿Cuándo terminará todo esto? —dijo Stege—. El día en que se acabe la guerra... me tenderé en un campo de trébol y empezaré a charlar con los pájaros. ¡No más horas reglamentarias!

—Y yo me acostaré con una mujer —dijo riendo *Plutón*—, sin horario también. Quedarán tan pocos hombres entonces que podremos disponer de varias amigas a la vez.

Se hizo un silencio. Todos evocábamos el final de la guerra. Porta se levantó de repente, cogió un fusil ametrallador, e hizo ademán de barrer unos enemigos imaginarios.

—Yo saldaré varias cuentas viejas con esta herramienta. Conozco por lo menos a veinte SS a quienes querría ver en posición horizontal. Y si alguna vez le echo la mano al SS Heinrich, le agujerearé tanto el culo con mi cuchillo que tendrá almorranas hasta en el cuello.

—Tonterías—dijo Alte—. Sólo sabéis hablar de venganzas. No servirán de nada. Más valdrá olvidar a esos perros. Yo no establezco ninguna diferencia entre los brutos rojos de enfrente, y los nuestros, de negro.

—Sin embargo, tú estabas con nosotros y te alegraste mucho cuando liquidamos al capitán Meier.

—Era distinto. Estábamos en el frente y era en legítima defensa. Pero cuando la guerra esté perdida los vencedores de Alemania se encargarán de los otros; son bastante bestias para hacerlo. No nos corresponderá a nosotros ayudarles.

—Siempre habláis de perder la guerra —interrumpí—. ¿Y si Alemania gana?

Todos me contemplaron como si fuera un bicho raro.

—¿Qué estás diciendo? —gritaron Alte y Stege—. ¿Te has pegado un golpe en la cabeza?

Porta empezó a palparme el cráneo como un mono que despioja a su cría.

—Pienso lo que digo. ¿No habéis oído hablar de las armas? Los sabios alemanes trabajan, y no me sorprendería que acabaran encontrando algo diabólico.

—Si piensas en los gases, claro que los tenemos —dijo Bauer despectivamente—, pero Adolfo no los utilizará, y tampoco los del otro lado. Recibiríamos el doble. Te aseguro, Sven, que no estás en tu juicio.

—¿Crees de veras que hay una posibilidad de ganar? —preguntó Alte, excéptico.

—Sí, lo creo —contesté irritado—. Cuanto peor van las cosas, más convencido

estoy de que algo se prepara. Esta guerra no es sólo de Hitler, sino de todo el pueblo alemán. Si es vencido, no tendrá imaginación suficiente para ver más lejos y creará que todo se ha perdido. No ha conseguido librarse de la garra militarista, y aquí todo el mundo está convencido de que con unos galones se convierte en instrumento de Dios. ¡La guerra debe ganarse, cueste lo que cueste! Pero a nosotros, nada nos importa. No quedaremos ni uno para verlo.

—Tienes razón, Sven —dijo Alte suavemente—, somos demasiado viejos para cambiar de piel y hemos sido creados para servir de carne de cañón.

—¿Y si hablásemos de otra cosa? —dijo Stege, suspirando.

—Sí —dijo Bauer—. Por ejemplo, del asunto de los árboles, cerca de Huapse. ¿Qué hay de cierto en eso?

—¿Quieres saberlo? Bueno, fue un mal momento. Estábamos en el Ejército de Von Kleist, y hacía semanas que dábamos vueltas y más vueltas por el Cáucaso. Veníamos de Rostov, bordeando el mar Negro. La idea era que había que ocupar el Irán o Siria, ya no recuerdo, pero se trataba de una locura, y los rusos nos lo hicieron comprender en seguida. Cuando llegamos a la vista de Tuapse, con todo el equipo, recibimos una gran sorpresa: Iván había derribado un bosque entero de caobas, de un metro y medio de diámetro, sobre el único camino practicable, todo lo demás era selva virgen y pantanos. Las caobas habían sido cortadas con sierras. Y en el último recodo, todo empieza a arder. ¡Había montañas de madera!

«Los zapadores de la 94.^a y de la 74.^a trabajaban como condenados para despejar el camino, utilizando los tractores más potentes del Ejército. Pero no había nada que hacer. Estábamos a punto de asarnos como una oca en Navidad. Y entre la maleza, estaba Iván, tiroteándonos. Naturalmente, nos entró pánico, y todo el mundo se largó a buena marcha. Y aún tuvimos suerte, porque los árboles estorbaban a los rusos, que nos perseguían. Por fin, al cabo de varios días, el Cuerpo de Ejército se reagrupó y nos arrastramos hacia el mar Caspio. Todo esto, desde luego, lo hacíamos por el petróleo, como ya supondréis. ¡Pues bien, sí! Cuando llegamos a la carretera estratégica de Georgia, el primer pozo de petróleo quedaba aún a centenares de kilómetros.

—¡Válgame Dios! —exclamó *Plutón*—. La carretera estratégica de Georgia... ¡No es fácil que la olvidemos! ¡Un arroyo de fango! ¡Todos los vehículos quedaban clavados allí!

Stege se pegó una palmada en el muslo:

—¿Te acuerdas? Los 623 resbalaban sobre sus cadenas y derribaban los postes telegráficos como si fuesen cerillas. Y también los motoristas... Desaparecían... por entero bajo el hierro. Maldita carretera estratégica... ¡Todo el Ejército parecía un corcho en un tonel de vino...!

La oscuridad invadía la sala de armas y se oía a los reclutas que regresaban

cantando del campo de ejercicios.

—¿Quiere tomar un baño de cerveza? —gritó Porta vaciando la enorme jarra en la cabeza de la rubia camarera.

Lanzó la jarra al aire, y cayó en el mostrador, salpicando a todos los que lo rodeaban.

Se originó una pelea con un granuja llamado Hermanito.

Fue uno de los días grandes de la cantina.

HERMANITO Y EL LEGIONARIO

La Segunda Sección fue destinada a una de las fábricas de tanques pesados. Los combatientes, con su experiencia del frente, estaban encargados de probarlos e indicar el emplazamiento de los cañones.

Para nosotros era una vida magnífica, aunque hubiese que trabajar quince o dieciséis horas diarias. El cuartel estaba lejos, era fácil perderse entre los centenares de obreros de todas las nacionalidades; Porta actuaba como un ciervo en celo, y por lo menos había dos mil obreras y mujeres empleadas a las que consideraba como propiedad personal. Los viejos contra maestres nos daban, sin dificultad, pases de salida, pero, sin embargo, un día, *Plutón* se pasó de la raya: robó un camión, visitó todas las tascas y luego, borracho como una cuba, acabó por estrellar el pesado vehículo contra una pared, a tres metros del puesto de policía.

Esta hazaña sólo le valió quince días de calabozo, gracias a la benévola complicidad de un contra maestro, pero Von Weissshagen le añadió, ante todo el batallón, un patético sermón en el que *Plutón* se vio calificado de «oprobio del Ejército».

Como la prisión militar estaba llena, el destino envió a *Plutón* a compartir la cama, el pan y el calabozo del suboficial Reinhardt, quien, lo mismo que Job, yacía sobre sus excrementos, olvidado de Dios y de los jueces militares. Por lo demás, permaneció allí hasta la llegada de los americanos en 1945, quienes le nombraron inspector de prisión. Es justo decir que fue un guardián excelente y concienzudo. Apoyándose en el reglamento lo aplicó con un celo tan intempestivo que, tres años más tarde, se le volvió a su estado de prisionero, y con la muerte en el alma, tuvo que abandonar el uniforme que tan bien le sentaba.

El teniente Halter, nuestro jefe de sección, disconforme con nuestra conducta, acabó por hartarse y renunciar a sus reproches, y ahogaba en la cantina el idealismo

de sus diecinueve años, junto con varios veteranos. Estos le pusieron al corriente de un programa más razonable para el Tercer Reich: hablar mucho de los deberes hacia el Partido, y hacer lo menos posible, para acelerar el final de esta guerra titánica.

En aquella época, las personas que pensaban así eran, por desdicha, una minoría. Cuando todo hubo terminado, surgieron a legiones y todo el mundo declaró haber sido adversario de Hitler. ¡Así es la vida!

En cuanto a nuestro comportamiento, era una especie de antídoto contra la desesperación. Abusar de la vida porque mañana moriremos. Hacerlo violenta, salvajemente, y, sobre todo, no pensar. Éramos soldados, pero no soldados como los otros, sino veteranos, con la soga ya en el cuello. El verdugo sólo hubiese tenido que estirar. Unos parias; unos inútiles en opinión de sesenta millones de alemanes. En todo hombre veíamos, ante todo, a un bribón, por lo menos hasta que se demostrase lo contrario, pero esa demostración no resultaba fácil. Todos los que no eran de los nuestros eran enemigos; su vida y su muerte no contaban nada. El alcohol, las mujeres, el opio, todo nos venía bien. ¿El lugar de nuestros amores? ¡A veces una garita, o una cuneta! ¡Ni siquiera a los retretes les hacíamos ascos!

Habíamos visto morir a millares de seres; asesinados, fusilados, decapitados, ahorcados; habíamos sido verdugos, y por efecto de nuestras balas, hombres y mujeres habían enrojecido la arena con su sangre. Ante nuestros ojos, innumerables legiones habían caído en las estepas rusas, en el Cáucaso, o habían desaparecido tragadas por los pantanos de la Rusia blanca. Sí, lo que habíamos visto hubiese hecho llorar a las piedras, pero si alguno de nosotros llegaba a llorar, era, seguramente, a causa de la borrachera. Llevábamos el sello de la muerte, incluso estábamos muertos ya, pero nunca hablábamos de eso.

Era una tarde, en la cantina. Dirigíamos bromas obscenas a las tres camareras.

—¡Tú, Eva! —gritaba Porta a una muchacha de tipo supergermánico—. ¿No te gustaría tenderte un ratito de espaldas?

No hubo respuesta, y sí un ademán ofendido de la nuca rubia.

—Créeme, hermosa, probar a Porta es adoptarlo. Después, le seguirías hasta el frente.

—¿Os marcháis pronto al frente? —preguntó ella con curiosidad.

—No me lo han dicho. Pero con *Culo con botas* nunca se sabe. Ven a charlar un rato conmigo. Te enseñaré unos trucos; amiguita, que te quedarás boquiabierta.

—¡No me interesan, indecente! —replicó la joven camarera.

Porta se echó a reír:

—¡Caramba! ¿La señorita prefiere a las mujeres? A mí no me molesta. Una vez, incluso, una que tenía esos gustos me encontró más encantador que todas sus novias. ¿De acuerdo? Nos encontramos en «La Vaca Pelirroja», a las siete. ¡Y ponte unos trapos atrevidos! Me gustan. Fíjate bien que no es para coleccionarlos, como hace el

teniente Britt, que les pega incluso etiquetas, de modo que siempre puede saberse de dónde proceden. Tráeme una cerveza.

La camarera, escarlata, pegó una bofetada a Porta.

—¡Presentaré una queja! —le amenazó.

—En tal caso, ven a verme —contestó Porta, riendo—. ¡Yo entiendo mucho de quejas!

En aquel momento, uno de los peores matones del sexto comando, el llamado *Hermanito*, se abrió paso con los codos y se acercó a la barra.

—Cerveza —ordenó—, cinco jarras a la vez—. Se volvió hacia un individuo pequeño y con el rostro lleno de cicatrices que bebía solo en un rincón—: Tú pagarás mi cerveza, compañero, si no quieres recibir un guantazo.

—Supongo que no me estará hablando a mí —replicó el pequeñajo con una expresión tan graciosa que todo el mundo se echó a reír.

Hermanito miró al hombre y dijo con tono vanidoso:

—¡A ti, mocoso! —Se volvió con los cinco jarros entre sus manazas y dijo a la camarera—: Ese feto tiene permiso para pagar mi cerveza.

Silencio. El pequeño vació su jarra, se lamió los labios y se secó la boca con el dorso de la mano.

—¿Eres tú a quien llaman *Hermanito*? —preguntó al gorila de dos metros de estatura que se sentaba a una mesa.

—¡Paga y cállate! —fue la respuesta.

—Pagaré mi propia cerveza, pero no pago la bebida de los cerdos. Tendrías que volver a tu establo. ¡Parece mentira lo que llegas a parecerte a un marrano!

Hermanito tuvo un sobresalto como si le hubiese alcanzado un rayo y dejó caer las cinco jarras, que se destrozaron ruidosamente contra el suelo. De dos zancadas estuvo junto al pequeño, que le llegaba a la cintura, y aulló:

—¡Repite eso!

—¿Estás sordo? —dijo el otro—. ¡Y, sin embargo, los cerdos tienen orejas!

Lívido, el gorila levantó un puño homicida.

—Calma, calma —dijo el otro, esquivando hábilmente el golpe—. Si quieres, salgamos fuera a pelear. Será mejor para la cristalería.

Apartó su jarra y salió. *Hermanito*, espumeante de rabia, profería sonidos inarticulados. El pequeño dijo riendo:

—¡No te canses, puerco!

En la atestada cantina se hizo el silencio. No dábamos crédito a lo que oíamos. El tirano del Batallón, el chulo, se veía provocado por un engendro de un metro cincuenta y dos, un sujeto de quien nada sabíamos. Era la primera vez que le veíamos. Llevaba sobre su uniforme gris el brazal blanco, con las palabras *Sonder abteilung*, encuadradas por dos calaveras, señal de que pertenecía a un regimiento

disciplinario. Los trescientos hombres que había en la cantina se precipitaron al exterior para ver cómo aplastaban a aquel aborto.

Hermanito vociferaba mientras pegaba puñetazos en el vacío, pues su adversario los esquivaba siempre, sin dejar de reírse y de exhortarle a que tuviese calma.

Entonces ocurrió lo que parecía imposible. De repente, el pequeño pegó un gran salto y las suelas claveteadas de sus botas de Infantería alcanzaron como una maza el rostro de *Hermanito*. El gorila cayó. El pequeño se lanzó sobre él como un tigre, le volvió boca abajo, se sentó a horcajadas en sus hombros y, aferrando la rojiza pelambreira, le restregó el rostro contra el terreno desigual. Después, le pegó un puntapié en los riñones, escupió sobre él con desprecio y entró en la cantina, con aire indiferente, ante los trescientos espectadores boquiabiertos por el espectáculo de aquel tirano derrumbado.

Se bebió con expresión satisfecha otra jarra de cerveza, en tanto que nosotros observábamos al vencedor del Goliath de tantas prisiones, campos de concentración y campos de batalla. ¡No le entendíamos! *Plutón* le alargó un cigarrillo.

—Es de opio. ¿Te gusta?

Una seca palabra de agradecimiento. El sujeto encendió el cigarrillo, mientras la camarera colocaba ante él otra jarra de cerveza.

—De parte del *obergefreiter* Stern —le dijo.

El otro rechazó el jarro y dijo:

—Agradézcaselo. Pero el cabo Alfred Kalb, del Segundo Regimiento de la Legión, nunca acepta invitaciones de desconocidos.

—¿Has estado en la Legión Extranjera Francesa? —preguntó *Plutón*.

—Como no eres sordo, ya lo has oído.

Plutón, ofendido, le volvió la espalda. *Hermanito* había entrado ya y permanecía en un rincón con expresión hosca, formulando amenazas capaces de erizar el cabello. Su rostro parecía haber pasado por una máquina de triturar carne; colocó la cabeza bajo el grifo del lavabo y se limpió el rostro ensangrentado, mientras resoplaba como una foca. Sin tomarse la molestia de secárselo, se bebió tres jarras de cerveza y volvió a acurrucarse en un rincón.

Porta se había encaramado en la barra y cortejaba a la rubia Eva, a la que trataba de besar.

—¡Oye, qué hermosas tetas tienes! —exclamó—. ¿Y los muslos? ¿Son tan bonitos?

Sin manías, le metió mano bajo la falda y acarició sus delgadas piernas. La muchacha lanzaba gritos histéricos, y le pegaba botellazos, en medio de un estallido de risas. Porta se volvió con expresión risueña.

—¡Virgen, limpia, bragas rosas, medalla piadosa! ¡Es una ganga!

Se bajó de la barra y se dirigió al legionario:

—He oído tu respuesta a mi amigo *Plutón*. Por el hecho de conocer trucos de burdel marroquí, no creas que ya está todo arreglado con Joseph Porta, aquí presente, de Berlín Moabitt. De modo que, un buen consejo: contesta cortésmente cuando se te hable de la misma manera.

El legionario se levantó sin prisa y saludó a Porta quitándose el gorro con una cortesía bastante cómica.

—Gracias por el consejo. Alfred Kalb, del 2º Legionario, se acordará, Joseph Porta, de Berlín Moabitt... Yo también nací allí. Nunca busco pelea, pero tampoco la rehuso nunca. Esto no es ningún consejo, sino una sencilla afirmación.

—¿En qué Regimiento estás ahora, camarada? —preguntó Alte con tono conciliador.

—27.º Blindado, primer batallón. Tercera Compañía, desde hoy a las once.

—¡Pero si somos nosotros! —exclamó Porta—. ¿Cuántos años te han echado, hermano?

—Veinte —contestó Kalb—. Cumplí ya tres por conducta antisocial, falta de autenticidad política y servicio ilegal en un ejército extranjero. El último año, en el campo de Fagen, cerca de Bremen. ¿Os basta esta información?

—¿Conoces a un SS *hauptscharführer* Braum, del bloque 8, en Fagen? —pregunté lleno de curiosidad.

—Sí, le conozco. Me rompió las dos muñecas y después me castró porque fui con una polaca, de la sección de mujeres. Pero Alá me dice que un día volveré a verle y entonces...

Sacó una delgada navaja y probó su filo con expresión acariciadora.

—¡Y conservarás sus menudillos en una jarra, ya lo veo! —dijo Porta riendo.

—¿Por qué no? Bien se guardan serpientes, de modo que, ¿por qué no los menudillos de una basura como Braum? Constituirá un buen recuerdo para el burdel que pienso abrir después de la guerra.

Se volvió hacia una de las camareras:

—¿Nunca has visto unos menudillos dentro de una jarra?

—¿De qué? —preguntó la camarera, sin comprender. Unas sonoras risotadas le contestaron—: ¡Cerdos! —dijo, entendiéndolo de repente.

Y desapareció tras el bar.

Hermanito se acercó a la barra y echó una moneda de un marco sobre el mostrador.

—Una cerveza —pidió.

Se la bebió de un trago y se dirigió hacia el legionario con la mano tendida.

—Te presento disculpas, camarada. Ha sido culpa mía.

—No tiene importancia —dijo Kalb, cogiendo la mano ofrecida.

Inmediatamente, un puño de hierro inmovilizó al pequeño legionario sorprendido,

en tanto que una rodilla del bruto le aplastaba el rostro. Un golpe homicida en la nuca le hizo caer sin sentido. El gorila le dio otro puntapié en el rostro y se oyeron crujir los huesos de la nariz de la víctima. *Hermanito* se irguió, se limpió el puño y lanzó una mirada despectiva a la multitud silenciosa. *Plutón* bebió un sorbo y dijo, con voz suave:

—Evidentemente, en el 2° Legionario no conocían este truco, pero ten cuidado. Uno de estos días te encontrarás caminando hacia el frente, y conozco por lo menos a tres mil tipos que arden en deseos de enviarte una bala dun dun en pleno rostro.

—¡Que lo prueben! —aulló el bruto—. ¡Soy capaz de salir del infierno para estrangularlos!

Salió de la cantina entre un concierto de maldiciones.

—Ese tipo morirá de un accidente, como por casualidad, sin que nadie lo sienta —dijo Alte.

Ocho días después, el pequeño legionario, a quien habían tenido que cortar la punta de la nariz, trabajaba con nosotros en un gran recipiente de metal que había que remachar. En aquel momento pasó *Hermanito*.

—Tú, que eres tan fuerte —le gritó amablemente Kalb—, ven a ayudarme. Sujeta el remache, siempre se nos está cayendo. No tenemos bastante fuerza para sujetarlo.

Como todos los brutos, el gorila era tan estúpido como vanidoso.

—¡Sois unos enclenques! ¡Ahora os enseñaré cómo hay que sostener un remache!

Entró en el recipiente de acero. Al momento, la abertura quedó obstruida por una cuba llena de hormigón, bien sujeta con cuñas. ¡El hombre estaba atrapado como una rata! Inmediatamente, diez, quince martillos neumáticos cayeron con estrépito sobre la prisión de acero en la que el legionario había introducido un tubo de vapor hirviente, capaz de matar a cualquiera, excepto al bruto cautivo.

Después de tres semanas de hospital, *Hermanito* reapareció; envuelto de pies a cabeza, pero siempre a punto de pelear. Una noche, el pequeño legionario le echó cristal en polvo en la sopa, y todos esperamos, encantados, a que se produjese la perforación intestinal. Pero el vidrio pareció sentarle a las mil maravillas. La revancha no se hizo esperar y fue Porta quien salvó la vida a Kalb. Sin ninguna explicación, le arrancó de las manos una jarra llena de cerveza. *Hermanito* acababa de echar en ella una dosis de nicotina pura.

Nuestra aventura nació por casualidad y de manera bien superficial.

Terminó con la marcha de la Compañía, un día de bombardeo aéreo.

¿Quién se atrevería a condenar esos amores fugaces en el seno de esta guerra devoradora?

PASIÓN

Se escuchaba el paso seco de los zapatos de altos tacones sobre el asfalto mojado. Oculto en una esquina, a la tenue luz de una bombilla azul de la defensa pasiva que se balanceaba de un gancho oxidado, vi acercarse a Use, mi mujer.

La tenue luz la iluminaba de lleno y me dejaba en la sombra, desde donde deseaba ver sin ser visto. Ella se detuvo, dio unos pasos, su mirada se dirigió hacia la calle ascendente que pasaba ante el cuartel; se estremeció bajo la lluvia fina, consultó su reloj, arregló lentamente su chal verde.

Un soldado pasó, aminoró la marcha y dijo:

—¿Te han dado plantón? ¡Vente conmigo! Lo pasaremos igualmente bien.

Ella se volvió y se alejó un poco por la calle. El soldado se echó a reír y el sonido de sus botas claveteadas se perdió entre las ruinas. Use volvió a situarse bajo la luz. Empecé a canturrear: «Nuestras dos sombras sólo forman una, sin duda de tanto como nos amamos...»

Dio media vuelta y observó enojada la sombra de la que surgió lentamente. Pero, cuando me vio bien, se puso a reír, y, cogidos del brazo, pese al reglamento, nos fuimos calle abajo entre los escombros y los cascotes.

¡Olvidaba la guerra, olvidaba la espera! Por fin nos habíamos encontrado.

—¿Adonde vamos, Use?

—No lo sé, Sven. ¡A un sitio donde no haya soldados ni olor a cerveza!

—Vamos a tu casa, Use, me gustaría ver dónde vives. Hace ya cinco semanas que nos conocemos, cinco semanas de frecuentar cervecerías, pastelerías o las ruinas.

—Sí, vamos a mi casa, pero ten mucho cuidado. Nadie tiene que oírnos.

Un tranvía pasó traqueteando; lo cogimos en compañía de personas insignificantes y tristes. Nos apeamos en un arrabal. La besé, y acaricié su mejilla aterciopelada, pero unos transeúntes surgieron de la sombra y me intimidaron, porque nunca me ha gustado besar a una mujer en público. Ella me apretó el brazo y avanzó suavemente mientras caminábamos con lentitud. Aquí no había ruinas, sino casitas y

edificios intactos, viviendas de gente rica; no debía resultar económico tirar bombas allí, pues no se habría matado a bastante gente.

Las sirenas aullaron la alarma, pero, según nuestra costumbre, no les prestamos la menor atención.

—¿Tienes permiso para la noche, Sven?

—Sí, hasta mañana a las ocho, gracias a *Plutón*. Alte está en Berlín, pero él, con tres días de permiso.

—¿Han dado además otros permisos?

—Sí.

Use se detuvo, su mano se crispó en mi brazo y palideció; sus ojos brillaban húmedos, en el halo de una bombilla azul.

—¡Sven, ah, Sven! ¿Quiere decir que te marcharás pronto?

No contesté, sino que tiré de ella, nervioso e irritado. Anduvimos en silencio, y después ella dijo, como si con mi silencio hubiese adquirido una certidumbre:

—Entonces, es el final. ¡Te marchas! Sven, te debo una felicidad que mi marido nunca me dio. Incluso si él vuelve, ya no podré vivir sin ti. Te lo ruego, júrame que también volverás.

—¿Cómo puedo contestarte? No soy yo quien puede decidir mi destino, aunque te ame también. Al principio, creí que sólo era una aventura, más interesante por el hecho de que estabas casada. Desdichadamente para los dos, ahora es muy distinto de una aventura, y tal vez sea mejor que la guerra nos separe.

Seguimos adelante, silenciosos como la noche. Ella se detuvo ante la puerta de un jardín y avanzamos por un sendero bien cuidado. A lo lejos, se percibían fugazmente los resplandores de la D.C.A., pero no se escuchaba ninguna bomba.

Abrió una puerta con precaución, y examinó detenidamente las cortinas negras que cubrían la ventana antes de encender una lamparita cuya luz nos reconfortó. La cogí entre mis brazos y la besé con violencia mientras ella me devolvía salvajemente el beso, oprimiendo contra el mío su cuerpo, estremecido por el deseo.

Caímos pesadamente en un diván, sin separar nuestras bocas ávidas; mis manos acariciaron su cuerpo grácil y seguían la costura de las medias, a través de las cuales su piel era fresca, lisa y perfumada. Aquel perfume era el olvido del cuartel, de los tanques que olían a grasa, de los uniformes húmedos, de los olores a cerveza y a sudor de hombre, el olvido, también, de los burdeles, de las canciones vociferadas, de las ciudades en ruinas, de las fosas llenas de cadáveres. Era, por fin, entre mis brazos, una verdadera mujer, elegantemente vestida, cuyo perfume recordaba el suave aroma de las colinas del sur de Francia; una mujer de piernas esbeltas, bien calzada y cuyas carnosas rodillas se dibujaban bajo la seda transparente.

La falda es tan estrecha que hay que subirla para estirarse cómodamente. En el suelo hay una piel, pero, ¿qué clase de piel? ¿Y qué puede saber de pieles un soldado

de 27.º Blindado? Una mujer hubiese reconocido inmediatamente el astrakán negro como la noche y rizado con los rizos de la riqueza. Los botones de una blusa tenue y rosada se desabrochan, un pecho prisionero es liberado por unas manos suaves, aunque acostumbradas a luchar; los senos sonríen a unos ojos quemados por las nieves de Rusia, turbios de cerveza y de vodka, pero hambrientos de amor, y que durante mucho tiempo han buscado una madre, una amante, una mujer como ésta. Use se apartó suavemente.

—¡Si te dijese lo que sueño! —murmuré.

Ella encendió un cigarrillo, colocó otro en mi boca y contestó:

—Conozco ese sueño, amigo mío. Sueñas con estar muy lejos, en otro sitio, sin cuarteles, sin gritos, sin funcionarios, sin olor a cuero; sueñas con un país suave, con mujeres, viñedos, árboles verdes.

—Sí, esto es.

En la mesa, junto al diván, había una fotografía. Un hombre elegante, de rasgos distinguidos y con las insignias de oficial de Estado Mayor, pero, en la vida corriente, un abogado. En un ángulo, una mano firme había escrito: «TomHorst, 1942.»

—¿Tu marido?

Ella cogió la fotografía, la colocó cuidadosamente en la estantería que había detrás del diván y apretó sus labios húmedos contra los míos. Besé sus agitadas sienes, hice resbalar mis labios hasta sus senos firmes, mordí el hoyuelo que había en su barbilla y eché hacia atrás su oscura cabellera.

—¡Sven! ¡Si, al menos, pudiésemos realizar tu sueño!

En una, pared, el retrato severo de una mujer con alto cuello de encaje nos miraba con unos ojos grises que sin duda nunca habían soñado, pero que jamás habían visto ciudades en ruinas ni seres humanos enloquecidos por los bombardeos aéreos.

¡Al diablo la moralidad! ¡Mañana estarás muerto!

Nuestras bocas entreabiertas se oprimen la una contra la otra. En el suelo hay una prenda transparente, una falda... Y ella yace palpitante, semidesnuda, vestida aún para mi placer, porque la desnudez total decepciona casi siempre a un hombre. Siempre se desea una última prenda, un pedazo de tela final que quitar a la mujer a quien se ama.

Mientras luchaba aún con un cierre, ella se incorporó llena de ardor, para prestarme ayuda. A lo lejos, las sirenas tocaron una nueva alarma, pero nosotros estábamos ausentes de la guerra, de los bombardeos, del mundo entero... De todo lo que no fuese aquel combate viejo, como el mundo: la lucha amorosa entre el hombre y la mujer. Apretados el uno contra el otro, el diván parecía demasiado ancho. Transcurrían las horas, dejándonos insaciables. Y después, un sueño pesado se apoderó de nosotros y caímos en la alfombra de dibujos persas.

Era de día cuando despertamos, agotados, pero felices. Había sido una noche para

recordarla largamente, Use se puso una bata y me besó como sólo besan las mujeres que aman.

—¡Quédate, Sven! ¡Quédate aquí! Nadie vendrá a buscarte. —Se echó a llorar—. La guerra terminará muy pronto, es una locura volver al frente.

Me liberé de sus brazos.

—No se vive dos veces unas horas semejantes. Y, por lo demás, ¿quién te dice que no volveré? Por otra parte, no puedes olvidar al que tienes en Francia. También él regresará algún día, y ¿adonde enviarán entonces al desertor? ¿A Buchenwal, a Torgau, a Lengries? No, acúsame de cobardía, pero no puedo.

—¡Me separaré, Sven, pero quédate! ¡Te conseguiré documentación falsa!

Moví la cabeza y le di, escrito en una hoja de carnet, mi número de sector postal: 23645. Ella apretó sobre su pecho aquel sencillo número, nuestra única conexión durante algún tiempo.

Silenciosa, habiendo olvidado toda prudencia, Use me siguió con una mirada fija mientras yo me alejaba. Rápidamente, sin volverme, desaparecí entre la niebla.

El tren se detenía en todas las estaciones pequeñas.

Había que esperar horas enteras ante las ollas humeantes, para obtener un poco de sopa de ortigas.

Bajo la lluvia y la nieve, nos agachábamos entre los rieles que actuaban de retretes.

¡Interminable viaje! Avanzamos durante veintiséis días antes de desembarcar, por fin, en el corazón de Rusia.

DE REGRESO AL FRENTE DEL ESTE

Durante quince días viajamos en un transporte de tropas compuesto por una treintena de vagones ganaderos para los soldados y de dos vagones muy viejos de tercera clase, para los oficiales. El vagón plataforma lleno de arena, que debía protegernos de las minas, precedía siempre a la locomotora. Se nos hubiese podido seguir el rastro, porque habíamos dejado, en forma de excrementos nuestras tarjetas de visita entre los rieles de las innumerables estaciones en que nos habíamos detenido.

Mil aventuras habían salpicado este largo viaje a través de Polonia y Ucrania hasta una estación en ruinas, cerca de Roslawl. Allí, por caminos polvorientos, destrozados por los vehículos pesados, hicimos una marcha hasta las posiciones del 27.º Blindado, cerca de Branovaskaya.

El capitán Von Barring nos recibió con los brazos abiertos. Estaba pálido como un muerto. Se decía que padecía una enfermedad intestinal incurable, y se pasaba la mayor parte del tiempo bajándose los pantalones. Al cabo de un período muy breve, el hospital lo había devuelto al frente, curado en apariencia, pero entonces había sufrido un ataque de ictericia que no arregló las cosas. Nos dolía el corazón ver en aquel estado a un jefe al que adorábamos.

Si Porta, *Plutón* y el antiguo legionario, definitivamente adoptado, no hubiesen hecho de las suyas, habríamos permanecido en la guarnición, pero aquellos tres granujas habían terminado por sembrar el horror en kilómetros a la redonda.

Después de la pelea entre Kalb y *Hermanito*, éste, con gran alegría por nuestra parte, fue trasladado a nuestra Compañía, lo que no le dejó muy contento. Pero, poco después, Porta se distinguió también.

Un día de juerga en «El Gato Negro», adonde fue vestido de paisano y sin

permiso, medio violó a una mujer. Ebria y aterrorizada, su víctima gritaba como un puerco al que degüellan, en tanto que, compareciendo de improviso, nosotros les mirábamos a ambos, semidesnudos y en una posición que no daba lugar a dudas. *Plutón* cogió una botella de cerveza y nos roció mientras decía:

—En verdad, os digo, que habéis sido creados para crecer y multiplicaros.

Tras de lo cual, todo el mundo se retiró satisfecho.

Pero al día siguiente, las cosas se estropearon. Ya serena, la mujer recordó que había habido testigos, de modo que podía hablarse de violación en buena y debida forma. Corrió a ver a su padre, que, para colmo de desdichas, resultó ser el intendente de reserva del regimiento disciplinario. Este pasó aviso a Von Weissshagen, quien, a pesar de lo poco que le gustaban los intendentes de reserva, se vio obligado a poner en marcha la máquina de la justicia. *Plutón*, Porta y varios otros fueron reconocidos por la doncella, y los calabozos abrieron sus puertas una vez más.

Por su parte, *Plutón* había hecho un buen trabajo. Un día nos invitó a dar un paseíto en un tanque de instrucción, es decir, un tanque al que se le había quitado la parte superior, lo que hacía que se pareciese a una enorme bañera montada sobre orugas. El aparato, lanzado a toda marcha por el terraplén de los garajes, alcanzaba sus buenos cuarenta kilómetros por hora, en lugar de los quince, velocidad máxima permitida. Al cabo de cuatro o cinco vueltas a la pista, con el motor a toda marcha y las orugas rechinando, *Plutón* soltó los mandos y se volvió hacia nosotros, lleno de regocijo.

—¡Fijaos en este cacharro! ¡Alcanza condenadamente bien los cuarenta!

En medio de una formidable nube de polvo, llegábamos pegando bandazos al extremo del camino, cuando, cual un diablo surgido del suelo, apareció ante nosotros un pequeño «Opel». Lo que siguió fue rápido como el rayo. Oímos un crujido siniestro y el pequeño «Opel» voló fuera del camino, aterrizó en un terreno de ejercicios y dio dos o tres vueltas de campana mientras que dos ruedas arrancadas avanzaban vacilantes hasta la cerca del recinto.

—No está mal —dijo Porta—. ¡No ha estado nada mal!

—¿Quién pega la bronca a quién? —preguntó *Plutón*, de excelente humor—. ¿Aquel atontado o *Plutón* aquí presente?

De los restos del vehículo surgió, para estupefacción nuestra, el atontado, que resultó ser nada menos que el ayudante de nuestro batallón. Ante un *Plutón* que parecía fulminado por un rayo, tuvo un ataque de cólera terrible y le largó quince días de arresto, lo que, en verdad, no era excesivo.

Enojado, Porta tiró su macuto en un rincón de la choza donde teníamos nuestra vivienda, y gritó al viejo ruso que, en un rincón, estaba rascando contra la pared su espalda piojosa.

—¡Hola, Iván, aquí está Joseph Porta de regreso! Pareces tener piojos, ciudadano

soviético.

El ruso se puso a reír, sin haber entendido ni una palabra.

—¡Te anuncio que volvemos a estar aquí! —repitió Porta en ruso—. Pero no por mucho tiempo. Aunque seamos un ejército de primera, saldremos a toda mecha y muy pronto. ¡Hacia Berlín! Y en nuestro lugar tendrás el gusto de ver a tus camaradas rojos y ellos tendrán el placer de ahorcarte.

El ruso abrió mucho los ojos y tartamudeó:

—¿Germansky marcharse? ¿Soldados bolcheviques venir aquí?

—¡Eso mismo camarada! —repuso Porta riendo.

En el rincón, los nueve paisanos rusos de la pestilente choza cuchicheaban animosamente. Uno de ellos salió, probablemente para esparcer la noticia en el pueblo triste y grisáceo. Otros, con gran sigilo, empezaron a preparar sus paquetes. La voz de Porta les sobresaltó:

—Y, sobre todo, no olvidéis vuestra *sarotchkal* [3]

Plutón, que estaba a su lado, cogió su fusil ametrallador, e hizo un expresivo ademán, mientras decía en mal ruso:

—Si camarada comisario venir aquí, entonces bum, bum. Porque vosotros no partisanos. ¡Salid aprisa y haceros partisanos!

El viejo ruso se les acercó y dijo con tono lleno de reproche:

—Tú no gastar bromas, señor soldado.

Utilizando las cajas de las máscaras de gas como almohadas y los capotes como mantas, tratamos de dormir un poco. Íbamos en calidad de Infantería para ocupar la cota 268,9. Toda la 19.^a División debía haber sido triturada por los rusos, incluidos los tanques, empantanados o destruidos, naturalmente.

—Hemos caído en una verdadera olla de mierda —dijo Stege, furioso—. ¡Somos la unidad más desgraciada del Ejército!

—Sí —dijo Móller—, un tipo del Estado Mayor me ha dicho que el 52.^o Cuerpo de Ejército está izando velas con Iván pegado a sus talones.

—¡Válgame Dios! —estalló *Plutón*—, si esto es cierto, entonces sabremos lo que es bueno. Esos tipos del 52.^o huyen siempre como conejos.

—Todos son montañeses —dijo Stege—. ¡No puedo sufrir a los campesinos de los Alpes! Con sus ramos de flores en la gorra, cuando forman círculo parecen una corona fúnebre.

—¡A ver si os calláis! —gruñó Alte—. No hay manera de dormir. Y no sabemos si mañana podremos hacerlo.

Lentamente, el silencio cayó en el recinto, con su pestilencia secular, llena de sudor, de grasa y de miseria. Se escuchó todavía un buen surtido de blasfemias alemanas, francesas y árabes del legionario, contra los piojos rusos, mucho peores, decía él, que los de África.

Todo el mundo roncaba en la noche oscura cuando un pie vino a sacudirnos, mientras una voz cuchicheaba.

—¡Vamos! ¡En pie! Nos marchamos.

Porta blasfemó. Nos incorporamos pesadamente, cargamos la impedimenta y chapoteamos hasta el lugar de reunión, donde el resto de la 5.^a Compañía se agitaba ya entre el frío y la neblina. Las linternas de campaña brillaban aquí y allá para la verificación de los documentos; órdenes sordas, chasquidos de acero contra acero eran los únicos ruidos de la noche sombría y lluviosa. La voz de *Hermanito* enronquecía a fuerza de juramentos y amenazas.

Von Barring se presentó sin prisas, envuelto en el largo capote con capucha que llevaban los centinelas, sin distintivos ni insignias. Interrumpió en seco todas las conversaciones.

—Buenos días, Compañía. ¿Listos para la marcha? —Sin esperar la respuesta, ordenó—: Compañía, ¡derecha! Armas al hombro, ¡derecha! Llevad vuestras armas automáticas de la manera más cómoda posible. Quinta Compañía, media vuelta. Paso de marcha, seguidme, adelante.

Porta y el legionario fumaban descaradamente y sus cigarrillos brillaban en la oscuridad; otros siguieron el ejemplo, caminando de manera desordenada, buscándonos los unos a los otros como para protegernos del miedo y de la noche. Porta me puso una granada en la mano.

—No me queda sitio para esta porquería; cógela.

La mochila chirriaba y tintineaba en las espaldas de los hombres, visiblemente nerviosos. La lluvia caía del casco y nos resbalaba por la espalda, como un largo dedo helado. Atravesamos un bosquecillo; después, un campo de girasoles pisoteados. *Hermanito* seguía profiriendo amenazas con voz más alta, y se notaba que iba buscando camorra.

El capitán Von Barring se detuvo y dejó que la Compañía desfilara ante él bajo el mando del teniente Halter, cuyo fusil ametrallador se balanceaba de la correa. Cuando *Hermanito* llegó a la altura del capitán, oímos que Von Barring decía con voz suave:

—¡Eh, usted! He visto su documentación y he oído hablar de usted. Le advierto que aquí no se admiten las provocaciones. Tratamos decentemente a los que son decentes, pero contra los granujas y los bandidos tenemos medios que no vacilaremos en utilizar.

Von Barring volvió a situarse en cabeza, tocado siempre con su gorra de oficial en lugar del casco de acero. Al pasar pegó una palmada en el hombro de Porta y le dijo alegremente:

—¿Va todo bien, mono pelirrojo?

Porta sonrió familiarmente:

—¡Muy bien, mi capitán!

Y volviéndose hacia Alte y yo, añadió en un alto tono de voz:

—¡Barring es uno de los pocos oficiales que no es un cerdo con galones!

—¡A callar, Porta! —dijo el capitán Von Barring—. ¡O al regreso tendrás que poner cuidado en el ejercicio de marcha!

—Informo al capitán que Joseph Porta tiene callos y los pies planos, y que por orden del médico debe ser eximido del ejercicio de marcha.

Le contestó una risa discreta de Von Barring. El coro de artillería no era muy nutrido; por aquí y por allá, a ambos lados, llegaban algunos estallidos o el ladrido de un fusil ametrallador. Era fácil distinguir los nuestros de los de enfrente: tic, tic, tic hacían nuestros «MG 38», da, da, da, decían los rusos; pero el nuevo «MG 42» sólo lanzaba un ronquido continuo. A nuestro alrededor, las balas trazadoras silbaban y caían con una luz blanca que resultaba deslumbradora. Stege se rió.

—En un libro que leí había escrito sobre un soldado: «No temía nada; la muerte era su amiga y su ayudante, era valeroso y siempre tenía confianza...» El cretino que escribió eso debería vernos aquí, empapados como una sopa y a punto de ensuciarnos en los calzones, incluso antes de que empiece el jaleo.

—Cállate, Stege —dijo la voz de Alte.

Andaba un poco encorvado, chupando de su vieja pipa con tapadera, con ambas manos hundidas en los bolsillos de su capote y las granadas de mano metidas dentro de las botas.

En el campo, no muy lejos, cayó una granada y estalló con ruido de tambor.

—Quince y medio —contestó Alte, cuya cabeza se hundió más entre los hombros.

Varios novatos se habían lanzado al suelo y *Plutón* empezó a reír.

—¡Los reclutas empiezan ya a besar el barro ruso!

—¿Estás hablando de mí? —gritó a nuestras espaldas *Hermanito*, que también se había apresurado a tenderse.

—¿Te sientes aludido? —contestó *Plutón*.

Hermanito se abrió paso a codazos por entre la columna y cogió a *Plutón*, pero éste le pegó un vigoroso culatazo en pleno rostro.

—Apártate, cerdo —dijo con tono amenazador.

El golpe enloqueció a medias a *Hermanito*. Giró sobre sí mismo, se precipitó fuera de la columna y cayó de rodillas mientras que la sangre brotaba de su nariz. Tranquilamente, Alte salió de las filas y apuntando al bruto con su fusil ametrallador, cuchicheó:

—En pie, e incorpórate a la columna, si no quieres que te liquide. Ya ves lo que te espera si no te portas correctamente. ¡Diez segundos y disparo!

Hermanito se levantó vacilando y gruñó algo incomprensible, pero aquel empujón del fusil de Alte le hizo callar.

—Distanciaos, dejad de fumar —dijo la voz de Von Barring.

¡Heeschrummmmm...! Estalló una nueva granada. Da, da, da, balaba una ametralladora pesada a la derecha. Porta rió en silencio.

—¡Uno se siente como en su casa al escuchar esto! Buenos días, pequeños —dijo a varios granaderos blindados que se acurrucaban bajo un árbol—. Os anuncio que Joseph Porta, asesino pagado por el Estado, ha regresado a la carnicería del Este.

—Tened cuidado con las ruinas que hay a cincuenta metros —advirtió uno de los granaderos—. Pueden veros. Cuando hayáis rebasado la trinchera, hay una elevación, y encima, un ruso muerto. ¡Agachaos bien! Iván dispara contra él con ametralladora. Ayer perdimos allí a ocho hombres y seguramente hay cruces de madera para vosotros.

—Eres muy optimista —dijo tranquilamente Porta.

Plutón y el pequeño legionario hablaban:

—Esto empieza a oler a cadáver —decía Kalb—. Me recuerda a Marruecos, pero allí apestaba más.

—Espera un poco, árabe de vía estrecha —dijo *Plutón*—. Espera a recibir el jugo verde de un fiambre de aquí. Llorarás añorando tu Marruecos, te lo prometo.

—¡Psé! —replicó Kalb, riendo—. ¡Si crees que los Ivanos me impresionan...! Entre el Rif e Indochina he obtenido la cruz de guerra con cuatro palmas y tres estrellas, como ya he tenido el honor de explicarte anteriormente.

—Aunque tuvieses toda una palmera, te morirás de miedo cuando Iván empiece en serio. Aguarda a ver como los siberianos juegan al tenis con tu cabeza.

—Ya se verá —dijo el pequeño legionario—. ¡*Inch' Allah!* En Berlín Moabitt tampoco se dispara mal y se sabe manejar el cuchillo.

—Con tal que no empecéis a ganar la guerra, todo lo demás está permitido —ironizó Alte.

La Compañía resbalaba y caía en el sendero cubierto de barro que bordeaba las ruinas de un *kolkhose*; después, venía una trinchera cuyo extremo estaba hundido y que precedía a una pequeña eminencia donde yacía el ruso muerto.

Estaba allí desde hacía tiempo y apestaba; a ambos lados, una marisma eliminaba toda posibilidad de evitar la colina, en cuya cima sólo el cadáver ofrecía un mínimo de protección.

—Hay que pasar a toda velocidad —dijo Von Barring en voz baja—. De uno en uno, y ocultaos del Iván muerto. Ante nosotros, a la izquierda, hay una ametralladora pesada. El que se deje ver, está perdido.

De la columna no surgía el menor ruido; éramos bestias salvajes al acecho, silenciosos como la noche. Porta se acurrucó en la trinchera, con una colilla apagada en la boca, y empuñó su fusil con teleobjetivo. El pequeño legionario, fiel como un perro al desgarrado y alto pelirrojo, estaba junto a él con el fusil ametrallador en la

cadera, con el seguro quitado y presto a abrir fuego.

Los primeros habían pasado sin dificultad cuando una bengala se encendió sobre nuestras cabezas e inundó el terreno con una luz deslumbradora. Un recluta se acurrucaba desesperadamente tras el muerto.

—¡Maldita sea! —blasfemó Alte en voz baja—. Vamos a recibir toda la salsa. Iván ha debido de olerse algo.

Apenas había hablado cuando estalló la tormenta. El cadáver, azotado por la ametralladora pesada, se movía como si hubiese vuelto a la vida. El muchacho que se ocultaba detrás resultó alcanzado, pegó un salto gritando: «¡Socorro, socorro!», giró sobre sí mismo y desapareció, con un gorgoteo, en el pantano.

Nos pegamos a la pared de la trinchera mientras las granadas nos salpicaban de tierra, esas pequeñas granadas diabólicas que sólo se oyen cuando estallan ante tus narices. ¡Ratatatá! Otras ametralladoras empezaron a disparar.

—Calma, calma, no disparéis —decía la voz tranquila de Von Barring en la oscuridad.

Recorrió a gatas toda la extensión que ocupaba la Compañía.

Aquello duró una hora o diez minutos, no lo sé. Después, todo cesó y reanudamos la marcha hacia el cadáver de pardo uniforme. Alte me tocó en un hombro. Era mi turno.

Tendido junto al muerto, estuve a punto de vomitar... Estaba hinchado, enorme... Un jugo verdoso le brotaba de la nariz y de la boca como si fuese una fuente. El olor era atroz. Poco después, Porta y el legionario saltaron también a la trinchera.

—Bonita sopa de fiambre, ¿eh? ¿Qué nombre francés o árabe le das? —le preguntó riendo Porta a Kalb.

—Ve a bandearte por la Legión durante doce años —replicó el pequeñajo—. Entonces lo sabrás.

—¿Sabías ya el francés antes de alistarte con aquellos paseantes del desierto?

—Sí, desdichadamente, una palabra, pero no sabía lo que quería decir. Era cochon; de modo que, cuando un día se la espeté orgullosamente a mi capitán, me arreó un mes de Compañía disciplinaria. ¡Te juro que desde entonces miraba todas las palabras en el diccionario antes de decirlas!

Una granada interrumpió la conversación y nos hizo precipitar en busca de refugio. Tras de nosotros, alguien empezó a lanzar gritos agudos y otras granadas chapotearon la marisma, salpicándonos de agua estancada.

—¡Bonito establecimiento de baños! —rugió Stege con rabia.

—¿Es lo que se llama un baño ruso? —preguntó el legionario, riendo roncamente.

—La segunda sección ocupa sus posiciones aquí —ordenó el teniente.

Su voz temblaba un poco, aún no estaba acostumbrado al frente. *Plutón* forcejeaba con su pesado fusil ametrallador y lanzaba tacos mientras disponía los

sacos de arena para instalarse. Un proyectil estalló secamente a poca distancia de su cabeza.

—¡Puercos! —gritó el corpulento estibador—. ¡Ya sabréis lo que es bueno, asquerosos!

Furioso, lanzó una granada hacia las posiciones rusas, para dar más fuerza a su amenaza.

—Bueno, muchachos, cuidado —advirtió Alte—. Como veis, son buenos tiradores, y disparan con explosivos.

Otro proyectil llegó silbando y se aplastó en la frente de un fusilero de blindados, cuyo cerebro salpicó el hombro del legionario, éste hizo una mueca y se limpió con su bayoneta.

Los fusileros de la 104.^a nos dijeron adiós y nos confesaron que nos dejaban en muy mal sitio.

—Desconfiad, sobre todo por la mañana, hacia las siete, y hacia las cinco de la tarde; es el momento en que Iván se desencadena. El resto del tiempo sólo hay tiro de fusil ametrallador, y también las distracciones de los tiradores escogidos. Pero en cuando a lo demás, siguen los horarios indicados.

Encendimos las linternas «Hindenburg» en los refugios que la segunda sección trataba de hacer confortables. Porta había sacado una baraja vieja y grasienta y se había tocado con un sombrero de copa abollado, recogido de no sé dónde y que llevaba airoosamente inclinado. La seda negra estaba raída por completo, y para ocultar este defecto, Porta había pintado un círculo rojo y azul alrededor de la copa, que parecía la chimenea de un mercante. El monóculo, procedente de Rumanía, estaba cómicamente sujeto a su ojo, pero la guerra le había proporcionado una profunda grieta que daba a ese ojo una expresión completamente idiota a través del cristal enmarcado de concha oscura, unido a la hombrera por un grueso cordón negro procedente de la ropa interior de una mujer.

Colocó los naipes sobre una mesa, boca abajo, y gritó:

—¡Venid, muchachos, y haced juego! ¡Pero os advierto que no se concede crédito! ¡Ya me he encontrado después de un ataque con imbéciles que habían tenido la desvergüenza de dejarse liquidar antes de pagarme sus deudas! Apuesta mínima diez marcos o cien rublos.

Formó doce montones y dio la vuelta al decimotercero: era un as de pique. Impasible, recogió sus ganancias y las metió en el estuche de la máscara de gas que le colgaba del cuello. Ganó ocho veces consecutivas, lo que acabó por volvernos más circunspectos en nuestras apuestas. Ninguno de nosotros se atrevía a manifestar lo que todos pensábamos: Porta hace trampas. Pero tenía una metralleta bajo cada brazo, y tras de él el pequeño legionario acariciaba un «P-38» con el seguro levantado...

Alte leía un libro que su mujer le había dado cuando salimos de la guarnición. De

vez en cuando dejaba el libro y sacaba de una vieja cartera varias fotografías de su mujer y de sus tres hijos. Todos sabíamos, pese a que no hablara mucho, que aquella separación le hacía sufrir horriblemente, y a veces se le veía llorar contemplando las fotografías de los suyos.

El capitán Von Barring, acompañado del teniente Halter, entró en el refugio y se puso a hablar en voz baja con Alte.

—Según ha afirmado un desertor, hemos de esperar un ataque hacia las tres de la tarde —manifestó Alte a Von Barring.

—Bueno, cuida de que todo esté dispuesto. El jefe de la Compañía de fusileros que hemos relevado dice que éste es un mal sitio. Tenemos órdenes de resistir a toda costa en la cota 268,9. Domina la región, y si Iván se instala en ella, toda la División deberá huir o quedar cogida como en un cepo. E Iván lo sabe.

—Lo que quiere decir —replicó Alte, después de reflexionar—, que tarde o temprano se armará la gorda y los tanques se nos echarán encima, ¿no?

—No, en tanto que la marisma no se hiele. Pero cuando llegue el invierno, es de temer. Esperemos que para entonces tengamos también nuestras latas de sardinas, aunque en este maldito frente del Este nunca se sepa nada en concreto.

La cansada mirada de Von Barring recorrió con indiferencia el oscuro refugio y tropezó de repente con Porta, ataviado con su monóculo y el reluciente sombrero de copa.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. ¡Has vuelto a ponerte este estúpido sombrero! Te ruego que te pongas una gorra, o nada.

—Bien, mi capitán —contestó Porta.

Arrambló con otra valiosa apuesta, cogió su gorra negra y la colocó en lo alto del sombrero.

Von Barring movió la cabeza y dijo riendo:

—Ese tipo es imposible, pero si el comandante le encuentra con ese sombrero, irá derecho al calabozo.

—No lo creo, mi capitán, porque ya he visto al teniente coronel Hinka, y encuentra que me sienta muy bien.

—Basta, Porta —dijo Von Barring.

En aquel momento estalló una furiosa disputa en la mesa de juego. *Hermanito* acababa de descubrir que Porta tenía dos ases de pique y, vociferando, se disponía a lanzarse sobre él, cuando el cañón de un fusil ametrallador le frenó en seco.

—¿Quieres que te abra varios agujeritos? —preguntó el pequeño legionario, al tiempo que le pegaba una patada en el vientre que le tumbó de espaldas.

El capitán y el teniente fingieron no haber visto nada. El juego prosiguió y se pasó en silencio la desvergüenza del pelirrojo. Incluso permitieron que *Hermanito* ganase dos o tres veces, lo que le puso de excelente humor, hasta el punto de que

pidió disculpas a Porta. Pero la mala suerte volvió a abrumarle y perdió todo lo que acababa de ganar... Porta, implacable, le rehusó todo crédito. El desdichado, muriéndose de ganas de jugar, se quitó su reloj de pulsera y lo echó sobre la mesa, pidiendo a cambio trescientos marcos. El legionario se inclinó y lo examinó con interés.

—Doscientos, y está bien pagado.

Porta limpió su monóculo rajado, se enderezó el sombrero de copa y examinó el reloj con expresión de experto.

—Mercancía robada, ciento cincuenta marcos y ni un *pfennig* más. Si es que sí, dilo, y si es que no, lárgate.

Hermanito, desorientado y mudo, abrió una o dos veces la boca, en señal de asentimiento, y el reloj desapareció en el estuche de máscaras contra los gases. Estupefacto, el hombrón contemplaba a Porta, que, siempre impasible, seguía jugando. Cuando hubo limpiado a todos los jugadores, cerró con seco ademán el estuche lleno hasta el borde de dinero y de pequeños objetos de valor; se tendió en el suelo cubierto de paja, con el estuche por almohada, y con un alegre guiño sacó la flauta. El legionario y *Plutón* entonaron a coro una canción de increíble obscenidad.

En cuanto a *Hermanito*, aquella noche se quedó con las ganas de pelear, porque nadie le hizo el menor caso.

El comandante de la División, un tipo acabado de alemán del Tercer Reich, era un perfecto imbécil. Cosa extraña, era extremadamente piadoso, con esa facultad, esencialmente prusiana, de mezclar el cristianismo con el nacionalsocialismo.

Así pues, el generalleutnant Von Traus se arrodillaba cada mañana en compañía del capellán Von Leitha por la victoria de los ejércitos alemanes. Nos dirigía prolongados discursos sobre la hegemonía alemana y la exterminación de las razas inferiores, es decir, de todas aquellas que no pertenecían a la raza superior, con el cerebro marcado por la cruz gamada.

¡Porta prefería colocar la cruz gamada en un lugar menos noble!

VOLAMOS A LAS ONCE Y MEDIA

Fue Alte quien me despertó.

—Levántate —dijo—. Pasa algo raro en las trincheras de Iván. Es necesario que Porta y tú salgáis a explorar; si quieres, llévate a otro, pero que no sean *Plutón* ni *Stege*; a éstos los guardo para casos de ataque.

—No es extraño que hayas llegado a suboficial —gruñó Porta—. ¡Siempre vienes con noticias así a la hora del desayuno!

—Déjate de historias, corre prisa. No puedo confiar esto al primer idiota que se me presente. ¿A quién te llevas?

—Está bien, pesado, me llevo a ese árabe francés. ¡Por el hecho de que los prusianos te hayan puesto galones dorados, no vayas a creer que eres alguien!

Y Porta empezó a sacudir al legionario dormido, acurrucado en un rincón. Kalb, de muy mal humor, se sentó en la paja y empezó a rascarse el pecho lleno de piojos.

—Espera, hermano, vamos a meternos en los mismos hocicos de Iván.

Provistos de nuestras armas y del equipo de ataque, seguimos a Alte, quien nos hizo examinar el terreno, hacia el lugar desde donde disparaban las ametralladoras pesadas.

—A la izquierda de aquel matorral, podéis ocultaros y ver hasta el blanco de los ojos de Iván. Pero, cuidado.

No hagáis ningún ruido y no regreséis hasta que haya oscurecido. El teniente coronel Hinka piensa que Iván nos prepara una sucia jugarreta y la única manera de saberlo es enviar una patrulla.

—¡Y tenemos que ser nosotros, tus mejores camaradas, suboficial de mierda!

Como si no hubiese aspirantes a la Cruz de Hierro —dijo Porta, indignado.

El capitán Von Barring y el teniente Halter salieron de entre las sombras y nos facilitaron los últimos detalles.

—Cuidado, muchachos. No cometáis imprudencias y tened el seguro echado. Disparad sólo en último extremo.

Metimos los cuchillos de trinchera dentro de las botas; las granadas de mano en nuestros bolsillos y las metralletas en nuestros cinturones, para evitar todo tintineo. Von Barring, atónito, ante el sombrero de copa de Porta, exclamó:

—¿No pensarás ir así?

—Es mi mascota, mi capitán —contestó Porta.

Y fue a reunirse con el pequeño legionario.

Nos arrastrábamos por el terreno desigual y pantanoso, ágiles como gatos para deslizarnos bajo los alambres de espino. Ni un ruido quebraba el silencio de la noche amenazadora, iluminada sólo por la luna cuando asomaba por entre las nubes que el viento empujaba. Fuí el último en llegar al matorral. Kalb se llevó un dedo a los labios y tuve un sobresalto al ver a diez metros de nosotros las posiciones avanzadas de los rusos; dos soldados y una ametralladora pesada. Silenciosamente, dejamos las armas y, cubiertos con nuestras capas de camuflaje, nos incrustamos en el terreno.

Los rusos estaban tan próximos que se les podía oír cómo discutían y se insultaban. Parecía que *Hermanito* estuviera entre ellos. Acabaron por pasar a la acción directa, hasta que la llegada de un superior les separó a gritos. Durante dos horas permanecemos a la escucha, inmóviles como cadáveres. Porta sacó su cantimplora, cuyo vodka nos calentó un poco. De repente, varios oficiales que rodeaban a un comandante de Estado Mayor, que parecía inspeccionar, se detuvieron a pocos pasos de nosotros y empezaron a hablar; con las manos crispadas sobre nuestras armas, vimos al comandante acercarse a las ametralladoras, que enviaron varias ráfagas contra las posiciones alemanas, las cuales contestaron en el acto. El oficial se echó a reír y dijo algo que significaba que «aquellos perros nazis recibirían muy pronto lo que se merecían». Cuando terminaba la noche, y en el momento en que nos disponíamos a regresar, una voz enemiga llegó hasta nosotros.

—No hay manera de establecer contacto con el batallón. La trinchera de comunicaciones está inundada y el río se ha desbordado. Nos ahogaremos en nuestros agujeros, mientras que los Fritz están bien secos allá arriba, Pero cuando...

La voz sonora, cargada de amenazas, se alejó en la oscuridad. Como ya no nos quedaba nada que hacer, regresamos a nuestras posiciones. Pero durante cuatro días hubo que volver junto al matorral. Inútilmente. Von Barring reflexionaba sobre la manera de capturar algún prisionero, cuando nos enteramos de que una de nuestras patrullas había descubierto un hilo telefónico enemigo. Transcurrieron otros dos días letárgicos, escuchando conversaciones insípidas y chismes que distraían a los

telefonistas, cuando de repente nos erguimos muy despiertos. Porta me tiró el auricular y oí una voz:

—¿Qué tal os va, Joge?

—¡Es el diablo! Estamos metidos en la mierda...

Siguieron blasfemias y unas bromas obscenas.

—¿Queréis vodka para levantaros la moral?

—No, gracias, es inútil. Esta noche iremos a reunimos con vosotros.

Sorprendido, el primer ruso preguntó:

—¿Cómo es eso?

El segundo se echó a reír:

—Mañana a las once y media haremos volar a los Fritz... ¡Toda la colina saltará por el aire! ¡Unos hermosos fuegos artificiales para esa escoria verde!

Como puede suponerse, la noticia fue transmitida aceleradamente, y recibimos todos los refuerzos que se pudo reunir. Pero no era gran cosa: una compañía de tiradores del 104.º y una batería antiaérea del 88, más dos viejos 75 autopropulsados, y una compañía inutilizable de viejos reservistas de cincuenta años, todo ello amalgamado como batallón de choque bajo el mando de Von Barring.

Al amparo de la niebla, éste hizo evacuar, cuando llegó el alba, las primeras trincheras, demasiado próximas a la colina, y poco después llegó una compañía de zapadores con lanzallamas. ¡Les hubiésemos besado! Eran soldados tan aguerridos como nosotros, veteranos del año 39 y sabíamos que podíamos confiar en ellos.

Apiñados en las últimas trincheras, con el corazón latiendo fuertemente, contemplábamos girar con lentitud mortal las agujas de nuestros relojes. *Hermanito*, silencioso, no se apartaba del corpulento estibador. Se comprendía que, a la hora del peligro, no le molestaba su compañía. Stege y yo nos manteníamos junto a Porta, a quien el legionario seguía paso a paso. A nuestra izquierda estaba Móller, Bauer y los demás.

Las granadas se mojaban en nuestras manos húmedas, los cigarrillos remplazaban a otros cigarrillos para disimular la angustia opresiva... En algún punto bajo tierra, los zapadores rusos trabajaban en nuestra muerte, pero en una muerte que el azar de un hilo telefónico nos permitía contemplar tan objetivamente como compañeros del otro lado.

Eran las once y cuarto. Dentro de quince minutos... Cansados, observamos la niebla, el paisaje pantanoso. Nada se mueve, ni una hoja... Un silencio sepulcral... Las once y media... Nada. Transcurre un cuarto de hora. Nada.

¡Después, de repente, lo comprendemos! ¡Llevamos una hora de retraso con respecto a los rusos!

—¡Esto es peor que todo! —exclamó Porta.

—¡Silencio! —dijo la voz de Von Barring.

Esperar, esperar... Espera mortal. Transcurre una hora... Las agujas señalan la una. Nada.

El nerviosismo empezó a crecer en la atestada trinchera. Era imposible relajarse, imposible circular, se rezongaba en voz baja, la gente se movía lanzando blasfemias sofocadas, los viejos se habían acurrucado en el fondo, apáticos, marcados ya por la muerte, aquellos viejos territoriales de cincuenta y aun más de cincuenta años. Los zapadores, mezclados con las fuerzas blindadas, fumaban, esperando, como nosotros, la colosal oleada que iba a lanzarse sobre nosotros.

Transcurría el tiempo. Unos se ponían más nerviosos; otros, más tranquilos; nosotros, los veteranos, estábamos cada vez más tensos. *Plutón*, para poder correr y disparar con el arma en la cadera, había pasado la correa de su metralleta por encima del hombro. Con gran sorpresa por nuestra parte, *Hermanito* se había procurado también un fusil ametrallador, pese a ser portador de cureña de ametralladora pesada. ¿Qué se había hecho de la cureña? ¿Y de dónde había sacado el fusil ametrallador? Nadie se lo preguntó. Una cinta de proyectiles que le cruzaba del pecho le hacía parecerse a un rebelde mexicano del ejército de Pancho Villa, y una pala de trinchera bien afilada estaba sujeta a su cinturón, como arma de cuerpo a cuerpo.

Kalb llevaba a la espalda un recipiente de combustible destinado al lanzallamas de Porta. Este, naturalmente, no había abandonado su sombrero de copa, y por el bolsillo de la capota asomaba la cabeza de su gato pelirrojo. ¡Aquello parecía un manicomio!

Los artilleros, que habían enterrado sus cañones detrás de nuestras posiciones, se cansaron de esperar y manifestaron su deseo de retirar sus piezas. Entonces estalló una animada discusión entre Von Barring y un teniente de artillería, a quien el primero amenazó con fusilar si retrocedía un solo paso. Nos alegramos de ello, porque Von Barring era un zorro viejo y siempre sabía de dónde soplaban los vientos.

Pasó media hora. Algunos hombres gruñeron y quisieron ir a buscar el suministro. Von Barring se lo prohibió. Los territoriales rezongaban en voz alta, y su jefe de Compañía, un capitán de sesenta años, hablaba abiertamente de precauciones ridículas, y recordaba la época en que estuvo en Verdún.

De repente, a las dos en punto, todo empezó... La colina estalló, convirtiéndose en un huracán negro proyectado hacia el cielo. Durante un segundo reinó un silencio absoluto. Después, toneladas de hierro y de tierra cayeron, como granizo, sobre nuestro refugio: Al mismo tiempo; la artillería rusa empezó a disparar salvajemente, y una lluvia de granadas regó lo que aún ayer había sido nuestra posición en la loma. El martilleo fue breve, pero terrible: pulverizó las antenas y las comunicaciones telefónicas; sin causarnos, no obstante, pérdidas de importancia. Una humareda acre, sofocante, nos envolvía, cuando, de repente, a través de ella, vimos surgir enormes masas de infantería rusa lanzadas al asalto de las trincheras que acabábamos de

abandonar.

El enemigo seguramente no esperaba encontrar resistencia y sólo trataba de ocupar la cima de la cota 268,9 antes de que los alemanes se rehicieran de la sorpresa.

—¡Batallón, adelante! —aulló Von Barring. —Saltó de la trinchera y lo barrió todo ante sí con las ráfagas de su fusil ametrallador. ¡Fue algo electrizante! Nos lanzamos como locos al asalto del colosal cráter, al que llegamos varios minutos después que los rusos, y desde lo alto les rociamos con un fuego mortífero.

Un combate a diez metros, con los fusiles ametralladores a un lado y los lanzallamas en acción, es capaz de hacer palidecer al diablo en persona.

Los rusos, transformados en antorchas vivientes, tiraban sus armas y describían círculos en medio de un pánico cada vez mayor, bajo el martilleo de nuestros cañones, cuyas bocas estaban al rojo vivo. Sin embargo, algunos se habían instalado al otro lado de la colina, a veinticinco metros de nuestras trincheras, y he aquí que su artillería entraba en juego, cubriendo con una campana de fuego durante veinticuatro horas, la cota 268,9.

Los prisioneros nos informaron de que teníamos ante nosotros a tropas escogidas, la 21.^a Brigada de Zapadores de la Guardia. Cuando el tiro de artillería se desplazó hacia nuestra retaguardia, el combate adquirió caracteres salvajes. *Hermanito*, cubierto de sangre de pies a cabeza, enarbolaba su metralleta y su afilada pala como si se tratase de dos mazas. Porta combatía con rabia; su lanzallamas, vacío desde mucho rato antes, le servía de látigo; el sombrero de copa seguía en su cabeza mientras Porta lanzaba aullidos asesinos. El pequeño legionario, armado con una metralleta rusa; no se separaba de él, mientras que, hora tras hora, el cuerpo a cuerpo proseguía, y las oleadas de asalto se sucedían en la angosta trinchera. Por fin; hubo que ceder y, gracias a prodigios insensatos, abandonando muertos y heridos, regresar a nuestras posiciones de partida mientras nuestra artillería interrumpía la persecución enemiga.

Jadeantes, nos dejamos caer en el suelo fangoso. A Bauer le faltaba media mejilla y no lo notó hasta que llegaron los sanitarios; Móller tenía la nariz aplastada; *Hermanito*, un dedo arrancado, pero, cosa extraña, rehusó dejarse evacuar, pese a encontrarse en un estado próximo a la locura:

—¡Me quedo aquí, bandido! ¡Quiero reventar aquí! —vociferó, golpeando al sanitario.

De repente, se encaramó al parapeto de la trinchera y envió una ráfaga en dirección a los rusos, mugiendo literalmente horribles injurias. Le contestó un violento fuego de fusilería, pero él, riendo insensatamente, siguió barriendo las trincheras rusas con el fuego de su fusil ametrallador.

Bauer se aferró a él, tratando de volverle a la razón. Trabajo inútil. Sobre sus piernas bien separadas, resultaba inamovible, como una roca, y poco a poco su locura

fue transmitiéndose a los demás compañeros. Porta, con el sombrero de copa y el lanzallamas, lo mismo que el pequeño legionario, saltaron junto a él riendo histéricamente y abrieron un fuego infernal contra el enemigo, sazonándolo con indescriptibles injurias.

—¡Adelante! ¡Viva la Legión! —aulló Kalb.

Se lanzó al asalto, precedido por las granadas. Porta tiró al aire su sombrero, lo cogió al vuelo, se lo encasquetó bien y gritó:

—¡Adelante!

Hermanito y *Plutón* disparaban ya furiosamente, y el resto del batallón, embriagado con la misma locura, ferozmente en pos de ellos. Los rusos fueron literalmente barridos. Matábamos, golpeábamos, mordíamos, despanzurrábamos, vociferábamos. La cota 268,9 fue sumergida por una oleada.

Durante tres semanas tuvimos que resistir en un cráter de veinte metros de profundidad, treinta de anchura y cincuenta de longitud, martilleados incesantemente por una artillería que, poco a poco, destrozaba los restos del Batallón.

Algunos de nosotros, presos del vértigo del frente, se precipitaban hacia las balas y morían destrozados. Ya en dos ocasiones, este mismo vértigo había quebrado los nervios del teniente Halter. Porta, con su flauta, y el legionario, con su armónica, se evadían con tonadillas distintas que en aquel horno ni siquiera se oían. *Hermanito* boxeaba con un saco de arena que un día le pegó contra el rostro, como un puñetazo, y al que destrozó enfurecido. Durante aquellas horas terribles, apenas tuvimos para comer. Porta, que olfateaba la comida a kilómetros de distancia, descubrió un viejo depósito de conservas, del que nos apoderamos un día arrastrándonos bajo el fuego de la artillería.

¡Por fin llegó el socorro! La División lanzó al combate dos regimientos de granaderos y poderosos refuerzos de artillería. Otros dos días en la colina maldita y fuimos relevados por el 104.º Regimiento de Granaderos.

Enterramos los muertos junto a los que habían caído durante el avance de 1941. Todos habían muerto por un pedazo de tierra desconocida y que seguirá siéndolo, porque sólo lo indican los mapas especiales de los Estados Mayores. El viajero que, algún día, pase por la carretera de Orel, ni siquiera lo notará. Sin embargo, allí descansan diez mil soldados rusos o alemanes que tienen por todo monumento fúnebre algunos cascos oxidados y correajes de cuero enmohecido.

El soldado en la guerra es como el grano de arena en la playa.

La marea lo sumerge, lo aspira, lo rechaza, para aspirarlo de nuevo.

Y desaparece sin que nadie lo note y sin que nadie se preocupe de su destino.

CUERPO A CUERPO DE TANQUES

Empezaba a nevar. Era una nieve mojada, glacial, que se convertía en un barro sin fondo, una nieve formada por un agua que penetraba por doquier.

Se acercaba la medianoche. Adormilados en nuestros tanques, no habíamos tenido desde hacía cinco días un momento de descanso en aquel campo de batalla cubierto literalmente con los restos incendiados del 27.º Regimiento de Tanques.

Pero en algún sitio, a retaguardia, debía de haber enormes reservas de hombres y material, porque nos llegaban refuerzos sin cesar. Estábamos inverosímilmente sucios, cubiertos de polvo, de barro y de aceite, y nos ardían los ojos de sueño. Ni una gota de agua desde hacía varios días, aparte de la que podíamos recoger en los cráteres fangosos; tampoco ningún suministro. Incluso la «ración de hierro» había sido liquidada, y Porta hubiese sido capaz de comerse las latas, tanta era el hambre que tenía.

El pequeño legionario y él exploraron en varias ocasiones el terreno, tratando de descubrir algo, pero todo estaba desértico, y a retaguardia sólo había hombres, tanques, municiones... ¡Nada que comer! Habían debido de olvidarse del suministro, o bien, como decía Alte, habían descubierto que podía hacerse un buen negocio a costa del pobre soldado. En resumen, sólo encontramos unos pepinillos agrios a los que hincar el diente.

De repente, oímos en algún punto de la población, a poca distancia de nuestras líneas, el ruido de cadenas de tanque.

—Espero que no sea Iván —dijo *Plutón*, alargando el cuello y tratando de perforar la opaca oscuridad.

Escuchamos, inquietos. Aquel ruido de cadenas en la oscuridad, hace estremecer al más valiente. Se ponen los motores en marcha, los cambios de marcha chirrían, las dinamos ronronean. ¿De quién son aquellos tanques? Porta, que sabe reconocer mejor que nadie a los blindados, sólo por el sonido, se asomó por la escotilla, escuchó intensamente y volvió a meterse en nuestro vehículo.

—Rusos —dijo categóricamente—. «T-34 A».

—No lo creo —replicó *Plutón*—. Son nuestros tanques «4». Alborotan como una bandada de holandeses con zuecos. Son fáciles de reconocer.

—Ya veremos —dijo *Porta*—. Entretanto, prepara tu fusil ametrallador.

—Sí, se trata de Iván —dijo *Hermanito*.

—Entonces, ¡que me aspen! ¡Es artillería ligera o blindados «4»!

El teniente coronel Hinka se acercó y habló en voz baja con los jefes de Compañía. Poco después, llegó Von Barring, quien se dirigió a Alte:

—Suboficial Bauer, prepárese para salir de patrulla con la segunda sección. Hemos de saber lo que ocurre ahí delante.

—Bien, mi capitán —contestó Alte, abriendo su mapa—, la sección irá...

Varias granadas silbaron en la calle y estallaron ruidosamente contra una casa. A los gritos de «¡Iván, Iván!», el pánico se apoderó de los nuestros. Restallan los disparos, los hombres se desperdigan, varios se precipitan fuera de los tanques, porque el miedo de morir asado se pega a la piel de todo tripulante de los tanques. Una hilera de terribles «T-34» se acerca ruidosamente, escupiendo fuego con todas sus armas. Los lanzallamas, alargan sus lenguas rojas hacia los granaderos blindados, pegados a las paredes, y los transforma en antorchas vivientes. La calle se ilumina con el purpúreo resplandor de los blindados en llamas, cuyos depósitos de gasolina y de municiones estallan ruidosamente. En un esfuerzo desesperado para huir, los vehículos chocan entre sí en medio de una espantosa confusión... Gritos, blasfemias, una indescriptible baraúnda en la que ya no se sabe quién es amigo o enemigo.

Unos tanques rusos chocan en medio de una lluvia de chispas y en un segundo se convirtieron en una antorcha. La tripulación de uno de ellos surge por una torreta, pero una ráfaga les alcanza y permanecen suspendidos, carbonizados, sobre el acero al rojo vivo.

Cuatro de nuestros cañones antitanques empezaron a disparar contra los «T-34», cuya artillería retumbaba incesantemente, al azar de un combate que parecía desarrollarse sin ninguna dirección. Algunos de nuestros tanques giraban sobre sí mismos, tratando desesperadamente de huir, mientras que el nuestro disparaba con todos sus cañones y ametralladoras, y las balas trazadoras brillaban en la noche, como luciérnagas.

—¡Dispara, imbécil! ¡Pero dispara ya! —me chillaba *Hermanito*, con un par de granadas bajo cada brazo.

Le envié a paseo, mientras *Porta*, que empuñaba los mandos, gritaba alegremente:

—La camisa no nos llega al cuerpo, ¿eh, muchachos? ¡Y nadie quería creerme!

Retrocedió contra una pared que nos cayó encima levantando una nube de polvo, liberó de las ruinas el pesado vehículo y se lanzó con ruido atronador contra un «T-34». Antes de disparar percibí por mi periscopio, durante una fracción del segundo, un trozo de su torreta. Estábamos tan cerca que la llamarada del cañón y el estallido

de las granadas sonaron simultáneamente. La culata retrocedió brutalmente, un cartucho ardiente cayó al fondo del tanque, mientras *Hermanito* metía en el cañón una nueva granada «S».

—¡Retrocede! —vociferó Alte—. ¡Hay otro que baja por la calle! ¡Retrocede, por Dios! La torreta al 2... ¡Dispara, maldita sea!

Mi ojo, muy abierto, pegado al periscopio, sólo ve una lluvia de proyectiles luminosos que inundan la calle.

—¡La torreta, al 2, no al 9! ¡Tira, maldita sea!

Una granada silba por encima de la torreta. Y otra... Pero en el mismo segundo nuestro «Tigre 60» se encabrita cuando Porta lo hace retroceder. El «T-34» pasa rugiendo apenas a diez centímetros de nuestra nariz. Gira, patina una docena de metros, el agua y el barro saltan en todas direcciones, pero Porta es un conductor por lo menos tan hábil como el ruso, y ríe entre dientes mientras maneja los pesados mandos que nos hacen girar sobre nosotros mismos.

Apreté el pedal, los triángulos se unieron en el visor, sonó un disparo, después otro... y un choque terrible pareció volcar el tanque, un ensordecedor impacto de acero contra acero que estuvo a punto de destrozarnos los tímpanos. *Plutón* asomó a medias por su escotilla y vio que no era una granada lo que nos había alcanzado, sino un «T-34» que había chocado contra nosotros a toda velocidad. Durante una fracción de segundo, el ruso se balanceó sobre sus cadenas, después su motor volvió a roncar, y como un ariete monstruoso, se lanzó contra nuestro flanco izquierdo, levantándonos hasta una inclinación de 45°.

Porta voló por encima de *Plutón*, aplastando la radio en su caída, yo caí del asiento del cañón y tropecé con el puesto de Porta, golpeándome violentamente la cabeza, por fortuna protegida con el casco de acero. *Hermanito*, como atornillado al suelo del tanque, no se movió, pero Alte yacía sin conocimiento junto a la culata del cañón, y su sangre manaba a borbotones de una enorme herida que tenía en el cráneo.

—¡Perros! ¡Bandidos de Stalin! —vociferaba con rabia *Hermanito* por la escotilla semiabierta.

Varios proyectiles perdidos silbaron junto a la torreta, lo que hizo que el gigante se zambullese rápidamente en su interior. Sacó las granadas del armario de las municiones y formó un montón desordenado, sin que al parecer le importara recibir sobre los pies los pesados proyectiles del 88. Después, colocó varios trapos manchados de aceite sobre la herida de Alte y arrancó un trozo de su camisa para hacerlo servir de venda. Por fin, empujó a Alte dentro del armario para evitar que entorpeciera nuestros movimientos.

—Soy el más fuerte de los cuatro —dijo—, por lo tanto, yo tomo el mando. Tú —prosiguió, señalándome con un dedo—, ¡dispara cuanto puedas! Para eso estamos aquí, ¿no?

Tropezó con las piernas de Alte, que sobresalían del armario, y fue un milagro que el retroceso del cañón no le aplastara la cabeza en el mismo instante.

—¿Quieres asesinarme? —gritó enfurecido—. ¿Por qué disparas como un loco? Dimíto, gracias, no hay nada que hacer aquí.

Esta escena nos había hecho recuperar el buen humor. Olvidando el peligro mortal, dábamos vueltas y más vueltas por el insensato conglomerado que formaban los tanques, los cañones y la Infantería, bajo las ráfagas luminosas de los proyectiles trazadores. Dos cañones de la *flak*, colocados en batería, a poca distancia, disparaban sin descanso en la oscuridad, pero las llamaradas que surgían de sus bocas los traicionaron y fueron aplastados por las cadenas de los «T-34». Era una noche apocalíptica, una visión diabólica del fin del mundo, una danza macabra jalonada por las llamadas de socorro de centenares de heridos rusos y alemanes desgarrados por las esquirlas en el infierno de las tinieblas.

Para nosotros sólo queda un recurso: pegar la nariz al barro y empequeñecerse bajo los aullidos de los proyectiles. Nuestro tanque es alcanzado y en un segundo empieza a arder... *Hermanito* se yergue como un demonio, se alza sobre Alte y lo echa por la escotilla lateral antes de saltar él entre una lluvia de chispas, para dar vueltas por el suelo y apagar las llamas que surgían de su uniforme manchado de grasa.

Agotados, yacemos en el suelo, jadeando, tosiendo, medio chamuscados, respirando con dificultad. Sólo Porta, perfectamente tranquilo, conserva su gato pelirrojo, sosteniéndolo en alto, cogido por la piel del pescuezo.

—¿Qué hay? Hemos vuelto a salvar la piel, pero nos hemos chamuscado un poco el trasero, ¿eh? A mí también me arde el agujero del culo como si me hubiesen metido una brasa.

¡Pánico! ¡Sobre todo, pánico! Granaderos, pioneros, tiradores blindados, territoriales, artilleros, oficiales, suboficiales, galones de oro o de plata, soldados grises, todos huyen formando una masa desordenada. Los proyectiles de los tiradores escogidos silban muy próximos, pero hemos encontrado unas cuantas minas «T», y nos arrastramos como serpientes hacia los mastodónticos «T-34».

Veo a Porta saltar sobre uno de ellos y colocar su carga en el punto vulnerable... Una explosión. Después, llamas que surgen de la torreta. *Hermanito* se acerca a otro, coloca tranquilamente la voluminosa mina «T» y se deja caer del tanque, que se balancea sobre un cañón anticarro destruido. Un ruido atronador: el «T-34» está fuera de combate y *Hermanito* enloquece de alegría.

—¡He destruido un blindado! ¡Yo! —vocifera mientras se golpea el pecho—. ¡He destruido un blindado, yo solo!

Resulta incomprensible que no le hayan matado, pero evidentemente, el gigante es invulnerable. Quito el seguro de mi mina «T». Falla el tanque que pasa y la

violencia de la explosión me lanza a varios metros en la calle semidestruida. Los colosos rugen, giran, resbalan como trineos cuando frenan; los largos cañones escupen sin cesar, pero poco a poco nos damos cuenta de que sólo algunos tanques aislados han conseguido atravesar nuestras líneas, la punta de la hermosa masa blindada que en este momento se encarniza contra nuestras posiciones. Nos pegamos al suelo, nos disimulamos, hacemos el muerto bajo aquella muerte de acero que nos rebasa con un rugido. ¡Cuan suave, amistosa y protectora parece la tierra! Maravillosa tierra, sucia y removida, que invade nuestras bocas, nuestros ojos y nuestras orejas; nunca nos has parecido tan acogedora. El agua negruzca resbala por los cuellos, pero parece la caricia de una mano femenina... Maravillosa tierra, impregnada de sangre, que aquella noche nos estrechó y ocultó en su insondable pantano.

Hacia las ocho de la mañana, cuando todo hubo terminado, parecíamos bloques de barro en movimiento. A lo lejos, hacia el este de Cherkassy, se escuchaba aún, entre el violento fuego de fusilería, el ruido de las cadenas de los tanques. Pero aquel ruido, en lo sucesivo ya no ofrecerá dudas a nadie. Nadie confundirá nunca más aquel sonido que cruje y restalla. ¡Cuántas veces, después de la guerra, me he despertado con un sobresalto, empapado de sudor, al oír en un sueño atroz el ruido mortal de los terribles «T-34» rusos!

Lentamente, surgimos del barro, como si naciésemos de la tierra. ¡Porta, gracias a Dios, sigues vivo! Pero, Alte, ¿dónde está Alte? Respiramos con alivio: helo aquí vivo también, y Stege, y Bauer, y el pequeño legionario, incluso Móller, siempre agrio y pesimista. Sin embargo, le abrazamos porque está vivo. *Hermanito* exclama:

—No serán esas birrias de blindados los que desmoralicen a *Hermanito*.

Y pega una patada a las cadenas rotas de un «T-34», el mismo que ha destruido con una mina.

—¿Queréis algo más, bandidos rojos? —grita en dirección a la batalla.

Acurrucado en el barro, *Plutón* contempla fijamente la calle en ruinas, donde blindados, cañones y autoametralladoras, forman un magma inverosímil. El teniente coronel Hinka y el capitán Von Barring se nos acercan, vacilando como borrachos. Von Barring lleva la cabeza descubierta y el teniente coronel toca con un gorro de piel rusa; su capote medio quemado está completamente negro por la espalda. Nos tira un puñado de cigarrillos.

—¿Qué, todavía seguís vivos? —dice con aire cansado.

De un rasguño que tiene en la frente, la sangre cae sobre sus ojos, resbala por una mejilla y se mete por la abertura del cuello de la guerrera. Se seca con el dorso de la mano, y aquella sangre roja, mezclada con el barro que ensucia su rostro, le da un aspecto salvaje, casi diabólico.

Un cuarto de hora después, nos ponemos en marcha. Aquella noche oscura y fría

ha costado al Regimiento pérdidas inmensas: 700 hombres muertos, 863 heridos, todos nuestros tanques destruidos. Y los demás Regimientos no han salido mejor librados. También ellos han pagado un fuerte tributo a ese nombre desconocido: Cherkassy, ciudad de Ucrania.

Muertos, muertos por doquier... Pese al barro y al polvo, se reconocen, gracias a las hombreras, las diferentes armas. Una decena de artilleros forman un amasijo junto a sus dos cañones; una de las piezas se yergue hacia el cielo, como un dedo acusador, entre los proyectiles esparcidos alrededor, y allí, junto a una hilera de casas quemadas, toda una batería del 88 está aplastada, pulverizada por las columnas rusas.

¡Tantos muertos en tan poco tiempo! Fascinados, seguimos mirando, y no lo entendemos...

El invierno estaba allí, con todo su horror, con el frío y las tempestades, tan mortíferas como los cañones rusos.

El invierno, que vuelve a los hombres duros y brutales; nuevo terror que, a su vez, engendra el terror.

Nos habíamos convertido en bestias sanguinarias, a las que hacían reír las peores cosas.

Y la guerra continuaba, para emplear la frase con que los Gobiernos adornan la embriaguez de las matanzas.

CUCHILLOS, BAYONETAS Y PALAS

Estamos cercados. Ya no nos quedan tanques. Una vez más, luchamos como infantería. Nieva, nieva... Las colinas se convierten en verdaderas montañas. La tempestad se precipita aullando sobre la estepa y grita por entre los ralos bosques, empujando ante sí torbellinos de polvo blanco.

Envuelve con una capa de hielo los cañones, los fusiles, las ametralladoras: silba en torno a las chozas derruidas y da a los hombres besos mortales; llega desde los campos de Siberia, a través de millares de kilómetros de tundra desierta.

Los centinelas deben ser relevados al cabo de un cuarto de hora si no se quiere encontrar un cadáver. Lloramos de frío, los carámbanos cuelgan de nuestras barbas, las narices se hielan, cada inspiración parece una puñalada en los pulmones. Si durante un segundo nos quitamos un guante y tocamos un trozo de acero, dejamos pegado un pedazo de piel.

La gangrena es cosa corriente, horriblemente corriente; los miembros podridos y malolientes forman parte del espectáculo cotidiano. En las chozas inmundas, las amputaciones se suceden: un pedazo de pierna por aquí; una mano por allí; a veces, un brazo entero.

El papel no tiene precio, es un artículo de mercado negro: cincuenta cigarrillos por un periódico, porque te salva de la gangrena, camarada. En un rincón se amontonan pedazos de miembros, azules, negros, y pese a que están tan helados como nuestras narices, se adivina aún su fetidez.

Los cirujanos operan lo mejor que pueden en la suciedad circundante, a la luz de los faroles «Hindenburg», que iluminan más o menos bien operaciones que nadie se atrevería a intentar en el más moderno de los hospitales. Cuando un operado muere,

se le echa fuera, muy de prisa, el tiempo de abrir y volver a cerrar la puerta, para impedir que el frío penetre en el recinto de los vivos.

El regimiento está en reserva cerca de Petrushki; las compañías diezmadas han sido rehechas con hombres nuevos. Incluso se nos había hablado de refuerzos lanzados en paracaídas, de especialistas procedentes de las mejores escuelas alemanas. Pero ninguno de los soldados veteranos había creído ni una palabra. Promesas en el aire y hermosas frases para los diarios de Goebels, pero la verdad era distinta: los reservistas, mal entrenados y mal armados, habían desperdiciado horas hermosas aprendiendo el paso de desfile y las tonterías del cuartel. ¿Qué sería de una guarnición prusiana sin el saludo mecánico a los enchufados de retaguardia, que se regodeaban en el seno de la derrota más cruel del Tercer Reich? Algunos de esos héroes desempeñaban otro papel en los campos de concentración, mientras daban sus consejos altivos sobre la defensa de la patria. Pero ni yo ni mis camaradas les hemos visto nunca en la línea de fuego, y todos nuestros comandantes, atiborrados con los cursillos rápidos de última hora, pertenecían a la reserva. Es inútil rebelarse: siempre será así, y los que más gritan se las arreglan siempre para evitar la cita de las balas con sus abigarrados uniformes.

Acantonados en Petrushki, esperábamos el armamento y nuevos candidatos a la muerte. Pasábamos el tiempo jugando a las cartas, matando piojos y protestando de todo y de todos. Alte llenó lentamente su pipa con una *machorka* nauseabunda; y sólo con verle actuar uno se sentía tranquilizado; la choza se convertía entonces en una especie de hogar, o bien en una cabaña de pescador, junto al mar, que hacía pensar en las noches de luna llena, cuando el faro dialoga con el mar inmóvil.

Charlábamos en voz baja, como sólo pueden hacerlo hombres que han vivido juntos durante horas graves, con palabras lentas que apenas hubiesen comprendido los no iniciados. Cuando Alte, por ejemplo, decía con suavidad:

—¡Muchachos, muchachos! —un mundo de pensamientos nacía de estas dos palabras, e incluso Porta, el chiflado, ponía término a su grosería habitual. Después de un momento de silencio, Alte prosiguió—: Ya veréis... Iván se las arreglará para cargarse a todo el 42.º Cuerpo de Ejército en Cherkassy.

Exhaló una espesa nube de humo y apoyó en la mesa, cubierta de vajilla sucia, de naipes, de armas y de pan semicomido, sus gruesas botas de infantería.

—En mi opinión, nos dejan tranquilos porque traen refuerzos para un nuevo Stalingrado. Apuesto a que todo su Cuarto Ejército desembarcará en este nido de piojos.

Porta se echó a reír:

—¿Por qué no? ¡Tendremos que acabar por irle a decir *heil Hitler* al diablo!

—Sí —dijo *Plutón*—, y si llevamos un manojo de «T-34» pegado al culo, aún iremos más aprisa.

Sonaron fuertes risotadas ante la idea de aquel manojito.

—A menos que vayamos a dar una vuelta por las minas de plomo, antes de aterrizar en eso que llamáis infierno —intervino Móller.

—En tal caso —dijo Bauer, pensativo—, prefiero el infierno de los curas que el de Stalin.

—Si crees que te pedirán tu opinión... —exclamó Porta riendo—. O los colegas de ahí enfrente te facturarán con un disparo de *nagán*,^[4] o bien, si van más despacio, irás a parar al simpático frío del Ural, en Woenna Plenny, por ejemplo, para romperte los huesos al cabo de unos años. Por lo demás, esto no tendrá ninguna importancia. Con mucha suerte, una roca te caerá en la cabeza así que llegues a las minas; de esta manera, terminarás más pronto.

Alte acariciaba su pipa.

—Si salimos de ésta —dijo— no habremos terminado aún. ¡Qué mala suerte haber nacido en esta Alemania putrefacta con ese Adolfo que se cree Napoleón! Si por lo menos estuviésemos seguros de que los suyos no temen nada...

Stegé rió con risa contagiosa:

—Hay una cosa segura, y es que Adolfo ha perdido la guerra. Pero si pudiésemos enviar al infierno a los nazis rojos al mismo tiempo que los negros, sería un final razonable.

Un ordenanza interrumpió nuestra conversación Von Barring reclamaba a Alte con toda urgencia.

—¡Mierda! —exclamó Porta—. Yo, soldado de primera clase, tengo el honor de deciros que esto anuncia el final de nuestro breve reposo. El 27.º volverá a servir de abrelatas para los enchufados de retaguardia. ¡Qué el diablo se los lleve!

Temblando de frío en su delgado capote, Alte se marchó por la nieve hacia el alojamiento de Von Barring, en el extremo del pueblo, de un kilómetro de longitud. La tempestad arreciaba y recorría aullando la tierra impregnada de sangre. Con un frío de cuarenta grados bajo cero, cuando la nieve te azota el rostro, se tiene la impresión de que te despellejan vivo; en la guerra, el frío es peor que la privación de dormir, porque se puede resistir muy bien toda una semana cuando hay oportunidad de dormir a gusto una sola vez.

Porta tenía razón: al cabo de una hora, Alte regresó para anunciarnos que nuestra Compañía, con la 8.ª y la 3.ª, había sido designada como tropa de choque para abrir un camino al regimiento; para romper el cerco que nos oprimía, había que avanzar hacia Terascha y hacer saltar allí uno de los eslabones del cerco. El enemigo estaba instalado en sólidas trincheras de nieve; se trataba de limpiar el poblado, por la noche. Ante todo, porque no podíamos recibir ningún apoyo de la artillería, y después, a causa de la catastrófica escasez de municiones. Nuestra única oportunidad estaba pues en el ataque repentino y nocturno, que esperábamos compensara nuestra

debilidad ante un enemigo muy superior en número.

El teniente coronel Hinka vino a desearnos buena suerte y estrechó las manos de los tres jóvenes jefes de Compañía. Eran soldados ya aguerridos en quienes se podía confiar, no los paisanos dorados de retaguardia, sino sencillos soldados con insignias de oficial. En cuanto a nosotros, el trabajo que nos esperaba era nuestra debilidad: era lo único que sabíamos hacer, pero lo hacíamos bien.

—Cuento con vosotros —dijo la voz de Hinka—. El capitán Von Barring se pondrá al frente del comando, y para que la sorpresa sea completa hay que atacar con armas blancas, sin disparar ni un solo tiro.

Emprendimos la marcha con el corazón angustiado. La operación sería difícil; e incluso si teníamos éxito, ¿cuántos de nosotros saldríamos con vida? Según los informes recibidos, la protección enemiga no debía de ser muy importante.

—Y además —cuchicheó Stege—, caminamos hacia la libertad, lo que es un consuelo. ¡Porque si nos quedamos aquí tenemos asegurada la ida a Siberia!

Nadie contestó. ¿Qué sentido podía tener para nosotros la palabra libertad, puesto que a ambos lados había la opresión y unas alambradas de altura semejante?

Empuñamos las armas y escrutamos la noche amenazadora. Por todos lados, las trazas de las balas mostraban claramente que el combate se iba cerrando a nuestro alrededor; un poco más y estaríamos cogidos. La perforación que íbamos a intentar era el esfuerzo desesperado para escapar de la ratonera.

Las órdenes pasaban de boca a oreja;

—Bayoneta al cañón, de frente, marchen.

Lentamente, la Compañía se puso en movimiento, casi invisible gracias a las largas camisas de nieve. Fuimos descubiertos a pocos metros de las líneas enemigas, pero demasiado tarde. Nos lanzamos al ataque, y después de un cuerpo a cuerpo frenético la posición es conquistada y limpiada después por los que nos siguen. Un fuego infernal se inicia en el lindero del bosque, al oeste de Selische, pero nada puede detenernos. Seguimos avanzando en un estado casi hipnótico, y el ataque triunfa sin demasiadas pérdidas para la Compañía. Muertos de fatiga, llegamos al camino de Sukhiny-Shenderowka, donde oímos claramente ruidos de motores procedentes de Sukhiny. Nos enterramos febrilmente en la nieve helada y no tuvimos que esperar mucho; el ruido de los motores se acercaba. Una importante columna de pesados camiones se abría paso con lentitud por la carretera cubierta de nieve, víctimas propiciatorias para los hombres silenciosos que acechaban su presa. Aquellos a quienes íbamos a matar sin ningún escrúpulo, tenían, como nosotros, padres y madres que, abrumados de dolor, se enterarían de la muerte de un hijo, caído en el campo del honor, en defensa del proletariado. Los nuestros, recibían cotidianamente la terrible noticia en nombre del Führer y de la patria. ¡Cómo si esas palabras pudiesen aportar el menor consuelo a no importa qué madre rusa o alemana! La noticia les llegaría

mucho antes del término de la batalla de Cherkassy, un episodio entre mil de la guerra, que los comunicados bautizarían sencillamente con el nombre de «combates locales».

La columna motorizada nos causaba una preocupación adicional, porque los rusos, que ignoraban nuestra tentativa, se dirigían sin duda hacia las posiciones que acabábamos de conquistar. Abrimos fuego con todas nuestras armas automáticas a la distancia de diez metros. La sorpresa fue considerable. Los primeros vehículos volcaron y ardieron inmediatamente. Varios hombres que quisieron resistir fueron silenciados rápidamente. Tres camiones cargados con «órganos de Stalin» volaron en pedazos, y en cuanto a los fugitivos, fueron segados por nuestras metralletas.

Hacia las tres de la madrugada, el comando reemprendió el ataque, esta vez en dirección a Nowo-Buda. Todo estaba silencioso aún en esa dirección, pero sabíamos que el pueblo se hallaba lleno de tropas rusas. El capitán Von Barring ordenó un ataque en tenaza, Norte-Sur, y de nuevo vivimos los horrores del arma blanca.

Semejantes a fantasmas, nos deslizamos hacia los primeros centinelas, en la entrada del pueblo. Y como una película que rueda a toda velocidad, veo a Porta y al legionario cortar el cuello a uno de ellos, mientras Bauer se ocupa del otro. Los centinelas no lanzaron ni un murmullo, sus piernas se estremecieron un poco en la nieve, mientras la sangre manaba torrencialmente de las arterias seccionadas. Avanzamos a rastras, peligrosos como serpientes. Varios rusos, envueltos en sus capotes, dormían en el suelo de una de las primeras chozas. Nos lanzamos sobre ellos como un rayo y respirando pesadamente, los atravesamos con nuestros cuchillos de trinchera. El mío, se hundió profundamente en el pecho de un enemigo; el hombre lanzó un breve grito que me enloqueció y pisoteé aquel rostro vuelto hacia mí, que me miraba con los ojos desorbitados por el terror. Me parecía andar sobre una gelatina donde se aplastaba algo que crujía como cáscaras de huevo. Con mis pesadas botas claveteadas repetí la operación un poco más lejos, mientras mis camaradas golpeaban con todas sus fuerzas. Porta clavó su cuchillo en la ingle de un sargento enorme que se había incorporado a medias, el cuchillo resbaló hacia arriba y los intestinos se esparcieron como los de una bestia despanzurrada.

El olor a sangre caliente y a intestinos se hacía horroroso en el estrecho recinto; vomité violenta, convulsivamente; uno de los nuestros empezó a sollozar y hubiese aullado como un lobo si un puñetazo de *Plutón* no le hubiese tendido en el suelo. El menor grito nos hubiese perdido. Salimos corriendo de la choza para proseguir la tarea a todo lo largo de la calle. Se oía aquí y allá rumores vagos y gemidos de hombres que luchaban a muerte en el curso de una de las matanzas más audaces que recuerdo.

Armado con un sable cosaco, *Hermanito* cortó, de un solo golpe, la cabeza de un teniente ruso y yo salté a un lado, horrorizado, para evitar aquella cabeza que rodó

hacia el pequeño legionario; éste le pegó una patada como si se tratara de un balón de fútbol. De choza en choza, la matanza continuaba y, cuando salíamos de una de ellas, ya no quedaba ningún signo de vida. Aquello duró hasta las seis; el poblado entero estaba en nuestro poder, y cavamos febrilmente nuestras trincheras, porque era evidente que la respuesta rusa no se haría esperar. Si conseguían recuperar el poblado, Dios sabe lo que nos harían después de aquella noche de San Bartolomé. No nos quedaba más recurso que aplicar la redundante y acostumbrada máxima de Hitler: combatir hasta el último cartucho. Pero si luchábamos no era por Hitler ni por sus objetivos bélicos; ¡no nos importaban! Tratábamos, sencillamente, de salvar nuestra piel, lo que los comunicados confesaban a su pesar, hablando de «combates aislados de defensa».

Todo nuestro grupo se había reunido en un enorme agujero común. Alte, tendido de espaldas, apoyaba su cabeza en un estuche de máscara antigás, envuelto con un capote ruso; Porta, sentado a lo moro sobre dos macutos llenos de equipo robado, bebía vodka y lanzaba enormes eructos.

—Extraña guerra, en verdad, ésta en que el enemigo empieza por largarse y después te hace correr como un penco al que le queman el culo. He de confesar que soy cardíaco y que me han prohibido que realice esfuerzos, pero, por desdicha, el médico que me hizo este diagnóstico no era miembro del partido. Desde entonces, me enchiqueraron; después, me hicieron soldado de este maldito ejército, y nadie se preocupa de mi corazón enfermo, ni de si soy apto para correr por Rusia. ¡Y que no hay manera de frenar! ¡Se creería que han prometido darles mantequilla con sus espinacas, para que nos persigan con este entusiasmo!

Porta se bebió un buen trago de vodka y su voluminosa nuez, que siempre parecía emborracharse antes que él, efectuó un agitado recorrido por su delgado cuello. Alargó la botella al pequeño legionario, y le dijo a Alte:

—Como tú eres el suboficial, tendrás que esperar a que todos tus valientes beban primero, amigo. —Al mismo tiempo, arrancaba la botella de manos del legionario—. ¡Maldito vendedor de alfombras, siempre bebes como si te estuvieras muriendo de sed!

Se echó al colete otro trago y pasó la botella a la redonda, haciendo cada vez la misma ceremonia, de modo que muy pronto quedó vacía. Alte empezó a protestar. Porta enarcó una ceja, se puso el monóculo y enderezó su sombrero de copa antes de iniciar un discurso sobre la educación, rematado con un pedo ruidoso.

—Habla, habla —dijo Alte—. Espera a que Iván se nos eche encima. Algo me dice que están decididos a liquidarnos.

—¡Pero qué listo llegas a ser! —replicó Porta—. ¿Esperabas tal vez que formasen corro para vernos desfilar con el paso de la oca? ¿Y el espacio vital? Tiene que haber matanzas por ambos lados para que podamos bandearnos. De modo que, muchachos,

un buen consejo: ahora que podéis, bebed a gusto.

Sacó del macuto otra botella de vodka y le rompió el gollete. El alcohol nos animaba y el ruido que armábamos debía oírse desde el bosque, donde, sin lugar a dudas, estaban los rusos. El teniente Kohler saltó a nuestro agujero, seguido del teniente Halter. Kohler se limpió y empezó a liar un cigarrillo de *machorka* con un pedazo de papel de periódico.

—¡Brrrr...! ¡Qué frío!

Alargó el cigarrillo a Porta y se dispuso a liar otro. Porta se le rió en las narices:

—No acepto nada de los oficiales, ni de nadie de esa calaña.

Kohler prosiguió su labor y dijo tranquilamente:

—Cállate, simio pelirrojo.

—Tampoco hay educación —prosiguió Porta, despectivo—. Voy a devolver el uniforme y a marcharme a casa. Con estos arrastrables ya no queda educación.

Haciendo caso omiso de Porta, Kohler, que estaba completamente ebrio, se volvió hacia nosotros:

—Los rusos preparan un contraataque en el rincón norte del bosque. Supongo que recibiréis la primera oleada. Así, pues, tened los ojos bien abiertos.

Una radio portátil, encontrada no sé dónde, difundía en el mismo momento una melodía almibarada, que cantaba una voz masculina. Nos echamos a reír.

—¡Ya basta! —gritó Kohler—. Aquí esperamos una bala que nos atraviese la piel a cuarenta bajo cero, y allí nos envían estas estupideces. ¡Tirad esta porquería!

Cerraron la radio. Porta sacó su flauta y empezó a tocar una canción política antinazi, que toda la Compañía coreó con una convicción que hubiese tenido que conmover hasta a nuestros propios enemigos.

Hay que haber pasado por el hospital para saber lo que significan estas palabras: estar herido.

Heridas de todas clases y de todo género: en la cabeza, con la locura como consecuencia; en la columna vertebral, que producen parálisis.

Amputación de uno o de varios miembros, cuando no son los cuatro, y ya sólo quedan del hombre el tronco y la cabeza.

Bala en los ojos que te deja ciego; bala en los riñones que te condena a llevar una sonda; heridas en el estómago, de consecuencias innumerables; heridas en los huesos, cuyas esquirlas surgen indefinidamente a la superficie de las heridas purulentas; heridas en el rostro...

El hombre, durante el resto de sus días, arrastra un cuerpo desgarrado, cuyo andar dolorido y claudicante es objeto de burlas, por parte de los niños.

CHERKASSY

La luna, baja en el horizonte, ilumina con luz helada los árboles y los arbustos. Todo vibra de frío. Incluso nosotros, pese a estar impregnados de vodka, temblamos después de doce horas de vigilia dentro de un agujero de nieve, en una tierra que estalla con la presión del hielo. No es posible reconciliarse con el frío ruso; pone rígidos los gorros de piel, abotarga y llena de grietas los rostros doloridos, hincha y corta los labios, que se convierten en una costra violácea, transforma los seres humanos en seres primitivos del misterioso reino del hielo.

En nuestro caso se añadía el hambre, un hambre salvaje que hacía mil veces peor el horror de nuestra vida. Sobre nuestros agujeros caía el frío mortal de las estrellas, porque te hacen guiños amistosamente y hasta la muerte con el mismo parpadeo glacial. En su gran sabiduría, el mando supremo sólo ha olvidado una cosa: protegernos contra el peor de nuestros enemigos, la naturaleza. Ella fue la gran aliada de los rusos, la gran homicida. ¿Qué ejército hubiese podido resistir frente al ejército ruso, excepto los siberianos, aquellos diminutos soldados de altos pómulos, en quienes el frío parecía aumentar aún el gozo de vivir y de luchar?

Fue Porta el primero en descubrir algo que se movía en el espacio descubierto. Silenciosamente, me pegó un codazo mientras señalaba hacia un punto, que observamos en la oscuridad con ojos desorbitados.

¡De repente, estuvieron sobre nosotros! Como una bomba que estalla, las siluetas

cubiertas de blanco, saltaron como lobos a la trinchera. Con la metralleta junto a la cadera, disparo rabiosamente contra todo lo que se mueve en aquel revoltijo de gorros de piel, de tiradores siberianos de ojos oblicuos. En el cuerpo a cuerpo utilizaban el terrible kandra, el cuchillo siberiano afilado por ambos lados, especie de herramienta de carnicero pero mucho más robusta, que, de un solo golpe, decapitaba a un soldado. Espalda contra espalda, utilizábamos nuestras armas como mazas, ya que los rusos estaban tan próximos que ni siquiera teníamos tiempo para disparar. Después de un momento, pudimos saltar de la trinchera y correr hacia las chozas, donde, al amparo de sus paredes, pudimos volver a cargar nuestras armas. Los disparos crepitan y las balas trazadoras rozan el suelo. Gritos y llamadas de moribundos y de combatientes. En el corazón de una noche glacial, es difícil distinguir a amigos o enemigos; se tira al buen tuntún, y muy a menudo, en ambos bandos, contra los propios camaradas.

El comando está completamente disperso, ya no hay ninguna unión entre la Compañía, todos luchan por sus vidas. Pero Von Barring y Halter consiguieron agrupar a varios de los nuestros y corrimos a través del poblado hacia las trincheras excavadas en las colinas. Durante la huida, un recluta de diecisiete años, alcanzado en el hombro por una bala explosiva, lanza un grito de angustia, gira como un tronco y cae en la nieve. Un cañón automático dispara a la izquierda, las granadas llueven sobre el herido y hacen surgir surtidores de nieve. Llegamos a un refugio y nos dejamos caer sin aliento, confiando en un respiro; pero la puerta se abre en el acto y dos hombrecillos con gorro de piel aparecen en el rectángulo que la nieve ilumina. Una ráfaga de balas barre el recinto y nos ensordece... Estamos allí, dieciocho que se hacen el muerto y se consideran muertos ya; ¡pero, no! Los dos rusos se marchan corriendo seguidos por el ruido sordo de las granadas de mano; se deslizan por la nieve y nosotros, en pos de ellos, pero tropezamos en la nieve profunda, nos estorba la ropa, tenemos la sensación de que nos ahogamos. Jadeando como focas, con un dolor vivo en el fondo de las órbitas, yacemos inertes en un enorme cráter, en el que pasamos desapercibidos gracias a nuestros atavíos blancos.

El tiempo parece estar en suspenso; es el de una larga pesadilla. Nuevas siluetas se yerguen ante nosotros, pero, rápidos como el rayo, Alte y el legionario se echan las armas al hombro y las ráfagas surgen hacia las formas imprecisas. El infierno se desencadena de nuevo y las balas trazadoras parecen llover incluso del cielo. Veo a *Hermanito* que lucha lanzando granadas como un poseso; después, pierdo conciencia, me aplasto contra la nieve, grito... Mis uñas se parten al rascar el terreno helado, Alte me agarra y me obliga a huir con él. La confusión es indescriptible. Recorro un trecho junto a un ruso tan aterrado como nosotros, pero por fortuna yo me doy cuenta primero y le asesto un golpe homicida en pleno rostro; el ruso cae pesadamente en el momento en que Alte nos grita palabras incomprensibles señalando algo que hay sobre nosotros. Petrificados, contemplamos el cielo, en el que unos objetos ululantes

que arrastran colas inflamadas de varios centenares de metros se lanzan contra el poblado.

En un santiamén, rusos y alemanes buscan refugio, en el suelo, en cualquier sitio, porque lo que raya el espacio no conoce amigos ni enemigos: nos bombardean los famosos órganos de Stalin y para colmo del horror, he aquí que los lanzadores de raquetas alemanes empiezan a actuar también. Las primeras explosiones parecen un terremoto; las casas estallan como si fueran de papel. La cosa dura sólo unos minutos, pero del poblado ya no queda nada. Muy cerca de nosotros, las llamas surgen hacia el cielo. Ya no es el frío el que nos paraliza, sino un mar incandescente que saca de las casas a todo ser vivo: bestias locas de terror y de sufrimiento, niños, mujeres sollozantes. Las armas ladran y alcanzan a personas y animales con un fuego infernal, porque la guerra pasa inexorablemente y lo siega todo a su paso, entre las maldiciones humanas.

¿Cómo es posible que el montón de ruinas que había sido Nowo-Buda acabara en nuestro poder? Nadie hubiese podido decirlo. El comunicado enviado a retaguardia fue lacónico: *Nowo-Buda limpiado. La posición resiste. Esperamos órdenes.*

Por el lado ruso, escuchamos durante todo el día un ruido de motores que Porta declaró eran de artillería ligera. Iván reunía fuerzas para liquidarnos y seríamos aplastados sin la menor posibilidad de escape. Porta y un zapador habían conseguido captar la longitud de onda del enemigo, y escuchábamos conversaciones muy aptas para consolarnos: los colegas de enfrente se entendían con sus oficiales tan mal como nosotros, porque amenazas y más amenazas subrayaban cada orden dada a los comandante de primera línea. En cuanto a nosotros, acurrucados en nuestros agujeros, con un frío de 47° bajo cero, no apartamos la mirada del espacio descubierto.

Varios débiles ataques son rechazados con facilidad, pero no dudamos de que se prepara algo más. Al amanecer, con la oreja pegada a la radio, oímos que un oficial ruso pregunta:

—¿Podéis conquistar N.?

—Es posible, mi comandante, pero será difícil; tenemos ante nosotros muchas fuerzas.

—El Batallón ha establecido contacto. Atacaréis a las 13,45.

Esta conversación precedió a un combate que debía ser atroz. Los rusos atacaron a la hora fijada. Vimos acercarse tanques «T-34» y «T-60» que se abrían paso por una nieve de un metro de espesor, pero a los que era fácil acercamos por sus ángulos muertos para fijar nuestras cargas explosivas.

La infantería rusa esperaba el resultado del avance de los tanques, pero durante la noche consiguió penetrar hasta el centro del poblado, que abandonamos con muchas pérdidas y dejando atrás a nuestros heridos. Sólo los que han efectuado una retirada

precipitada en el infierno de la nieve recién caída, perseguidos por verdaderos asesinos como los siberianos, saben lo que esta clase de guerra y la palabra agotamiento pueden significar. Una vez más hay que atrincherarse y luchar por la vida contra salvajes asaltantes. Durante varias horas, la batalla prosigue, avanza y retrocede alternativamente; después, los rusos vuelven a ceder; y recibimos refuerzos designados con el nombre de «tropas de alerta». Pero esos efectivos, reunidos apresuradamente, están compuestos por soldados muy mediocres que se apresurarían a salir corriendo a la vista del enemigo, si tuviéramos la desgracia de dejarlos solos. Al atardecer, volvimos a oír la radio rusa. La voz de un jefe de batallón decía:

—La infantería se niega a andar, no puedo hacer nada; los tanques están inmovilizados y todas sus tripulaciones han muerto o han caído prisioneras. Imposible avanzar por las colinas que son cada vez más altas. Se nos bombardea violentamente desde Sukhinky, con lanzagranadas del 105 y del 24. No parece haber artillería ligera ni tanques, pese a que hacia el Noroeste se escucha ruido de motores. Supongo que los Fritz tratarán de abrirse paso al suroeste de Sukhinky, se observan grandes concentraciones de tropas. He hecho fusilar a cuatro oficiales por cobardía ante el enemigo.

Varios minutos de silencio, después una catarata de blasfemias y maldiciones, de las que tan rico es el idioma ruso. El superior amenazaba con la degradación, con el tribunal del pueblo, con el campo de reeducación y, para terminar, dice:

—Hay que conquistar N. cueste lo que cueste, y por los dos lados a la vez. Atacaréis a las 15 horas en punto, sin apoyo de artillería, para que os podáis acercar lo máximo a esos perros alemanes. Cierro.

Inmediatamente informado, Von Barring, se preparó para recibir al enemigo. Los minutos transcurrían lentamente, cada uno de ellos con la densidad de una hora. Porta era el único de nosotros que parecía tranquilo. Tendido boca arriba, mordisqueaba un pedazo de pan seco, encontrado en el macuto de un ruso muerto, tenía el lanzallamas sobre el cuerpo, a punto de ser utilizado. Sentía por esa arma un afecto especial, y pese a que en realidad era «tirador escogido», nadie sabía quién le había instruido en el manejo del lanzallamas. Teníamos el vago recuerdo de que ese cambio se efectuó en el momento en el que el 27.º fraternizó con los rusos cerca de Stalino. Ahora era una vieja historia. ¿Fue allí donde obtuvo aquel lanzallamas, así como un fusil de precisión con teleobjetivo? Nadie dudaba que si algún oficial se lo hubiese preguntado, hubiera contestado en el acto.

Cuando los rusos atacaron, lo hicieron con un vigor salvaje que nos quitó el aliento. No obstante, conservamos el poblado maldito. Pero que no me pregunten cómo fue. Aquel hecho no tuvo ninguna influencia en el curso de la guerra; sencillamente, nos evitó un consejo de guerra, suerte que no tuvieron los del otro lado, porque las ondas nos transmitieron varias horas después la conversación

siguiente:

—¿Qué ha ocurrido en N.?

—Nuestro ataque ha sido rechazado. La infantería no puede más y el comandante Bleze se ha suicidado.

—Bien. Es el deber de los incapaces como él. El mayor Krashennikow, del 3.^{er} Batallón, tomará el mando del regimiento. —Un momento de silencio, y después la voz prosigue—: ¿Qué dicen los alemanes?

—Están muy impertinentes. Nos insultan y supongo que entre ellos hay franceses y tal vez mahometanos.

—Hay que hacer que se callen. Tratar de coger algún prisionero, para saber si entre ellos hay voluntarios franceses. Son los primeros que hay que liquidar. De aquí a dos horas, la artillería entrará en acción y después vosotros os lanzaréis al ataque. Hemos de conquistar N.

Las injurias en cuestión procedían de Porta y el pequeño legionario, que le daban gusto a la lengua.

Los rusos nos bombardearon todo el día, pero al anochecer, el montón de ruinas en que se había convertido el pueblo seguía en nuestras manos. El cielo aullaba, crepitaba, zumbaba, estallaba de una manera capaz de destrozar los nervios más firmes. A la noche siguiente, el viejo bombardero ruso monomotor al que llamábamos «el pato cojo» descargó sus proyectiles sobre nosotros; ochocientas bombas para un cuadrado de terreno de unos quinientos metros de lado. Sólo pudimos excavar una trinchera en un lugar ocupado por una casa cuyo incendio ablandó la tierra helada, y nos aferramos bajo el fuego creciente de la artillería, de los lanzagranadas y de los órganos de Stalin. Aquello duró días enteros, para permitir que llegasen los refuerzos rusos. Se hubiese podido creer que tenían ante ellos a todo un Cuerpo de Ejército, y no a un miserable grupo de infantería, compuesto de varias Compañías y, en el fondo, aterrorizadas por la violencia del combate.

Habíamos acostado a nuestros heridos en un refugio excavado bajo una choza; sus vendajes ensangrentados y rígidos por el hielo cubrían los miembros destrozados, y en sus ojos, muy abiertos, se leía el miedo sin nombre de vernos huir, dejándoles atrás. Entrar en uno de estos agujeros, bajo tierra, es algo indescriptible, y aconsejo a todos aquellos a quienes tiende el heroísmo, que vean esas antecámaras del infierno para saber si pueden resistirlas. Alrededor, en refugios precarios, los heridos leves ayudaban a los sirvientes de las ametralladoras. Un hambre devoradora nos atenazaba y tratábamos de engañarla masticando unas míseras patatas heladas. Nuestras sucias camisas de nieve recubrían nuestros delgados capotes y si algunos habían tenido la suerte de conseguir botas o gorros rusos, los demás, con papeles y trapos en lugar de botas, y un pañuelo enrollado bajo el casco, temblaban de frío glacial, más mortífero que las granadas.

El 26 de enero, las comunicaciones con retaguardia quedaron cortadas; el teniente Kohler hizo un ademán de indiferencia:

—¡No importa! Ahora sabemos lo que hemos de hacer: avanzar.

Porta, el legionario y *Plutón* se habían apoderado de un cajón ruso de granadas de mano. Eran, además, tiradores escogidos, y fragmentos de conversación cortados por la risa llegaban a nuestros oídos.

—¡Bien, viejo Porta! ¡Ahí va otro a reunirse con Satanás!

—Alá es quien guía mi vista —dijo con gran seriedad el pequeño legionario, mientras apuntaba a un ruso que de repente empezó a girar sobre sí mismo como un tronco.

—¡Lástima que no tengamos también aquí delante a algunos miembros del Partido! —exclamó *Plutón*, quien apunta con la rapidez de un rayo y dispara una ráfaga—. ¡Eh, secuaz de Stalin, ya te has llevado lo tuyo! Porque si sólo nos cargamos a los rojos, el diablo no estará contento.

—¿Cuántos tienes ya? —preguntó Porta—. Yo treinta y siete.

Plutón miró el pedazo de papel colocado bajo una granada de mano, donde una serie de cruces y de rayas indicaban los blancos seguros y dudosos.

—Veintisiete al infierno y nueve al hospital.

—¿Eres miembro de una sociedad benéfica? —preguntó el legionario—. Todos los míos están garantizados para el horno. Tengo cuarenta y dos, de los que por lo menos siete son oficiales. La estrella roja que llevan en el gorro es un blanco estupendo. Cuando llegan allí, junto a aquel soldado corpulento, se tiene exactamente veinticinco centímetros de espacio para cogerles al vuelo.

—¡Bato mi marca, muchachos! —gritó Porta—. Caramba, acróbata con botas, ¿tú también quieres? ¿Habéis visto cómo le ha saltado el cráneo? ¡Nunca le habían afeitado tan bien!

El legionario gritó a los rusos:

—¡Asomaos, y veréis Montmartre!

Le contestó una ráfaga, lo que hizo que los tres desaparecieran en el agujero, sujetándose los costados de tanto reír.

—Cantémosles algo —propuso Porta.

Un fuego violento contestó a sus aullidos, apoyado por una bronca del teniente Halter y de Alte. Encontraban perfectamente inútiles aquellas provocaciones sin objeto, cuyo resultado sólo sería impulsar a los rusos a reacciones desesperadas.

Porta, para quien el teniente era un chiquillo y Alte un igual, contestó casi despectivamente, sin apartar la mirada de las líneas rusas:

—¡Vosotros, aspirantes a la Cruz de Hierro, dejadnos tranquilos! Habéis visto a los dos compañeros del 104.º crucificados por Iván, ¿no es cierto? Cuantos más cerdos de esos matemos, mejor. *Heil Hitler!* Y preparad mis palomas porque

volvemos a las andadas. —Apuntó, disparó, y anunció encantado—: ¡Otro para el infierno!

En el extremo sur del poblado, uno de nuestros refugios, bien protegido, albergaba un nido de ametralladoras que había rechazado bastantes ataques. Pero un día, de madrugada, los rusos comparecieron y se apoderaron de él.

Les vimos obligar a arrodillarse en la nieve al viejo suboficial que mandaba la pequeña guarnición. Le dispararon una bala en la nuca, y su cuerpo rodó colina abajo, levantando una nube de polvo blanco. Ocho soldados fueron conducidos por dos rojos que marchaban tras de ellos, revólver en mano. Su único camino era una especie de sendero que, en un momento dado, pasaba a descubierto ante la mirilla de Porta. Tres disparos precisos sonaron y rompieron la cabeza de los guardianes rusos; nuestros ocho camaradas, en un santiamén saltaron en dirección al refugio, pero *Plutón* se les adelantó: con la metralleta junto a la cadera, abrió la puerta de una patada y barrió salvajemente el recinto lleno de enemigos. La trepitación del arma hacía temblar su cuerpo de gigante, plantado con las piernas bien abiertas, y sus carcajadas subrayaban la danza macabra de los rusos, que aullaban, segados por las balas. Dos siberianos salieron con los brazos levantados; *Plutón* retrocedió un paso, los envió a rodar de una patada, y vació su cargador sobre ellos.

—¡Salid, cerdos, si aún queda alguno vivo! —gritó—. Os enseñaré a tratar a los prisioneros.

Un débil gemido salió del refugio, pero nadie asomó. *Plutón* descolgó de su cintura dos granadas de mano y las echó dentro, donde estallaron con ruido sordo.

El teniente Kohler, por su parte, había perdido un ojo en el curso de un ataque. Pese a que estaba casi loco de dolor, y no obstante la insistencia de Von Barring, rehusaba obstinadamente reunirse con los demás heridos, con el temor evidente de que retrocediéramos y les abandonásemos. La idea de caer en manos de los rusos, nos atenazaba a todos con un horror inmenso, porque no podía ocurrir nada peor. Habíamos visto tantos horrores perpetrados por ellos en los desdichados prisioneros, que no podíamos conservar la menor esperanza de salir bien librados: bala en la nuca, crucifixión, brazos y piernas rotas, mutilaciones horribles, castración, ojos saltados, cartuchos vacíos clavados a martillazos en la frente eran cosas corrientes, a menos de ser destinados a Siberia donde les aguardaba un destino espantoso.

El 27 de febrero por la mañana, el enemigo empezó a disparar de una manera extraña, sin ningún objetivo en apariencia, tan pronto contra nosotros como contra la 8.^a Compañía, la del teniente Wenck, o la 3.^a, la del teniente Kohler. Aquello duró una hora aproximadamente, después el fuego cesó y volvió a reinar el silencio en la estepa. Un silencio incómodo, amenazador, como el silencio que te aplasta en las montañas o los bosques profundos. Inquietos, observábamos a los rusos, pero nada se movía, no se oía ningún sonido. Así transcurrieron tres o cuatro horas de calma

angustiosa. Von Barring, con los prismáticos en la mano, escudriñaba el terreno. Cuchicheó a Alte, que estaba a su lado:

—Sin embargo, tengo la impresión de que preparan algo. Este silencio me crispa los nervios.

De repente, lanzó un grito y empezó a vociferar órdenes incomprensibles. En el mismo momento, vimos a los rusos; hormigueaban muy cerca de la 3.^a Compañía.

—¡Kohler, dispara! ¡Dispara, por amor de Dios! —vociferaba Von Barring.

Desesperados, jadeantes de emoción, contemplábamos impotentes aquella concentración de enemigos. Varias explosiones de granadas rompieron al fin la calma mortal. Los rusos habían llegado por la izquierda, detrás de la 3.^a Compañía, y la habían sumergido silenciosamente. Algunos hombres se defendieron aún como posesos, a paladas y a culatazos, mientras que Von Barring, con lágrimas en los ojos, retenía a *Plutón* y a *Hermanito* que quería precipitarse en su socorro.

—De nada serviría, ya no podemos ayudarles. He visto caer a Kohler.

La 3.^a Compañía fue aniquilada en diez minutos, y nosotros esperábamos sufrir la misma suerte, porque ahora los rusos se volvían en nuestra dirección. Pero Porta y el legionario, al comprender la situación se precipitaron sin esperar órdenes, hacia el refugio situado en el extremo del poblado. Entretanto, Von Barring reagrupaba a toda prisa el grupo de combate y cargaba hacia la colina, que era nuestra única posibilidad de salvación, si la alcanzábamos antes que la infantería rusa.

—¡Gritad tanto como podáis! —vociferó Von Barring—, ¡gritad, vive Dios! ¡Gritad como salvajes!

Lanzando aullidos de piel roja, nos lanzamos, pisándoles los talones, en una carrera desenfrenada. *Hermanito* y Möller lo segaban todo ante ellos; Porta, emboscado en el refugio, disparaba su lanzallamas, y el pequeño legionario manejaba la metralleta contra las masas que avanzaban.

Un capitán ruso, de estatura gigantesca, enarbolaba un arma como si fuera una maza, y vociferaba consignas políticas, que procedían directamente de Ilya Ehrenburg. Las palabras nos llegaban claramente. *Plutón* se detuvo, apoyó una rodilla en el suelo y apuntó cuidadosamente. El capitán, interrumpido en seco en mitad de su discurso, se cogió la cabeza con ambas manos, giró sobre sí mismo y cayó lentamente de rodillas.

—¡Que se vaya al diablo a continuar sus peroratas! —dijo *Plutón*, cuyo rostro resultaba espantoso.

El teniente Halter y Bauer se lanzaron a la carga, aullando como animales. Una granada cayó entre un grupo de rusos que ascendían jadeantes la colina. Estalló con un estampido sordo; un brazo se agitó circularmente. Sin aliento, con los pulmones doloridos, alcanzamos la cumbre antes que el enemigo, y nuestras tres ametralladoras empezaron a ladrar contra los asaltantes. Cortado el impulso, empezaron a retroceder,

pero nosotros estábamos como locos y nada podía ya detenernos. Von Barring se irguió:

—¡Grupo de combate, bayoneta al cañón, seguidme!

Sin dejar de vociferar, saltamos en dirección a los rusos, a quienes acometió el pánico, un pánico que tan bien conocíamos nosotros. Huían alocadamente, tiraban sus armas, sordos a los gritos de sus oficiales. Otro salto, y estoy junto a uno de ellos. Mi bayoneta se clava en su espalda, el hombre cae con un estertor sordo. Una bala en la cabeza y prosigo. Las posiciones rusas son conquistadas de un sólo golpe y, cuando Von Barring da por fin la orden de replegarse, recogemos morteros y cajas de granadas, sin olvidar varias latas de conservas americanas, descubiertas por Porta — ¡naturalmente!— en un refugio de oficiales.

De regreso a nuestras posiciones, los restos del grupo de combate fueron divididos en dos secciones, una de las cuales pasó al mando del teniente Halter. Debían sustituir a las tres Compañías primitivas, puesto que la 3.^a había muerto degollada.

El silencio y la oscuridad nos invadieron. Nevaba ligeramente. Alte se arrebujaba friolero en su capote, Porta acariciaba su gato y le decía a media voz:

—¿Qué dirías tú, minino, si nos marchásemos a casa y abandonásemos esta sociedad para el fomento de la guerra?

Móller rió silenciosamente;

—Aquí sólo hay una manera de marcharse, y es con una bala en la cabeza.

—Habla por ti —dijo *Hermanito*—. ¡Yo no tengo el menor deseo de dejarme matar por esos cerdos! —Se incorporó a medias y gritó en dirección a los rusos—: ¡Eh, Tovarich! ¡Ruskis!; ¡Ruskis!

Una voz contestó:

—¡Cerdo alemán! ¡Ven aquí a que te los cortemos, perro fascista!

Durante cerca de media hora, se cruzaron insultos imposibles de repetir, hasta que Von Barring les hizo callar. El silencio volvió a reinar en la nieve y luego, de repente; por la derecha, todo vuelve a empezar: bum... bum...

Rápidos como una centella, nos metemos en nuestros agujeros.

—¿Qué ha sido esto? —pregunta Bauer, sorprendido.

—Lanzadores de minas —contesta Porta—. Pero de los nuestros.

Nuevos estampidos y las granadas infernales vuelan en la oscuridad. La tierra tiembla bajo nuestros pies, pese a que estas terribles baterías distan por lo menos cinco o seis kilómetros.

—Bonitas patadas en el culo de Iván —dijo riendo Stege—. ¡Si tuviéramos aquí unas pocas, todo iría mejor!

El fuego duró toda la noche y tuvo por lo menos la ventaja de mantenernos despiertos, porque el dormirse era un peligro mortal. Al amanecer, Porta y el

legionario empezaron a disparar contra algo que no distinguíamos bien. Varias ametralladoras lanzaron ráfagas prolongadas. Inquietos, prestamos oído.

—¿Es Iván que trata de abrir brecha? —preguntó Alte sin recibir respuesta.

Al cabo de un cuarto de hora, el tiroteo cesó. Alte hizo bocina con las manos y gritó a Porta:

—¿Qué ocurre por ahí?

—¿Me prometes no decírselo a nadie? —contestó la voz de Porta.

—Sí —gritó Alte, desconcertado.

—¡Hacemos la guerra, precioso!

Las comunicaciones con el regimiento fueron restablecidas por fin, y recibimos la orden de seguir resistiendo hasta la inminente llegada de refuerzos. Transcurrieron otros tres días antes de que comparecieran un número considerable de tropas de refresco, y el 8 de marzo por la tarde escuchamos por última vez la radio rusa.

—¿Cómo van las cosas en N.? —preguntaba el mando enemigo al jefe del Cuerpo.

—Imposible salir, hacen un fuego infernal, la artillería nos machaca, para no hablar de la aviación, que desde esta mañana nos está bombardeando.

—¿Dónde están vuestras líneas?

—En el borde oeste de N. Los últimos tanques han quedado inmovilizados en la nieve y los Fritz han liquidado las tripulaciones.

—¡Es insensato! No me dirás que es imposible conquistar un poblado en ruinas. Atacad inmediatamente con todo el mundo, repito, con todo el mundo. Es preciso que N. sea ocupado y que me traigáis al comandante enemigo. Os va el pellejo en ello. Cierro.

Así fue como se desencadenó el 53.º ataque ruso desde que habíamos conquistado Nowo-Buda, pero esta vez teníamos la ayuda de una escuadrilla de aviones de caza, que disparaban en vuelo rasante, sobre los horrorizados asaltantes. Roncos de tanto gritar, nos precipitamos sobre las trincheras enemigas, poseídos de una sed de sangre que nos impulsaba a matar.

Porta corría de refugio en refugio, disparando su lanzallamas sobre los ocupantes, a quienes transformaba en antorchas vivientes. Por la izquierda, un grupo de rusos se nos acercó, pero, volviéndose bruscamente, desapareció en el lindero del bosque. La voz de un comisario les hostigó y volvió a lanzarse contra nosotros en un débil ataque que rechazamos febrilmente. Stege corrió tras el comisario, a quien quería coger vivo; pero el hombre, muy rápido, escapaba continuamente y la persecución se prolongó varios metros. Para terminar, una bala saltó la tapa de los sesos del ruso. Stege se precipitó contra él, cortó la estrella roja rodeada de oro que llevaba en el brazal y se la trajo a Von Barring, como trofeo.

El teniente Halter estaba herido: un chorro de sangre surgía de su cuello; pero nos

costó mucho llevarle hasta el refugio donde yacían los demás heridos. Finalmente; la noche siguiente fuimos relevados y nos enviaron a un sector más tranquilo. ¡Ansiábamos un descanso bien merecido!

Ahora os hablaré de sus conversaciones, de sus pesares, pequeños y grandes, de su camaradería.

El salvajismo del hombre de los bosques y la brutalidad de la Edad del Hierro se habían despertado en ellos, porque la crudeza de sus vidas, la tiranía y la guerra habían vencido poco a poco a la civilización.

DESCANSO

—Bueno, muchachos —dijo Porta—, nuestra sociedad de tiradores escogidos ha vuelto a escapar de la quema. ¿Sabéis lo que esto quiere decir?

Hermanito le miró enarcando una ceja.

—¡Probablemente, que hemos tenido suerte!

—Gran imbécil —dijo Porta—. ¿Qué se puede hacer contigo?

—No seas grosero —contestó *Hermanito*.

—Cállate, desgraciado, si no quieres que Iván venga a morderte el culo. No, muchachos, esto quiere decir que soy un guerrero capaz e inteligente, porque vosotros, prusianos sarnosos, hubieseis sido incapaces de salir bien librados. Creedme, esta guerra terminará cuando yo, Joseph Porta, esté pensionado o bien a medio sueldo, como se dice.

—Si es a medio sueldo —dijo Alte riendo—, yo hace diez años que lo espero. Pero no temas, después de la guerra no tendrás ni pensión ni medio sueldo; todo lo más, una patada en el trasero, que te expulse del Ejército, o bien volverás al campo de concentración de donde te sacaron tan amablemente para que lucharas por Adolfo.

—Sí —dijo Bauer, pensativo—. ¿Volveremos a ser alguna vez verdaderos seres humanos?

—¿Tú? ¡Jamás! —gritó Porta—. Tienes el cráneo demasiado atiborrado de nazismos, desde que viniste al mundo. Yo soy distinto. Soy de extrema izquierda, y tenía una tarjeta del partido mucho antes de que tú pudieses lanzarte un pedo después de haber comido judías. ¿Vosotros seres humanos? ¡Ay, qué risa! Sois y seguiréis siendo ganado. Lo mejor es desearos una bala en algún combate, bien reglamentaria, antes de que los vencedores os detengan por haber intervenido en la guerra de Adolfo.

—¡Ah, cállate! —balbuceó *Plutón*—. Soy un ladrón de Hamburgo, pero me parece tan bueno como ser un rojo de Berlín.

—Desde luego —exclamó *Hermanito*—, yo también soy del género birlador, y haremos mucha falta después de la guerra.

Plutón se echó sobre el montón de paja húmeda, mientras agitaba ante la nariz de Porta los dedos de sus pies, desnudos y sucios.

—¿Sabes, Porta? No estoy seguro de que tengas una idea bien clara de lo que representa la sociedad. Cuando esta guerra haya terminado, la sociedad será reconstruida. Bueno, ¿y qué ocurrirá? Echarán a la calle a la pandilla de individuos que ahora se pega la vida padre, y una nueva pandilla, pero semejante, ocupará su lugar. Cambiarán de color y de etiqueta; las leyes tendrán nuevos números, pero en conjunto, será lo mismo. Y como nada habrá cambiado, se seguirá robando legalmente y los chicos listos como *Hermanito* y yo harán mucha más falta que los militantes de izquierda como ese cretino de Porta.

—¡Oh, basta! —gritó Porta con voz amenazadora.

Hermanito preguntó en un tono falsamente cándido.

—Oye, Porta, ¿no tuviste en otro tiempo ciertos problemas con los asuntos ambulantes?

—¿Yo? No.

—Sin embargo, se dice que cuando hacías recados para un figonero de Bornholmstrasse, birlabas la comida que llevabas a la ciudad.

—¡A ver si os calláis de una vez! —exclamó Porta, quien de repente añadió—: Pero ¿qué es eso que apesta en el rincón?

Stege se retorció de risa al ver a Porta, tan cómico con el sombrero de copa y el monóculo, husmeando el aire mientras *Plutón* agitaba un poco más sus pies ennegrecidos.

—Inclina un poco la nariz, muchacho, y te será más fácil encontrar el rastro de estos deliciosos perfumes —cuchicheó *Plutón*.

Porta descubrió entonces los pies de este último:

—¡Cerdo inmundo! ¿No podrías lavártelos? Hay una costra de porquería que viene por lo menos del Cáucaso. ¡Qué asco!

Hermanito se inclinó para ver mejor los pies de *Plutón*.

—¡Sí, no están mal! ¡Con unos pies así ni siquiera podrías conquistar a una puta!

—Me está bien empleado —contestó *Plutón*—. Voy a hacer como tú; no me quitaré las botas.

Alte aspiraba violentamente el humo de su pipa: por lo general, era síntoma de que tenía que decir algo importante.

—Sí, muchachos, siempre estáis hablando del final de la guerra. Es muy lógico. En la actualidad, es el tema de conversación más común en toda la tierra. Todo el mundo sueña para cuando la guerra termine, y el soldado del frente sueña con regresar a su casa para comer y dormir.

—Sí, y después haremos la revolución —dijo Porta, lamiéndose las encías desdentadas.

—Perdón, primero y ante todo hacer el amor —interrumpió *Hermanito*, radiante.

—¿No tuviste bastante la última vez? —preguntó el legionario.

—¿Bastante? ¿Yo? ¡Nunca! No olvides, amigo mío, que, en este aspecto, *Hermanito* es incansable.

—Pues bien, te prometo un pase perpetuo para todos los burdeles marroquíes que monte cuando termine la guerra.

Porta se ajustó el monóculo y se inclinó hacia el legionario:

—Oye, por cierto, esas prostitutas marroquíes, ¿son tan buenas como dices?

—Escucha, lo único que puedo decirte es que cuando se lo toman en serio te hacen perder la chaveta.

—¡Sin broma! —dijo *Hermanito*—. En tal caso, me alisto en la Legión para setenta años.

—Callad —dijo Alte con firmeza.

—¿Qué querías contarnos? —preguntó Stege.

—Era en relación con nuestro eterno estribillo: «Cuando termine la guerra.» Ante todo, aún falta mucho para que termine y es muy dudoso que nosotros sobrevivamos. ¿No podríamos convencernos de que lo que cuenta para nosotros es vivir en un presente en el que la importancia de las cosas ha perdido todo su significado? Maldecimos a los nazis, los comunistas, la nieve, la helada, las tormentas; maldecimos los bombardeos en nuestros cuarteles y nos enfurecemos si pasamos aquí las Navidades. Pero, muchachos, estamos en guerra y hay que conformarse. Sí, no saldremos de ésta y no creo que Sven pueda escribir nuestra historia. El 27.º Regimiento era gris y desconocido al empezar la guerra; se consumirá en cenizas grises antes de que finalice. Pensad un momento en todos los del 27º que han desaparecido. ¡Es una cantidad fantástica! ¡Y aún tenéis la esperanza de escapar! Creedme, en el punto a que hemos llegado, esperar la visita médica o meterse en una gavilla de paja constituyen puntos culminantes de la vida. Incluso limpiar el fusil puede ser un acto agradable si se hace con movimientos ligeros, sin pensar en ello. Cada cosa tiene su belleza en la Naturaleza, y hemos de buscar constantemente y encontrar esa belleza para no derrumbarnos.

Se inclinó sobre la mesa y prorrumpió en sollozos convulsivos. Quedamos atónitos por aquel discurso que nos resultaba casi incomprensible.

—¿Qué te ocurre? —exclamó Porta, estupefacto.

Stege se levantó, se acercó a Alte, que lloraba, y le palmoteó un hombro.

—¡Vamos, amigo mío! ¡Otro ataque de nostalgia! Ánimo, todo acabará por arreglarse.

Alte se irguió lentamente, se pasó las manos por el rostro y murmuró:

—Disculpadme, han sido los nervios. No consigo olvidar que cada noche caen bombas sobre Berlín; y allí están mi mujer y mis hijos.

Después pegó dos violentos puñetazos en la mesa y chilló:

—¡Me importa un bledo! ¡Pronto me largaré! Que se vayan al diantre con su guerra y sus consejos de guerra. ¡Ya sabré escaparme! ¡Me niego a reventar en Rusia por las mentiras de Hitler y de Goebels!

Empezó a sollozar otra vez desesperadamente, y después se calmó poco a poco. Todos nos abismamos en nuestros pensamientos. Pese al calor de la estufa que había en la choza, sentíamos frío hasta en el fondo del alma. ¿En qué nos han convertido, que llegamos a matar con satisfacción? De vez en cuando, bebíamos glotonamente y luego, postrados, observábamos con mirada distraída cómo uno de nosotros envolvía cuidadosamente un pie sucio, o se cazaba los piojos y se divertía haciéndolos estallar en la lámpara «Hindenburg».

Tan pronto hablábamos en voz baja como vociferábamos iracundos, y armados con un cuchillo de trinchera o una metralleta, estábamos siempre a punto para matar a nuestro mejor amigo. Pero aquellas ráfagas de cólera se apagaban rápidamente. Fuera estaba oscuro y se escuchaba el rugido de las llamas y el estallido de los obuses. A cada deflagración, Stege, involuntariamente, metía la cabeza entre los hombros.

—Es curioso que no puedas contener ese movimiento cada vez que suena un disparo —dijo *Plutón*.

—Los hay que no se acostumbran nunca, y yo soy de esos. ¿Puedes acostumbrarte tú a la idea de que algún día recibirás un balazo en la cabeza?

—Ya está bien, viejo —dijo *Plutón*, sacando del bolsillo un proyectil y mostrándolo a todo el mundo, sujeto entre dos dedos—: Fijaos, muchachos, en este bonito objeto que recibí en una pata cuando estuve en Francia. Un día, cómodamente acostado, estaba bien decidido a no moverme, pero unas violentas ganas de orinar me obligaron a levantarme. En el mismo momento recibí esta bala en la pierna. Unos segundos más pronto y la recibía entre los ojos. Confieso que sentí un pánico tal que caí cuan largo era y me oriné en los pantalones. ¡Pero esta aventura demuestra que saldré vivo de la guerra!

—Buen elemento estás hecho —dijo *Porta*, que sacaba las conclusiones del asunto—. Mearse en su pantalón, y aún mejor, en uno de Hitler, no es signo de buenos modales. Además, comes por diez, y te portas como un garañón loco con las mujeres; no, amigo, entre un cerdo y tú, hay poca diferencia.

Fuera, aumentaba el retumbar; estallaban proyectiles pesados.

—La cosa vuelve a animarse —dijo *Alte*.

—Sí, no tardaremos mucho en ser otra vez los bomberos de la División —pensó *Móller* en voz alta.

—¡Ah, esta espera eterna! ¡Me enloquece! —exclamó *Bauer*—. ¡Esperar, esperar

siempre!

Cierto es que un soldado se pasa la vida esperando: resulta casi ridículo. En guarnición, espera antes de marchar hacia el frente. En el frente, espera el final del martilleo artillero antes de lanzarse al asalto; si es herido, espera antes de que lo operen y debe esperar también su curación; pacientemente, espera la muerte, pero también espera la paz, que le devolverá la alegría de seguir el vuelo de un pájaro o de contemplar los juegos infantiles.

Pese a que nuestro grupo fuese a veces muy ruidoso, sus efectivos eran reducidos: once amigos, más bien once condenados a muerte. Siempre indecisos en nuestras opiniones, nuestras conversaciones pasaban de las ideas más locas a las ideas más negras. También nuestros deseos eran bastante extraños y, como decía Stege, ¿podremos acariciar algún día un cerdo, sin pensar inmediatamente en el sabor que tendría asado? En cuanto a las mujeres, constituían el tema de la mayor parte de nuestras conversaciones. Pero había mujeres y mujeres. Si la primera categoría reunía mezcladas las pensionarías de los burdeles, las mujeres rusas, las enfermeras y las innumerables mujeres del *blitz*, la segunda categoría estaba reservada para esos seres maravillosos, inaccesibles, que hacían pensar en las flores en primavera. Eran las mujeres que nos dirigían una sonrisa amistosa; las que nos consolaban con una palabra o una caricia; en fin, eran las mujeres con quienes soñábamos casarnos.

Alte era muy diferente de nosotros. Un rato antes, se había puesto a llorar, pero aquel momento de abandono le ocurría a menudo cuando recibía carta de los suyos. En realidad, era Alte quien mandaba la compañía de Von Barring. Su palabra era una orden y su persona nos inspiraba una confianza total. Si buscábamos un consejo, o un consuelo, acudíamos a Alte. Incluso Von Barring le preguntaba a menudo su opinión, y Alte se las arreglaba siempre para que los comandantes de carro o los jefes de grupo fuesen seleccionados entre los suboficiales con experiencia. En efecto, ser mandados por un novato recién salido de la escuela se traducía infaliblemente en un mayor número de camaradas muertos o lisiados.

A veces, en compañía de Porta, iba a ver al médico auxiliar. Se podía estar seguro de que al día siguiente uno de nosotros recibiría la orden de presentarse al doctor, quien le hacía evacuar a un hospital, a causa de la fiebre. ¿Cómo se las arreglaba? Nadie lo preguntaba.

Porta era una garantía y nadie tenía derecho a meter la nariz en su sector, todo el regimiento lo sabía.

En realidad, Porta era un ser aparte. Nadie hubiese admitido que en lo más profundo de su ser había una partícula de honradez y, sin embargo, aquel hijo de la calle, no era malo. Sentado allí, sucio, repugnante, con monóculo y sombrero de copa, bebiendo y eructando alternativamente, hay que reconocer que su aspecto era poco recomendable. Porta era sin duda el prototipo del reitre, del mercenario que, sin

pestañear, clavaba su cuchillo de trinchera en el pecho del adversario, y, sin dejar de sonreír, limpiaba la hoja en una manga. También era el hombre que no vacilaba en disparar una bala dum dum a la nuca de un oficial odiado, como ocurrió con el capitán Meier. Porta asesinaba a sangre fría, por un pedazo de pan, y hubiese volado sin pestañear un refugio lleno de gente si se lo hubiesen ordenado.

Pero, ¿quién le había convertido en una bestia feroz? ¿Su madre? ¿Sus compañeros? ¿La escuela? No: el estado totalitario, el ambiente del cuartel y el fanatismo de los militares. Porta había aprendido el catecismo nazi. El mismo para cualquier Gobierno totalitario, y que podía resumirse en pocas frases: haz todo lo que quieras, pero no te dejes sorprender; sé duro y cínico, si no te aplastarán; si te muestras humano, estás perdido. Tal había sido la educación de Porta.

Penetrad tras las paredes prohibidas del cuartel y mirad con los ojos bien abiertos: palideceréis de vergüenza. Todos esos militares de silueta rígida como un mango de escoba, de pecho ridículamente salido, de rostro sin labios, de ojos de acero, inexpresivos, imaginables observados por un psiquiatra. ¿Cuál os parece que sería el diagnóstico? Si conocieseis como yo esa raza inquietante, no vacilaríais ni un momento.

Habían conseguido acallar en nosotros todo lo que teníamos de humano.

Ya sólo conocíamos el idioma terrible de las armas.

Nuestros conocimientos anatómicos eran comparables a los de un médico, y podríamos indicar sin vacilación el lugar en que el balazo o la cuchillada sería más doloroso.

Tras de nosotros, sin duda, Satán debía de reír a gusto.

LA MUERTE ACECHA

Todos los heridos habían podido ser evacuados. El teniente Halter y los demás estaban ahora en el hospital, muy lejos del infierno ruso. En cuanto a nosotros, nos habían vuelto a constituir en grupo de combate, a las órdenes de Von Barring, nuestro jefe, y de un nuevo teniente, que sustituía a Halter, de la 5.^a Compañía.

Henos pues otra vez en marcha, en columna de a uno, cargados con armas y municiones, hacia nuestros puestos de ataque en primera línea.

—Comando en camino hacia el cielo una vez más —gruñó *Plutón*.

—No hay peligro de que ninguno de vosotros llegue —contestó Porta riendo.

—¿Y tú? —preguntó el legionario, sorprendido.

—Desde luego, y además, a la derecha del Señor. ¡Yo seré quien haga la selección de la escoria como vosotros!

—¿No te sobra ningún sitio? —cloqueó *Hermanito*—. ¡Te ayudaré a pegar patadas en el culo de todos los suspendidos!

Su estallido de risa resonó en la oscuridad. El teniente Weber llegó al galope enfurecido:

—¡Cállense! Cualquiera creería que quieren poner sobre aviso a los rusos.

—¡Oh, no! Tendríamos demasiado miedo —dijo una voz en la oscuridad.

—¿Quién ha hablado? —dijo el teniente.

—San Pedro y la Trinidad —replicó la voz.

Sonaron risotadas.

Todo el mundo había reconocido la voz de Porta.

—¡Insolente, sal de las filas! —gritó Weber con una voz estrangulada por la ira.

—¡No me atrevo! Tengo miedo de recibir un puntapié en el trasero —contestó la voz.

—¡Basta! —gruñó el teniente Weber.

—Yo también opino lo mismo —dijo Porta.

El teniente pegó un salto y su voz furiosa silbó en la oscuridad.

—Ordeno que el insolente se denuncie o bien la Compañía recibirá un castigo ejemplar. ¡Sabré dominaros, perros!

Un murmullo le contestó y amenazas sordas surgieron de las tinieblas.

—Ya habéis oído, muchachos, hay un candidato para los explosivos.

—A ver si cambiamos de tono, arrastrables —dijo *Hermanito* en voz alta—. Aquí no estamos acostumbrados a estas actitudes.

—¡Hatajo de cerdos! —gritó Weber.

Fue a ver a Von Barring y le habló de insubordinación.

—Déjese de tonterías —dijo fríamente Von Barring—. Aquí tenemos cosas más importantes de que ocuparnos que estas historias de cuartel.

La nieve crujía bajo nuestros pasos. El menor ruido resonaba en el frío glacial de aquella noche oscura, los arbustos nos lanzaban al rostro agujas de hielo. Teníamos la orden de perforar las líneas rusas con el máximo sigilo; ni un disparo, excepto como último recurso. Porta sacó su cuchillo de trinchera, le dio un beso y dijo riendo:

—¡Trabajo para ti, pequeño!

Hermanito y el legionario sopesaron sus palas, que preferían a cualquier otra arma.

—*Allah Akbar*—murmuró Kalb.

Y se deslizó como una serpiente en la noche.

Le seguimos sin ruido, a la manera de los finlandeses, quienes nos la habían enseñado en los cursillos sobre el cuerpo a cuerpo. Puede decirse que éramos unos maestros en el género, pero los colegas de enfrente nos igualaban por lo menos, en especial los fusileros siberianos, quienes, además tenían la ventaja, de que aquella clase de combates les gustaba. Llegamos hasta Kromarowka sin haber disparado ni un fusil. Varios de los nuestros estaban cubiertos de sangre, y nuestra indumentaria, endurecida por el frío hasta adquirir la consistencia de la madera, entorpecía considerablemente nuestros movimientos.

Porta, con su sombrero de copa manchado de sangre sujeto con un cordel a manera de barboquejo, había roto su cuchillo de trinchera, que quedó clavado entre dos costillas rusas. Se había armado con un cuchillo siberiano, que muy pronto se convirtió para él en un arma familiar. Poco antes de llegar a Kromarowka, fue necesario desembarazarnos de una batería de campaña del 155, pero los artilleros vigilaban, e incluso antes de saber lo que nos ocurría las granadas empezaron a llover sobre la 7.^a Compañía que nos servía de apoyo. Los miembros destrozados vuelan por el aire y, una vez más, se desencadena el infierno. Gritos salvajes y lucha desesperada de los rusos, a quienes liquidamos rápidamente. Hubo que eliminar a los que querían rendirse, porque nadie podía pensar en llevarse prisioneros. Por desdicha, era una

costumbre muy frecuente el fusilarles sobre el terreno. ¿Quién había dado este ejemplo atroz? Nadie hubiese podido decirlo. Yo fui testigo por primera vez cuando mi captura en 1941, y vi cómo, a pocos kilómetros a retaguardia, los del N.K.V.D. se desembarazaban así de una cantidad de oficiales alemanes y de las SS. Más tarde, desde luego, vi a los nuestros hacer lo mismo; había varias razones perentorias para eso; una de ellas, lo repito, era la imposibilidad de llevar prisioneros, sobre todo cuando se combatía tras las líneas enemigas. Pero había otra cuando encontrábamos camaradas muertos, torturados por los rusos, el hecho de matar a nuestros prisioneros adquiría a nuestros ojos el carácter de una represalia justa. Así hubo filas enteras de prisioneros liquidados con fuego de ametralladora, sin contar todos los que lo fueron por «haber tratado de huir».

El grupo de combate se puso inmediatamente en línea, para permitir que todo el Regimiento ocupara sus posiciones; nos enterramos en la nieve y Porta nos empezó a evocar la comida pantagruélica que proyectaba hacer cuando llegara el próximo descanso: naturalmente, puré de chicharrones.

—¿Qué pones en tu puré? ¿Salsa o hierbas finas? —preguntó *Hermanito*.

—Es mejor con salsa, y resbala más, de modo que te llena más aprisa y se vacía más aprisa también, lo que te permite comer más.

—¡Dios! ¡Qué agradable es comer! —suspiró el legionario.

—Sí —dijo Porta—. Bueno, bueno, basta de hablar de comida y pensemos en lo que hacemos. No hay nada como una guerra así para asquear a las personas serias. Ahora ya no me sorprende que se mencione en la Biblia.

—Si por lo menos tuviésemos una varita como la del mariscal del mar Rojo —dijo *Hermanito*—. ¡Qué cara pondrían los rusos!

—¿Crees tú que pasó por el mar con toda la División? —preguntó *Plutón*, incrédulo.

—Desde luego —dijo Porta—, cuando el Stalin egipcio llegó pisándole los talones, ¡pum!, un golpe de varita y todos los «T-34» de caballos del faraón al fondo del mar.

—¡Válgame Dios! ¡Si sucediese esto la próxima vez que lleguemos al mar!

—El próximo mar que tendrás será el Atlántico —dijo Alte, riendo—, y a la velocidad que vamos no tardaremos mucho en llegar.

—¡Atención! —gritó Móller al tiempo que levantaba su metralleta.

Porta disparó una ráfaga contra un grupo de rusos que trataban de regresar a sus líneas, no muy lejos de nosotros. Idea inoportuna, porque fueron literalmente partidos por la mitad. El teniente Weber llegó al trote e increpó a Alte porque habíamos disparado.

—Si esto se repite, suboficial, le retiraré el mando sin perjuicio de las sanciones cuando regresemos.

—Sí, mi teniente —dijo Alte, con sequedad.

Porta y *Plutón* lanzaron risas discretas que hicieron que Weber se volviera enfurecido.

—¿Quién se atreve a burlarse de un oficial? —gritó.

—¡Iván! —se escuchó.

—¡Adelantaos! Esto no terminará así —silbó el teniente, fuera de sí.

El oficial de Estado Mayor, teniente Bender, que había llegado sin que nos diéramos cuenta, creyó oportuno añadir con voz seca:

—Hay órdenes estrictas de guardar silencio.

Weber dio media vuelta y miró enfurecido al pequeño oficial.

—¡No pretenderá enseñarme a mandar, teniente!

—En el frente hay la costumbre de tutearse —dijo tranquilamente Bender.

—Esto es cosa mía, teniente. Aún quedan oficiales correctos en el Ejército alemán, y me propongo mantener la disciplina y el respeto a los superiores.

—¿No podríamos aplazar esa discusión para cuando estemos en retaguardia? —preguntó Bender.

Se oyó la voz de Porta, que gritaba en la oscuridad:

—Polémica en el club de oficiales de Cherkassy, lugar provisional de excursión para el Ejército nazi. *Heil!* ¡Bésame el culo!

El teniente Weber, loco de rabia, amenazó con el consejo de guerra tan pronto como saliésemos del atolladero. Porta cloqueó burlonamente:

—¡Otro que cree en los Reyes Magos! ¿Habéis oído, muchachos? «Así que salgamos del atolladero.»

—¿Le parece bien un duelo con el cuchillo de trinchera, teniente? —dijo riendo *Hermanito*—. ¡Le advierto que yo corto todo lo que sobresale!

Weber perdió todo dominio.

—¡Esto es un motín! ¡Digo bien, un motín! ¡Cerdos, amenazáis mi vida! —Empuñaba su revólver y hablaba con palabras entrecortadas—. Esta Compañía no es digna de llevar el uniforme alemán, e informaré de ello a nuestro Führer bien amado, Adolfo Hitler.

Toda la 5.^a Compañía se echó a reír alborozada y Porta gritó:

—Le regalamos los harapos de Adolfo, y ahora mismo. ¡Con muchísimo gusto! ¡Pero están algo gastados, de tanto usarlos!

—La mitad de los míos no son de Adolfo —gritó *Hermanito*—. Proceden de Iván.

—¡Teniente, le tomo por testigo! —aulló Weber a Bender.

—¿Testigo de qué? —preguntó Bender.

—De lo que acaba de decir este hombre, y de las humillaciones que esta Compañía inverosímil hace sufrir a un oficial del Partido.

—No sé de qué me está hablando, teniente. Debe de haberse confundido. El capitán Von Barring quedará estupefacto al oír su opinión sobre esta Compañía, para no hablar del coronel Hinka, nuestro jefe de Cuerpo. Ambos consideran con razón que la 5.^a Compañía es la mejor del regimiento —replicó tranquilamente Bender.

Se echó al hombro la metralleta y se marchó.

El avance de los días siguientes, en dirección a Podapinsky, se convirtió en una pesadilla. La Naturaleza estaba llena de trampas; a cada momento, un hombre agotado caía en la nieve, rehusaba seguir avanzando, y se habría quedado allí si las patadas o culatazos no hubiesen dominado finalmente a aquellos hombres exhaustos.

Además, nos enfrentábamos con rusos fanáticos que combatían con un salvajismo y un valor indescriptible, y que incluso en pequeñas unidades aisladas se hacían matar hasta el último hombre. De noche nos atacaban en patrullas que infligían pérdidas continuas a nuestros centinelas. Los prisioneros nos informaron de que se trataba de la 32.^a División de Fusileros de Vladivostok, así como de varias unidades de la 82.^a División de la Infantería Soviética, con el apoyo de dos Brigadas blindadas.

Contra estas tropas escogidas nos enviaron como refuerzo la 72.^a División de Infantería, pero no obstante experimentábamos continuamente el temor a que el enemigo nos cercara.

Una noche capturaron a dos suboficiales de la 3.^a Compañía, a quienes a la mañana siguiente oímos aullar de una manera que erizaba el cabello; eran unos prolongados gemidos que surgían de aquel infierno de nieve. Nuestros ojos se desorbitaron cuando vimos erguirse, no muy lejos, dos cruces en las que los dos suboficiales estaban crucificados. A cada uno le habían hundido en la cabeza, a martillazos, un pedazo de alambre de espino, a manera de corona, y cuando perdían el sentido, los rusos les pinchaban las plantas de los pies con una bayoneta, por el placer de oírles gritar.

Al cabo de algún tiempo, el escuchar aquellos gritos sobrepasó el límite de lo que podíamos tolerar. Porta y el legionario se arrastraron hasta un cráter y enviaron una bala misericordiosa a cada uno de los crucificados.

Cuando los rusos se dieron cuenta, nos bombardearon con los lanzagranadas, en represalia, lo que nos costó ocho muertos.

Más tarde consiguieron, cerca de Podapinsky, capturar toda la 4.^a Sección de la 7.^a Compañía, y poco después oímos a un comisario gritar con un megáfono:

—Soldados del 27.º Blindado, vamos a enseñaros lo que hacemos a los que no tiran voluntariamente las armas y desertan, para unirse al Ejército soviético de trabajadores y campesinos.

Un aullido inarticulado, el de un ser humano sometido a una tortura atroz subrayó sus palabras y después se apagó lentamente.

—¿Habéis oído? El soldado Halzer ha gritado bien, ¿verdad? Ahora veremos si el

soldado Paul Buncke grita igualmente bien cuando le suprimamos varios de sus adornos corporales.

Nuevos gritos atroces, después aullidos sofocados por las lágrimas, que resultaban difíciles de identificar con los de un ser humano. En esta ocasión, los gritos duraron un cuarto de hora largo.

—¡Dios mío! —exclamó Alte con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Qué les estarán haciendo?

—¡Cerdos comunistas! —gritó *Hermanito*—. ¡Yo también os haré chillar! ¡Ya veréis de lo que soy capaz!

La voz del comisario resonó de nuevo y anunció casi riendo:

—¡Ese Buncke era un coriáceo! Pero, sin embargo, no ha resistido un cartucho vacío clavado a martillazos en la rodilla. Ahora será interesante ver si el *feldwebel* Kurt Meincke es igualmente coriáceo. Es jefe de sección y está condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase. Es un buen soldado de Hitler. Habíamos pensado en cortarle el ombligo, pero antes le cortaremos los dedos de los pies con las tenazas para alambre de espino. ¡Escuchad, muchachos!

Una vez más resonaron aullidos inarticulados... Ocho minutos de aullidos, según el cronómetro de *Plutón*. Porta estaba pálido como un muerto.

—¡Allá voy! —dijo—. ¿Quién viene conmigo?

Toda la 5.^a Compañía se ofreció, pero él movió la cabeza e indicó con el dedo sólo a veinticinco individuos: nuestro grupo y la mayoría de los de la 2.^a Sección, todos especialistas en el cuerpo a cuerpo. Nos preparamos febrilmente: minas «T» y «S» preparadas por nosotros con una carga diabólica de explosivos; todo un cargamento de granadas y cuatro lanzallamas. Porta levantó el suyo y dijo con voz seca:

—¿Está bien claro? Quiero coger vivos a los oficiales y a los comisarios; el resto de la banda será aniquilado.

El teniente Weber abrió la boca para decir algo, pero calló al ver nuestras miradas asesinas. Estaba más blanco que una sábana y temblaba como una hoja.

Deslizándonos como gatos bajo los arbustos y los setos, nuestro camino nos condujo por un bosque pacífico, tras las posiciones rusas. *Hermanito* y el legionario iban pegados a Porta. Alte no hablaba, pero su rostro era pétreo. Un solo pensamiento nos animaba: la venganza; cualquiera que fuese su precio. Este pensamiento nos convertía en seres anormales, en hombres primitivos, en bestias que olfateaban la presa y querían ver cómo corría su sangre.

—¡De prisa, agachaos! —ordenó Porta.

Nos pegamos a la nieve. Porta, inmóvil, observaba con sus gemelos, apenas a doscientos metros de distancia, a dos centinelas rusos sentados en un tronco caído, con los fusiles junto a ellos. Porta y *Hermanito* se acercaron a los dos soldados. Les

seguíamos con la mirada, mientras conteníamos la respiración. Uno de los rusos se irguió de repente y miró hacia los árboles, pero nuestros camaradas se habían confundido ya con la nieve. El legionario cogió su metralleta y apuntó... Con gran alivio por nuestra parte, el ruso dejó su fusil y sacó un pedazo de pan que mordisqueó en silencio, mientras el otro llenaba tranquilamente su pipa. Dijo algo a su camarada, y los dos se echaron a reír.

Porta y *Hermanito* se les aproximaban cada vez más. Un salto formidable y el hombre de la pipa cayó con la cabeza partida por un golpe de pala; el otro, clavado en el suelo por las patas de oso de *Hermanito*, fue degollado. Los dos cadáveres fueron echados a un lado; el pedazo de pan que uno de ellos sujetaba aún, se agitaba con movimientos espasmódicos, y la pipa del otro desapareció en un bolsillo de *Hermanito*.

Alte consultó el mapa y la brújula.

—Hay que ir más hacia el Sur, o de lo contrario estaremos demasiado lejos de las primeras líneas.

Porta indicó el camino con ademán impaciente.

—Recordad que hemos de coger vivos a los jefes.

Y con una sonrisa, golpeó su cuchillo de trinchera.

—Alá es grande —murmuró el legionario—. Esta noche, también el mío hará que varios abandonen este mundo.

Y besó la afilada hoja.

De repente, un trueno desgarró el silencio y una cortina incandescente subió hacia el cielo, como si la hubiesen estirado de abajo arriba. Nos dejamos caer en el suelo; el trueno crepitó cuatro veces y después volvió a reinar el silencio.

—*Katuscha* —susurró Alte ^[5]—. Deben de estar muy cerca.

Seguimos avanzando y, de repente, en un claro, aparecieron los terribles lanzagranadas a los que llamábamos *Katuscha*. Los cuatro camiones «Otto-Diesel» estaban un poco apartados, en un camino del bosque.

—Deben de sentirse muy seguros para no haber conservado los vehículos —murmuró Stege.

—¡Chitón! —susurró Alte.

Nos desplegamos en silencio. Bauer se acerca a los camiones y sujeta rápidamente bajo los motores una carga de dinamita a punto de estallar. Los artilleros rusos, por su parte, estaban ocupados en volver a cargar los doce tubos de cada cañón, lo que requiere un cuarto de hora por lanzagranadas para un personal muy especializado. Alte distribuyó nuestros objetivos: se trataba de liquidar de un solo golpe los cuatro grupos de servidores. En el momento en que íbamos a saltar, alguien abrió la puerta de un refugio, y un rayo de luz se filtró sobre la nieve, entre los árboles. Una orden incomprensible llegó hasta nosotros y después la puerta volvió a

cerrarse.

—Porta y *Hermanito* se ocuparán del refugio —susurró Alte—, pero, sobre todo, no disparéis o estamos perdidos. Pondríais sobre aviso a todo el sector.

Todos nos incorporamos; cada uno empuñaba un cuchillo o una pala... Un impulso eléctrico nos proyecta como un solo hombre. Varios artilleros tratan de resistir, pero la nieve se tiñe con su sangre; el ataque ha durado unos pocos segundos y no se ha disparado ni un tiro.

Nos sentamos cubiertos de sudor. De todos nosotros, Móller parecía el más trastornado; se balanceaba de un lado para otro, murmurando algo en lo que distinguimos las palabras «Dios» y «Jesús». Porta le lanzó una mirada malévola.

—¿Qué estás rezongando, hermano?

Móller se sobresaltó y miró aturdido a su alrededor, mientras murmuraba:

—Rogaba al que nos manda a todos.

—¡Hum! Puede ser útil. ¡Pídele que haga que termine la guerra!

—No te burles de lo único que nos queda —dijo Móller, cuya cólera iba en aumento—. Te lo permites todo, pero existen ciertos límites, y si los rebasas te las verás conmigo.

Porta se levantó y le plantó cara:

—Escucha, santo varón, lleva cuidado con lo que dices, o bien este paseo en el bosque nos costará una baja suplementaria.

Alte intervino y dijo con su tono apacible que siempre nos devolvía a la razón:

—Porta, deja tranquilo a nuestro santo; no te hace nada.

Porta movió la cabeza y escupió su colilla por encima de la cabeza de Móller.

—Está bien, santo varón, lo que Alte diga. Pero te aconsejo que no te acerques demasiado a Joseph Porta. Y no metas a tu Dios en todo esto.

Nos acercábamos a las primeras líneas rusas. En el momento de abordarlas tropezamos con el cadáver de un suboficial alemán horriblemente torturado: tenía las dos manos cortadas, los ojos vaciados y un pedazo de alambre de espino hundido en el recto.

—¡Monstruos! —gritó el legionario—. Esto es peor que las cábilas del Rif, lo que no es poco.

La idea de que podíamos caer en manos de los rusos, tras sus propias líneas, nos helaba la sangre en las venas. Nos tendimos bajo los arbustos, mientras Porta y el legionario salían de reconocimiento. Transcurrió una media hora; después, comparecieron provistos de informes valiosos; un dibujo en la nieve aclaró sus comentarios.

—Aquí, a la izquierda, al llegar a la trinchera, hay un refugio de Compañía. Dentro hay por lo menos tres oficiales a los que debemos coger vivos, y cien metros más lejos, después de un brusco recodo, otro refugio para la central telefónica. Salvo

error, ahí debería haber un comisario.

—Más valdría estar seguro —dijo Alte.

—¡Esa sí que es buena! estalló Porta—. ¿Qué querías? ¿Que se lo preguntara con el sombrero en la mano?

Unas palabras pacíficas de Alte le calmaron y reanudamos la marcha, tocados con gorros de piel que habíamos cogido a los artilleros muertos. La nieve crujía a cada paso; se oyó un leve estertor, el de un centinela al que *Hermanito* acababa de estrangular mediante un alambre muy delgado. Y de repente, empezó el jaleo. Un fusil ametrallador disparó a nuestro lado, y tres de los nuestros cayeron muertos en el acto. Alte lanzó una mina contra las primeras siluetas visibles, las granadas empezaron a volar y en medio de las explosiones nos llegaban los gritos asustados de los rusos:

—*Germanskis! Germanskis!*

Porta se echó a reír, y corrió por el dédalo de trincheras con el lanzallamas en acción; Alte y yo habíamos abierto de una patada la puerta del refugio, donde unas sombras se irguieron como resortes para ser inmediatamente derribadas. Un gigantesco oficial llegó corriendo, con el capote abierto golpeándole los talones y el gorro marcado con una cruz verde. Saltamos sobre él, el gorro rodó por el suelo, hundí mi cuchillo en la ingle, de abajo hacia arriba, y la sangre que surgió me cegó momentáneamente. Alte corrió en seguimiento de Porta y de los camaradas que estaban aniquilando la posición. Yo había perdido mi metralleta durante la lucha, pero con la pala en una mano y el revólver en la otra, me precipité hacia delante. Un golpe a un herido que trataba de incorporarse. ¡Adelante, adelante! Las piernas corrían automáticamente; para terminar, echamos minas en los refugios, que estallaron haciendo temblar la tierra. Por fin, Alte pudo disparar un cohete rojo y verde para indicar a los nuestros que todo había terminado.

Sin aliento, saltamos a nuestra trinchera llevando a cinco prisioneros. El teniente Weber había recobrado la serenidad. Con tono hosco ordenó que se les condujera a retaguardia para obtener informes, pero Porta se le rió en las narices.

—No, teniente, los rusos se quedan aquí. Son nuestros, pero, sin embargo, conseguirá usted tanta información como desee.

Weber empezó a gritar, pero todos estábamos furiosos y nadie le prestó atención. Porta cogió la nariz de un prisionero y se la retorció con un movimiento brusco: el hombre lanzó un grito agudo. Sin soltarle, Porta pegó su boca a la oreja del bruto y gritó:

—¿Quién de vosotros organizó la sesión que nos disteis anoche?

El prisionero —un capitán con la insignia dorada de los comisarios— pateaba como un desesperado para escapar a aquella presión diabólica.

—¡Contesta, monstruo! ¿Quién crucificó a nuestros camaradas? ¿Y qué les

hicisteis a los demás?

El hombre se desvaneció. Porta le soltó, le dejó caer al suelo y le pegó una patada tal que todo el cuerpo saltó por el aire.

—¡El siguiente! —gritó Porta.

Empujamos bruscamente hacia él a un comandante a quien Porta mostró el comisario que gemía.

—Mira a éste, cerdo, y trata de contestar antes de que te salte un ojo.

El hombre pegó un salto hacia atrás y gritó:

—¡No, no! Lo diré todo.

Porta se rió despectivamente.

—Veo que conoces el método, ¿eh, camarada? Sin embargo, creía que estaba reservado para nuestros diablos de las SS. ¿Quién crucificó a nuestros camaradas?

—Primer grupo, sargento Branikov.

—¡Qué suerte! ¡Todos muertos! ¿Y quién dio la orden? ¡Y no me cites a ningún muerto, cerdo!

—Com... comisario Topolnitz.

—¿Quién es ese perro?

Sin una palabra, el comandante soviético señaló a un prisionero de los que vigilaba el pequeño legionario. Porta se acercó lentamente al hombre indicado y por un momento contempló al diminuto oficial, que permanecía pegado a la pared del refugio. Le escupió en el rostro y tiró al suelo el gorro de piel con la cruz verde.

—¿De modo que eres tú quien juega a los verdugos? ¡Te arrancaré todos los dientes, animal repugnante! ¡Pero antes tendrás que hablar largo y tendido!

—Soy inocente —dijo el comisario en un alemán impecable.

—Seguro —replicó Porta riendo—. Pero del bombardeo de Dusseldorf. —Se acercó al comandante, que estaba en medio del refugio, pálido como un muerto. —Apresúrate a hablar, monstruo soviético. ¿Quién hundió el alambre de espinos en el agujero de nuestro compañero y le cortó las manos? ¿Qué? ¿Nos lo dices o habrá que arrancarte las orejas?

—No sé a qué se refiere usted, señor soldado.

—¡Oh, oh! ¡Qué finura! Seguro que es la primera vez que tratas de señor a un soldado de mierda. ¡Te voy a refrescar la memoria, cerdo!

Pegó un culatazo en el rostro del comandante, cuya nariz crujió. *Hermanito* se adelantó y dijo con risa siniestra:

—Déjame tratarlo como nos trataban en Fagen. Te juro que dentro de un segundo confesará crímenes de hace cuarenta años.

—¿Lo oyes, chacal? —preguntó Porta—. ¿Quieres convertirte en un espantajo? ¿Quién metió el alambre de espinos, quién cortó las manos de nuestro camarada?

Hizo un ademán a *Hermanito*. Se oyó un gruñido de alegría y el gigante saltó

sobre el ruso, lo cogió, le hizo dar vueltas como un muñeco y lo lanzó contra la pared del refugio, en donde se estrelló con estrépito. Como un tigre, *Hermanito* se precipitó y se escuchó un ruido semejante al de la madera seca cuando se quiebra. El comandante lanzó un grito que nos hizo erizar el cabello. Alte gimió:

—Me marchó... No importa lo que hayan hecho, no quiero intervenir en esto.

Desapareció con varios más, entre ellos el teniente Weber, pálido como un difunto.

Hermanito trabajaba a fondo. Un odio y una venganza contenidos desde hacía años estallaban ahora contra aquel nazi rojo, hermano de nuestros nazis negros. Su víctima habría presidido sin duda muchas veces escenas como las que ahora padecía; cuando Porta detuvo a *Hermanito*, el comandante estaba irreconocible, con el uniforme hecho trizas y el cuerpo desgarrado por un gorila furioso. Uno de los prisioneros se sintió mal ante aquella visión, y ni siquiera los puntapiés del legionario consiguieron reanimar al hombre, medio muerto de miedo. Con palabras entrecortadas, casi incomprensibles, una explicación surgió de la boca martirizada del comandante. El prisionero desvanecido fue señalado como instigador de las torturas sufridas por nuestros camaradas, era él quien tuvo la idea del alambre, de espino.

Cuando el prisionero en cuestión hubo recuperado el sentido, el legionario le preguntó con tono seco:

—¿Tu nombre?

—Capitán del Ejército Rojo, Bruno Isarstein.

Su interrogador enderezó las orejas.

—Eso suena más bien a alemán, ¿eh?

No hubo respuesta.

—¿Eres alemán, carne de horca?

—¿Estás sordo? —vociferó *Hermanito*—. ¿Quieres que te convierta en jalea, como al otro? ¿Eres alemán, bandido?

Silencio. Un silencio angustiado.

—Soy ciudadano soviético.

—Está bien —replicó el legionario—, pero esto aquí no cuela. Yo soy ciudadano francés, pero al mismo tiempo, alemán. Soy ciudadano francés, porque he matado a los enemigos de Francia, y tú eres ciudadano soviético porque has matado a los enemigos de los soviets. ¿No es esto así?

Metió rápidamente la mano en el bolsillo superior del pálido capitán y sacó su cartilla militar, que tiró a Porta. Éste empezó a hojearla, sin comprender ni una palabra, pero el comandante ruso estaba dispuesto a decirnos cuanto queríamos saber.

El capitán Bruno Isarstein había nacido en Alemania el 4 de abril de 1901 y vivía en la Unión Soviética desde el año 1931. Allí siguió cursos políticos para convertirse en comisario del pueblo, y le habían destinado a la 32.^a División Siberiana como

comisario de batallón.

—¡Oh, oh! —dijo riendo el legionario—. Entonces debes ser doblemente castigado según el artículo 986 TK2 del Código Penal del Reich; primero, por haberte marchado de Alemania y después por haberte convertido en ciudadano de otro país sin autorización del ministro de Justicia. ¿Tienes esa autorización?

—No me hagas reír —dijo Porta—. Cógele, árabe fracasado, y haz de él lo que quieras.

—Dime —prosiguió amablemente el legionario—, ¿sabes lo que me hicieron cuando entré en la Legión Extranjera? ¡No te lo creerías! Me golpearon en los riñones con cadenas de hierro. ¿Sabes lo que quiere decir? ¿Has orinado sangre alguna vez?

Porta aulló junto al oído del comisario alemán rusificado:

—¡Contesta, demonio, o te arranco un ojo y te lo hago comer!

Hermanito pinchó con su bayoneta a Isarstein, paralizado de terror, lo que le hizo pegar un salto de cabrito. Pero un culatazo de Bauer volvió a pegarlo a la pared.

—¡No, no! —cuchicheó el comisario, que miraba hipnotizado el rostro casi paternal del legionario.

—¿Y Fagen? ¿Conoces Fagen? El SS Willy Weinhan encontraba divertido hacernos lamer los escupitajos. ¿Lo has probado también? Pero crucificar a las personas, sí que sabes, ¿verdad?

Isarstein se apretaba desesperadamente contra la pared del refugio, como para huir de la mirada fanática del legionario, que carraspeó y escupió en el suelo:

—¡Lame eso, compañero!

El ruso hacía oscilar la cabeza y vacilaba. Miraba con ojos desorbitados la mancha repugnante, con todo el cuerpo contraído por un estremecimiento que resultaba visible. *Hermanito* lo cogió y lo echó al suelo.

—¡Cómete eso, asesino!

Isarstein empezó a vomitar.

—¡Eso no! —dijo el legionario con mucha calma—. Esto estaba severamente castigado en Fagen.

Dio el aterrorizado miembro de la N.K.V.D. un nuevo golpe en las costillas que le hizo rodar en el suelo, tras de lo cual se inclinó sobre él.

—Tus colegas de las SS me castraron con un cuchillo de cocina, en los retretes. ¿Es una novedad para ti? —Su voz cambió y se hizo tan dura que nos horadaba el cerebro—: ¿A cuántos has castrado en vuestros campos de concentración?

—A ningún alemán, señor soldado, sólo a elementos antisociales.

Hubo un breve silencio, tan amenazador que el comisario se refugió a gatas, entre sus camaradas, quienes se apartaron de él, aterrados.

—¿Habéis oído? —dijo el legionario—. ¡Sólo a elementos antisociales! —Parecía saborear la palabra, y su voz se convirtió en un grito de rabia—: ¡Levántate, demonio,

o te arranco los...!

Hostigaba a golpes al comisario, quien se protegía como podía del soldado loco de ira.

—¡Antisociales! ¡Canalla! ¡También nosotros somos antisociales para ti y tus compañeros de las SS! ¡Así pues, está muy bien el castrarlos! ¡Quitadle el pantalón!

Hermanito y *Plutón* arrancaron la ropa del hombre que lanzaba aullidos bestiales, y le sujetaron con manos de hierro. Con risa de demente, el pequeño legionario se inclinó sobre él; abrió su cuchillo de seguridad y pasó un dedo aprobador por el filo de la hoja:

—¡Podría castrar a un elefante! ¡Pero cuando te haya cortado un poco ya me dirás si es de tu gusto!

—¡Basta de discursos! —dijo *Hermanito*—. Elimínale todo el aparato y al galope. ¡Después, se lo haces comer!

El legionario, casi enloquecido, seguía riendo:

—De acuerdo, pero antes quiero hacerle lo que las mujeres indígenas hacían a los de la Legión que caían en sus manos.

En el mismo instante, una orden gritada con voz gutural resonó en el refugio.

—Sección... ¡Firmes!

Nos erguimos con una sacudida. El capitán Von Barring apareció, flanqueado por el oficial de Estado Mayor y Alte. Sacudiéndose la nieve de su capote, Von Barring entró lentamente en el refugio. Echó una mirada indiferente a los prisioneros y al comisario, quien yacía semidesnudo en tierra y trataba de escabullirse a rastras.

—No perdamos tiempo, muchachos. ¿No sabíais que los prisioneros deben ser conducidos al puesto de mando del regimiento?

Porta inició una exclamación, pero Von Barring le interrumpió:

—¡Bien, bien, Porta! Estoy al corriente de todo. Estos tipos recibirán su castigo, estad seguros. Pero no somos unos sádicos. No lo olvidéis, y que nunca más os vuelva a encontrar de esta manera. Por una vez, lo olvidaré.

—Déjenos castigarle —dijo Porta.

—No, esto corresponde al Regimiento.

Von Barring hizo un ademán a Alte, y al momento entraron unos soldados del 67.º de Infantería.

—Llévese a los prisioneros —ordenó el capitán al *feldwebel*—. Me responde de ellos con su vida.

En el momento en que salían, *Hermanito* hundió su bayoneta en el muslo del comisario. El ruso lanzó un grito.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó Von Barring amenazador.

—Uno que ha pisado un clavo —contestó Porta candidamente.

Sin una palabra, los dos oficiales salieron del refugio. El legionario lanzó una

blasfemia:

—¿Por qué se mete Von Barring en nuestros asuntos privados?

Porta miró malévolamente a Alte.

—¿Eres tú quien se ha chivado?

—Sí, he sido yo —dijo Alte con tono firme—. Y vosotros hubieseis hecho lo mismo si no hubierais perdido el juicio.

—El próximo comisario a quien eche la zarpa, recibirá en el acto un balazo en la nuca —dijo *Hermanito* con tono amenazador mientras empuñaba el revólver.

—Tal vez nos devuelvan a esos bandidos para que les matemos, después del interrogatorio del coronel Hinka —suspiró el legionario.

Pero fuimos nosotros los devueltos al frente en aquel sector inextricable. Tuvimos que luchar por cada *kolkhose*, por cada poblado, y cuando pensábamos haberlo limpiado todo, los enemigos volvían a la carga como lobos.

Cojeando, tropezando, gimiendo, debíamos abrírnos paso a través de un espesor de un metro de nieve, una nieve que a cada paso te aspiraba. Al cabo de unos metros, los hombres se dejaban caer en tierra con lágrimas de desespero y rehusaban seguir avanzando. Los culatazos llovían sin cesar para obligarles a seguir tras la columna, que avanzaba con infinita dificultad y que parecía una comitiva de hormiguitas negras marchando por el extenso paisaje nevado.

Llegamos extenuados a un *kolkhose* situado al sur de Dzhurzhenzy, donde había ya cinco Compañías, y soltando rápidamente los capotes y las mochilas, nos dejamos caer en la paja para descansar un poco. Pero he aquí que fuera resuena un disparo, seguido por ráfagas de metralletas rusas, y, después, por gritos, por llamadas:

—¡Iván, Iván! ¡Alerta! —vociferaban los centinelas, que acuden al refugio perseguidos por el enemigo, que surge por todos lados.

—¡Afuera! —grita Alte, cogiendo su revólver y precipitándose sin capote y descubierta fuera del refugio.

Nos levantamos en desorden. *Plutón*, que se estaba despiojando, sale vestido sólo con el pantalón y las botas, pero empuña la metralleta. Rodea la casa a toda velocidad y se da de narices contra los rusos, quienes se pegan a él con los cuchillos alzados. Mugiendo como un toro, *Plutón* patatea y muerde; uno de los rusos resbala por el suelo, boca abajo, como si fuera un trineo; los otros dos se ven sujetos por la garganta y después vuelan a varios metros de distancia. Uno de ellos tiene el pecho cubierto por una descarga mía y el otro cae con el cuchillo de *Plutón* entre las costillas: *Hermanito* enarbola su sable de cosaco, con efectos terribles porque está afilado por ambos lados.

Al cabo de dos horas, el ataque es rechazado, pero hemos perdido un tercio de la Compañía. Y de nuevo tuvimos que adentrarnos en la desesperación de aquella nieve.

El grupo de combate caminaba lenta, pero seguramente, hacia su exterminación,

sembrando el desierto inmaculado con cadáveres helados, sobre los cuales la nieve formaba blancos túmulos. El poblado de Dzhurzhenny es un lugar abandonado por Dios y los hombres, en cuya extremidad norte hay un *kolkhose* y una línea férrea. Hubo que conquistar cada piedra, matar uno tras otro a aquellos tiradores siberianos que ni se rindieron ni retrocedieron un solo centímetro durante la lucha. Allí cayó Móller, nuestro santo varón. Murió entre Porta y *Hermanito*, tras un montón de traviesas de ferrocarril, y por una ironía del destino fue Porta quien recitó una plegaria final sobre él. Echamos un poco de nieve sobre su cadáver antes de proseguir la marcha.

Estábamos todos tan agotados que ni siquiera podíamos ya despertar a nuestros camaradas que se tendían en la nieve, y les dejábamos dormirse en brazos de la muerte. Cegados por los copos, llorando de cansancio y de dolor, medio helados, llegamos a algo que se parecía a un camino, porque estaba balizado por una larga hilera de postes telegráficos.

Entonces, de repente, ante nosotros surgieron dos, tres, cuatro tanques... ¡Dios mío! Cinco..., no, muchos más... Tanques que surgían de la tormenta de nieve con las torretas abiertas y sus comandantes de unidad erguidos, esforzándose en horadar con la mirada el telón blanco que nos azotaba.

Agotados, mudos, nos dejamos caer en la nieve, contemplando con horror los colosos de acero que rugen, con sus largos cañones apuntados hacia nosotros, cual otros tantos dedos vengativos.

El *feldwebel* Kraus, del 104.º de Fusileros, se incorporó para ir hacia ellos, pero Alte tuvo apenas tiempo para volver a tenderle en el suelo.

—¡Cuidado! Debe de ser Iván. Creo que son «K.V.».

—¡Ah, Dios mío! —exclamó Porta—. ¡Los rusos! Esos chismes llevan estrellas pintadas.

¡Ante todo, no ser vistos! Escarbamos la nieve con todo lo que encontramos para podernos enterrar. Quince «T-34» y cuatro enormes «KV-2» desfilan ante nuestros ojos angustiados y desaparecen como sombras en la tormenta, pero tal vez haya otros a los que la nieve hace invisibles... Y de repente, comprendemos lo horrible de la situación; los rusos se dirigen hacia Lyssenska, donde toda nuestra División blindada está reunida para ayudarnos a salir de esta bolsa. El capitán Von Barring decide inmediatamente desviarse hacia el Oeste, para avisar a la División del peligro mortal que le acecha. Pero recorrer ocho kilómetros contra las ráfagas de nieve, cargados con armas pesadas, parece casi sobrehumano. Incluso frenados por la tormenta, los rusos tienen un gran porcentaje de posibilidades de llegar antes que nosotros.

Volvemos a emprender la marcha... Imposible ver algo a más de dos metros de distancia. De repente, crepitan las ametralladoras, se escuchan ruido de motores, los cambios de marcha chirrían, y a través de la opaca cortina de copos asoma la nariz de

los blindados.

Nuestros hombres, asustados, corren como conejos; algunos tiran sus armas, caen y son aplastados por las formidables cadenas; otros se detienen y levantan los brazos, pero las ametralladoras les siegan bajo el signo de la estrella roja, que brilla inexorable y helada.

Stege y yo nos acurrucamos desesperadamente tras un arbusto que los «T-34» rozan mientras zumban y levantan un ciclón de nieve. El soplo cálido de los tubos de escape lame nuestros rostros con un aliento que nos eriza el cabello; nuestros camaradas desperdigados son derribados unos tras de otros con una precisión terrible. En un cuarto de hora, todo ha terminado. A lo lejos, suenan aún varios disparos, y los supervivientes, temblorosos, reanudan su marcha hacia el Oeste.

Pero poco después volvemos a tropezar con unos blindados que están persiguiendo a unos soldados del 72.º. Tiene lugar una horrible carrera de velocidad... ¡Huir! ¡Huir de estos monstruos que escupen fuego! Aterrados, nos confundimos con la nieve, mientras que los «T-34», chirriando y tintineando, pasan rozándonos.

Nos levantamos, inconscientes, vacilantes, estremecidos de pies a cabeza. ¿Somos aún seres normales? ¿Pueden considerarse normales a unos hombres que tartamudean y se sorprenden de haber sobrevivido a unos momentos como éste? ¡Adelante! ¡Hay que seguir adelante! A unos pocos kilómetros al suroeste, encontramos los restos del grupo de Von Barring, que sólo cuenta con un centenar de hombres de los quinientos iniciales. ¡Gracias a Dios! ¡Los buenos camaradas están vivos! A *Plutón* un explosivo le ha arrancado una oreja y Porta lo cuida con cuidado casi maternal.

—Esta oreja era inútil, pichoncito mío. Nunca has querido utilizarla para escuchar a la gente sensata. ¡Y ha sido una suerte que la bala no te haya dado en las nalgas! ¡Ya te imagino tendido panza arriba y con el trasero al aire!

El capitán Von Barring había restablecido contacto con el Regimiento, e informado que todas las Compañías estaban casi aniquiladas. La respuesta fue lacónica: «El grupo de combate de Barring será reconstituido con los elementos que queden del 72.º de Infantería. El grupo de combate debe volver a la cota 108, posición Dzurzhenzy-Lyssenka. La posición no debe ser abandonada bajo ningún pretexto, y si fuese conquistada por el enemigo debe ser recuperada.»

—¡Hatajo de cretinos! —gritó Porta—. ¿Por qué no instaláis un tranvía para la ida y la vuelta?

Sin descanso, sin refuerzos, volvimos a salir hacia el sitio que acabábamos de dejar, pero Porta juró que si había que retroceder de nuevo, no se detendría hasta Berlín. Amaneció. La temperatura era de 30º bajo cero y durante la noche siete hombres habían muerto de frío. Examinamos sus botas: uno de ellos las llevaba de fieltro, casi nuevas, y el legionario se apoderó de ellas encantado; tras de lo cual,

empujamos con indiferencia los cuerpos por encima de la trinchera.

—Una bala para los unos y las botas para los otros —dijo riendo el legionario, mientras lanzaba sus viejas botas a la tierra de nadie.

Hubiese sido muy necesario ahondar nuestras trincheras, pero no había nada que hacer. Los picos y las palas ni siquiera arañaban la tierra helada, y aquella misma noche la infantería rusa nos atacó. Pese a nuestro fuego nutrido, llegaron a enjambres hasta diez metros de nosotros, pero, cosa extraña, se replegaron casi inmediatamente. En dos días, ocho ataques... Y peor que los ataques, peor que el frío, el hambre y las granadas, la sensación atroz de que nos habían abandonado.

Nuestras llamadas angustiosas al Regimiento, quedaban sin respuesta. Hacia el ataque decimocuarto, Von Barring hizo enviar por radio un último SOS «Grupo de combate Von Barring aniquilado. Únicos supervivientes tres oficiales, seis suboficiales y doscientos diecinueve hombres. Envíen municiones, medicamentos y víveres. No podemos resistir más. Esperamos órdenes.» Éstas llegaron, muy breves: «Apoyo imposible. Mantener posición hasta el último hombre.»

Ahora es la aviación la que ataca; doce bombarderos nos ametrallan en picado y las bombas llueven sobre el poblado. Von Barring, pese a las órdenes, y con riesgo de sufrir un consejo de guerra, da al grupo de combate la orden de repliegue: hay que abandonar los lanzagranadas, las armas pesadas de la Infantería, los muertos incontables... A éstos les alineamos contra el parapeto de las trincheras vacías. Muertos del 104 de fusileros, del 27.º blindado, viejos infantes grises del 72.º, que permanecieron en pie, contemplando con sus ojos fijos las posiciones de los fusileros siberianos.

Y los vivos siguen cayendo; este frío es también el frío de la muerte; pero, ¿quién se ocupa ya de nosotros? ¿Quién se acerca? Blindados... Locos de cansancio, vacíos hasta el tuétano, volvemos a caer sobre la nieve aterciopelada, llorando lágrimas de desesperación. Nos quedan algunas granadas contra los monstruos de acero. Las turbinas de refrigeración aúllan hacia nosotros un salmo fúnebre; esta vez es el final, pero recogemos nuestras granadas para morir con gallardía. ¿Luchar, rendirse? ¿Morir bajo las cadenas o las balas de una ametralladora? De todos modos, es lo mismo.

—Aquí termina nuestra carrera —gruñó Porta—. ¡Cita en el infierno! Además, ya estoy harto de tanto tiroteo. ¡Me cansa!

—En seguida iré —dijo riendo *Hermanito*—. Pero no solo. Antes me cargaré a alguno de esos demonios.

La jauría se lanza hacia nosotros. Stege se incorpora a medias, sujeto por Alte y por mí, las ametralladoras tiran, los hombres caen. Un soldado del 104 se coge la cabeza con las manos y se dobla como un cortaplumas que se cierra. El pequeño oficial de Estado Mayor se lanza hacia delante, tira unas granadas contra el primer

carro, cae, y es aplastado por las cadenas; la carga no ha alcanzado su objetivo.

—Permaneced agachados y dejaos rebasar —grita Von Barring, desesperado—. Les cogeremos por detrás. No llevan granaderos.

Pero el pánico se apodera de los hombres que corren pesadamente por la nieve blanda, bajo el fuego de las ametralladoras. Porta da un beso a su carga de explosivos y la coloca bajo el tanque más próximo. El blindado retrocede y se detiene. *Hermanito* también ha alcanzado su objetivo; ríe roncamente y palmea los hombros de Porta:

—Ahora, ya pueden aplastarnos. ¡Hemos liquidado dos!

Pero he aquí que Alte empieza a gritar. Alte grita algo que nos deja jadeantes, sin aliento, boquiabiertos...

—¡Deteneos, deteneos! ¡Son de los nuestros...! ¡Mirad la cruz gamada!

Miramos ávidamente. ¡Blindados alemanes! Con alegría delirante, agitamos nuestros cascos y nuestras camisas de nieve. Los blindados giran sobre sí mismos, las escotillas de las torretas se abren, los camaradas nos aclaman. Caemos llorando en sus brazos, nosotros, los treinta y cuatro supervivientes de todo el grupo de combate, del que sólo queda un oficial, el capitán Von Barring. Todos los demás han muerto, incluso el teniente Weber, que nunca más volverá a hablar de consejo de guerra.

El comandante Bake se apea de su tanque y viene, breve silueta en la nieve, a estrechar nuestras manos; después, con ademanes de despedida, la 1.^a División Blindada reanuda la marcha para ensanchar la brecha que hemos sido los primeros en abrir. En la bolsa hay aún nueve Divisiones que luchan con el valor de la desesperación.

Y nosotros, como muñecos rígidos, emprendemos por fin el camino de regreso, para ser una vez más reconstituidos en una nueva unidad de combate.

Se habló de ofrecemos representaciones teatrales, en nuestros campamentos de descanso.

El resultado fue una serie de problemas para el teniente coronel Hinka.

No había comprendido que el teatro militar no estaba destinado a los regimientos disciplinarios.

PURÉ DE PATATAS CON MANTECA

El 27.º Regimiento fue enviado un poco al norte de Popeljna, en el lindero de un bosque. Sector tranquilo, con algún fuego local de artillería, lo que para nosotros era una bagatela.

Nuestro grupo salió de reconocimiento por el bosque, con el cigarrillo en los labios, con las armas apoyadas descuidadamente en el hombro y charlando de tal manera que nuestras palabras debían de oírse a un kilómetro de distancia.

Porta reclamó imperiosamente un pequeño y merecido descanso.

—La guerra nos esperará, creedme, aunque nos detengamos un momento.

—Bueno —dijo Alte—. Por lo demás, no debe de haber rusos en este bosque. Hace tiempo que les habríamos visto.

Nos apretamos los doce sobre un árbol derribado, como golondrinas en un alambre telefónico, y tan despreocupados como ellas. La idea de que el enemigo podía encontrarse a dos pasos y eliminarnos a todos con una metralleta, ni nos pasó por la mente. Porta empezó a evocar otra vez su plato preferido, el puré de patatas con chicharrones, y creyó oportuno explicarnos su confección.

—Ante todo —dijo—, ese plato divino debe ser hecho con amor —gesticulaba insistiendo en la palabra amor—, porque si no se le pone sentimiento, no vale la pena probarlo.

—Aguarda un momento, Porta —interrumpió *Hermanito*—. Quiero anotar tu receta.

Pidió lápiz y papel a Stege, mojó la punta del lápiz, se tendió boca abajo e hizo ademán a Porta de que continuara.

—Así pues, se cogen varias patatas hermosas, que uno ha conseguido robar en una bodega o en otro sitio, y se las pela eliminando la parte mala, si es que la hay.

—¿Qué puede haber de malo en una patata? —preguntó *Hermanito*.

—Haz como digo y en lo demás, calla. Dejáis caer cada patata en un cubo de

maravillosa agua clara, fresca como el susurro de un arroyo.

—¡Caramba! Estás hecho un poeta —dijo Alte, riendo.

Porta entornó los ojos:

—¿Qué es poeta? ¿Tiene algo que ver con mal sujeto?

Alte rió de mejor gana:

—Es posible que haya poetas entre los malos sujetos, pero no pensaba en eso. Bueno, prosigue.

—Cocéis las patatas y las aplastáis correctamente hasta formar puré. Y ahora escuchad con atención, es lo principal: id a un campo en el que hayáis observado la presencia de bestias con cuernos, escoged una hembra y ordeñad un cuenco de leche, que añadiréis al puré. Pero, por el amor de Dios, no os equivoquéis y toméis una borrica por una vaca. He de advertiros que la leche de burra sirve para bañarse.

—¡Qué horror! —exclamó *Hermanito*—. Un baño de agua ya es desagradable, pero de leche... Estás mintiendo, Porta. ¿De dónde has sacado esto? ¿O nos quieres tomar el pelo?

—Lo he leído, hijo. La historia de una fulana en Italia, que se llamaba Popea. De modo que, nada de leche de burra, sino verdadera leche de vaca, que removeréis suavemente con el puré; después, sal, pero siempre con sentimiento. Y seguir removiendo con la cuchara de madera, o si no la tenéis, con una bayoneta, limpiada previamente, como es lógico. Cuando esté hecho, robad diez huevos y removedlos con azúcar. El azúcar lo birláis de Intendencia una noche oscura. Cuando esté todo bien removido, echadlo en el puré, pero, ¡por el amor de Dios!, lentamente lentamente...

—¿Por qué lentamente? —preguntó *Hermanito*.

—Haz como te digo y deja de interrumpirme. Ceced el conjunto a fuego lento... ¿Qué más quieres saber? —preguntó impaciente a *Hermanito*.

—Si para hacer el fuego se puede coger madera de haya empapada en gasolina de Hitler.

—¡Desde luego!

Hermanito volvió a tenderse y siguió escribiendo con una ancha escritura infantil, mientras sacaba la lengua con aplicación.

—Los chicharrones se doran sobre brasas de madera de haya; cortadlos en pedacitos pequeños y metedlos en el fuego, pero todo esto debe hacerse concienzudamente, y de una manera bien católica.

—¿De modo que ahora hay que ser católico para hacer puré de patatas?

—Rotundamente, sí —contestó Porta—. Es cosa sabida desde las guerras de religión.

—Bien, bien —contestó *Hermanito*—. Ya encontraré alguno para que lo haga.

—Finalmente —prosiguió Porta, con sonrisa encantadora—, echad un poco de

ajo en el puré, *paprika* o un cartucho medio lleno de pimienta, tampoco está nada mal. En nombre del cielo, tened cuidado de no dejar demasiado tiempo al fuego ese néctar de los dioses. Y para comerlo, lavad antes vuestra cuchara, porque sería un crimen tenerla sucia.

»En cuanto a los pedacitos de manteca, recordad que tiene que ser de cerdo blanco o negro. Uno manchado pase aún, pero nada de cerdos pelirrojos. ¡Es imposible, señor!

Levantó el trasero y soltó un pedo sonoro que retumbó en el silencio del bosque.

Alte tiró su colilla, se levantó y seguimos paseando por el bosque. El camino serpenteaba entre altos abetos negros, para convertirse poco a poco en un estrecho sendero que en un momento dado formaba un ángulo duro. Fue allí donde, de repente, nos dimos de narices con una patrulla rusa, evidentemente tan atónita como nosotros.

Durante varios segundos permanecemos inmóviles, con las colillas pegadas a los labios, las armas en bandolera, mirándonos a pocos pasos de distancia... Después, como a una señal dada, ambos grupos dieron media vuelta y se alejaron tan aprisa como nos lo permitía el equipo.

Nos largamos sin ninguna vergüenza, precedidos por Porta, que volaba literalmente. Los rusos, sin duda, estarían haciendo lo mismo. *Hermanito*, moviendo rápidamente sus largas piernas, cloqueaba de terror y había perdido su metralleta en la huida, pero ni una orden del Estado Mayor hubiese conseguido hacerle retroceder a buscarla. En resumen, sin duda habríamos muerto de una crisis cardíaca si Porta no hubiese tropezado en una raíz que le envió rodando por una pronunciada pendiente hasta quince metros más abajo. Se quedó inmóvil, jadeando de miedo, como si le persiguiesen los lobos. Nos costó mucho hacerle levantar, tras de lo cual se originó una violenta discusión acerca del número de rusos que habíamos visto.

—Una Compañía —opinaban Alte y Stege.

—¡Una Compañía! —gritó Porta—. ¡No, pero si sois un par de burriciegos! ¡Decid que, por lo menos, había un batallón!

—Por lo menos —intervino *Hermanito*—. Estaban en todas partes.

—Sí, en todas partes —corroboró el legionario—. Detrás de cada árbol, y nos miraban como lechuzas. Pero si os gusta quedaros aquí, a mí, no. Me marchó, compañeros.

Al llegar a la Compañía, hicimos un informe desvergonzado. Habíamos visto con nuestros ojos por lo menos un batallón de rusos. El informe pasó al Estado Mayor del regimiento; el teléfono de campaña fue cortado; la División fue puesta en estado de alarma y tres batallones de choque llegaron como refuerzo. El 76.º de Artillería y los lanzagranadas del 109.º abrieron un fuego nutrido contra el lugar donde debía estar el enemigo, y, dos batallones de artillería se adelantaron en línea.

Por su parte, los colegas rusos habían debido contar otro tanto, porque su artillería tomaba las mismas precauciones, sin duda con el mismo regocijo por parte de su grupo de reconocimiento. Porta observaba con mirada soñadora la trayectoria ululante de las voluminosas granadas en el cielo oscuro.

—¡Constituye un orgullo haber armado todo este jaleo! —exclamó con satisfacción.

—¡Si supiesen que no hay ni la cola de un ruso para recibirlo! —añadió *Hermanito*, regocijado.

Era delgada, morena, apasionada y hermosa.

Era el tipo perfecto de amante experta que ansia encontrar un hombre sediento de deseo.

Ella me enseñó lo que yo ignoraba aun de las mujeres. Nos abrazamos y nos amamos con el frenesí que se pone en el último encuentro.

Entonces descubrí que, ante la ley hitleriana, podía ser castigado como «profanador de la raza».

Esta idea me hizo reír, y mis camaradas compartieron mi hilaridad.

DE PERMISO EN BERLÍN

¡Lemberg, siete horas de espera! El frío se deslizaba solapadamente sobre el capote, el viento del Este soplabá, llovía... Es la acogida de Rusia después de cuatro días maravillosos, inolvidables. Por desdicha, todo permiso se ve estropeado por el pensamiento del regreso al frente. Pero ahora, Sven, ¡acuérdate! Reúne tus recuerdos para los que se han quedado allí, tus camaradas.

Un solo permiso había sido concedido a nuestra compañía, y Von Barring, no queriendo escoger, había metido doscientas fichas en un casco de acero. Yo saqué el número 38, el bueno. ¡Todos me felicitaron, pero con un nudo en la garganta! Estuve a punto de dárselo a Alte, quien, como si hubiese leído mi pensamiento, exclamó.

—¡Afortunadamente, la suerte no me ha señalado a mí! ¡Me hubiese costado demasiado marcharme de casa!

No pensaba ni una palabra de lo que decía, y sabía que no me engañaba.

En cambio, *Hermanito* fue mucho más directo. Después de amenazarme con una paliza si no le cedía mi permiso, se ofreció a comprármelo. Inmediatamente, Porta pujó, y luego, todos trataron de emborracharme para conseguir que vendiese mi oportunidad. Pero resistí y mi tren se puso en marcha escoltado por los gritos de adiós de mis compañeros.

Después de haber encontrado un tren sanitario en Jitomir, tomé, en Brest-Litowsk, un convoy lleno de soldados de permiso, y de esta manera gané un día entero en el recorrido.

Esta mañana, al amanecer, de regreso, he vuelto a pasar por Brest-Litowsk, y he aquí esta noche en Minsk, en una oscura estación. Los trenes que salen van atestados de militares; los hay en todas partes, en los portaequipajes, bajo los

asientos, en los pasillos, en los retretes, no hay ni un milímetro vacío. Estoy tan cansado que apenas puedo sostenerme en pie. Tengo que hacer que el oficial de la estación de Minsk viese mis documentos, así como mi hoja de ruta, en la que hay escrito: Berlín-Minsk por Lemberg-Brest-Litowsk.

En el despacho de la estación, un suboficial pone los sellos reglamentarios y me dice:

—Vas hasta Viasma. Allí, el oficial de la estación te indicará el camino. Apresúrate, tu tren va a salir. Vía 47.

Al día siguiente, hacia las tres de la tarde, llego por fin a Viasma. Derrengado, empapado, muerto de hambre. En la semioscuridad, descubro el despacho del oficial. Un suboficial coge mis documentos, desaparece y regresa al cabo de un momento con un capitán viejo y obeso. Con las piernas muy abiertas y los puños en las caderas, se planta ante mí y me observa malévolamente.

—¿Qué significa esto? —gruñe—. ¿Se divierte recorriendo la mitad de Rusia para venir hasta aquí? ¿Quería despistarse?

Con la mirada apagada, yo me mantenía cuadrado. Se oía crepitar la leña en la estufa.

—Se han comido la lengua —prosiguió el capitán—. ¡Vamos, confiese! ¿Quería despistarse?

¡Cuidado, Sven! Trata de encontrar la buena respuesta. ¡Dios! ¡Qué mal huele este capitán!

—¡Sí, mi capitán!

—¿Qué es lo que oigo? —gruñó.

En la estufa abierta las llamas seguían jugando al escondite. Se adivinaba su delicioso calor. ¿Para qué pensar en ello? ¿No había terminado ya el permiso?

—Declaro respetuosamente a mi capitán que estoy dando la vuelta a Rusia.

—¡Ah! ¡El animal confiesa! ¡Muy listo! Está bien, amigo mío, empiece cogiendo esta silla, sosténgala con los brazos extendidos y dé diez saltos. Después empezaremos otro juego. ¡Vamos, carne de trinchera!

Cogí la pesada silla de escritorio y empecé a saltar; a cada salto, el estuche de mi máscara antigás me golpeaba fuertemente el cuello.

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa! —decía el capitán, encantado, y llevando el ritmo con una regla—. ¡Uno dos, salto! ¡Uno dos, salto!

Las dos primeras decenas fueron declaradas malas, pero la tercera resultó satisfactoria. Ante los aplausos ruidosos del personal, que formaba círculo, ordenó:

—¡Cambio, bestia!

Siguiendo la consigna salté por encima de la mesa y después me arrastré bajo una hilera de sillas que representaban un túnel. Un velo negro oscurecía mi mirada, mis sienes tenían y seguía escuchando la voz cascada:

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

—¡A vuestros puestos! ¡Firmes! —gritó de repente la voz.

Me detuve en seco y, con el meñique pegado a la costura del pantalón miré fijamente ante mí. Mis ojos tropezaron con un retrato de Hitler. Sentía como unos golpes en la cabeza, unas manchas rojizas ante mis ojos y la fotografía del Führer parecía parpadear.

Una voz cortante como una navaja interrumpió el silencio:

—¿Qué ocurre aquí?

Nuevo silencio. La estufa roncaba alegremente, las briznas de madera crepitaban y esparcían aquel agradable aroma de bosque y de libertad.

—¡Bueno, estos caballeros se han quedado mudos! —prosiguió la misma voz helada.

—El capitán Von Weissgeibel, oficial de estación, declara respetuosamente al coronel que se trata del castigo infligido a un fusilero que se pasea por retaguardia.

—¿Dónde está este fusilero, capitán?

Tenía esa voz cortés del verdugo que se disculpa al guillotinar a un hombre de bien. El capitán, reluciente de grasa, me señaló con un dedo abotagado. El coronel, cuyo rostro frío e inexpresivo asomaba bajo un gorro de piel blanco, me miró:

—¡Descanso!

Inmediatamente, mis músculos se distendieron un poco, pero a punto de volverse a tensar a la primera palabra del coronel, un coronel cubierto de condecoraciones, blancas, negras, rojas, azules.

—¿Fusilero? Acérquese, capitán, y mire bien a este hombre.

El capitán rodó hacia mí, me observó con ojos parpadeantes y juntó sus piernas, demasiado cortas, calzadas con botas demasiado largas.

—Este hombre, mi coronel, es sin duda un fusilero de blindados.

—¿Está seguro? —replicó el coronel con una sonrisa malévola—. ¿No habrá olvidado las insignias del Ejército alemán?

Un dedo largo enguantado de negro, tocó la hebilla de mi cinturón.

—Le escucho, soldado.

—Abanderado Hassel, 27º Blindado, 5.^a Compañía. Regreso de permiso. Orden de ruta dada en la Comandancia de Berlín: Minsk por Brest-Litowsk. Dirigido desde Minsk a Viasma. Llegado a las 15,7 horas en el tren número 874.

Descanso.

Una mano autoritaria se alargó hacia el suboficial.

—Los documentos.

Inmediatamente, un ruido de botas, un entrechocar de tacones y el tembloroso suboficial vino a dar su informe, pero el coronel, impasible, parecía no darse cuenta de nada. Se había calado el monóculo y examinaba los documentos. Después de

haber comprobado cuidadosamente los sellos, el monóculo desapareció en un bolsillito situado entre los botones segundo y tercero. Unos minutos de silencio y después comentarios hirientes. El capitán vacilaba, los suboficiales vacilaban, y los secretarios, firmes junto a sus mesas, tragaban saliva. Sólo el soldado del frente, que era yo, permanecía impasible ante lo que ocurría en la oficina de la estación de Viasma, donde el jefe de operaciones, en camino hacia el Cuartel General de los Ejércitos del Centro, había interrumpido un rato de diversión. Un pequeño coronel manco, de rostro atractivo pero implacable, en el que había desaparecido todo reflejo humano y que odiaba a todo el mundo en la misma medida en que todo el mundo le odiaba a él.

Un secretario se sentó ante la máquina de escribir. Felinamente, el coronel se colocó junto a él y dictó. Releyó el papel, y luego, sujetándolo con las puntas de los dedos, lo alargó al capitán.

—Firme. Es esto lo que desea, ¿verdad?

—Sí, mi coronel —gritó el capitán, sofocando un sollozo en su garganta.

Era una solicitud de traslado inmediato al frente, dirigida en forma de petición al general Von Tolksdorf. Esta afectaba no sólo al capitán Von Weissgeibel, sino a todo el personal de la estación, y para terminar, agradecía anticipadamente al mayor general que les destinara a todos a un batallón de choque. Al finalizar la lectura, los ojos del capitán estaban literalmente desorbitados. Con perfecta indiferencia, el coronel dobló la petición y la guardó en su cartera. El destino del personal de la estación estaba sellado.

Unos minutos más tarde, tomé un tren en dirección a Mogilev. Como siempre, nuestra locomotora empujaba ante ella un vagón plataforma lleno de arena, que debía protegernos contra las minas. ¿De qué manera? Éramos incapaces de decirlo; sin duda, era un secreto entre Dios y los servicios de la seguridad.

Pero he aquí que los copos helados en los cristales de la estación se convertían en rostros y decorados que aparecían y desaparecían alternativamente, como en un sueño; Berlín, la cueva de los cíngaros, la habitación, todos aquellos lugares a los que fuimos ella y yo.

Ella se me acercó cuando yo estaba aún en la estación de Schlesiger.

—¿De permiso? —preguntó con una mirada fría.

Ojos de color gris oscuro con los párpados pintados de azul y las cejas alargadas con rimmel: era exactamente la mujer para un soldado con permiso. Por lo demás, ¿no tenía el deber de coger una mujer, yo que había tenido la suerte de obtener el permiso? Era lo menos que mis camaradas esperaban de mí. Con el pensamiento la desnudaba ya.

¿Llevaría una pequeña faja encarnada, como la muchacha de la revista de Porta, o por el contrario, ropa interior negra? Me estremecí anticipadamente de placer.

—Sí, tengo cuatro días.

—Venga, le enseñaré Berlín, nuestro delicioso Berlín, a pesar de esta guerra interminable. ¿SS?

Sin contestar, le mostré mi brazal, con la palabra *sonder obteilung* encuadrada por dos calaveras. Ella se rió suavemente; anduvimos calle abajo con paso alegre, y el ruido de mis pesadas botas dominaba el ligero repiqueteo de sus altos tacones. Espléndido y maravilloso Berlín, siempre renovado.

Aquella mujer, de una belleza tranquila y ligeramente exótica, tenía una barbilla algo dura, desdeñosa, que surgía de un elegante cuello de pieles. Sentí que sus largos dedos se deslizaban sobre mi mano.

—¿Adonde vamos, caballero?

Balbuceando, conseguí decir que no tenía ninguna idea, como si un soldado del frente no supiera donde ir con una mujer atractiva. Me lanzó una mirada furtiva y me pareció descubrir una sonrisa en sus ojos fríos.

—¿Cómo? ¿Un oficial no sabe adonde llevar a su dama?

—Lo siento, pero no soy oficial, sino sólo portaestandarte.

—¿No es oficial? ¡Qué importa! —dijo ella, riendo—. En una guerra así, tan pronto los soldados se convierten en oficiales, como éstos vuelven a ser soldados; a veces también ahorcan a los oficiales. Somos un gran pueblo, maravillosamente disciplinado, que ejecuta todo lo que se le ordena.

¿Qué querría decir?

El tren se detiene con una sacudida que interrumpe mis pensamientos. Un largo pitido y después, lentamente, el tren vuelve a arrancar. Los copos de hielo vuelven a convertirse en el álbum de imágenes de un permiso ya lejano.

He aquí la cueva de los cíngaros, con su conjunto de violines suaves y nostálgicos. Aquí todo el mundo parecía conocerla. No tenía más que mover la cabeza o sonreír, para que trajeran a la mesa botellas de largo cuello.

Llevaba, naturalmente, una pequeña faja encarnada y una ropa interior de una ligereza transparente. ¡Cuántas cosas que explicar a los camaradas! ¡Todo un universo descubierto en cuatro días!

La última noche, me pidió que le regalase mi Cruz de Hierro. ¿Cómo negársela? El cajón que abrió estaba lleno ya de condecoraciones de todos los hombres que había recibido en su cama. Había incluso una calavera de plata, insignia de las SS. Mi cruz se reunió con aquellos trofeos.

—Me llamo Elena Strasser —dijo riendo. Y luego, echando la cabeza hacia atrás con aire de desafío, me mostró una estrella amarilla cuidadosamente envuelta en un pedazo de seda—: He aquí mi Orden de Caballería —añadió.

Sin duda esperaba una reacción por mi parte, pero permanecí impassible. Un recuerdo acudió a mi mente; el de un día en que un SS quiso prohibir a Porta un

banco reservado a los judíos. El SS llegó en mal momento; el respeto al reglamento le costó la vida.

—¡Pareces no entenderlo! ¡Tengo la estrella judía!

Su mirada se clavaba en mi carne.

—Sí, ¿y qué?

—Irás a la cárcel porque te has acostado conmigo —contestó ella, riendo—. ¡Confiesa por lo menos que ha valido la pena!

—Desde luego. Pero, ¿cómo puedes vivir aquí y pasearte libremente?

—¡Relaciones, relaciones! Mira, incluso tengo el carnet del Partido con mi fotografía.

Bordeando la estepa, el tren traquetea ahora ante pueblos olvidados. Guardabarreras húngaros, somnolientos, echan una vaga mirada al número de nuestro tren, compuesto de vagones de carga y de vetustos coches de pasajeros.

El rostro de un compañero de la Escuela de Guerra asomó en mi recuerdo. Tuvo que abandonar Alemania porque el bisabuelo de su mujer era judío. Obligado a divorciarse, le hicimos atravesar la frontera suiza, junto con su esposa, en un «Mercedes» del Estado Mayor. Pero la historia no terminó allí. Simultáneamente, la madre de mi compañero y el padre de la joven fueron detenidos, mientras que los cónyuges respectivos quedaban en libertad, pero privados de las tarjetas de abastecimientos. En 1941 fusilaron al padre de mi amigo y declararon que se había suicidado. El Ejército envió una hermosa corona, unos oficiales acompañaron el ataúd de aquel viejo coronel, quien tuvo asimismo derecho a un discurso muy hermoso. En resumen, la cosa terminó a satisfacción de todos.

En Mogilev, cambio de tren. En el andén, tropiezo con el oficial de la estación, que me detiene y, que, con gran estupefacción mía, se interesa por mi salud, me ofrece un cigarrillo y me llama señor abanderado. Esta cortesía tan desacostumbrada me inquieta extraordinariamente. Ataviado con el uniforme de caballería adornado con galones de un dedo de ancho, llevaba botas altas y relucientes con espuelas de plata que sonaban como las campanillas de un trineo al paso. Me observa sonriente a través de su monóculo.

—¿Adonde piensa dirigirse, señor abanderado?

Hago chocar los tacones y contesto de la manera más reglamentaria.

—Mi capitán, el abanderado Hassel regresa a su regimiento en Bobrusk, por Mogilev.

—¿Sabe cuándo sale el tren hacia Bobrusk, mi querido amigo?

—No, mi capitán.

—¡Lástima! Por desdicha, yo tampoco lo sé, pero trataremos de adivinarlo.

Observaba las nubéculas grises, como si esperara que la indicación cayera del cielo. Luego, visiblemente, renunció.

—Sí, no hay duda, ahí nos aprieta el zapato. Veamos, ¿quiere usted ir a Bobruck, mi querido abanderado? Pero, a propósito, ¿tiene bandera?

Completamente atónito, le miré con ojos muy abiertos. ¿Se burla de mí o está loco? Miro en todas direcciones en busca de ayuda, pero no hay más que dos empleados ferroviarios en el otro extremo del andén. El capitán me sonríe benévolutamente, y se quita el monóculo que limpia con un guante.

—¿Ha traído la bandera, querido amigo? ¿La vieja bandera del regimiento?

Y empezó a recitar a Rilke:

—Buena madre, enorgullécete: llevo la bandera.

No te preocupes: llevo la bandera.

Consérvame en tu corazón: llevo la bandera.

Apoyó una mano en mi hombro:

—Querido Rainer María Rilke, es usted un héroe y el honor de la Caballería. El gran rey le recompensará.

Dio unos cuantos pasos, escupió en la vía y, señalando con el dedo los rieles, prosiguió con voz de falsete:

—En el manual reservado a los empleados de ferrocarril, esas barras de hierro que ve ahí se llaman rieles. En el balasto se han dispuesto, por razones científicas, traviesas a intervalos regulares. Según nuestro manual, la distancia comprendida entre dos rieles, se llama anchura. En Rusia, cuya cultura no existe, esa anchura es distinta. Afortunadamente, nuestros ejércitos liberadores se han adentrado en las tinieblas para llevar la luz y dar a los rieles soviéticos la anchura que corresponde a una nación civilizada.

Se inclinaba hacia mí, guiñaba un ojo, se apretaba el cinturón y se pavoneaba con expresión satisfecha.

—¿Sabe que el 27 de setiembre de 1825 los ingleses tuvieron la increíble impudicia de construir la primera línea férrea? Según nuestro servicio de información el tren estaba formado por treinta y cuatro coches, con un peso total de noventa toneladas.

Se limpió los dientes con un palillo de plata, chupó un instante un diente careado y añadió en tono confidencial:

—Creo que los bombarderos del mariscal Goering han destruido esta amenaza contra nuestro reino germánico. —Luego, tras haber suspirado profundamente, añadió—: Con explosivos especiales de la fábrica de Bamberg, se puede reducir a añicos esa línea ferroviaria. Según el Derecho Internacional, esta acción está reservada a las tropas alemanas, cuando consideran que la cultura corre peligro. ¿Lo ha entendido bien, señor abanderado Rilke?

Ni una sola vez conseguí abrir la boca y me contenté con asentir con la cabeza.

—¿Dice que quiere ir a Bobrusk? Supongo que para recoger la bandera, ¿no? — De repente empezó a gritarme, acusándome de haber abandonado la bandera; después volvió a mostrarse cortés—: Puesto que quiere utilizar nuestro maravilloso tren nacionalsocialista, debería tener los horarios. Veamos, ¿desea ir a Bobrusk? —Luego, furioso—: ¿Qué diablos va a hacer allí? ¡Ah, ya caigo! —dijo guiñando maliciosamente un ojo—. ¿Quiere volar la vía férrea? ¡Cállese, señor abanderado! Sepa que su misión consiste en llevar la bandera, la vieja bandera empapada de sangre. No vaya a Bobrusk y quédese aquí, a mi lado.

Trató de silbar el *Horst Wessel*, pero sin éxito. Entonces canturreó algo por el estilo de «¿Es preciso pues emigrar a la ciudad, y tú, querida, te quedas aquí?» Calló de repente y literalmente relinchó:

—Abanderado sin bandera, irá usted a la cárcel, pero sólo cuando esta admirable guerra haya terminado y las masas de caballería, embriagadas por la victoria, desfilen trotando bajo la puerta de Brandemburgo, saludadas por nuestras encantadoras mujeres y nuestro pueblo piojoso. ¡Ahora, lárguese a Bobrusk! Salida a las 14,21, vía 37, tren número 156. ¡Pero prepárese si no trae la bandera! Un regimiento sin bandera es como una vía sin tren. Cuando llegue a su destino, ¿tendrá la amabilidad de saludar de mi parte a Su Majestad la emperatriz Catalina? Vende chocolate Stalin en el mercado. Pero no se lo diga, porque ni ella misma lo sabe.

Observo nerviosamente al elegante oficial, a la vez borracho y amenazador, pero, cosa curiosa, un tren para Bobrusk se detiene efectivamente en la vía 37.

Llegué sin dificultad a mi destino y volví a encontrar el 27.º Blindado. Muerto de cansancio, me dejé caer en la paja enmohecida y me dormí profundamente. A la mañana siguiente, cuando la compañía regresó de sus trabajos de fortificación, *Hermanito*, encantado de verme de nuevo, exclamó:

—¡Eh, oye! ¿Has traído bragas de mujeres? ¡Sólo el verlas ya me excita!

Tuve que contar durante horas enteras todo lo que me había ocurrido. Ni un cierre, ni un botón pudieron ser pasados en silencio. Porta sacó una de sus fotografías más audaces, y preguntó:

—¿Habéis probado esto?

—No, cerdo. He estado con una verdadera mujer, una judía —añadí.

—¿Una qué? —gritaron a coro.

—¿Cómo? ¿Existen aún?

—¡Y con esa ropa interior!

Asentí con la cabeza y empecé a contar la historia de Elena. A la noche siguiente, Porta me despertó.

—¿Nos dijiste que llevaba una faja encarnada y unas medias que llegaban hasta lo alto de los muslos? —cuchicheó.

—Sí... Faja roja y medias muy largas —contesté medio dormido.

Entonces se escuchó la voz de *Plutón* en la oscuridad:

—¿Estás seguro de que no tenía piojos ni olía a sudor?

—No, ni piojos ni sudor. Ya os he dicho que era una verdadera mujer.

*¿De qué depende la vida de un hombre? De una nota en una mesa de despacho.
Un funcionario anquilosado por el reglamento deja que el asunto siga su curso.
El hombre es ahorcado, unos niños pierden a su padre y la guerra prosigue.*

EL PARTISANO

Era el día siguiente a aquel en que los soldados de la *feldgendarmerie* habían detenido a un campesino ruso. El campesino estaba borracho. Le habían encerrado en un local, junto a las oficinas de la compañía, y sólo debía quedarse allí hasta que hubiese terminado de dormir la mona.

Dos botellas de vodka habían iniciado la disputa entre el campesino y un *feldwebel* de la 2.^a Compañía. El *feldwebel*, encerrado en el calabozo de la Compañía, fue soltado en cuanto volvió a estar sereno. Todo ocurría reglamentariamente. Por desdicha, existía también un parte, un parte que se había convertido en un grueso legajo, no menos reglamentario. El asunto fue hinchado como lo son todos cuando intervienen los militares, pero también por otro motivo: en Jitomir gustaban mucho los consejos de guerra.

El comandante de la región, Mayor General Hase, era un viejo de más de setenta años que tenía la costumbre de guardar cuidadosamente en una cajita de terciopelo un mechón del cabello de cada ajusticiado. Aquel general coleccionaba ejecuciones como otros mariposas, y el tiempo se les hubiese hecho largo a los señores de Jitomir si no hubiesen tenido aquella distracción. Después de la guerra, ya no habría más mechones para el general, y éste volvería a convertirse en el comedido director de un instituto provinciano, donde el respeto a su clientela burguesa le hacía rechazar rotundamente toda efusión de sangre. El campesino era un hombre pobre y desgastado por el trabajo que había bebido un dedo de vodka en exceso. Sobre el papel se convirtió en un partisano peligroso, en un adversario declarado del Tercer Reich.

Así pues, se llevaron a Vladimir Ivanovich Vjatcheslav, y los risueños gendarmes se despidieron alegremente de nosotros al marcharse hacia Jitomir. Uno de ellos, incluso pegó un culatazo en la cabeza del campesino, porque, ¿puede haber algo más despreciable a los ojos de un gendarme prusiano que un campesino ruso? Y todo hubiese sido olvidado inmediatamente a no ser por la muchacha del pañuelo verde.

Todo se hace rutinario, ¿verdad? Incluso ahorcar a la gente, calificándola de partisana. Pero hay que tener en cuenta que, tras su muerte, aquellos numerosos ahorcados fueron proclamados héroes soviéticos, y si hubiesen sobrevivido a la guerra hubiesen sido enviados al campo de concentración soviético de Ukhta-Petchora, por no haber sido ahorcados como partisanos y haberse quedado como tranquilos campesinos bajo el régimen de los soldados de Hitler.

Así pues, la muchacha del pañuelo verde vino a la cantina que habíamos instalado en una cabaña grande. Esa cantina era fruto de la imaginación del cocinero, experimentado negociante que pertenecía a la raza de los del «60 % de beneficio». Lanzó una mirada a su alrededor antes de acercarse a la mesa donde estaba reunido todo nuestro grupo.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó—. Le trajeron aquí hace tres días. Anastasia y yo no tenemos nada que comer.

—¿Quién es tu padre, pequeña? —preguntó Alte sonriendo, mientras Porta chasqueaba la lengua.

La muchacha le miró, sonrió, y contestó con un chasquido idéntico. Resonaron risas.

—Mi padre es campesino. Es Vladimir Ivanovich Vjatscheslav, de la choza amarilla próxima al río.

Alte, incómodo, contempló la habitación donde se había producido un silencio. Porta empezó a frotar la hebilla de su cinturón mientras que *Hermanito* se limpiaba los dientes con su cuchillo. El legionario se levantó y, en su turbación, se pisó sus propios pies.

—Ah, sí, su padre es Vladimir Ivanovich... Ah, sí, pequeña... Vino aquí, pero ha vuelto a marcharse.

—¿A marcharse? ¿Cómo? Padre no puede marcharse, no tenemos nada que comer. Anastasia llora y ahora los N.K.V.D. alemanes quieren que vaya a trabajar a los caminos. Padre tiene que regresar, Anastasia está enferma.

Alte se rascó el cogote y buscó desesperadamente alguna ayuda, pero nosotros, silenciosos, permanecíamos inmóviles en los toscos bancos. ¿Qué podíamos decir? Los consejos de Guerra en Jitomir eran duros y sentían predilección por la gente que se balanceaba al extremo de una cuerda.

—Pequeña, un gendarme vino a buscar a tu padre para algo muy molesto. Un secretario escribió demasiado sobre él.

—¿Adonde lo han llevado?

Alte se encogió de hombros y se pasó la mano por el cabello, mientras Porta se rascaba las orejas.

—No lo sé bien. Se han marchado hacia el Oeste, en dirección a la carretera principal.

La muchacha del pañuelo verde, que debía de tener unos catorce años, miró desconcertada hacia el techo y después clavó sus ojos en nuestros rostros sucios, hirsutos, con los labios mojados de vodka, con el pelo sucio de *machorka*; sobre estos soldados extranjeros de uniforme gris que detenían y ahorcaban a los pobres campesinos o bien se los llevaban lejos, hacia aquel Oeste de donde nadie había vuelto nunca. Se decía que aún era peor ser enviado al Oeste que al Este, a pesar que de allí ya no hubiese sol sobre la nieve y en verano los mosquitos te devorasen vivo.

—¿Estás sola, junto al río? —preguntó Stege.

—No, está Anastasia, pero está enferma.

—¿Quién es Anastasia?

—Mi hermanita, sólo tiene tres años.

Los soldados tosieron y se asomaron. *Hermanito* escupió en el suelo.

—¡Maldito sea el mundo y, sobre todo, los gendarmes!

—¿Quién prepara la comida? —preguntó Alte.

La pequeña le miró:

—¡Yo! ¿Quién si no?

—¿Dónde está tu madre?

—Los N.K.V.D. rusos se la llevaron cuando vinieron a buscar al abuelo, pero de eso hace mucho tiempo, mucho antes de que empezaran los disparos.

Hermanito se levantó, fue adonde estaba el cocinero y hasta nosotros llegaron las frases violentas y secas. Regresó con un pan y un saco de sal.

—Toma, de parte de *Hermanito*. —Pegó una rabiosa patada a la mesa—. ¡Cógelo en seguida o lo tiro!

La pequeña inclinó la cabeza y lo guardó todo en un bolsillo que llevaba bajo la falda.

—Siéntate ahí, pequeña —ordenó Porta.

Los soldados se aprestaron para dejarle sitio. Porta reunió en una escudilla la ración de *Hermanito* y la de Stege, añadió la suya y empujó el plato hacia la joven.

—Come, debes de tener hambre.

—¿Habrá regresado padre? Más valdría que me marche —dijo mirándonos con expresión interrogante.

Nadie contestó. Todos fumábamos o llenábamos la pipa en silencio, o bebíamos en exceso.

—Más vale que comas —dijo Alte, retorciéndose la nariz—. Tu padre no ha regresado... Todavía no —corrigió con temor.

La pequeña se había sentado tímidamente en el tosco banco; echó hacia atrás el pañuelo verde y la vimos inclinarse ávidamente sobre la comida. Empezó a comer con hambre, bebiendo y tragando, sin hacer caso de la cuchara y utilizando los dedos. Alte se secó disimuladamente una lágrima.

—Tengo una chica de la misma edad —dijo con expresión avergonzada—. Esta se quedará ahora sola.

El cantinero llegó con una cacerola de leche caliente que colocó ante la pequeña. *Hermanito* enarcó una ceja y silbó entre dientes:

—¿Qué sucede? —gritó el cantinero, furioso ante su propia blandura—. ¡Lo pagarás tú, cerdo! —Agitó amenazadoramente un látigo—. ¡Lo apunto a tu lista! Y a tu nombre, por si me muero. De esta manera, tendré mi sesenta por ciento. No te esperabas esto, ¿verdad?

Hermanito seguía silbando y guiñó un ojo a Porta.

—¿Me oyes? —gritó el cantinero.

Hermanito tuvo un sobresalto eléctrico y su cuchillo de trinchera, después de rozar el hombro del horrorizado cantinero, fue a clavarse, vibrante, en la pared.

—¡Trae el cuchillo, cuidador de cerdos! —gritó *Hermanito*—. ¡Tráelo, tráelo!

Silencioso, el cantinero arrancó el cuchillo y lo depositó respetuosamente ante *Hermanito*. Se disponía a largarse cuando se sintió levantado del suelo y sacudido como una rata por un *fox-terrier*.

—¡Granuja, ladrón! Repite lo que eres, especie de... de...

—Puerca rayada —sugirió Porta.

—Sí —gritó *Hermanito*—, puerca rayada, rayada de azul, repítelo, repítelo...

El cantinero, medio asfixiado y ya de un color violáceo, tuvo que repetir tres veces cada insulto, tras de lo cual, disparado como una pelota, rodó hacia el mostrador, bajo el que se metió a gatas. La joven se había pegado a la pared, pero el gigante se inclinó hacia ella.

—No tengas miedo, pequeña. *Hermanito* es un buen hombre que protege a los débiles, un buen cristiano.

E hizo un signo de la cruz para acompañar, según él, la palabra cristiano.

Stege sacó un montón de rublos y los echó con expresión indiferente ante la joven. Varios le imitaron, e incluso Porta, que adoraba el dinero, apartó un montoncillo, que de todos modos contó minuciosamente antes de empujarlo con el resto. El cantinero, convocado con un chasquido de los dedos, se presentó al trote.

—Un paquete para la pequeña y rublos —ordenó *Hermanito*.

Sin protestar, el cocinero obedeció en el acto. La pequeña se levantó para marcharse; anudó con fuerza su pañuelo verde hasta la barbilla, ató con un pedazo de cordel el viejo capote militar y desapareció en la oscuridad con Stege y el legionario; que no quisieron dejar que regresara sola.

La lámpara «Hindenburg» vaciló. Alguien echó sebo en el depósito y la llama recobró vigor.

—¿Crees que le fusilarán? —preguntó Bauer a Alte, nuestro oráculo.

—En estos días fusilan a mucha gente. Es una costumbre. Muchos niños están

pasando lo que pasa esa pobre pequeña.

—Es una suerte que no lo sepamos en cada caso —suspiró *Plutón*—. ¿Crees que aquel a quien cortamos la cabeza la otra noche no tendría hijos?

—No sé —dijo *Alte*—. Nunca hay que pensar en eso, porque duele demasiado. Después, se hace muy difícil vivir.

Porta, acurrucado en un rincón se irguió súbitamente.

—¿Y si raptáramos al padre de la pequeña? Sería mucho menos difícil cargarnos algunos gendarmes sarnosos que a todo un batallón de rusos.

—Cuenta conmigo —replicó *Plutón*—. Retorcemos el cuello a esos asquerosos y nos largamos con el campesino.

—¿Y después? —preguntó *Alte*, que seguía frunciendo la nariz.

—¿Después, qué?

—¿Crees que irán a acostarse cuando nos hayamos cargado a sus gendarmes?

—Ah, sí —reflexionó *Porta*—. Pero ya estaremos lejos... ¿Quién sabrá que hemos sido nosotros?

—No, en efecto, nadie lo sabrá, y aunque lo dijésemos, nadie se lo creería. Pero piensa que ocurrirá algo mucho peor. Hasta ahora, saben perfectamente que tienen no un partisano, sino a un campesino inocente. Si le liberamos con tiroteo y todo el jaleo, entonces estarán seguros de que se trata de un partisano. Todos los SS se pondrán en acción, arrasarán los pueblos, centenares de mujeres y de niños irán a parar a campos de concentración, porque el campesino se habrá convertido en un peligroso jefe de partisanos buscado desde hace tiempo. En tanto que si no intervenimos, Vjatcheslav será ahorcado, pero solo él, y estaremos tranquilos durante algún tiempo porque el general habrá tenido su día de diversión y los gendarmes su cruz. El campesino es el precio de la tranquilidad en el distrito...

—Como eche la mano a esos bandidos después de la guerra —gruñó *Porta*—, les llenaré el gaznate con plomo derretido.

Stegé y el legionario, que acababan de regresar, blasfemaban con voz sorda y propusieron otra idea: la de raptar al oficial de guardia y ponerlo en manos de los rusos.

—No es una idea muy brillante —dijo *Alte*, colérico.

—¿No nos crees capaces de hacerlo? —gritó el legionario.

—Es muy fácil —dijo *Porta*—. Entre los tres apresemos a toda la jauría con el verdugo en cabeza.

—No lo dudo —dijo *Alte*—, pero seréis unos estúpidos si lo hacéis. A menos que queráis que la desgracia caiga sobre los campesinos del distrito. Porque incluso vosotros, imbéciles, ya podréis adivinar los resultados de una broma como esa.

—Bien. Entonces, pensemos...

Porta se interrumpió en seco y miró al suboficial que acababa de empujar la

puerta y se sacudía la nieve del capote.

Hermanito parpadeó, inclinó la cabeza y empezó a silbar entre dientes. El cantinero, que jugueteaba con una botella vacía, miró de reojo a Porta y con su cabeza de toro calvo hizo una rápida señal de odio en dirección a la puerta.

En el mismo momento, un cuchillo voló y fue a clavarse en el suelo, entre los pies del suboficial. El legionario se echó a reír y, ágil como una pantera, se deslizó hacia la puerta. Con una sacudida arrancó el cuchillo, le dio un beso y canturreó:

—¡Alá es grande y sabio!

Un silencio de mal augurio se produjo en la cantina, el suboficial Heide, el autor del informe sobre el campesino, miró a su alrededor con sonrisa tensa.

—Los hay muy vivos, ¿eh? Pero no aconsejo a nadie que se burle de Heide.

Manipuló un enorme *nagán* y un «clic» indicó que se había armado.

—¡Os saltaré la tapa de los sesos, hatajo de basura! ¡No tenéis que decir más que cuándo y dónde!

En el ambiente se mascaba el homicidio.

—¡Cagados! —agregó Heide. Después, se adelantó y pidió un vaso de cerveza.

—No hay —rezongó el cantinero.

—¡Vodka! —rugió Heide.

—¡No hay! —contestó el otro, con la mirada brillante de odio.

—¿Qué tienes, pues? —preguntó Heide, adelantando la cabeza como la de un toro que se dispone a embestir.

Tenía la mano derecha metida en el bolsillo de su capote y todo el mundo sabía que empuñaba el *nagán*.

—¡Nada! —aulló el cantinero.

Y la botella se rompió contra el mostrador.

—¿Te niegas a servirme, cerdo? ¿A mí, al suboficial Julius Heide?

—Sólo tengo esto —dijo el cocinero.

Y enarboló un cascote de botella bajo la nariz de Heide.

—¡Acércate, puerco! —dijo *Hermanito* riendo—. ¡Nosotros sí que tenemos algo para ti!

Heide dio media vuelta, le miró boquiabierto, y dio unos pasos en dirección a la mesa. *Hermanito* clavó bruscamente su cuchillo en la madera, y exclamó:

—¡Esto es para ti, si no sales a toda velocidad de este sitio decente!

—¿Qué os ocurre? —balbuceó Heide, perplejo.

—¿Que qué hay? —gruñó Bauer—. ¿A ti qué te parece, mal bicho?

Heide, como un tigre que se dispone a saltar, retrocedió lentamente, apuntando con el *nagán* hacia el pequeño legionario, que se acercaba paso a paso, al burocrático y elegante suboficial.

—¡No te acerques, payaso marroquí, o estornudarás rojo! —silbó Heide

contemplando atónito al hombrecillo de mirada malévola.

Todos habíamos visto cómo el suboficial quitaba el, seguro de su arma, y esperamos el seco estampido del *nagán*. Pero nadie tuvo que moverse. Más rápido que el pensamiento, el pie del legionario alcanzó la mano que sujetaba el arma. Heide lanzó un grito de dolor y se dobló sobre sí mismo mientras que el *nagán* caía al suelo. *Hermanito* lo recogió, le quitó las balas y lo tiró a un rincón.

El suboficial se incorporó e hizo un movimiento en dirección al legionario; pero éste, con la violencia de un resorte, le rompió de una patada la nariz y varios dientes.

—¡Ah! —dijo riendo Kalb—. ¡Querías disparar...! ¡Qué horror! Los informes son menos peligrosos, ¿eh?

Heide recuperó parte de su serenidad e incorporándose a medias en el suelo, se secó la sangre que le inundaba el rostro.

—¿Qué insinuáis? He venido aquí para beber tranquilamente y me atacáis sin motivo.

El legionario volvió a sentarse.

—¡Buen muchacho! Inocente por completo, ¿verdad? Levántate, puerco, o te encontrarás un cuchillo de trinchera en pleno rostro.

Heide se encaramó penosamente en el banco, y Porta le alargó un vaso de cerveza. El suboficial miró agradecido al pelirrojo tocado con el sombrero de copa, cuyos ojos porcinos eran la única parte viva en un rostro impasible; pero en el momento en que iba a beber, Porta, de un golpe seco, envió el vaso al otro extremo de la cantina.

Hermanito se echó a reír ruidosamente. Loco de rabia el suboficial saltó por encima de la mesa y persiguió por la habitación al regocijado gigante.

—¡No he sido yo! ¡Ha sido Porta!

Se detuvo bruscamente y con una coz de caballo envió volando a Heide por la pared, donde le administró una paliza en toda regla. Se oyeron unos gritos sofocados. Varios cubos de agua reanimaron al suboficial, que acabó por derrumbarse inconsciente bajo la mesa.

—¡Rascapapeles infecto! —escupió *Plutón*.

El cantinero salió de detrás del mostrador y nos invitó a una ronda general de vodka.

Le sería más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, aseguró el legionario, que a Hermanito entrar en el jardín de Alá.

Además, su línea de la vida, profetizó Porta, es particularmente corta.

Estas dos opiniones entristecieron al cándido gigante, que inició una confesión general destinada a abrirle las puertas del Paraíso.

Pero un ataque enemigo interrumpió esta piadosa tentativa.

HERMANITO RECIBE LA ABSOLUCIÓN

—¡Veintiuno! —gritó Porta.

Echó los naipes sobre la caja de municiones que nos servía de mesa. Incrédulos, examinamos las cartas grasientas y *Hermanito* llegó incluso a contar los puntos con los dedos. Pero no cabía la menor duda. El total era, efectivamente, veintiuno.

Porta, encantado, recogió prestamente sus ganancias, las hizo caer en un casco de acero y nos saludó con su sombrero de copa.

—¿Continuamos, chicos?

Era la trigesimoséptima vez que Porta ganaba. *Hermanito*, que lo había perdido todo, refunfuñó, pese a que Porta, gran señor, le ofreciese un préstamo al cien por cien.

—Habría que estar chiflado —dijo Stege—. Más valdría ir a encontrar a «60 % de beneficio» y pedirle prestados cien marcos. Pero, de todos modos, también perderemos.

Hermanito reflexionó un momento, después se inclinó confidencialmente hacia Porta.

—No haces trampas, ¿eh?

Porta entornó los ojos de párpados incoloros, se limpió el monóculo y lo sujetó firmemente en su ojillo porcino.

—No, Joseph Porta no hace trampas, *Hermanito* —le contestó melosamente.

—¡Menos mal! ¡Sería increíble! —contestó el gigante, respirando con alivio.

Una duda terrible acababa de desaparecer.

En aquel mismo momento, Alte entró apresuradamente en el refugio:

—¡Muchachos, esta vez se ha acabado! La segunda sección debe cubrir el despliegue del 104.º Regimiento cuando inicie la retirada. Se marchan en ferrocarril. Ni uno de nosotros escapará con vida.

Porta se echó a reír y se tocó el pecho con el dedo índice.

—¡Error! ¡Papá saldrá de ésta sin perder ni un pelo!

—¿Cómo lo sabes? —preguntó *Hermanito*, interesado.

—Me lo dijo una adivina. Primero lo vio en mi mano y después, en el poso del café.

—¿Y qué más te dijo?

—¿La francesa? Que saldría de esta guerra, que me casaría con una mujer estupenda y, después, que viviría muchos años, feliz y satisfecho, con mucha pasta que ganaría con un montón de burdeles.

—¡Caramba! —exclamó *Hermanito*—. ¿Y no crees que te engañó?

—En absoluto.

Hermanito examinó con toda atención la palma de su mano.

—¿Qué línea es ésta? —preguntó.

—La línea de la vida. ¡Es extraordinariamente corta, mi pobre amigo!

El legionario se les acercó y levantó un dedo en ademán de advertencia:

—Procura volver la jeta hacia la Meca. Es el momento de pensar en Alá.

Hermanito sufrió dos o tres contracciones en la garganta y, cogiendo su metralleta, vociferó:

—¡No conozco a nadie que tenga ganas de liquidarme!

—Sí —dijo Porta—, Iván.

Stege compareció, portador de noticias poco agradables. Se trataba de los nuevos que habían sido adscritos a la segunda sección, entre ellos un antiguo *unterscharführer* de las SS que había pasado un año en Torgau. Von Barring había prevenido ya a Alte contra él:

—¡Cuidado con ése! Es un tipo que no me inspira ninguna confianza.

Stege acababa precisamente de enterarse de que el SS se había entendido con el suboficial Heide para liquidar al primer grupo, es decir, el nuestro, así que se presentara la ocasión.

El soldado Peters, uno de los nuevos, se sentó junto a nosotros y dijo a quemarropa, con el tono desagradable que le era peculiar.

—Sí, hay veinticinco tipos que han decidido meterles una bala en la cabeza.

Hermanito tuvo un sobresalto, pero un guiño de complicidad de Porta le hizo callar. Sin embargo, le oímos rezongar algo respecto a las líneas de la vida, cortas y largas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el legionario, con el cigarrillo pegado a los labios.

—Lo sé —contestó Peters con su tono cantarín. Se levantó—: Y ahora, ya estáis avisados.

—¿Por qué quieren liquidarnos? —preguntó Alte.

Peters se encogió de hombros y señaló las posiciones rusas:

—Kranz, el SS dice que Iván está detrás de nosotros y que la sección está completamente rodeada. Cuando se hayan cargado a los otros nueve, se escabullirán.

El legionario escupió su colilla:

—¿Y por qué no te escabulles tú también con ellos? ¿Estás cansado de vivir?

Peters le miró con los ojos semicerrados, como si dominara su ira creciente:

—Si tanto te interesa, la vida no me importa, pero no tolero el asesinato, eso es todo.

—Entonces —dijo Porta, riendo—, tendrías que estar en un convento y no aquí. En el frente del Este, lo único que se hace es asesinar. Así —añadió.

Y su metralleta soltó una salva que rozó, en el otro extremo del refugio a varios de los recién incorporados a la sección. Estos se levantaron de un salto, blasfemando, y el SS cogió su revólver, pero lo soltó en el acto, como si quemara: cuatro metralletas le mostraban sus bocas redondas.

—¡Ja, ja! —exclamó Porta—. ¡Los reclutas tienen miedo! —Eché una caja de granadas a la cara del SS quien se derrumbó lanzando un gruñido—. Traedme a este perro —ordenó.

Sin dejar de reír, arrancó un pedazo de tela blanca de un saco de pan y ordenó a los otros que lo cosieran en la espalda del hombre inanimado. Cuando el SS volvió en sí, bastante aturdido, lanzó una mirada maligna a Porta, quién le dijo sonriente:

—Llevas en la espalda un trapo blanco que he hecho coser para que me sirva de diana. Te advierto que si te alejas demasiado de mí, este chisme no te fallaría. Palmoteó su revólver—: Y si llegas a perder el trapo, serías también hombre muerto.

—¿Divertido, eh? —dijo el legionario.

Entretanto, *Hermanito* contemplaba pensativamente en la palma de su mano la línea que le habían dicho era de la vida. Salió bruscamente de su meditación, se sobresaltó, cogió por la garganta a un soldado llamado Krosnika y lo pegó a la pared:

—¡Tú también quieres liquidarme! Por tu culpa mi línea de la vida es corta...

Con gruñidos de oso herido, buscaba su cuchillo.

—¡Mi vida, mi vida!

Krosnika forcejeaba para soltarse, pero cada vez aparecía más congestionado, y si no hubiese intervenido Alte, el terrible puño lo hubiese estrangulado definitivamente. *Hermanito* blasfemó y soltó a su presa, que cayó medio muerta entre Heide y un antiguo *feldwebel* procedente de Torgau. Porta se echó a reír:

—¡No es más que una advertencia, muchacho! Para aquellos a quienes interese. —Hizo un movimiento expresivo con su metralleta—: ¿Queréis? Si es que no, no os las deis de listos.

Peters había permanecido sentado, con la espalda apoyada en la pared, manoseando una metralleta rusa y fumando con indiferencia. Era la hora del relevo de los centinelas. Se produjo un vivo altercado entre el SS y Krosnika, quien

rehusaba montar la guardia con él. Alte tiró las cartas, se levantó tranquilamente y señaló al SS con su pipa.

—Tú y Krosnika quedáis dispensados de hacer guardia. Heide y Frank ocuparán vuestro sitio.

Una expresión triunfal apareció en los ojos del SS, pero desapareció con idéntica rapidez.

—Tú y Krosnika —prosiguió Alte con el mismo tono —iréis a patrullar hacia las posiciones rusas y nos traeréis informes concretos de lo que ocurre.

Resonaron violentas protestas. Alte se había vuelto a sentar y continuó jugando. Echó un as, recogió la baza y miró de reojo a los que protestaban.

—¿Habéis oído mis órdenes?

—¡Esto es una persecución! —gritó el SS—. No podemos acercarnos a las líneas enemigas sin una barrera de protección. Rehusamos ejecutar esta orden.

Alte se recostó en la pared jugueteando con su «P-38».

—Te aconsejo que reflexiones antes de negarte, tú que eres voluntario y miembro del partido. ¿Qué pensaría tu Führer?

El SS se adelantó amenazador.

—¿Mi Führer? Supongo que también es el tuyo.

—Tú has escogido al Führer por tu propia voluntad, camarada. Y, en consecuencia, le perteneces. A mí, me lo han impuesto, lo que es muy distinto. Pero hablando de otra cosa, ¿sabes lo que es un consejo de guerra?

—¿Crees que me das miedo? —replicó el SS—. Necesitarías por lo menos el testimonio del comandante de la Compañía.

—¿De veras? ¿No sabes que somos un grupo aislado de nuestras bases y que en tal caso el jefe tiene derecho a celebrar un consejo de guerra cuando considera que una desobediencia pone el grupo en peligro? Puedo reunir un consejo de guerra contra ti cuándo y dónde quiera. —Pegó un puñetazo en una caja de municiones—. De modo que, ¡largo! ¡De lo contrario, Porta y *Hermanito* os tomarán por su cuenta!

Sin una palabra, se echaron las armas al hombro y salieron del refugio. *Hermanito* propuso una nueva ronda de vodka y, cuando la botella llegó a Porta, le preguntó con no disimulada esperanza:

—Y esa línea de la vida, ¿no falla a veces?

—Nunca —contestó Porta con expresión triste, mirando al rostro preocupado de *Hermanito*.

El desdichado volvió a enfrascarse en la contemplación de su mano. Solicitó ver las suyas y tuvo una alegría delirante al comprobar que la línea de la vida del legionario era aún más corta que la suya.

El legionario le miró de reojo:

—Los designios de Alá son insondables, pero justos —murmuró—. Yo iré al

jardín de Alá, pero tú que no eres nada irás a arder en el infierno y a sufrir las peores torturas. —Acarició paternalmente el cabello del gigante—. Pero roharemos por ti, pobre viejo, el día en que, por orden de Alá, Iván te clave un cuchillo entre los hombros.

Hermanito se inmovilizó con la botella a medio camino de los labios, y miró al legionario en cuyo rostro aparecía una sonrisa felina.

—¡Oh, cállate con tus bromas! ¿Es que crees en el cielo y en el infierno?

—Desde luego —dijo el legionario, muy serio—. Alá sabrá separar los chivos de las ovejas.

Hermanito exhibió una expresión asustada y se inclinó hacia él rascándose nerviosamente la nariz:

—Tú que eres buen compañero, dime qué puedo hacer para entrar en el jardín de Alá.

El legionario sonrió con tristeza.

—Es demasiado difícil. Antes hay que hacer tantas cosas... ¡Alá es tan grande!

—Me importa un bledo, haré lo que sea preciso. Y vosotros, ¿creéis en eso?

Todo el mundo contestó afirmativamente, con la mayor seriedad.

Casi llorando, *Hermanito* se encaró con el legionario.

—Así pues, ¿arderé solo en este maldito infierno? Esto no es justo. Ayúdame, camarada, para que también pueda entrar en la casa de Alá.

—Ante todo, debes perdonar a tus enemigos —dijo el legionario.

—¡Sí, sí! —gritó *Hermanito*, echándose al cuello del otro—. Incluso te perdono todas las perrerías que me has hecho.

—¿Yo? —balbuceó el legionario, sorprendido, tratando de apartarse.

—¡Sí, tú! —contestó *Hermanito*, radiante. Buscó en un bolsillo y entregó a Kalb un paquete de polvos blancos—. Es matarratas. Quería echarlo en tu cerveza el día de la victoria. Porque me pegaste patadas y me rompiste la nariz.

—¡Válgame Dios! —exclamó el legionario atónito.

—Sí, apenas habrías tenido tiempo para ver desfilar los ingleses bajo la puerta de Brandemburgo.

—¿Los ingleses? —repitió Stege, estupefacto.

—¡Desde luego! ¿Quién si no, podría ganar la guerra, imbécil? Pero ahora, amigo mío —prosiguió dirigiéndose al legionario—, no tienes nada que temer. *Hermanito* te ha perdonado.

Kalb inclinó la cabeza con benevolencia:

—Está bien, te perdono. Por lo demás, te queda tan poco tiempo de vida... Pero tendrás que hacer penitencia; empieza por entregarme tu tabaco y tu alcohol para que Alá comprenda que lamentas las fechorías que has hecho.

Hermanito se disponía a protestar, pero el temor al infierno le selló los labios.

—Después —prosiguió Kalb—, deberás manifestar en voz alta las cosas malas que hayas hecho.

—¡Pero si no he hecho nada!

—¡Vamos, vamos! —intervino Porta—. ¿Te das cuenta de que dentro de media hora puedes estar sobre las rodillas del diablo?

Hermanito inclinó la cabeza y dijo con tono suplicante.

—Pero, en fin. ¿Qué quieres hacer?

—¿Yo? Nada. Es Alá —dijo el legionario.

El desdichado sudaba con gruesas gotas:

—Bien, bien. ¡Qué difícil es! Bueno, una vez, de una patada maté a un imbécil, pero hace mucho tiempo.

—¡Caramba! ¿De una patada? Tú, tan tranquilo y reflexivo...

Hermanito se secó la frente con un trapo que servía para limpiar las ametralladoras, y que le llenó la cara de grasa.

—¡Aquel Franz era un granuja! Habría terminado ahorcado. ¡Robaba hasta las ganancias de las putas! —Este recuerdo le entusiasmó—. ¡Sí, precisamente, fue por eso! No hay derecho a robar a una mujer trabajadora. Tenía el deber de intervenir.

Hermanito miró muy satisfecho a su alrededor.

—Mientes —dijo severamente el legionario—. Irás al infierno, donde morirás de sed y te pasarás todo el día haciendo ejercicio con el fusil ametrallador.

Hermanito se humedeció los resecos labios:

—Escucha, de todos modos, fue por su culpa. Me prometió cerveza y luego, en el momento de pagar, me golpeó detrás de la oreja. ¿No es eso legítima defensa? Pero no soy rencoroso y lo he olvidado.

—En resumen, rehusó convertirse en tu esclavo —dijo bruscamente el legionario.

—¡Eh, escucha! ¡Chivo castrado!

El legionario levantó una mano.

—¿Cómo? ¿Me insultas a mí, tu amigo? La penitencia será una botella de vodka, o mejor aún, dos. ¡Continúa!

El gigante tiró del cuello de su guerrera, lo que hizo saltar los botones y tragó saliva penosamente.

—Te repito que si no hubiese muerto, habrían terminado ahorcándole. No es culpa mía que cayera sobre el poste cuando lo lancé por la ventana.

El legionario movió la cabeza:

—¡Esta confesión es muy grave!

Hermanito, nervioso, le miró:

—Te doy mi palabra de honor...

Porta lanzó una risotada.

—¡Imbécil! ¡No hay para reírse! La palabra de honor de *Hermanito* es sagrada y

te aseguro que aquel Franz no era más que un granuja a quien Alá hubiese puesto de patitas en la calle.

El legionario apuntó un dedo acusador hacia el penitente, quien retrocedió aterrado.

—Serás perdonado, pero te costará nueve litros de vodka. Espabílate y no olvides que tu línea de vida es corta.

—Está bien, los tendrás —dijo *Hermanito*, quien miró de reojo a los miembros de la sección, que estaban jugando a los naipes—. Y os advierto, hatajo de basura, que también tendréis que contribuir. ¡Contar con ello!

La brusca aparición del SS y de Krosnika, jadeantes, interrumpió la confesión.

—¡En las trincheras de Iván no queda nadie! Hemos oído el chirrido de los «T-34» en la carretera. ¡Estamos cercados!

Alte les contempló tranquilamente:

—¡Esperabas tal vez que te pidieran permiso para hacerlo!

—¡No soy ningún imbécil! —silbó el SS—. Pero ahora tendremos que marcharnos de prisa si no queremos caer en la trampa.

—Es la segunda vez que hablas de largarte —dijo Alte con desprecio—. Sois muy valientes cuando se trata de gritar ¡*Heil Hitler!*, pero aquí mando yo y sigo las órdenes del idiota de tu jefe, que son, precisamente, de combatir.

—¡Tomo nota de que has llamado idiota al Führer! —vociferó el SS.

—¿Hemos o no hemos recibido la orden de combatir hasta el último cartucho? —preguntó Alte burlonamente—. Tu silencio es una confesión. Así pues, encárgate con *Plutón* del *bazooka*, mientras Krosnika y Heide llevan las municiones. Os ordeno que atacéis los «T-34» y que destruyáis todo lo que podáis antes de ser aplastados.

—¡Pero esto es una locura! —exclamó el SS.

—¿Y esto lo dice un SS? Así pues, ¿opinas lo mismo que nosotros, o sea, que Adolfo está loco al hacer una guerra así? En tal caso, ¿estamos todos de acuerdo para salvar la piel? —Se encaró con *Plutón* y conmigo—: Id con Heide hasta el camino y ved si lo podemos atravesar. Es nuestra única posibilidad de salvación.

Nos señaló con el dedo una mancha verde que aparecía en el mapa y que debía indicar una extensión de bosques y de pantanos.

Nos marchamos blasfemando. Heide arrastraba el *bazooka*, la lluvia resbalaba por nuestros cascos y se nos metía por el cogote; los correajes crujían; nos helábamos en nuestros uniformes empapados, los pies se nos hundían en un barro pegajoso que penetraba en el interior de las botas y convertía cada paso en una tortura.

—¡Cállate de una vez! —dijo Heide a *Plutón*, que blasfemaba en voz alta—. Iván nos localizará!

—Chitón, cerdo. No olvides que tenemos que saldar una cuenta, y si se presenta Iván le explicaremos lo que hiciste.

—¡Cuántas historias por un sencillo error!

—¿A eso le llamas un error? —vociferó *Plutón* con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Iván, Iván! ¡Ven a buscar a este cerdo, el suboficial Heide!

Heide tiró el *bazooka* y echó correr velozmente, perseguido por las injurias de *Plutón*. Recogí el tubo y proseguimos en silencio. Las ramas empapadas de agua nos azotaban el rostro.

De repente, la carretera apareció ante nosotros en medio de un ruido estruendoso.

Columnas rusas desfilaban en orden cerrado, la artillería y los camiones roncaban y chapoteaban en el barro. De vez en cuando, la luz de una linterna horadaba la oscuridad.

—No conseguiremos pasar —cuchicheó *Plutón*—. Larguémonos aprisa, antes que nos descubran.

La decepción de los nuestros fue inmensa. Heide trataba de esconderse, pero *Plutón* le envió a rodar de una patada.

—Te creíamos camino de Berlín —gruñó—. Esta pequeña cobardía, en el Código Militar se llama deserción ante el enemigo. Te lo advierto.

Blanco como una sábana, Heide se acurrucaba cada vez más.

—Ya nos ocuparemos de ti más tarde —dijo Alte—. En marcha. Se trata de cruzar esa carretera antes de que amanezca.

Emprendimos la marcha en columna de a uno. Las espinas nos sujetaban y la lluvia arreciaba. Alte y Stege se adelantaron hasta el borde de la carretera, mientras nosotros permanecíamos agazapados entre la maleza. Stege regresó silenciosamente junto a nosotros.

—Ahí llegan los jefazos en sus automóviles. ¿Preparados, muchachos? Les seguiremos los pasos y nos deslizaremos hacia el otro lado. Esperemos que no descubran la clase de patriotas que somos.

—No saldrá bien —dijo Bauer.

Alte hizo un ademán tranquilizador y la grava crujió bajo nuestras botas en el momento en que salimos a la carretera. A un metro de nosotros, cruzaba una compañía rusa que nos adelantó. No nos atrevíamos a levantar la vista por miedo a que leyese la verdad en nuestros rostros pálidos de miedo. Desvergonzadamente, Porta empezó a silbar una canción de marcha rusa, que las sombras invisibles corearon en la oscuridad. Poco a poco, Alte empezó a desviarse hacia el centro de la carretera, pero una voz aulló:

—¡A la derecha, a la derecha!

Saltamos a la derecha en el momento en que las columnas blindadas llegaban rugiendo. Un vehículo aminoró la marcha y una silueta se asomó para increparnos. Locos de angustia, conteníamos la respiración, pero a Dios gracias, el automóvil aceleró, salpicándonos de barro. Alte volvió a situarse en el lado izquierdo de la

carretera, y poco después nos metíamos en la maleza. Porta se pegaba palmadas en los muslos.

—¡Esta sí que es buena! ¡Hacerse abroncar por un oficial ruso porque no nos manteníamos a la derecha! ¡Si supiese con quien ha hablado, se ensuciaría en los pantalones!

—Ríes demasiado pronto —dijo Bauer—. Aún no hemos salido de esta trampa. ¿A qué distancia crees que está Orcha?

—A sesenta y cinco kilómetros, pero teniendo que atravesar el bosque y los pantanos, equivale a doscientos por carretera.

Al amanecer habíamos llegado a los pantanos, que parecían interminables, y nos dejamos caer agotados en el barro, indiferentes a la furiosa disputa que estallaba entre *Plutón* y el SS.

—¡Cerdo de nazi! —gritaba *Plutón*—. ¡Límpiame las botas o te estrangulo!

El SS se lanzó sobre *Plutón* y, de una dentellada, abrió la cicatriz que el corpulento estibador tenía en el lugar de su oreja amputada. *Hermanito* derribó al SS con unas ráfagas de su metralleta y el hombre rodó sobre el barro con la cabeza ensangrentada. Cuando llegó la orden de marcha, alguien preguntó qué había que hacer con el SS inanimado.

—¡Déjale que se pudra! —contestó Porta.

Entramos en el pantano. Avanzamos durante todo el día, a veces con el agua hasta los hombros. Un recluta de dieciocho años que quería saltar de islote en islote falló el salto y, con un grito penetrante, desapareció en la arena movediza. Unas burbujas surgieron a la superficie en el sitio donde el soldado había desaparecido. A última hora de la tarde— encontramos terreno casi firme bajo nuestros pies, pero Porta tropezó con un obstáculo y el lanzallamas salió disparado y desapareció bajo el agua, acompañado por una andanada de blasfemias. Alte dio la orden de descanso. Muertos de fatiga, caímos en un sueño casi letárgico, mientras los retrasados de la sección, sin aliento y cojeando, se nos reunían poco a poco.

Llevábamos allí unas dos horas cuando Porta se levantó de un salto y cogió su fusil ametrallador. Dos siluetas aparecieron entre los árboles y, con gran sorpresa por nuestra parte, reconocimos al SS y a Krosnika. Todo el mundo volvió a tenderse, pero la voz de Stege resonó amenazadora en la oscuridad.

—¿No eras tú quien llevaba el lanzagranadas?

Krosnika respiraba con esfuerzo.

—¿Has oído? —gruñó *Plutón*—. ¿Qué has hecho con el lanzagranadas?

—¿A ti qué te importa? —intervino el *feldwebel* de Torgau—. No eres el jefe de sección.

—¡Cállate, *Plutón*! —gritó Alte secamente—. No toleraré ninguna pelea más. En cuanto a ti, Krosnika, no vuelvas por aquí si no es con el lanzagranadas.

Silenciosamente, Krosnika se levantó y el ruido de sus pasos se perdió en la noche.

—No lo veremos más —cuchicheó Bauer.

Nadie contestó.

Tres horas más tarde, Alte se levantó y dio la orden de marcha. Las botas crujían, el cuero despellejaba la piel. Nos libramos de los cascos, después de las máscaras de gas y poco más tarde de los estuches. La cima de la colina nos descubrió la inmensa extensión verde. ¡El bosque! ¡Siempre el bosque, un verdadero océano de vegetación! Otra pausa de media hora, y en marcha. A golpes de pala y de hacha nos abríamos camino por entre la maleza inextricable. Ya hacía tiempo que habíamos devorado los escasos suministros que nos habíamos llevado. Atenazados por el hambre, muertos de sed, agriados, violentas disputas se suscitaban por una nadería. Sólo Alte conservaba la calma. De vez en cuando, consultaba el mapa y la brújula. Porta mató una zorra y una liebre, que fueron devoradas crudas porque encender fuego nos hubiese traicionado. Frotaban la zorra con ajo para atenuar el horrible olor. Hecho lo cual, ni las hormigas hubiesen limpiado sus huesos mejor que nosotros. Reprendimos a los rezagados para obligarles a seguir adelante, y después emprendimos la marcha sin volver la cabeza hacia los camaradas sollozantes, que yacían agotados implorando unos momentos más de paciencia. Algunos de ellos comparecieron en el descanso siguiente, junto a un pozo, donde el *feldwebel* de Torgau sufrió un ataque de locura. De repente, se lanzó sobre Porta y le señaló la mejilla con un largo arañazo. *Hermanito* aturdió al hombre y Alte detuvo a Porta, quien tenía ya su cuchillo en la mano.

—Déjale. Y sigamos.

Plutón cogió las armas del hombre desvanecido y la sección desapareció entre la maleza, donde, cada quinientos metros, Stege hacía una señal en algún árbol, para que sirviese de orientación a los camaradas que se habían rezagado.

Al cuarto día llegamos por fin a un camino donde se distinguían huellas de ruedas y de caballos. Inmediatamente se despertó nuestro instinto guerrero: de hombres de los bosques, pasamos a ser asesinos, asesinos del siglo XX.

Sin ruido, agachados entre la hierba y desplegados a lo largo del camino, llegamos a un curso de agua. A poca distancia de nosotros, recostados en un árbol, estaban los rusos, dos hombrecillos morenos, armados con fusiles ametralladores. El viento nos trajo un ligero olor a *machorka*. Empezamos a avanzar a rastras. Porta sonrió a *Plutón*, quien se instaló en una elevación y apartó la hierba para disponer de un campo de tiro mejor. Un rayo de luz iluminó a los hombres; uno de ellos se echó hacia atrás la gorra, adornada con una cruz verde. De su muñeca colgaba un *naganka*. La cruz verde, el *naganka*... ¡Para nosotros fue una iluminación! ¡N.K.V.D., guardianes de prisioneros! Un redoble breve rompe el silencio y se apaga

rápidamente en el espesor del bosque. Los dos hombres morenos de la cruz verde se doblan sobre sí mismos y caen al suelo con una espuma sanguinolenta en los labios. El acero tintinea contra el acero, mientras volvemos a cargar nuestros fusiles ametralladores. Después vuelve a reinar el silencio del bosque. Porta silba como un pájaro, un largo silbido de llamada. Unos pájaros contestan, vacilantes; los habitantes del bosque necesitan cierto tiempo para rehacerse.

Con el corazón palpitante, esperamos a los que el tiroteo ha debido poner sobre aviso. Alte manda que la sección se despliegue de modo que cubra una gran porción de terreno; después, el legionario, armado con un *bazooka*, se adelanta a rastras, junto con Heide, hacia una zona de espesa vegetación.

—*Job twoi matf*—murmuran unas voces en el bosque.

Distinguimos ya la parte superior de los cuerpos que surgen de la maleza; avanzan sin ruido, al mando de un teniente. ¡Una exclamación! Han encontrado a sus camaradas.

—*Mjortyvj* —dice uno.

Todos miran a su alrededor.

—*Ubjivat* —añade otro.

Alte, que había levantado la mano, la baja de golpe. Nos agazapamos como fieras. Resuena un prolongado y espantoso grito de venganza.

—*Aldáaaaa Elllll Akaaaaaaaaaa!*

Un cuchillo brilló, silbó en el aire y se clavó en el pecho del teniente. Saltamos y desgarramos la carne palpitante, matamos como locos. Después nos lanzamos al arroyo y con el rostro sumergido en el agua, bebemos glotonamente para apagar el fuego que nos devora.

Heide y otros dos recogían las cartillas militares de los rusos muertos. Un herido trató de fingirse muerto, pero un bayonetazo en el muslo le levantó rápidamente. Explicó con voz entrecortada que se trataba de una columna de prisioneros que se encontraban bajo la guardia de doce hombres, más adentrados en el bosque. Porta ató un pedazo de alambre alrededor del cuello del ruso y le hizo comprender que sería estrangulado a la menor sospecha de engaño. Pero poco después descubría, efectivamente, el puesto avanzado. Tres hombres vigilaban encaramados en un árbol, y cayeron rodando como manzanas bajo el fuego de *Plutón*. Colocamos las ametralladoras en batería, mientras el primer grupo avanzaba hacia el sitio que el ruso había indicado.

Porta, que iba un poco más adelantado, gritó de repente:

—*Stoj kto kidatj gjaerp!*

Hizo ademán de que avanzáramos, y en el claro del bosque vimos a diez hombres en uniforme pardo, con los brazos levantados. Stege y yo permanecemos detrás, con el fusil ametrallador dispuesto, para cubrir a nuestros camaradas.

—¿Dónde están los prisioneros? —preguntó Porta, acercando su cuchillo a la cara de un corpulento suboficial.

Éste contestó en un idioma incomprensible, que uno de sus compañeros tradujo.

—Los prisioneros están detrás de los vehículos, en el bosque.

Hermanito y el legionario se deslizaron entre los árboles y poco después volvieron en compañía de una decena de alemanes y de varios soldados rusos, hombres y mujeres. Alte había ordenado que registraran a los prisioneros. Visiblemente nervioso, parecía esperar algo, tal vez una inspiración que no llegó. Entonces se encogió de hombros e hizo una señal a Porta.

—Ya sabes lo que hay que hacer. No podemos llevárnoslos ni tampoco dejarlos aquí, porque en seguida tendríamos a un batallón pisándonos los talones.

Porta se echó a reír.

—¡Los N.K.V.D. y los SS son individuos que me cargo con placer!

Llamó a Bauer y a *Hermanito*.

—Llevémoslos al bosque.

Un soldado que formaba parte del grupo de rescatados se adelantó:

—Dadme un fusil, quiero matar a estos monstruos. Anoche asesinaron a 105 hombres de nuestra compañía y clavaron un cartucho vacío en la frente de nuestro jefe de sección, el teniente Hube. Al principio había también muchos paisanos rusos, pero los han ido matando por el camino.

Plutón le tiró una metralleta rusa.

El soldado desapareció con los otros entre los árboles. Se escucharon unas ráfagas que el eco repitió, unos gritos, y después volvió a reinar el silencio. Porta regresó contoneándose en el uniforme del teniente ruso muerto.

—Es mi única oportunidad de pasar por oficial en esa guerra. ¡Moveos, crápulas, aquí está el camarada en jefe Josephski Portaska!

—¡Déjate de bromas! —gruñó Alte.

Hermanito se contentó con una gorra con la cruz verde y con un *naganka* en cada mano, con los que trató de ejecutar una danza cosaca. Pero tropezó con las largas correas y cayó de cabeza en el agua. Reemprendimos la marcha. Un kilómetro más lejos descubrimos los cuerpos de ciento cincuenta hombres que los N.K.V.D. habían matado de un balazo en la nuca y nuestras miradas se fijaron en aquellos cadáveres retorcidos sobre los, que pululaban ya las hormigas y las moscas.

La marcha prosiguió, pero, un poco más lejos, una mujer se dejó caer en tierra sollozando, incapaz de andar más. Mostraba sus botas de fieltro agujereadas por las que asomaban los pies ensangrentados. Le contestó un encogimiento de hombros. Sus gritos de animal acosado nos llegaron durante algún tiempo; después el bosque los ahogó, las sombras se alargaron, la noche envolvió a los vivos, a los muertos y a los abandonados; por ejemplo, a ese que avanza tropezando, rezando, gimiendo, con el

cráneo fracturado, y que llama a sus camaradas tragados por el bosque, o ese otro, que sigue buscando el lanzagranadas, llorando sin cesar, o ese cabo de la N.K.V.D., que, moribundo, cogió un pedazo de musgo y lo regó con sus lágrimas, mientras llamaba a una madre lejana, en las montañas de Georgia, o esa muchacha ucraniana que, medio loca, da vueltas en las tinieblas; la noche envolvió también a los veintiocho soldados alemanes y a los catorce supervivientes rusos que avanzaban blasfemando por entre los negros matorrales.

Al amanecer habíamos alcanzado las nuevas primeras líneas, pero tuvimos que pasar todo el día escondidos en la espesura del bosque, Muertos de fatiga, dormíamos sin soltar las armas y con el cuerpo dolorido. Porta se había sacado las botas y contemplaba pensativamente sus pies ensangrentados, de los que cortaba grandes jirones de piel bajo la mirada interesada de *Hermanito*. El legionario, tendido de espaldas y con las manos bajo la nuca, dormía profundamente. Stege y el SS, ocultos en un árbol, vigilaban. Al caer la noche reemprendimos la marcha, abandonando a otros seres agotados. Porta abría la marcha por el estrecho sendero. El largo capote ruso envolvía su cuerpo huesudo y el gorro de piel había sustituido al sombrero de copa. A su altura, flanqueándolo, trotaban el legionario y *Plutón*.

De repente, una tos ronca nos inmovilizó. Porta, rápido como el rayo, empujó a Stege ante sí y gritó:

—*Idisa dar?*

Un ruso gigantesco surgió de la oscuridad y le impuso silencio con tono furioso. Pero el hombre se apaciguó al oír que Porta murmuraba en ruso:

—He capturado a un alemán.

El centinela consideró que más valía matar inmediatamente al prisionero y, cogiendo su revólver, obligó a Stege a arrodillarse y trató de hacerle agachar la cabeza. Pero en el mismo instante se oyó un ronco gorgoteo; el centinela soltó el revólver y cayó de espaldas. *Plutón* apartó al hombre estrangulado y recuperó su alambre de acero. Stege estaba más muerto que vivo.

—¡No vuelvas a las andadas, animal! —le dijo a Porta, encantado.

Las primeras líneas estaban cercadas y se percibía el nerviosismo del frente. Las balas trazadoras ascendían por el aire, las ametralladoras disparaban por todas partes; sobre nuestras cabezas unos bombarderos pasaron rugiendo en dirección Oeste; los rastros luminosos de las balas subían hacia ellos y se perdían a lo lejos.

Porta levantó una mano: ante nosotros estaban las trincheras rusas y veíamos claramente las fortificaciones avanzadas. Una silueta apareció y desapareció.

Una orden murmurada de boca a oreja: tensamos los músculos y saltamos por encima del parapeto. Caemos, nos levantamos, resbalamos, volvemos a caer. Una ametralladora dispara, resuenan detonaciones, varias granadas estallan; nos aplastamos contra el suelo mientras una metralleta dispara largas ráfagas por encima

de nuestras cabezas. Una de las mujeres rusas se pone a chillar, y antes de que nadie se lo pueda impedir, trepa sobre el parapeto, pero, cosida a balazos, se dobla sobre sí misma y cae hacia atrás con un gemido inarticulado. Alte sofoca una blasfemia.

—¡Ya está! Nos han localizado. ¡Menuda nos espera!

Apenas había terminado de hablar cuando los lanzagranadas y la artillería alemana empezaron a disparar. Después intervinieron los rusos. Uno de los suboficiales que habíamos liberado quedó con el rostro destrozado, tres soldados fueron muertos y cuatro trataron de huir. Al amanecer se calmó el fuego, pero ya no era posible moverse y hubo que esperar la noche siguiente. Los heridos gemían en voz alta. *Hermanito* contemplaba los muertos. Señaló al hombre del rostro destrozado.

—¡Cuántas cosas hay en una cara cuando la abren! ¿Qué es eso gris?

—El cerebro —dijo Stege—. Si escapara de ésta no quedaría muy atractivo. Fíjate, uno de los ojos le cuelga por encima de la boca, es horrible. ¿Por qué miras esto, puerco?

—Tú, Stege, deja tranquilo a *Hermanito* —dijo Porta—. Siempre os estáis metiendo con él.

—Es verdad —dijo el gigante, conmovido—, siempre os estáis metiendo conmigo.

El legionario le palmoteo un hombro.

—No llores, pequeño, si no quieres que yo también me ponga a berrear.

Un *oberfeldwebel* que había formado parte del grupo de prisioneros exclamó nervioso:

—¿No podríais dejaros de esas bromas idiotas? ¿Os tenéis por muy listos?

Porta se irguió.

—¡No hables con este tono, por favor! No olvides que aquí no eres más que un invitado; y si no te gusta, puedes largarte. Sin nosotros, a estas horas no gallearías tanto.

—¿Desde cuándo un soldado habla así a un superior? Ya verás cuando lleguemos.

—¡Válgame Dios! —exclamó Bauer—. ¡Esto me suena a amenaza!

—Aquí quien manda soy yo —dijo la voz de Alte—. Cuarenta metros para llegar a Iván, y setenta, a nuestras trincheras, y el terreno está acribillado por las balas. ¿Quieres probar?

El suboficial miró a Alte y guardó silencio. Dos horas después de caer la noche, el legionario se arrastró hacia las posiciones alemanas para evitar que los nuestros nos mataran. Transcurrieron otras tres horas. Y después, una doble estrella verde ascendió por el aire, señal de que nos esperaban. Uno tras otro, con Porta en último lugar, saltamos por fin a las trincheras alemanas. El *oberfeldwebel* no estaba y nadie sabía lo que había sido de él.

Nos acometió un delirio de grandezas. Todos tuvimos derecho a satisfacer nuestros deseos más inverosímiles en cuanto a mentís.

Tiramos cigarrillos a medio fumar, lo que, según declaró Hermanito con impudicia, era una costumbre en él.

Alte reclamó una servilleta al terminar de comer, y el legionario un almohadón para sentarse.

Y como colmo de nuestra efímera elegancia, Plutón exigió que no le tuteáramos.

¿QUÉ MENÚ DESEA?

Aquel día, nuestras posiciones estaban en el bosque. ¡Delicioso bosque, tan tranquilo! Algunas granadas estallaban cada cinco minutos, pero a bastante distancia, y un agradable sol de primavera nos calentaba hasta la médula.

Plutón, con el torso desnudo, encaramado en un árbol, remendaba sus calcetines mientras nosotros charlábamos apaciblemente. Intendencia había doblado nuestras raciones, incluida la de tabaco, y nos había suministrado un paquete de diez cigarrillos por barba.

—Es lo que se fuma en Berlín —gritó *Porta*, muy contento—. Eso me recuerda aquella buena Friedrichstrasse, y sus mujeres de diez marcos.

—¡No me hables de mujeres —dijo *Hermanito*—. Menuda falta nos hacen. Imagina que recibamos un pildorazo antes de haber podido ir a un burdel. Enséñame tu línea de vida, viejo —pidió a *Plutón*—. Es más corta que la mía. Me tranquilizo. Mientras estés aquí, todo va bien.

El cocinero se nos acercó jadeante y nos preguntó solemnemente qué queríamos que nos hiciera para cenar el día siguiente.

—¿Dices «qué queremos»? —replicó *Porta* con incredulidad.

—Sí, decid lo que queréis, y se os dará.

—Bueno, pues un pato con todo el acompañamiento: ciruelas, vino tinto y lo demás —reclamó *Porta* soltando una sonora ventosidad.

El cocinero escribía aplicadamente: asado con guarnición. Nos quedamos boquiabiertos. Y *Stegé* alargó el cuello con circunspección.

—Para mí será carne asada con mostaza.

—Muy bien —dijo tranquilamente el gordo cocinero.

—¡Caramba! O te has vuelto loco, o has robado un castillo entero —dijo *Alte*.

El cocinero le lanzó una mirada de reproche.

—Vamos, olvidaré este insulto. ¿Qué quieres para llenarte el buche?

—Un lechón asado, entero, con patatas —dijo Alte triunfalmente, convencido de que el cocinero perdería la calma.

Pero éste siguió escribiendo calmosamente con perfecta indiferencia.

—¿Y dices que lo tendré? —dijo Alte, levantándose de un enorme cartucho que le servía de asiento.

—¿Quieres algo más?

Alte, asombrado, movió la cabeza con expresión completamente atónita.

Plutón se cayó de su asiento y se quedó contemplando fijamente al cocinero.

—¡Dos perdices! ¡Servidas regiamente!

—De acuerdo —fue la respuesta.

—No es posible —cuchicheó a *Hermanito*—. Nunca nos ha ocurrido una cosa así. ¿Tal vez será que mañana nos quieren fusilar?

—¡Cállate, y dime lo que quieres comer! —interrumpió el cocinero.

—Hígado de cerdo con puré de patatas y leche caliente con yemas de huevo... Dicen que es estupendo. Será la única vez en mi vida que podré probarlo.

—Para mí, pollo con judías tiernas y patatas fritas —dijo en francés el legionario.

—No sé lo que es eso. ¿Cómo se dice en alemán?

El legionario le alargó un papel donde había traducido su deseo.

—Busca en un diccionario, pero prepárate si no me lo tienes a punto.

—Sopa de cola de buey con diez puerros en mantequilla y tallarines. Y quince huevos al plato con cebolla asada —solicitó Bauer, muy orondo.

—Desde luego, hijo mío —dijo el cocinero—. Y, además, tus cebollas estarán bien asadas.

Cuando hubo anotado todos los encargos, el cocinero cerró su libreta y se la guardó bajo la gorra.

—Tendréis todo esto, cretinos, es una orden de Von Barring. Parece que el batallón ha echado mano a un almacén de primera. Que el capitán lo desperdicie, tanto me da, con tal de que no metáis los pies en mi cantina.

—¿Y tú? ¿Qué comerás tú? —preguntó Porta.

—Pies de cerdo con *choucroute*, puré de legumbres con tordos de jengibre, pichón y pollo asado. Si aún me queda hambre, me zamparé un pudding.

Silenciosos, le seguimos con la mirada hasta que desapareció en la trinchera. *Plutón* volvió a encaramarse en el árbol para dedicarse a sus calcetines, y Alte se volvió hacia Peters, quien, según su costumbre, se mantenía apartado.

—En el fondo —dijo—, ¿qué has hecho para venir a parar al 27.º? Expílicate un poco.

Peters miró un momento a Alte, vació su pipa y volvió a llenarla con ademanes

lentos y reflexivos.

—¿Quieres saber por qué estoy aquí? —Nuestros rostros parecieron alentarlo—. Al fin y al cabo, tienes derecho. ¿Has oído hablar de Schernberg, cerca de Salzburgo? ¿No? Bueno, pues en 1933 la familia de mi mujer ocupaba allí una posición muy importante, teniendo en cuenta que mi suegro era jefe del partido nazi local. Yo no era bien mirado. Me hicieron comprender, ante testigos, que lo mejor que podía hacer era marcharme; pero todavía era un inocente y rehusé. Por segunda vez recibí el mismo consejo, junto con una ligera amenaza; yo, imbécil de mí, seguí sin hacer caso. Permanecieron tranquilos durante dos años. Luego, una mañana, llegó la última advertencia, y por la noche se presentó la policía; ocho semanas en un calabozo. Después me hicieron comparecer ante un secretario en jefe, correcto, muy correcto: corbata, sombrero, zapatos, bien afeitado, peinado meticulosamente. Cada palabra que dije fue taquigrafiada por una mujer que se burlaba de mí. Cuando el secretario en jefe les preguntó su opinión sobre mi destino, se remangó las faldas, se rascó un muslo y dijo:

—Habría que eliminar esa barba.

Cuando regresé al calabozo, seguía sin saber lo que me reprochaban. El SS que me seguía habló con sus colegas sobre lo que debían hacerme. Entonces, en lugar de callarme, proclamé mi inocencia, pero ellos me pegaron al tiempo que reían. Me despertaban tres o cuatro veces por noche a puntapiés y a bofetadas, y me hacían saltar con otros detenidos a lo largo del pasillo. Obligaron a un viejo de setenta años a sostenerse sobre las manos, y cuando no lo consiguió le golpearon en la entrepierna con una cachiporra.

—¿Y cuánto tiempo duraba eso? —preguntó Stege.

—No mucho. Cada golpe era seco y preciso, exactamente en el mismo sitio. Tres golpes, y el viejo perdió el sentido. Pero es fácil hacer que un hombre vuelva en sí cuatro o incluso seis veces con ayuda de ácido sulfúrico y otros refinamientos. Una noche, y a las dos de la madrugada, me llevaron a interrogar. Mi mujer fue el primer testigo. Me señaló con el dedo y gritó: «¡Llevaos a este monstruo que abusa de las criaturas!» Me escupió en el rostro. Tuvieron que sujetarla para impedir que se lanzara sobre mí. Como ya os podéis suponer, yo estaba sin habla. Mi suegro me miró a los ojos y me dijo por fin lo que yo quería saber: «¡Desgraciado! ¿Cómo has podido violar a tu propia hija? ¡Rogaremos por tu alma!» Ya os podéis imaginar el resto de los testimonios; poco a poco acabé por saberlo todo: me acusaban de relaciones sexuales con mi hijita de doce años, que tres meses antes había muerto de difteria. Ya sabéis el resto: otros cuatro días de calabozo y confesé todo lo que quisieron. El juicio duró diez minutos: tenían prisa. Aquella mañana hubo siete condenas a muerte. A mí me dieron cinco años. «¡Esto no es nada!», dijo un criminal, al que le habían tocado veinte. ¿Alguno de vosotros conoce Moabitt? ¿No? El guardián Boye se

mostraba verdaderamente genial para mantenernos en forma. Nos hacía morir de miedo cuando llegaba con sus zapatos de suela de goma y abría como un rayo la gruesa puerta. Se veía una hilera de botones brillante, en el uniforme azul oscuro y desdichado del que no daba la novedad al instante. Le encantaba pisotearnos los dedos de los pies. Por desdicha para mí, un día encontró una mina de lápiz en el suelo, bajo mi ventanillo, donde la había tirado después de haber escrito una carta que, por fortuna, se le escapó. Esta historia me costó veinte latigazos. Y sin embargo, Moabitt me pareció un sanatorio en comparación con Schernberg.

Se detuvo, encendió la pipa y se encogió de hombros.

—Es inútil entrar en detalles. Vosotros conocéis Torgau, Lengries, Dachau, Gros Rosen y los otros campos. En Schernberg nos ataron a los radiadores de modo que nos quemáramos a medias, primero la espalda y después el vientre. Por añadidura, tres tandas de cinco latigazos en el trasero. A menudo escuchábamos el ruido del hacha, y cuando la cuerda de un condenado se rompía, obligaban a otro prisionero a ejecutarlo de un mazazo en la frente, como hace el matarife con el ganado. Había también un guardián que ejecutaba con una Teja tizona de caballería, pero esto fue prohibido por el comandante. Sin embargo, ese mismo comandante hizo que sumergieran a un traidor a la patria en un baño de ácido sulfúrico, del que sólo emergía la cabeza.

Porta miró al SS.

—¿Qué opinas de eso, amigo?

—Monstruos —tartamudeó el SS—. Habría que partirles los huesos. Os creo, y juro que odio a Hitler y a su banda; enseñadme a uno y os traeré su cabeza.

Porta se echó a reír:

—Lo pensaré. Te cojo la palabra, amigo; vendrás de caza con Joseph Porta. Cuando te dé la señal, presta atención.

—Un día me condujeron a la enfermería —prosiguió Peters—. El médico me esterilizó: mi caso estaba incluido en el artículo 175. Varios meses más tarde estaba aquí, con vosotros, y puedo decir que me siento como en mi casa, porque por primera vez estoy tranquilo. Por nada del mundo querría volver a ver mi casa. —Las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Si algún día me falta valor, no me lo reprochéis, no es a la muerte a quien temo, sino sólo a una cosa: la cárcel en Alemania o con esos de ahí enfrente.

—No te preocupes —decidió Porta—. Regresarás con nosotros y haremos la revolución.

—Sí —dijo Alte—, habrá ajustes de cuentas, pero lo lamentable es que no nos creerán. ¿Quién creerá la verdad sobre la hermosa Wehrmacht o los «establecimientos de detención e investigación»? Dirán que exageráis, que es imposible. ¿Os pegaban tal vez? Al fin y al cabo, no hay para morirse. Y vengarse de una paliza resulta

desproporcionado.

—Así, pues, ¿crees que no habrá manera de vengarse? —preguntó Porta.

—Seguramente no.

—Entonces, ya sé lo que he de hacer —dijo Porta, riendo—. Desde hoy me cargaré a cualquiera que sea miembro del partido o de las SS.

Cogió su fusil y maniobró el cerrojo con ruido amenazador.

—Tonterías —dijo Alte—. No hagas el idiota y permanece tranquilo, si no quieres volver a Torgau.

—¡Cobarde! —dijo Porta risueño.

Sentados en el parapeto de la trinchera, conversábamos con la espalda vuelta a los rusos, a quienes veíamos pasearse por su sector, igualmente preocupados. No se oía ni un disparo. Y sólo algunos obuses estallaban a lo lejos, sin ningún peligro para nosotros. Porta balanceaba las piernas y tocaba la flauta, en tanto que el gato ronroneaba sobre sus rodillas. *Hermanito* gritó a *Plutón*, que seguía encaramado en el árbol.

—¡Si ves que se acerca algo, avísanos, para que podamos escondernos!

—¡Prometido! —gritó *Plutón* con voz tan estruendosa que los rusos nos miraron sorprendidos.

Cuando vieron que todo seguía tranquilo, nos hicieron señales, riendo, y uno de ellos gritó a *Plutón*:

—¡Cuidado con las corrientes de aire de ahí arriba! Y señalaba la humareda producida por la explosión de un proyectil.

—Gracias por el aviso —gritó *Plutón*—. Tendré cuidado.

—¿Tenéis vodka? —preguntó el ruso.

—No —contestó *Plutón*.

—¡Hace una semana que no lo vemos! ¡Qué porquería de guerra, ni siquiera hay vodka! ¿Está bien vuestro refugio? Nosotros hasta tenemos una estufa.

—Nosotros también estamos bien —replicó *Plutón* haciendo bocina con las manos—. Lo que nos falta son las mujeres. ¿Y a vosotros?

—¡Lo mismo! ¡Nada desde hace cinco meses!

Nos saludaron y desaparecieron. *Plutón* se volvió hacia nosotros.

—¿Sabéis que el que escribió la canción *Es tan hermoso ser soldado* se ha suicidado?

—¡Caramba! ¿Por qué? —preguntó Porta.

—Porque cuando conoció la vida de soldado se consideró tan imbécil por haber escrito aquello, que le entró un humor de perros y se ahorcó con unos tirantes viejos ante la puerta del coronel.

En el mismo instante un obús estalló muy cerca. Nos dejamos caer en la trinchera entre el silbido de las esquirlas, que rebotaban sobre el parapeto. Algo me golpeó en

la espalda. Toqué con la mano y un líquido viscoso me empapó los dedos: ¡sangre! Me enderecé, estupefacto. De repente mi boca se abrió y un frío helado corrió por mis venas. Ante mí, la cabeza de *Plutón*, separada de su cuerpo, me miraba con ojos vidriosos. Una especie de sonrisa dejaba al descubierto sus dientes, pingajos de carne colgaban de su cuello desgarrado, que sangraba sobre la tierra seca.

Por un momento permanecí como fulminado por un rayo. Después lancé un aullido y salté hacia el parapeto. Si Alte no llega a sujetarme, habría muerto en el acto.

Enterramos a *Plutón* en el bosque, bajo un abeto. Porta trazó una cruz en la corteza del árbol y grabó el nombre de nuestro amigo.

—¡Otro de los veteranos del 39! —suspiró Alte—. ¡Qué pocos vamos quedando ya!

Hermanito quedó muy afectado.

—La próxima vez me tocará a mí —gimió—. Su línea de la vida era apenas más corta que la mía.

Nadie le contestó. Stege hizo inventario de la fortuna de *Plutón*: un viejo monedero que contenía marcos y rublos; una fotografía de aficionado, muy borrosa, en la que se distinguía a una joven apoyada en una bicicleta; un cortaplumas, tres llaves, un anillo artísticamente tallado en un hueso y dos sellos azules, más una carta inacabada a una muchacha de Hamburgo: era todo cuanto poseía en la tierra el soldado de primera clase Gustav Eicken.

Perdíamos a un excelente camarada. Nunca iríamos con él, como habíamos convenido, a sentarnos en los márgenes del Elba, a escupir en el agua para producir círculos. Permanecimos mucho rato sin proferir ni una palabra.

«Lamento informarle que su hijo ha caído en el campo del honor. Fiel a su bandera, ha caído como un valiente durante el combate por Adolfo Hitler y el gran Reich alemán.

¡Heil Hitler! El Führer le transmite su pésame y le da las gracias por su sacrificio. Dios le recompensará.»

Millares de ejemplares de esta carta fueron enviados para un solo regimiento.

UN NACIMIENTO

El regimiento acababa de recibir nuevos tanques «Tigre». Porta, encantado, correteaba a su alrededor. *Hermanito* llenaba de gasolina los depósitos y el legionario apretaba tiernamente sobre su corazón una pesada granada «S». El gran cañón del 88 fue probado más de veinte veces, las dos ametralladoras revisadas, y comprobada la óptica.

Cuando Porta puso el motor en marcha, la tierra se estremeció. La orden de salida llegó en una noche oscura; las pesadas cadenas de acero resonaban por el bosque y las marismas, y las pequeñas chozas temblaban sobre sus cimientos al paso de aquellos pesados carros de combate.

—¿Qué hemos de hacer? —gritó Porta desde lo alto de su asiento—. Nos dan la orden de marcha sin decirnos por qué. Me gustaría saber lo que ocurre.

—Te pones en marcha porque es la guerra, eso es todo —interrumpió *Hermanito*—. Cuando veas rusos avísame para que dispare proyectiles a los morros de Iván.

—¡Calla, calla, cabeza de chorlito! Ni siquiera sabes lo que es la guerra.

Durante un alto al norte de Orlovsk, los comandantes reunieron a los jefes de Compañía y les asignaron sus respectivas misiones. En la sombra se distinguían las siluetas de los granaderos y fusileros, y después alguien hizo observar la desacostumbrada presencia de numerosos zapadores con lanzallamas. ¿Qué ocurriría? Nos inclinamos para ver mejor a varios hombrecillos, pesadamente cargados, que llevaban a la espalda los grandes depósitos de los lanzallamas. Silenciosos, introvertidos, sólo contestaban con monosílabos a las preguntas que les hacíamos sobre su atroz especialidad. *Hermanito* preguntó a uno de ellos si el trabajo era difícil:

—¡No, nos encanta, imbécil! —contestó el otro. Después, le tiró uno de los depósitos. —¡Trata de correr con esto a la espalda cuando Iván te dispara con una

ametralladora! ¡Ya verás lo que es!

Hermanito le miró malévolamente.

—¡Dispénsame por la pregunta, infeliz!

—¿Cómo? —gritó el *feldwebel*—. ¿Quieres que te dé un guantazo?

Hermanito se pegó palmadas en los muslos:

—¡Madre de Dios! ¡Entre estos negritos hay un feto con delirios de grandeza!

Con la rapidez de un rayo, el puño del *feldwebel* golpeó la barbilla de *Hermanito*. Éste ni pestañeó; un segundo puñetazo le alcanzó en el vientre, sin mayor éxito, un tercero a la cintura, pero el gigante había cogido ya al hombre y lo mantenía suspendido en el aire.

—A ver si somos buenos, ¿eh? Si no, recibirás una azotaina.

Soltó al soldado, que rodó por el suelo, y sin una mirada se encaramó en la torreta del tanque. Después, inició con Porta y el legionario una larga discusión sobre los atributos que hacían especialmente atractiva a una mujer.

—¡Os digo que ha de tener una retaguardia como la trasera de un auto blindado!

Esta afirmación fue acogida con una risa sofocada.

—¡Blindados enemigos! —anunció la radio.

Aquel aviso nos hizo saltar. Zafarrancho de combate, todo el 27.º va a atacar. La lámpara roja con la F negra encendida indica que todo está a punto. En los mandos, Porta silba con los ojos pegados a las mirillas. El legionario comprueba la radio y cruza bromas con Stege, que conduce un carro del segundo grupo. En cuanto a mí, observo las innumerables cifras del aparato óptico que empezará a funcionar así que la presa esté a tiro.

Desde una elevación descubrimos un panorama inmenso. Los caminos están llenos de vehículos rusos, de artillería, y, a un lado, a cinco o seis kilómetros de distancia, distinguimos unos «T-34». Luego, hacia mediodía, divisamos, a unos mil metros, un grupo de blindados formados como para el ejercicio. Con los gemelos se distinguen a las tripulaciones que fuman y charlan tranquilamente. Sus tanques están pintados de blanco, como los nuestros, con números negros en la torreta. Breves preguntas se cruzan por radio, y oímos que Von Barring le pregunta a Hinka:

—¿Qué tanques hay frente a nosotros?

Un largo silencio. Y después, la respuesta:

—No estoy seguro... Avanzad lentamente, hay que identificarlos. Tal vez sean los tanques del 17.º blindado que debían cubrir nuestro flanco izquierdo.

Se abren las escotillas, asomamos con precaución la cabeza, innumerables prismáticos se enfocan sobre aquella agrupación de tanques.

—¡No cabe duda! —murmura el legionario—. ¿No reconocéis esos largos cañones? ¡Son «Panteras»!

—Tal vez tengas razón —contestó Alte—. Pero, ¿por qué diablos construir

«Panteras», que se parecen tanto a los «T-34»?

—Si nos acercamos más y después resulta que es Iván —dijo Porta—, ¡menuda nos espera!

Hermanito, asomado hasta la cintura, exclamó:

—¡No hay nada que temer, muchacho, no es Ivan! ¡Son las ruedas de los «Panteras»! Se están riendo de nosotros al vernos tan cobardicas.

¡Habíamos llegado a seiscientos metros, vacilábamos aún! Nuestros nervios estaban tensos por completo, sentía que mis piernas temblaban y que el sudor me resbalaba por la frente. A cada segundo, ochenta bocas de fuego podían disparar contra nosotros. Avanzábamos con tanta prudencia que incluso nuestros blindados parecían sudar también.

De repente, vimos agitarse a las tripulaciones y encaramarse a los hombres a sus vehículos; cuatro de éstos se precipitaron hacia nosotros, mientras nuestra radio vociferaba:

—¡Los rusos! ¡Fuego!

Antes de que hubiésemos podido disparar un solo cañonazo, las piezas rusas retumbaron ya. Pero diez segundos después, los cuatro blindados enemigos que se habían adelantado quedaban materialmente pulverizados. Las ocho Compañías del 27.º habían lanzado una andanada, y a aquella corta distancia nuestros «75» eran unas armas mortales para los «T-34». Los hombres que emergían de los restos ardientes eran segados por nuestras ametralladoras o aplastados por nuestras cadenas. Varios tanques, aproximadamente una docena que trataban de huir, fueron aniquilados por las baterías del 105, una Compañía de refuerzo trató de socorrerlos, pero, perseguidos por los nuestros, los tanques rusos se metieron en una depresión del terreno y fueron cogidos como en un cepo. ¡Maravilloso tiro al blanco! Muy pronto se elevaron hacia el cielo 37 columnas de humo. Terminado el combate —sólo había durado media hora—, ochenta y cinco «T-34» quedaron destruidos.

—¿En qué estarían pensando? —dijo Alte—. Es absurdo exponerse así. No quisiera ser el comandante responsable de esta hecatombe; le costará muy caro.

Prosiguiendo nuestro camino casi sin apoyo, la suerte volvió a sonreírnos. Cerca de Norinsk, aniquilamos una sección de Caballería. Locos de terror, los caballos galopan alrededor de los blindados, pero nosotros, como unos maniáticos homicidas, disparamos contra ellos como si se tratase de una cacería. Los pobres animales caen relinchando, un tanque se precipita sobre uno de ellos y lo aplasta salpicando por doquier con la sangre y los intestinos. El río arrastraba montones de cadáveres, los de los hombres muertos al tratar de atravesarlo, y, en el poblado todas las casas ardían con un horrible olor a carne quemada que se esparcía por la llanura.

La segunda sección recibe una misión de reconocimiento y cinco tanques ruedan hacia Ubort, pasando por Veledniki; pero, en una pendiente muy pronunciada, el

tercer tanque da la vuelta: dos hombres mueren y Peters gime con las piernas destrozadas. Su sangre mana como un río pese a los cinturones que apretamos alrededor de sus muslos, y gime de dolor cuando le instalamos en el sidecar de una moto que debe llevarle al puesto de socorro. Alte mueve la cabeza.

—¡No hay esperanza!

Peters le sonrío penosamente a *Hermanito*:

—Puedes estar tranquilo, cerdazo. Tenía una línea de vida más larga que la tuya. Ya lo ves, no siempre es verdad.

Hermanito le acaricia una mejilla:

—¡Saldrás de ésta! ¡Valor! Te pondrán unas hermosas patas de cuero con bisagras de plata.

Luego, tratando de distraer a Peters, cuya piel adquiría ya el tono apergaminado de la muerte, añadió:

—¡La de bromas que pueden hacerse con estas cosas! En la guarnición había un fulano que asustaba a las mujeres clavándose un cuchillo en los muslos. Le llamábamos el «agujerea muslos». ¡Ya verás, será muy divertido! ¡Me hubiese gustado que me hubiera ocurrido a mí!

Le metió en el bolsillo un puñado de cigarrillos con opio, y Alte dio la orden de marcha. Peters murió tres horas más tarde. Lo enterraron en un huerto y un casco de acero señaló el emplazamiento de su tumba; pero, más tarde, jugaron a pelota con el casco, y cuando volvimos a pasar por allí nos fue imposible colocar una cruz.

Sin embargo, hay que seguir nuestra misión. La marcha es penosa en este terreno desigual, y cuando por fin llega la gran estepa, descubrimos a cincuenta o sesenta «T-34» desplazándose hacia el Oeste. Después de informar por radio al regimiento, recibimos la orden de no perderlos de vista y de proseguir nuestro reconocimiento. El enemigo, que nos ha descubierto, trata evidentemente de identificarnos. Porta asoma por una escotilla y hace ademanes amistosos, a los que contestan las tripulaciones enemigas, que nos toman por rusos; luego, tranquilizados, prosiguen su marcha lenta.

—¡Santísima Virgen! —gritó *Hermanito*—. ¡Fijaos ahora en lo que viene por allí!

De Olovsk llegaba una sección enemiga mucho más poderosa que la precedente, formada no sólo por «T-34», sino también por «KV-1» y «KV-2». Porta se inclinó hacia atrás y le preguntó a Alte:

—Oye, ¿crees que ha llegado el momento de largarnos?

—No, me quedo. No he recibido ninguna orden de repliegue.

—¿De verdad te interesa obtener la Cruz de Hierro? —gritó Porta, furioso—. Cuando empiecen a bombardearnos con sus 12,5 tendrás en qué pensar.

—¿Doce y medio? —preguntó Alte. Miró por su escotilla y, tras un momento de reflexión—: ¡Bueno, larguémonos!

—¡Estupendo! —dijo alegremente Porta, haciendo girar a su vehículo—. Ahora,

muchachos, abrochaos los cinturones de seguridad porque sabréis lo que es correr.

El tanque pegó un salto; Alte se golpeó la frente con tanta fuerza que empezó a manarle sangre, al mismo tiempo que profería una serie de blasfemias. Porta le envió a paseo y la radio empezó a chisporrotear.

—Aquí, gavilla de oro —dijo el legionario.

—Aquí, ramo de flores —contestó el regimiento—. Gavilla de oro, orden de regreso.

—Aquí, gavilla de oro. ¿Por qué camino?

—Hinka y Lóve se enfrentan con fuerzas muy superiores. Pérdidas severas. Diecisiete tanques destruidos. Camino de retirada de gavilla de oro cerrado. Probad punto 367. Desconectad radio.

Lo que quería decir que debíamos regresar por nuestros propios medios, que nuestra retirada estaba cortada y que había que andar sin la radio, para que no nos localizaran.

Nuestros tres pesados tanques estaban cubiertos de barro. Aquí, atravesábamos un pueblo ardiendo, abandonado de Dios y de los hombres; allí, aplastábamos a paisanos muertos que yacían atravesados en la carretera. Más lejos, descubrimos, en un barranco, a varios heridos rusos, entre ellos a una mujer teniente que había mandado un «T-34». Siguiendo nuestra huida, siempre en dirección Oeste, caímos bajo el fuego de un grupo de «T-34», al aproximarnos a una pequeña loma. Nuestro tercer carro, alcanzado por varios proyectiles, se incendió inmediatamente y ni uno solo de sus tripulantes pudo escapar; el tanque de Stege también fue alcanzado, pero cuatro hombres pudieron saltar a tiempo y trepar a la parte posterior de nuestro blindado. Desdichadamente, uno de ellos fue cogido por las cadenas y aplastado, y lanzaba gritos tan horribles que Stege, trastornado, se tapaba las orejas para no oírlos. Casi inmediatamente, cinco blindados rusos aparecieron y abrieron fuego; uno de ellos empezó a arder, pero los otros cuatro se lanzaron a toda marcha sobre nosotros, y Alte dio la orden de saltar a tierra. Nos encontrábamos en terreno raso, sin posibilidad de disimularnos y nuestros uniformes negros nos convertían en un blanco de primera categoría. ¿Qué hacer? Sólo podíamos dejarnos caer en el suelo y hacernos los muertos. A cien metros de nosotros, los tanques se detienen. Inmóviles, sentimos las miradas que nos atraviesan. Los minutos transcurren cual otras tantas eternidades. El primer tanque vuelve a ponerse en marcha, los dos siguientes pasan a pocos metros de nosotros y por fin el cuarto nos roza materialmente; podríamos coger sus cadenas sólo con alargar un poco la mano. Una granada silbó por encima de nuestras cabezas para estallar a corta distancia de los tanques rusos. Vimos aparecer los «Panteras» alemanes, que emprendieron la persecución de los «T-34». Nos encaramamos en el último «Pantera» y regresamos sanos y salvos al regimiento. ¡Menudo susto habíamos pasado!

Al día siguiente, con nuevos tanques, nos encaminamos hacia el Norte, donde numerosas unidades del ejército blindado estaban cercadas. Teníamos la misión de abrir el nudo corredizo que el enemigo apretaba cada vez más. Nuestras tres Divisiones blindadas totalizaban cuatrocientos tanques y teníamos frente a nosotros el 6.º Cuerpo de Caballería rusa, la 149.^a División blindada de la guardia y la 81.^a División de Caballería.

Esa marcha debía ser inolvidable para mí. Tan pronto la lucha esparcía su claridad por la estepa y todo se volvía irreal, como se ocultaba tras una nube y la noche adquiría reflejos de terciopelo negro. Entonces, resultaba imposible localizar el camino; varios blindados cayeron en el río y sus tripulaciones murieron ahogadas. Ocurra lo que ocurra, prohibido abrir fuego; la orden era rigurosa.

Nos había parecido distinguir a ambos lados del camino todo el sistema de defensa, y Alte afirmaba que los rusos estaban atrincherados allí. Sin ninguna razón, la columna se detuvo a medianoche, un silencio inquietante lo dominaba todo, los tanques estaban casi tocándose, cubriendo una distancia de varios kilómetros. Alte asomó por la torreta y volvió a meterse inmediatamente, al tiempo que lanzaba una exclamación ahogada. *Hermanito* le miró sin comprender:

—¿Qué ocurre?

—¡Asómate y verás! —contestó Alte.

A su vez, el gigante sacó la cabeza, para meterla precipitadamente.

—¡Válgame Dios! ¡Es Iván!

—¿Iván? —preguntó Porta—. ¿Dónde?

—¡Ahí! —cuchicheó *Hermanito*, señalando hacia afuera.

En el mismo momento, llamaron en la pared de acero y una voz pidió, en ruso, un cigarrillo. Porta, haciéndose cargo de inmediato de la situación, alargó un cigarrillo a la silueta oscura, sin pronunciar palabra. La llama de una cerilla iluminó un rostro anguloso, rematado por la pequeña gorra rusa, inclinada sobre una oreja. Encendió el cigarrillo.

—*Spasibo* (gracias) —dijo el ruso.

Los rusos pululaban alrededor de los blindados, y su número aumentaba de minuto en minuto. Era evidente que nos tomaban por «T-34». A cada segundo, temíamos un estallido, pero no ocurrió nada. Recostados en nuestros vehículos charlaban tranquilamente, tratando de entablar conversación con nosotros, y al no obtener respuesta uno de ellos exclamó:

—¡No es posible! ¡Deben de estar muertos! No hay manera de sacarles ni una palabra.

Otro prometió un par de bofetadas a *Hermanito* si no le contestaba, y a Alte le costó horrores contener al ofendido gigante que gruñía:

—¡Nadie ha abofeteado nunca a *Hermanito*! ¡Si crees que esos piojosos me

asustan...!

—Si inicias una pelea aquí, es tu muerte —dijo Porta, sonriendo.

Hermanito se mostraba obstinado y todos temíamos que empezara a gritar de repente.

—Sin embargo, bien deben ver que en los «trineos» hay cruces gamadas y no estrellas —dijo el legionario.

—¿Qué hacer? —susurró Alte—. ¡Esta situación no puede durar!

Lanzó otra ojeada por la escotilla de la torreta y vio todos los demás vehículos rodeados de rusos. De hecho, estábamos detenidos en medio de un sistema de trincheras ocupado por una División, a sesenta o setenta kilómetros a retaguardia del frente. Durante una hora, todo fue como una seda. Después, oímos una violenta disputa seguida muy pronto por un disparo. Varias ametralladoras tosieron roncamente a continuación. Nos apresuramos a asegurar las escotillas. Un blindado pasó a toda velocidad ante nuestra columna y, desde lo alto de la torreta, un oficial ruso gritaba y hacía ademanes a sus hombres que en un instante se volatilizaron. ¡Horror! ¡Acababan de descubrir quiénes éramos!

Los estampidos resonaron por doquier. Los blindados, deshaciendo la fila, aplastaron toda la región en pocos minutos, y las granadas estallaban en el terreno como erupciones volcánicas; pero los tanques pesados rusos nos salían ya al encuentro y, apoyados por escuadrillas de «Yaks» y de «Migs» entablaron una lucha a muerte con nosotros. Después de seis horas de batalla, hubo que ceder. Estábamos amenazados con caer en una tenaza, y tuvimos que huir hacia el Oeste, dejando a varios grupos aislados combatiendo con la energía de la desesperación contra las oleadas de aviones.

Avanzábamos por caminos desiguales, recorridos por millares de fugitivos, a través de los cuales había que abrirse camino. Campesinos rusos, ciudadanos, mujeres, niños, soldados alemanes desarmados, prisioneros rusos temerosos de las represalias del Ejército Rojo... Toda esa masa humana, desesperada y llena de pánico, refluía hacia el Oeste como atraída por un imán.

—¡Llevadnos, llevadnos! —era el grito general.

¡Cuánto dinero, comestibles, joyas, ofrecidos a cambio de un pequeño espacio en los blindados! Las madres nos alargaban a sus pequeños, pero nosotros volvíamos la cabeza para no ver sus ojos suplicantes. Una niñita de dos o tres años fue lanzada al legionario, que se mantenía en el exterior del tanque, pero se le escapó y la niña cayó bajo las cadenas que la aplastaron. Loca de dolor, la madre se lanzó bajo el tanque siguiente y fue aplastada a su vez. *Hermanito*, con los ojos enrojecidos, lanzó un aullido de lobo y creímos que se había vuelto loco.

—¿Qué te ocurre? ¡Campesino! —gritó Alte.

Hermanito se irguió cuan alto era, como si quisiese saltar; pero un gemido

desgarrador surgió de lo más hondo de sus entrañas. No sé lo que hubiese sido de él si un enjambre de «jabos», que en aquel momento se lanzó contra nosotros no hubiese surcado el camino con sus cañones automáticos.

Instintivamente, Porta desvió el tanque y se colocó al amparo de un pequeño terraplén disimulado por los arbustos; desde ese escondrijo provisional fuimos entonces testigos de la escena más atroz que jamás hayamos visto.

Una cincuentena de «jabos» asomaron escupiendo bombas. Escuchábamos explosiones sordas, seguidas por un extraño chapoteo. En un abrir y cerrar de ojos, chorreando una sustancia que parecía alquitrán, los tanques, que entablaban conocimiento por primera vez con el fósforo, empezaron a arder. En el camino, los fugitivos se transformaban en antorchas vivientes, las casas se derrumbaron bajo un huracán de llamas amarillas y azules, la tierra tembló con una visión del infierno.

Hermanito se había calmado. Instalado en la parte delantera del vehículo, jugaba a los dados con Porta y el legionario, cuando de repente, un gemido que se transformó en grito nos hizo saltar y empuñar las armas. La queja, semejante a la de una bestia herida, salía de unos matorrales que contemplábamos con temor.

—¡Salid, hatajo de bandidos! ¡O si no disparo! —gritó Porta, enarbolando su metralleta.

—Espera —dijo Alte—. Esa clase de quejido no debe de ser muy peligroso.

Se deslizó por entre los matorrales, lanzó una exclamación y nos llamó. Tendida en el suelo, una joven cuyo cuerpo estaba tenso como un arco, nos miraba con el rostro muy pálido.

—¿Tiene un balazo en el vientre? —preguntó Porta a Alte que se había arrodillado junto a la mujer.

—¡Claro que no, estúpido!

El legionario lanzó un largo silbido:

—Bueno, bonitos estamos para hacer de comadronas.

—¿Qué? —gritó Porta, mirando al legionario como si éste le hubiese anunciado que la guerra terminaría a mediodía.

—¿Qué, nos convertimos en una maternidad? —rezongó *Hermanito*—. Siempre he oído decir que un hombre no debía ver esas cosas, teniendo en cuenta que le darían asco y que esto podría hacer que las putas perdieran dinero.

—Déjanos en paz —dijo Alte despectivamente.

La mujer gimió de nuevo y se retorció de dolor. Alte dio varias órdenes rápidas.

—Tú, hombre del desierto, quédate conmigo. Porta, ve a buscar un cubo de agua y jabón. Sven, enciende fuego a toda velocidad, y tú *Hermanito*, trae dos pedazos de cordel de treinta centímetros de longitud cada uno.

—¿No es mala suerte? Interrumpir una partida de dados para hacer de comadrona! No querrás que...

Un grito profundo de la mujer le interrumpió.

—¡Válgame Dios! —gritó—. Y se precipitó para cumplir la orden de Alte. Colocaron a la mujer sobre un pedazo de tela de tienda y, con gran sorpresa por parte de *Hermanito*, Alte nos ordenó que nos laváramos las manos. Los dolores se hacían más frecuentes. Pálidos, seguíamos este acontecimiento completamente nuevo para nosotros. *Hermanito* empezó a despotricar contra el padre ausente.

—¡Qué cochino! ¡Dejar sola a una pobre mujer y en un estado así!

Alte echó los dos pedazos de cordel y el cuchillo en el agua hirviente.

—¿Por qué cueces el cuchillo? —preguntó Porta.

—¿Es que no lo comprendes? —dijo Alte, que temblaba de nerviosismo.

Empezó el nacimiento. La aparición de la cabeza nos arrancó un gemido, como si fuésemos nosotros los que diésemos a luz.

—¡Has de hacer algo! —gritaron a la vez *Hermanito* y Porta mirando a Alte.

—Es posible que muera —dijo el legionario—. ¿Y qué será entonces del pequeño? No tenemos leche para él.

—Sois unos cretinos —les dijo Alte—. Para hacer el amor, sois unos hachas, pero para ayudar a un bebé a venir al mundo, ya no queda nadie.

Mientras cogía suavemente la cabeza del niño y ayudaba a extraerlo, el legionario apretaba las manos de la mujer que, en sus dolores, le clavaba profundamente las uñas en la carne.

—¡Aprieta! —gimió—. Por lo menos, así te aliviarás.

El bebé nació en medio de blasfemias y gritos. Alte, muy pálido, se irguió, metió un dedo en la boca del recién nacido para quitarle las mucosidades, y después, cogiéndole por las piernas, lo sostuvo boca abajo y le dio un golpecito en el trasero. En el mismo momento, un violento puñetazo de *Hermanito* envió a Alte a rodar por el suelo.

—¡Es una vergüenza pegar a un pequeñín así! —gritó *Hermanito*—. ¡No te ha hecho nada!

—¡Válgame Dios! —dijo Alte, levantándose—. ¿No comprendes que es para hacerle llorar?

—¿Que llore? —repitió el gigante—. ¡Sólo faltaría esto! ¡Ya te haré llorar yo, sádico!

Agitaba los puños, pero los otros se lanzaron sobre él. Alte, empapado de sudor, cortó el cordón y lo anudó; después empezó a lavar al bebé y, con un pedazo de camisa, fabricó una faja umbilical. *Hermanito* había vuelto junto a la madre y, sentado en cuclillas, lanzaba amenazas contra Alte y el padre del bebé. Vaso en mano, Porta estaba celebrando el nacimiento, con el legionario cuando de repente *Hermanito* lanzó un grito penetrante.

—¡Alte, Alte, socorro! ¡Viene otro bebé! ¡Aprisa!

—¡A callar! —gritó Alte.

Y repitió sus órdenes anteriores relativas al agua, el cordel, el cuchillo y el fuego.

Media hora más tarde todo había terminado y, muertos de cansancio, celebrábamos de nuevo con vodka el nacimiento de los gemelos. ¿Qué nombres ponerles? *Hermanito* quería a toda costa que uno de ellos se llamara Oscar, pero aquel nombre no nos gustó mucho, cuando de repente nos dimos cuenta de que nada sabíamos sobre el sexo de aquellos pequeños. Alte realizó un rápido examen y pudimos comprobar que los recién nacidos pertenecían al género femenino.

—¡No hay derecho! ¡Tratar así a unas chicas! —exclamó *Hermanito*, repentinamente pudoroso.

Varias ráfagas de ametralladora nos recordaron de repente el lugar en que estábamos. El legionario se llevó a los recién nacidos y los instaló en una cama improvisada tras el asiento del conductor. Allí había una escotilla que permitiría a la madre salvar a las pequeñas en caso de incendio.

Pese a nuestras violentas protestas, Alte pidió otros pocos minutos antes de emprender la marcha:

—Primero tiene que salir la placenta —dijo mientras daba masaje al vientre de la madre.

Esta la expulsó por fin, y Alte, muy enterado, la examinó y asintió con expresión satisfecha.

En cuanto a nosotros, no entendíamos nada. *Hermanito* estaba convencido de la llegada de un tercer bebé. Transportamos a la mujer hasta el tanque, junto a sus bebés, y después de haber cerrado la trampa emprendimos la marcha, en dirección Oeste, rodeados por todas partes por los vehículos enemigos.

—¡Cuánto me gustaría estar aún en el desierto! —decía el legionario—. ¡Aquello era un juego de niños junto a esta porquería de guerra!

—¡Ya puedes decirlo, ya! En fin, no sólo habrás sido vagabundo del desierto, asesino profesional, fascista, y cabeza de cerdo, sino también comadrona.

Una columna rusa apareció en la oscuridad y el legionario se precipitó sobre su ametralladora.

—¿Nervioso? —dijo Porta riendo, al tiempo que aceleraba.

—¡No, me encanta esto! —gruñó Kalb.

Porta silbó una canción y sonrió a la mujer.

—¡Nuestro trineo es una verdadera cuna! ¡Cuándo las gemelas vayan a la escuela tendrán un libro de familia que dejará patidifusas a sus compañeras!

—¡Oh, cállate! —dijo el legionario, enfadado.

—¿Quieres tener otras cuantas cicatrices en la jeta? —contestó Porta.

—¿Quién será el valiente?

—Yo —dijo Porta, apoyándole el cuchillo en la garganta.

—Grande hombre, muy grande —dijo riendo malévolamente el legionario—, tan valiente como el gran cerdo...

No pudo proseguir. *Hermanito*, que dormitaba, despertó de repente y pegó un culatazo en la cabeza de Kalb, quien cayó sin sentido.

—Ya te enseñaré a insultar a *Hermanito* cuando está dormido.

Porta reía de todo corazón, las gemelas empezaron a llorar, la madre estaba agitada y Porta le alargó una botella de vodka, que ella rechazó con horror. Él se encogió de hombros.

—No quisiera molestarla, señora. Me llamo Joseph Porta, soldado de primera clase y comadrón ocasional.

El legionario, sujetándose la cabeza con ambas manos, se incorporó, encendió un cigarrillo y miró a *Hermanito*.

—¡Eres muy gracioso! Te aconsejo que alguna vez mires detrás tuyo, hombretón, porque hay peligro de que te hagan un buen chichón en la cabeza.

Alte bajó de la torreta:

—Ya basta —dijo—. Si queréis pelearos, bajad. Fuera hay unos colegas que os acogerán gustosos.

—¡Vaya manera de hablamos! ¿Por quién me tomas?

—No te excites —dijo Alte—. Nadie te desea ningún daño.

Hermanito se tranquilizó, Porta lanzó una blasfemia y al acelerar nos hizo golpear la cabeza contra los instrumentos. Cañones automáticos y ametralladoras empezaron a disparar contra nosotros y se oía cómo los proyectiles se estrellaban sobre el blindaje. Minas «S» estallaron a nuestro paso, sin causarnos daño, y un ruso que trató de encaramarse en el vehículo falló el golpe y cayó bajo las cadenas. Por el telémetro vi a los soldados rusos correr hacia uno y otro lado en busca de refugio, mientras que un tanque enemigo se detenía y disparaba hacia nosotros con toda su artillería.

El motor de la torreta ronroneó, los números bailaron ante mis ojos, las puntas de los triángulos se unieron... Una orden breve... un estampido ensordecedor... y una granada del 88 destrozó el blindado. Utilizando el lanzallamas, limpiamos el camino y emprendimos la huida en la oscuridad.

Debíamos gozar de catorce días de descanso.

En sustitución, nos dieron cincuenta gramos de queso por barba, a recoger en cantina.

Pero hacía mucho que no se repartía queso.

Entonces nos regalaron una fotografía en colores de Hitler y regresamos al frente sin descanso y sin queso. Porta se encaminó en línea recta a las letrinas e inmediatamente encontró empleo para cinco fotografías del Führer.

FUGITIVOS

Una luz blanquecina empezaba a asomar por el horizonte. Porta metió el tanque por un estrecho camino del bosque. Medio adormilados, nos sentíamos incómodos. La mujer lloraba, las recién nacidas, molestas por el olor acre de las municiones, tosían y berreaban sin cesar. Un frenazo brusco nos precipitó, asustados, hacia las mirillas de observación. A poca distancia de nosotros, unas siluetas corrían en desorden, y un vehículo, atravesado en el camino, parecía hacer las veces de barrera. El legionario profirió un juramento y cogió su ametralladora.

—¡Calma, calma! —recomendó Alte.

Sonó un disparo y el pánico se apoderó de nosotros cuando vimos un *bazooka* apuntando en nuestra dirección. Las cifras del visor giraban ante mis ojos.

—¡Preparado para disparar! —dijo automáticamente *Hermanito*.

Clic... La bombilla roja parpadea amenazadoramente, una granada penetra en la recámara del cañón, un grupo aparece en el centro del visor, los dedos se crispan en el gatillo. Tac, tac, tac, ladra la ametralladora... Después, el sonido muere en el bosque.

Gritos, llamadas, gente que aparece y huye entre los árboles.

—No dejes que se escapen —dice Alte—. Volverán para aplastarnos.

La torreta gris, los triángulos se unen, un estampido... Y un surtidor de fuego, de tierra y de miembros ensangrentados se eleva hacia el cielo. Los motores rugen y huimos de la barrera.

¿Qué experimentábamos cuando la espantosa realidad se nos aparecía? ¿Miedo? No lo creo; más bien alivio, un alivio mezclado con un poco de opresión. La barrera no era más que un vehículo estropeado bajo una carga demasiado pesada. ¿Los tiradores enemigos? Refugiados, mujeres, niños, viejos enfermos o agotados. ¿El *bazooka*? El timón del vehículo. Las escotillas del tanque se abrieron con precaución,

nuestros ojos fotografiaron el desastre, nuestras orejas oyeron los estertores de los moribundos en medio del bosque primaveral. Cerramos las escotillas; la gran máquina mortífera, balanceándose sobre sus cadenas, pareció inclinarse ante sus víctimas, y el tanque, llevando a unos soldados aterrados, a una mujer rusa y a sus recién nacidos, desapareció en el bosque, perseguido por las maldiciones.

Un poco más lejos encontramos dos tanques destruidos en una hondonada, y conseguimos recuperar parte de la gasolina con ayuda de un tubo de caucho. Tres fusileros rusos perdidos fueron eliminados antes de que se dieran cuenta de lo que les venía encima. Las cruces gamadas de nuestra torreta estaban tan sucias que casi no se distinguían. Mientras el retumbar de la artillería pesada se oía lejos, la mujer ardía de fiebre y deliraba. Alte movió la cabeza:

—Me temo que se morirá.

—¿Qué podemos hacer? —dijo el legionario, cuyas manos se crisparon.

Alte le contempló largamente:

—¡Qué extraños sois! ¡Dios, qué extraños! Sois capaces de matar a cualquiera y ahora teméis por la vida de una mujer desconocida, sólo porque está aquí y respira vuestro aire enrarecido.

Nadie supo qué contestar. Era casi de noche cuando nos detuvimos, observando con precaución por las mirillas las llamas que iluminaban el horizonte.

—Debe de ser una ciudad bastante grande —dijo Porta—. Tal vez Oscha.

—Estás enfermo —dijo Alte—. Oscha queda muy hacia atrás. Es Brodny o Lemberg.

—No importa lo que sea —dijo el legionario—. Está ardiendo. ¡Menuda suerte no encontrarnos allí!

Fue *Hermanito* quien primero los vio: dos grandes camiones «Diesel» alemanes, del Parque de Aviación. Una decena de aviadores estaban allí y dormían; un poco más lejos, un centenar de mujeres y de niños estaban ocultos en el campo. Todos, llenos de pánico, se levantaron de un salto cuando avanzamos silenciosamente hacia ellos y contemplaron petrificados nuestros uniformes negros y el sombrero rayado de Porta.

En el grupo había dos enfermeras alemanas, únicas supervivientes de un hospital que los rusos habían aniquilado por completo. Las enfermeras se habían ocultado en un pueblo; muy pronto se presentaron grandes unidades de infantería rusa, pero los soldados, muy correctos en esa ocasión, las habían prevenido contra sus sucesores, por lo visto de muy mala reputación. Entonces, todos los habitantes huyeron al bosque, donde permanecieron días y más días, cada vez más agotados.

Otros refugiados se les habían reunido: polacos, alemanes, rusos, letones, estonianos, lituanos, balcánicos. Todos juntos formaban ahora una caravana de desdichados fugitivos, sin distinción de nacionalidades, unidos tan sólo por el miedo

común a los tanques rusos, que avanzaban rápidamente. Los aviadores les habían llevado hasta allí; ametrallados en varias ocasiones, muchos habían muerto y habían sido arrojados al suelo para dejar sitio a los demás. Al salir del bosque, el convoy, ametrallado de nuevo, se había arrastrado hasta allí. Pero en esta ocasión los aviadores no podían más: renunciaban. Tumbados en el suelo, dormían o nos miraban con indiferencia mientras permanecíamos ante ellos empuñando las armas. Un *feldwebel*, con las manos cruzadas bajo la nuca, nos dijo:

—¿Qué hay, héroes blindados? ¿Corréis hacia la victoria? ¿Por qué no llamáis a Iván para poder cubriros de gloria? ¿Eh? ¡Cochinos fascistas!

Hermanito pegó un salto:

—¿Qué? ¡Cerdo asqueroso! ¿Nos lo cargamos Alte?

—Calma, *Hermanito* —dijo Alte, mientras contemplaba al *feldwebel* con los ojos entornados—. ¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó.

El *feldwebel* se encogió de hombros.

—¿Y éstos? —inquirió Alte, señalando a las mujeres y los niños que se mantenían en segundo término.

—Los entregaremos a Iván, a menos que quieras llevártelos en tu persecución de la victoria. Estoy harto y sólo quiero pensar en mi piel. ¡Tanto peor para los demás! ¿Lo has entendido, viejo?

Se inició una violenta discusión entre Alte y el *feldwebel*; otros intervinieron en ella; las mujeres lloraban y suplicaban que no se las abandonara, pero los aviadores, agotados, se mostraban implacables.

—¿Creéis que hemos escapado de Iván para ser ahorcados por nuestros gendarmes? —dijo el *feldwebel*.

De repente, vimos adelantarse al legionario, con el fusil ametrallador dispuesto, y apuntar al *feldwebel*.

—¡Cobarde! Durante toda la guerra os habéis pegado la vida padre en los aeródromos, lejos del fuego, y ahora que van mal dadas os ensuciáis en los pantalones. Si no os lleváis a esas mujeres, os mato como a perros.

Se produjo un silencio de muerte. Permanecíamos a pocos pasos del legionario que, inclinado hacia delante, parecía a punto de saltar.

Uno de los aviadores se echó a reír:

—¡Dispara de una vez, horrible enano! ¿Por qué no tiras? ¡Siempre la palabrería de Goebbels! ¡Estamos cansados de oírla!

Otros le hicieron coro.

—¡Cuidado! —cuchicheó Alte—. Esto terminará mal.

Nos alejamos lentamente, preparados para disparar.

—¿Qué? ¿Os las lleváis? —silbó el legionario.

Su colilla se estremecía en la boca y minúsculas chispas caían sobre su pecho.

—¡Bravo, héroe! ¡Protector de mujeres! —exclamó riendo un soldado—. ¡Te erigirán una estatua sobre un montón de estiércol!

Hubo un estallido de risas. Una llamarada malévola surgió del cañón negro azulado y las risas se transformaron en un estertor. Soldados de gris se retorcían por el suelo y uno de ellos se arrastró a gatas hacia nosotros lanzando gritos dementes. El arma ladró de nuevo; cuerpos ya muertos se agitaron bajo las ráfagas. Tres aviadores, aún vivos, fueron empujados hasta las cabinas de los camiones donde se amontonaron los fugitivos, desencajados y mudos.

Con los blindados a retaguardia, el convoy se puso en marcha hacia el Noroeste, alejándose de los hombres ensangrentados que acababan de morir a manos de sus compañeros, porque no habían tenido el valor de vivir ni de morir.

Pequeños grupos de soldados desesperados se arrastraban por los caminos.

—¡Camaradas! ¡Llevadnos con vosotros...! —era el grito general.

Pero los camaradas desaparecían dejando sólo un olor a gasolina quemada.

Uno de los camiones se estropeó y su cargamento humano tuvo que seguir a pie.

Velensky: un poblado entre mil, en Ucrania o en Polonia, sumergido por un torrente de fugitivos que se habían detenido allí en busca de un poco de descanso y de sol.

—¡Apresuraos! —se gritaba sin cesar. Pero era inútil.

El hundimiento que amenazaba al III Ejército blindado, y las rápidas columnas rusas que temíamos ver aparecer a cada instante eran motivos más que suficientes para espolear a aquellos desdichados. Granaderos alemanes, prisioneros de guerra rusos, corrían como gallinas asustadas por entre la muchedumbre. La gente se agrupaba en torno a nuestro tanque, en todos los labios había la misma pregunta:

¿Dónde están los rusos?

Durante días enteros, el Ejército alemán en desbandada, el ejército civil de los fugitivos habían cruzado Velensky.

El miedo atenazaba a todo el mundo: miedo a los rusos que atacaban. Miedo al hundimiento total, miedo a los tanques que penetraban por aquí o por allí aplastando en un momento a una columna de refugiados, miedo a los aviones que sembraban las llamas y la muerte. También había el agotamiento, el hambre, la tempestad, el frío, la lluvia, las enfermedades, los vehículos inutilizables, el recuerdo de la casa abandonada, de los muertos, el trabajo de medio siglo que ardía a lo lejos.

—*¡Du lieber Gott! ¡Bosche! ¡Dios mío!*

El nombre del Creador se eleva hacia el cielo en todos los idiomas. Pero es inútil. Los «panzers» de la muerte siguen avanzando por la tierra empapada de sangre.

Una de las enfermeras había encontrado un poco de morfina, que administró a la madre de las gemelas; y por nuestra parte nos procuramos leche.

Después hubo que reemprender la marcha, pero centenares de manos suplicantes

se alargaron hacia nosotros:

—¡Llebadnos! ¡Por amor de Dios, no nos abandonéis!

A cambio de un pequeño espacio, nos ofrecían cosas increíbles. Racimos humanos colgaban del blindado; estaban en todas partes, en la torreta, delante, detrás, sobre los lanzagranadas, a lo largo de los cañones, sujetos como golondrinas, hombro contra hombro. Blasfemias y gritos, amenazas, imprecaciones, todo les era indiferente. El terror originado por los que nos perseguían era infinitamente mayor que el que inspiraban nuestras armas. Alte meneó la cabeza con desaliento:

—¡Dios mío, si tenemos que luchar...!

Embarcamos a varios niños, y luego, con las escotillas cerradas, empezó la marcha de la muerte.

Varios kilómetros más lejos, el camino se cruzaba con una línea férrea, junto a la cual había otros cuatro tanques. Pertenecían al 2º Regimiento y, como nosotros, habían perdido todo contacto con su Compañía. Un teniente de dieciocho años asumió el mando de los cinco vehículos, y ordenó a los refugiados que se apearan, pero ni uno solo obedeció; por el contrario, se apretujaban cada vez en mayor número sobre los tanques. El joven teniente regresó a su sitio, metiéndose por la escotilla inferior, porque había tantos refugiados en la torreta que no había ni que pensar en abrir la escotilla superior. Anunció por radio que nuestro único camino pasaba bajo la vía y que el túnel, muy estrecho, era ya demasiado justo para los tanques. Todos sus ocupantes tendrían que apearse, pues, si no querían ser aplastados por la bóveda, pero se les prometía formalmente que, una vez cruzado el túnel, se les permitiría volver a subir. ¡Trabajo perdido! Nadie hizo caso ni se movió, e incluso las mujeres cuyos pequeños se habían apeado del tanque permanecieron clavadas en su sitio.

El primer vehículo inició la bajada de una pendiente muy fuerte, balanceándose tanto que varios refugiados perdieron el equilibrio y cayeron. En el último minuto se encaramaron en el terraplén salvador casi bajo nuestro tanque que llegaba con estrépito, incapaz de frenar en aquel camino resbaladizo y con una inclinación de 35°. Petrificados, vimos cómo el primer blindado penetraba en el estrecho túnel, donde los infelices fueron o aplastados entre el cemento y el acero, o violentamente lanzados al suelo. Porta se aferró a los frenos, pero las sesenta y cinco toneladas de nuestro tanque resbalaban implacablemente hacia la masa aterrorizada, que en un segundo quedó aplastada bajo nuestras cadenas.

A la vista de este espectáculo, varios de los fugitivos agarrados a nuestro vehículo se apresuraron a saltar a tierra, pero demasiado tarde. El tercer tanque no pudo evitarlos y los aplastó a su vez. Algunos de esos infortunados trataron de colocarse entre los blindados y la pared del túnel; quedaron convertidos en una pasta gris rojiza que resbalaba a lo largo de los muros como una pintura espesa. Un pequeño lloroso se lanzó contra nuestro tanque para impedir que aplastara a su madre, que yacía

desvanecida en el suelo. Su pequeño rostro aterrado desapareció como el de un náufrago tragado por la proa del tanque.

El vehículo chirriaba, vibraba y parecía avanzar sobre una materia jabonosa que no era más que la masa de los cuerpos que aplastábamos. Por fin nos detuvimos al otro lado de la línea férrea. El joven teniente, preso de un ataque de locura furiosa, empezó a girar sobre sí mismo, arrancándose las condecoraciones y los galones. Después de haberse degradado cogió su metralleta y disparó contra nosotros. Sin pronunciar palabra, Porta cogió su fusil y apuntó: el joven cayó, agitando frenéticamente brazos y piernas, otro disparo y ya no se movió más.

Los refugiados que habían escapado del túnel, junto con los que seguían a pie, corrían ahora hacia nosotros, ebrios de indignación y profiriendo amenazas. Cogieron a un fusilero blindado y lo estrangularon ante nuestros ojos. A nosotros nos esperaba la misma suerte. La muchedumbre avanzaba enarbolando armas y palos. Alte se metió de un salto en el tanque, pero antes de haber podido cerrar la escotilla, varios hombres que habían trepado en el vehículo nos lanzaron granadas de mano, una esquirla de las cuales hirió a Alte en la mejilla. Otro tanque acababa de ser forzado, y la tripulación, inmediatamente aniquilada, fue arrojada al camino. Alte temblaba.

—¡Dios mío! ¿Qué debo hacer?

Porta se inclinó hacia atrás y dijo rápidamente:

—Apresúrate, Alte. Danos tus órdenes; tú eres ahora el responsable de cuatro trineos.

—¡Haced lo que os parezca! ¡No puedo más! —sollozó Alte.

Y se dejó caer al fondo del tanque, donde *Hermanito* lo apartó con el pie.

—Bien —dijo Porta—. ¡Te comprendo, pobre amigo mío! ¡Eres padre de familia! Bueno, no mires, será mejor.

Se volvió hacia el legionario, que esperaba ante la radio las órdenes que había que transmitir.

—Abrid fuego contra los fugitivos. El tanque robado debe ser destruido y todo hombre armado, liquidado.

Los hombres que acababan de apoderarse del tanque manifestaban a nuestro respecto las peores intenciones y su primer proyectil silbó sobre nuestras cabezas. Automáticamente apunté el cañón, los triángulos se unieron y *Hermanito* anunció lacónicamente:

—Preparados para disparar.

La bombilla roja parpadeó, una llamarada de un metro de longitud surgió de la boca del cañón y en el mismo instante la torreta del blindado adversario voló por el aire en medio de las llamas y del chisporroteo de la carne que se quema. Un aullido de rabia surgió de todas las gargantas; una granada estalló a poca distancia de nosotros, otra arrancó las cadenas de un tanque, que contestó disparando con todas

sus piezas.

Entonces empezó una matanza indescriptible, una carnicería de toda aquella gente acometida por el pánico, desesperada, medio loca y casi sin defensa. Aquel horror duró diez minutos largos. Cuando todo hubo terminado, reparamos las cadenas del tanque averiado y seguimos hacia el Noroeste, llevando a una joven madre moribunda, a las pequeñas gemelas y a cinco niños cuyos padres se encontraban sin duda entre los que acabábamos de diezmar.

Varios kilómetros más lejos, Porta nos señaló con el dedo un árbol donde había ahorcados tres soldados alemanes, y los tanques se detuvieron para ver los cadáveres más de cerca. Cada uno de ellos llevaba un letrero con la misma inscripción: «Traidores y desertores, hemos merecido este justo castigo».

—¡Qué canallada! —exclamó el legionario.

Sus piernas se balanceaban ligeramente como el péndulo de un reloj. Los cuellos desmesuradamente estirados parecían a punto de romperse y dejar sólo la cabeza colgando de la cuerda. Reemprendimos la marcha tristes y en silencio.

Al acercarnos a un pueblo, otros ahorcados nos acogieron, entre ellos un Mayor General con su letrero: «He rehusado obedecer las órdenes del Führer». En un foso yacían los cuerpos de soldados de Infantería y de Artillería, así como el de un zapador identificable por sus hombreras negras. Habían sido muertos con ametralladoras, pero no ostentaban ningún letrero.

—¡Eso es obra de los gendarmes! —dijo Porta—. ¡Si alguno de esos cerdos se nos pone a tiro, me lo cargo en un santiamén!

—Alá te ha escuchado —contestó el legionario, señalando unas siluetas que se movían ante nosotros en el camino.

Cinco gendarmes en carne y hueso nos hacían señales para que paráramos. Con cascos de acero, armados hasta los dientes, y unos rostros brutales, causaban una impresión deplorable.

—Van a ahorcarnos —dijo Alte—. Estamos demasiado lejos de nuestro regimiento.

Porta frenó junto a los gendarmes y los otros tanques se detuvieron un poco más atrás, evidentemente inquietos ante lo que pudiera ocurrir. Un *feldwebel* y un suboficial con manos de estrangulador se nos acercaron. El legionario entreabrió la escotilla mientras los dos hombres se situaban ante el tanque y nos interpelaban groseramente.

—¿Quiénes sois?

—¡Blindados! —repuso el legionario.

—¡No te las des de listo! —gritó el *feldwebel*—. La documentación, y a toda velocidad, si no quieres ir a balancearte, camarada.

—Segundo Regimiento de blindados —mintió el legionario.

—¿Qué? ¡Segundo Regimiento! —gritó el *feldwebel*, escarlata—. ¡Vamos, salid! ¡Sois buenos para la cuerda!

Porta echó a un lado al legionario, cerró de golpe la escotilla y lanzó el tanque hacia delante, haciéndolo pasar sobre el cuerpo de los dos gendarmes, mientras la ametralladora abría fuego contra los otros. Uno de ellos fue alcanzado inmediatamente, y como habíamos anunciado por radio a nuestros camaradas que estábamos en presencia de partisanos rusos disfrazados, todos los blindados empezaron a disparar contra los gendarmes. Porta entró en un campo, aceleró y persiguió a los que tiraban sus armas para correr más. El último se detuvo y levantó los brazos, pero su boca se abrió en un grito de horror cuando el monstruo de acero se precipitó sobre él. *Hermanito* nos mostró a otros dos, disimulados en una trinchera, que apuntaban una ametralladora contra nosotros. El tanque dio media vuelta, pero incluso antes de haber terminado la maniobra, uno de los otros carros llegó y solventó la situación. Metódicamente, cada vehículo pasó sobre los cuerpos con una alegría sádica, y después los blindados fueron colocados al amparo de las cabañas camuflados contra los bombardeos aéreos.

Las cuatro tripulaciones se instalaron en la misma casa, donde se destinó un rincón para las gemelas y su madre, cuyo estado era tan grave que a cada momento perdía el conocimiento. Recogidos por el joven médico de un batallón de infantería, éste examinó a nuestra enferma y le dio varias píldoras, pero las medicinas no le causaban efecto. En su delirio, la desdichada trataba de incorporarse. Tuvimos que relevarnos continuamente junto a ella, y Alte había perdido la esperanza de salvarla. En cuanto a las gemelas, las alimentábamos con leche robada al furriel del batallón.

Los otros cinco niños que habíamos recogido vivían también con nosotros, pero uno de ellos, un muchachito sombrío y silencioso, nos miraba con tanto odio que Alte nos puso en guardia.

—Cuidado, no le dejéis tocar ningún arma —dijo—. Ese chico es capaz de todo.

Un día llegó incluso a escupir a la cara de *Hermanito*, que quería jugar con él.

El batallón estaba al mando de un viejo comandante que quedó tan maravillado con nuestros tanques, que se creía capaz de rechazar cualquier ataque, viniera de donde viniera. A diario, elementos de unidades dislocadas venían a reforzar el batallón, que poco a poco adquiría aires de regimiento. El comandante se pavoneaba, jugaba a generales y soñaba con combates heroicos. Todos los paisanos fueron requisados para erigir defensas alrededor del pueblo, y un *feldwebel* viejo y sin experiencia, responsable de la sección anticarros, estaba convencido de que sus dos cañones constituirían una terrible barrera para los blindados rusos.

—¡Ya te apeará del burro! —dijo riendo un suboficial de blindados que estaba allí—. Espera a que Iván y sus «T-34» vengan a desfilas ante vuestras trincheras. ¡Correréis como conejos, os lo digo yo!

El *feldwebel* le miró altivamente y, con voz sonante, declaró a sus hombres:

—El comandante ha dado orden de mantener esta posición hasta el último hombre. El primero que se repliegue sin haber recibido la orden será fusilado por traición a la patria.

Porta, burlón, gritó a la tripulación del tanque más próximo:

—Aquí hay gente que debe sentir cosquillas en la nuca.

Estábamos sentados en nuestros vehículos y, mientras contemplábamos sombríamente el paisaje, Porta contaba una de aquellas historias eróticas cuyo secreto poseía.

—¡Ah, si la hubieseis visto! —decía acompañándose con ademanes—. ¡Unas tetas como panecillos! ¿Me oís? ¡Y unas piernas de potranca! Un trasero grande, es verdad, pero... ¡Qué bien entrenada estaba! En cuanto a lo demás... ¡Ay, amigos míos!

Hermanito, boquiabierto, suspiraba.

—¡Yo ya no puedo más! ¡De prisa, un burdel!

—¿Eh? ¿Qué tienes que decir de mi historia? —dijo Porta riendo.

Un violento fuego de fusilería interrumpió la continuación.

—¡Diablos! —exclamó Alte, levantándose de un salto.

Los rusos aparecieron casi al mismo tiempo, a poca distancia ante nosotros. Primero, unas siluetas aisladas; después, toda una Compañía. Avanzaban prudentemente, un oficial les hizo una señal con su revólver.

Trepamos a los tanques y con varias ráfagas de ametralladora les hicimos desaparecer a toda prisa, pero el tiroteo se intensificaba a nuestra espalda.

—Porta, saca el trineo —dijo Alte—. Hay que ir al pueblo a ver lo que ocurre.

Llamamos por radio a los otros tres tanques y, pese a las amenazas y los gritos de los soldados, abandonamos lentamente las posiciones para dirigirnos hacia las chozas.

Aquello era un infierno. Los francotiradores rusos pululaban alrededor de las casas y disparaban como salvajes en todas direcciones. Los cuatro blindados penetraron zumbando por la calle principal, donde toda una Compañía estaba alineada de espaldas a nosotros. Cayeron como bolos y los que escaparon fueron aniquilados con la segunda salva. Un pequeño blindado ruso del tipo «60» voló hecho añicos a veinticinco metros escasos de la boca de nuestro «88». En quince minutos, el asunto quedó zanjado y el pueblo limpio de enemigos. Pero sin duda sólo se trataba de un corto respiro hasta la llegada de los «T-34» y de la artillería anticarro. Sin embargo, cayó la noche sin que ocurriera nada notable, exceptuando varios disparos aislados que se cruzaron entre patrullas de ambos bandos.

A medianoche murió la madre de las gemelas. La envolvieron en una raída alfombra para enterrarla al amanecer. Mientras Alte sostenía las gemelas y *Hermanito*

preparaba los biberones, nos preguntábamos con angustia lo que haríamos con aquellos bebés.

—No pueden seguir con nosotros —dijo Alte—. Y por otra parte, si los entregamos al comando de los niños encontrados, Dios sabe lo que será de ellas.

Cada uno dio su opinión, y no adoptamos ninguna. Desde hacía unos momentos escuchábamos ruido fuera y, en nuestro fuero interno, pensamos que debía tratarse de la llegada de más refugiados. De repente, se abrió la puerta: un gigante de tez oscura y de pómulos salientes, tocado con un gorro de piel, se plantó en el umbral con una metralleta bajo el brazo. El legionario, que estaba examinando su revólver, disparó. El corpulento ruso cayó sin lanzar un solo grito. Porta le arrancó el arma. *Hermanito* apagó la lámpara «Hindenburg» y salimos precipitadamente. La calle hormigueaba de rusos. Nos ocultamos junto a una casa.

El comandante del batallón, que se afeitaba tranquilamente recordando sin duda sus buenos años en la Universidad de Gottingen, abrió la puerta para averiguar de dónde procedía aquel alboroto. No tuvo tiempo; cayó con la brocha en la mano, y un poco de espuma de jabón salpicó el umbral. Varios oficiales, que habían salido en pijama, cayeron bajo las ráfagas de las ametralladoras. Después, unos gritos agudos se mezclaron con el estruendo de las armas automáticas; eran los gritos de las mujeres violadas por los soldados mogoles, en medio del camino, en medio del barro y de la suciedad. Algunas se habían dormido tranquilamente con sus hijos entre los brazos. Despertaron sobresaltadas sujetas por manos heladas. Risas y gritos se mezclaban en medio de una confusión espantosa. Resonaban órdenes breves, las amenazas, las blasfemias y las maldiciones quedaban cortadas por los disparos. En una cabaña, donde se habían refugiado una cincuentena de paisanos, entraron un sargento y ocho soldados. Pusieron de cara a la pared a los hombres y adolescentes y los fusilaron en el acto; después, desnudaron a las mujeres una tras otra y las violaron. En otro lugar, un teniente de Infantería y varios oficinistas, sorprendidos en el despacho de la Compañía, fueron puestos de rodillas; un cabo siberiano los fue cogiendo sucesivamente por los cabellos, les echó la cabeza hacia atrás y los degolló tranquilamente. Un campesino ucraniano que trataba de salvar a su hija, caída en manos de un siberiano, fue derribado de un culatazo y degollado también. La sangre surgió de la garganta cortada como de una fuente; y junto al cadáver sangriento, la hija fue violada. Una mujer completamente desnuda, con el cabello suelto, corría gritando por la calle, seguida por dos soldados, pero tropezó y los dos hombres se precipitaron sobre ella. Porta se incorporó a medias y apuntó cuidadosamente; el primer mogol, ya en plena acción, fue alcanzado en la sien, su cuerpo saltó en el aire y cayó pesadamente de bruces. El otro, que sujetaba los pies de la mujer, recibió una bala en mitad de la frente y se derrumbó.

—¡Doce! —exclamó Porta.

Hermanito, que jugaba con un paquete de granadas, gruñía como una bestia feroz. Alte inspiró profundamente, hizo un ademán a varios tiradores emboscados tras una casa y gritó con decisión:

—¡Adelante!

Todo nuestro grupo, preso de una rabia loca, asomó, disparando con todas sus armas. Los rusos, que nos creían en plena retirada, permanecieron por un momento paralizados por el estupor.

—¡Salva a los pequeños! —gritó Alte a Porta.

Porta y *Hermanito* corrieron hacia nuestra cabaña; pero los rusos contraatacaban ya. Las granadas bailaban, las balas barrían el suelo, era imposible acercarse a la casa.

Nos metimos en un cráter, donde había ya cuatro rusos muertos, cuyos cuerpos nos sirvieron de parapeto, e instalamos rápidamente una ametralladora pesada. Por su parte, Porta, que había cogido un *bazooka* abandonado, se arrodilló en mitad del camino, apuntó y envió una granada contra los atacantes.

Otras formaciones de oscuros soldados seguían afluyendo. De repente, la puerta de la casa donde estaban los niños y la muerta se abrió. El pequeño que nos odiaba tanto asomó, agitando un pedazo de tela blanca. Trató de reunirse con las tropas rusas, pero al cabo de pocos pasos cayó una lluvia de proyectiles. *Hermanito* blasfemó y nos costó horrores impedir que saliera del cráter. Una granada de mano estalló ante la casa y el legionario respondió con unas ráfagas de ametralladora. Se escuchaba a lo lejos el llanto de las dos gemelas y un rostro de mujer apareció un momento por una ventana. De repente, surgió una silueta oscura... Un movimiento del brazo, un pequeño objeto entra por la ventana. Y después una explosión ensordecedora, mientras llamaradas gigantescas surgen por las tres pequeñas ventanas. El llanto había cesado... Alte se cogió el rostro entre las manos.

—Marchémonos —dijo—. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Porta fue el último en emprender la retirada. Se levantó con la pesada ametralladora en brazos y disparó una última salva contra los rusos. *Hermanito*, loco de rabia, juraba vengar a nuestras gemelas, muertas por una granada rusa que igualmente hubiese podido ser alemana. Al surgir ante nosotros un soldado enemigo, el gigante le lanzó su revólver a la cara con tal fuerza que le aplastó la cabeza.

Un ruido muy preciso de tropa en marcha iba acercándose, de modo que nos pusimos a correr tan aprisa que el legionario, sin aliento, estuvo a punto de abandonar. Nos detuvimos en un paso estrecho y esperamos, ocultos, a los perseguidores.

—¡Buena les espera a los héroes rojos! —exclamó Porta.

Muy pronto aparecieron en masa compacta sin sospechar la encerrona. A mitad del paso, fueron alcanzados por el fuego cruzado de nuestras armas y aniquilados.

Uno de ellos, que huía a gatas, recibió en la espalda el cuchillo de *Hermanito*. Anduvo aún varios metros y después se derrumbó pesadamente con un prolongado estremecimiento.

A nuestras espaldas sonó un disparo y oímos cómo los rusos perseguían a varios de los nuestros que se habían desperdigado.

—Larguémonos —dijo Alte—. Esto huele a balazo en la nuca.

En el bosque, los matorrales espinosos nos desgarraban las manos y el rostro.

—¡Y todo esto para nada! —exclamó Porta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alte.

—¡Mira! —contestó.

Y señaló con el dedo unas vagas siluetas que se disimulaban en trincheras y agujeros enfrente de donde se encontraban.

Alte tomó una rápida decisión: había que aprovechar la oscuridad para tratar de dar la vuelta a la posición. Pero apenas habíamos iniciado el movimiento, cuando una voz gritó en la oscuridad:

—*Halt! Wer da?*

—¡Salvados! —exclamó Porta—. ¡Somos de casa, camarada!

—Seguramente son de los nuestros —dijo la voz, pero esta vez con tono más tranquilo.

—¡Desde luego! —dijo Porta, echándose a reír—. ¡No es necesario asustarse!

—¡Desviaos hacia la derecha y avanzad! —ordenó la voz—. ¡Tened cuidado, hemos colocado minas!

—¡No me digas! —gritó *Hermanito*—. ¡Hubiese preferido huevos de Pascua!

Una mano nos ayudó a bajar a la trinchera y, pese a la oscuridad, distinguimos el galón de plata en la hombrera. Alte se irguió, dio la novedad y declaró que procedíamos del 87.º Batallón de Infantería. Como diablos que surgieran del suelo, un grupo de lanceros asomó y nos contempló atónito.

—¡Caramba! —dijo uno de ellos—. Creía que cuando un soldado alemán está en un sitio, se queda allí.

Porta se volvió y dijo riendo:

—¡A otro perro con ese hueso, amigo! ¿Es que aún no lo has entendido?

—¡Maldito cretino! —añadió *Hermanito* con tono condescendiente.

Pero un oficial le ordenó que callara.

—Cuando luchábamos en Marruecos —dijo el legionario—, sólo podía hacerse una cosa: volverse hacia La Meca y decir: «Inch, Allah».

¡Y después, se atacaba decididamente!.

¿Qué más puede decirse aquí? De modo que, ¡adelante, muchachos!

Somos una basura y vamos a morir por otra basura.

Cañones, ametralladoras, lanzallamas, bazookas, minas, bombas, granadas, tal vez no sean más que palabras. Sin embargo, ¡Dios sabe lo que evocan!

—Camaradas, llegamos ya...

Y todos esos hombres de uniforme, ebrios, celosos, enfermos, aterrados, atacaban.

—¡Os espera el botín! ¡La sangre, las mujeres, el alcohol!

—¡Mañana, habréis muerto! ¡Nosotros, también! ¡Viva la muerte! ^[6]

¡VIVA LA MUERTE!

—¡Ya está! ¡Otra vez en el baile! —exclamó Porta—. ¡Cada vez que reforman el comando, nos meten en la fosa de la mierda!

—Mientras nos dejen en paz, no hay motivos para quejarse —dijo Alte.

Después de haber limpiado su sombrero de copa con un trapo, Porta propuso una partida de 17-4.

—Iván puede presentarse de un momento a otro —gruñó Stege de mal humor—. Sería mejor que descansáramos.

Pero viendo que sus camaradas empezaban a jugar en el fondo de un cráter, no pudo resistirlo y pidió carta. *Hermanito* se tocaba con un artilugio inverosímil, probablemente un resto de sombrero bombín que Porta le había recomendado que se pusiera. Von Barring, estupefacto, solicitó explicaciones.

—Es un sombrero de tipo pesario que *Hermanito* encontró en el asilo de Brodny —declaró con seriedad el legionario.

—Preferiría que no hiciese el ridículo —murmuró Von Barring—. ¡El coronel no puede soportarlo!

—Pero, mi capitán —intervino Porta—, no podemos seguir con nuestros «manguitos de cráneo» en plena primavera. Como los gorros del Ejército nos estropean el cabello, el compañero se ha puesto esta gorra de montaña.

Von Barring nos miró con expresión impenetrable. Movi6 la cabeza y desapareci6

siguiendo el curso de la trinchera, en compañía del teniente Vogt.

Durante varios días, el sector permaneció tranquilo; los rusos que teníamos enfrente se mostraban pacíficos, y conversábamos de trinchera en trinchera. Uno de ellos, que hablaba el alemán especialmente bien, nos prometía cosas maravillosas en el caso de que aceptásemos tirar las armas y unirnos a ellos.

—¡Millares de hermosas piernas os esperan en Moscú! —gritaba.

—¿Es verdad lo que explica ese piojoso? —preguntó *Hermanito*, muy interesado de repente.

—¡Puedes ir a preguntárselo! —le aconsejó Porta.

El gigante se irguió hasta asomar por encima del parapeto, formó bocina con las manos y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Aquí, *Hermanito*! ¿Qué nos cuentas de tus pelanduscas de Moscú? Si puedes demostrar lo que dices, hablaremos.

Poco después el ruso contestó:

—Ven aquí, *Hermanito*. Te daremos un billete para el expreso que te dejará en medio del burdel más grande de Moscú.

Hermanito reflexionó un momento:

—Lo que dice esa especie de bovino es demasiado hermoso para ser verdad. —Y con profundo desprecio añadió—: ¡No eres más que un fanfarrón y un sinvergüenza ruso!

Pese a la tranquilidad aparente, masas de Artillería llegaban día y noche sin interrupción. Luego, una mañana, a primera hora, divisamos en el aire, muy alto, un avioncito plateado, de anchas alas.

—Observador de Artillería —declaró Heide.

—¡Qué inteligente eres! —contestó Porta de mal humor.

Heide tuvo la sensatez de no replicarle. A las nueve en punto empezó el fuego. Millares de obuses y de granadas cayeron sobre el terreno, dando la impresión de un estampido incesante. Acurrucados en nuestros agujeros, nos sentíamos como bajo un inmenso paraguas de acero, incandescente. ¡Dos horas infernales! Y de repente, el fuego cesó. Reinó un silencio inquietante. Estupefactos, descubrimos que no sólo no teníamos ni el menor arañazo, sino que nuestras armas y municiones estaban también intactas. Esta suerte excepcional desencadenó en toda la posición una risa homérica y liberadora. Entonces aparecieron por encima de los árboles las oleadas de aviones que arrastraban una cola de bombas, de fósforo y de gasolina. Todos los que no habían conseguido ocultarse fueron liquidados de un modo fulminante. Durante una hora, aquellos «carniceros» nos martillaron, y luego, tras una corta pausa, la Artillería atacó de nuevo.

Porta miró hacia arriba y murmuró:

—¡La fiesta durará por lo menos dos días! Nunca hubiese creído que hiciesen

tanto...

No pudo terminar la frase. Una explosión fantástica le proyectó dentro de su agujero, mientras sobre nuestras cabezas empezaron a llover tierra, piedras y trozos de acero.

—¡Qué asco! —gritó *Hermanito*—. Esta vez nada de imprudencias, si no queremos palmarla.

El legionario, que estaba a la escucha, levantó una mano:

—El comandante del batallón llama, pero es imposible entender ni una palabra.

—Prueba otra vez —le gritó el teniente Von Lüders, nuestro comandante de Compañía.

El legionario hacía girar desesperadamente la manivela de llamada, y de repente escuchó con gran atención. Después, sonrió al teniente Von Lüders.

—Mi teniente —dijo—. No se figure que he caído de cabeza, pero el comandante acaba de informar que el general del Ejército llegaba con él a inspeccionar nuestras posiciones. ¡Están en camino!

Tanto Lüders como nosotros nos quedamos mirando boquiabiertos al legionario, como si cayera de la luna.

—¡Señor, ten piedad de nosotros! —exclamó el teniente.

—¿Qué sucede? —preguntó *Hermanito*—. ¿Vamos a recibir artillería?

—No, pero sí a un general de Cuerpo de Ejército —dijo riendo Porta.

—¡Sólo faltaba esto! —exclamó *Hermanito*—. ¡Ya veréis cómo ese animal nos mete entre las patas de Iván! ¡Si pudiera largarme por la escalera de servicio!

El teniente Von Lüders recibió la orden de esperar al general en un recodo del camino, para conducirlo junto con su Estado Mayor hasta las posiciones. Blasfemando a más y mejor, Lüders ordenó a Alte que le siguiera con el comando.

—¡Vamos, en marcha! —dijo Lüders.

Y echó a correr para salvar el espacio abierto que nos separaba de la trinchera siguiente.

—¡Hubiéramos podido pasarnos de esta visita! —exclamó Porta—. Ahora los sepultureros tendrán mucho trabajo.

Los rusos empezaron inmediatamente a dispararnos con una ametralladora pesada situada en una elevación que quedaba frente a nosotros. Agazapados en una hondonada, conseguimos atravesar a rastras el camino y después situarnos tras un seto que nos ocultaba a la vista del enemigo, aunque sin protegernos contra sus proyectiles. Completamente agotados, algunos al borde del desvanecimiento, llegamos por fin al recodo del camino. Nos habíamos metido en la cuneta y *Hermanito*, jadeante, levantó el dedo como un niño en la escuela:

—Mi teniente, ¿qué habrá que hacer el año próximo para darse un paseo así?

No obtuvo respuesta, porque el general y varios oficiales de Estado Mayor

acababan de aparecer por el recodo. Todo el grupo avanzaba pavoneándose a lo largo del camino. Galones color rojo sangre, alamares dorados, cruces resplandecientes iluminaban el paisaje, pero el coronel Hinka y el capitán Von Barring parecían de muy mal humor: no debían de haber recibido cumplidos.

El teniente Von Lüders hizo chocar los tacones y se presentó:

—Teniente Von Lüders, comandante de la 5.^a Compañía. Aquí el comando de cobertura, a las órdenes del suboficial Beier.

El general, con aire inquisitivo, examinó a Lüders, y sin ni siquiera contestar a su saludo, se volvió hacia el teniente coronel Hinka.

—¿Otro de su banda? ¡Coronel tenga cuidado! ¡Ningún orden, ninguna disciplina! Esto no es ya una compañía militar, sino una central telefónica. ¿Se ha visto alguna vez a un teniente que se presente a un jefe de Ejército con un comando desperdigado por las cunetas y unos soldados que rumian como vacas? ¡Qué hatajo de cerdos inmundos! —Luego, dirigiéndose a Lüders—: ¿Dónde está su máscara antigás? ¿Y su casco? ¿Ya sabe que nunca debe separarse de ellos? ¿Desde cuándo se puede pasear por la línea de fuego en uniforme de guarnición?

El general estaba congestionado. Entonces se fijó en los fantásticos tocados de Porta y de *Hermanito*.

—¿Y esos dos? ¿Qué llevan en la cabeza?

Porta se levantó con lentitud infinita y, apoyándose en su fusil, declaró:

—Un cilindro, mi general.

—¡Ah, sí, un cilindro! ¡Venga, quíteselo inmediatamente! Déle un castigo a ese hombre, coronel. —Luego, volviéndose hacia *Hermanito*, que mordisqueaba apaciblemente una brizna de hierba con su casquete echado hacia la nuca—: ¿Y esto? Es probable que sea también una especie de sombrero con el que ha tenido la desvergüenza de cubrirse.

Hermanito se levantó aterrado, tropezó y cayó cuan largo era, mientras su metralleta resbalaba hasta el fondo de la cuneta. Por fin, consiguió ponerse en pie.

—Sí, mi general, no es más que un pesario de elefante.

—¿Qué...?

(*Hermanito* ignoraba lo que era un pesario y creía a macha martillo que así se llamaba un sombrero hongo.)

El general cerró a medias los ojos y, de escarlata, pasó a blanco.

—Ese hombre, coronel, comparecerá ante un Consejo de Guerra, así que el Regimiento haya dejado la línea de fuego. ¡Yo les enseñaré a burlarse de mí!

—Querido Iván —susurraba Alte—, déjales escuchar un poco tu canción, acompañada por los órganos de Stalin.

Desgraciadamente, Iván permanecía sordo y el sector seguía en calma. El general, siempre irritado, solicitó ver las posiciones y, durante el camino, se dirigió

irónicamente a un teniente que se había lanzado al suelo en el momento en que una granada del 75 estallaba sobre el camión.

—¿Qué busca por el suelo, teniente? ¿Ha perdido algo?

Rojo de confusión, el teniente se levantó y siguió al gran jefe. Después de haber inspeccionado las posiciones, en las que nada encontró bien, el general se metió por la porción de terreno descubierto que habíamos atravesado unos momentos antes. ¡Menuda oportunidad para los rusos! Al momento, desde lo alto de la colina, la ametralladora pesada crepitó. Tres oficiales fueron heridos, pero el general, erguido e indiferente, atravesó el espacio sin ni siquiera dirigirles una mirada. En el camino fuimos saludados por una serie de granadas, una de las cuales despanzurró al teniente Lüders, matándole en el acto, y otra arrancó un pie a un oficial. Varios días más tarde, éramos retirados por fin de aquel sitio infernal y nos reunimos con alegría con el teniente Halter, nuestro antiguo jefe, recién salido del hospital.

Quince días de descanso, o al menos eso se nos dijo. Sin embargo, a la primera noche salimos en dirección a un pequeño poblado que había sido lugar de descanso de los comisarios rusos y más tarde de los aviadores alemanes. Nos instalamos junto con nuestras armas pesadas en una decena de atractivos hotelitos, y Stege y yo nos incautamos de un dormitorio perfumado aún por la presencia femenina. La ametralladora pesada, que asomaba por la ventana, cubría la línea del ferrocarril. En el granero, el legionario, Porta y *Hermanito* habían instalado otra ametralladora. Mientras que en el primer piso vivía el teniente Halter junto con el resto del comando. *Hermanito* bajó a nuestra habitación con varios arenques y una botella de vodka. Se acomodó en la cama y olfateó las sábanas como un sabueso sobre la pista.

—¡No hay duda, esto huele a gloria! —gritó mientras se dejaba caer al suelo.

De repente, lanzó un aullido, desapareció bajo la cama, de donde surgían ruidos extraños y con gran sorpresa nuestra, escuchamos unos gritos femeninos. La voz de *Hermanito*, como ahogada por un edredón, vociferaba:

—¡He pescado dos gachís!

Violentas protestas, al mismo tiempo que asomaba un par de piernas femeninas. Stege se inclinó, sacó a una joven temblorosa, mientras que *Hermanito* asomaba a su vez con una mujer bajo el brazo.

—¡Cerdo! —gritó ésta a *Hermanito*, quien, encantado, nos mostraba su botín.

Las dos llevaban una indumentaria que constituía una mezcla de civil y militar, pero sin duda debían pertenecer ambas a las «Blitz mádels» del Ejército del Aire.

Stege, con expresión recelosa, las contempló un instante.

—¿Habéis desertado? —preguntó.

—¡De ninguna manera! —respondió con aplomo la mujer rubia.

—Bueno, en tal caso podemos decírselo al jefe. ¡*Hermanito*, llama al teniente Halter!

La boca de *Hermanito* se abrió llena de estupor:

—¿Estás chiflado? ¡Primero aprovechémonos de ellas! Ya vendrán los otros luego. ¿Para qué irles a buscar?

La rubia le pegó una bofetada.

—¡No somos en absoluto lo que ustedes se figuran! Somos muchachas muy decentes.

—Sois muchachas que habéis desertado —corrigió Alte—. Si fuésemos a buscar al teniente y éste cumpliera con su deber, os veríamos balanceándoos en el extremo de una cuerda.

—¿Vais a entregarnos? —preguntó con inquietud la morena que era también la más joven.

Stege se echó a reír.

—¡Venga, contadnos vuestra historia!

—Bueno, nos quedamos aquí cuando las demás se marcharon de viaje.

—«Marcharse de viaje», no está mal —dijo riendo Stege—. ¡Nosotros, a esto le llamamos largarse! ¿Qué cogieron? ¿El expreso o el avión?

—No es momento para bromas —dijo la rubia.

Stege se encogió de hombros.

—¿Vuestro nombre?

—Me llamo Grethe y mi amiga Trude.

Hermanito, sin poder contenerse por más tiempo, se lanzó sobre Grethe, quien pegó un salto hacia un lado.

—Eres una hermosa potranca —decía satisfecho—, exactamente el tipo que necesita *Hermanito*.

—Deja tranquila a esta chica —gritó Stege con voz amenazadora—. ¡No es una cualquiera!

—¡Claro está que sí!

Y de un solo golpe, *Hermanito* arrancó a medias la falda de la aterrada muchacha. Ésta lanzó un grito penetrante, mientras en la escalera resonaba ruido de botas.

—¡Ocultaos, aprisa! —ordenó Stege.

Las dos jóvenes desaparecieron bajo la cama en el momento en que Porta y el legionario, con mirada inquisitiva, asomaban por la puerta. *Hermanito*, sentado en el borde de la cama, miraba obstinadamente el techo con una expresión tal que hasta un niño habría adivinado en seguida que ocultaba algo. Porta lanzó un largo silbido, se plantó ante el gigante y le cogió la barbilla.

—¡Oye, muchacho, aquí hay ropa tendida!

—¡No sé lo que quieres decir! —contestó el otro.

—Y esto, ¿qué es? —preguntó Porta, pegando una patada a un zapato femenino que había en el suelo.

—No es extraño —dijo *Hermanito* con calma—. Creo que nos encontramos en un antiguo burdel.

—¿Dónde están las mujeres? —aulló Porta.

Hermanito, asustado, se dejó caer en la cama.

—¡Aquí debajo! —gimió.

Un minuto más tarde, las dos muchachas habían salido de su escondrijo, pese a las protestas de *Hermanito*, furioso, que juraba que Grethe le pertenecía. Nadie sabe lo que hubiese ocurrido, porque en el mismo instante una ráfaga de ametralladora enemiga hizo caer sobre nuestras cabezas el yeso del techo. Saltamos hacia nuestras ametralladoras, mientras los rusos se disponían a cruzar la línea férrea.

—¡El lanzagranadas! —gritó el teniente Halter por la ventana del lavabo.

En el acto, tres hombres se dispusieron a emplazar el lanzagranadas, mientras nosotros tratábamos de mantener a raya a los rusos con nuestras dos ametralladoras. Pero éstos pululaban por todas partes, y las granadas de una batería de campaña empezaban a caer sobre las casas y el camino. Desesperado, el teniente llamó al puesto de mando y solicitó autorización para replegarse.

—Hay que resistir —contestó Von Barring—. Es la orden del Cuerpo de Ejército. Las otras Compañías no están mejor que vosotros. La Tercera ha sido destrozada ya.

El estallido de un obús lanzó por el aire a un soldado que atravesaba la plaza de la estación.

—Estamos atrapados como ratas —gritó Stege—. Los colegas tienen artillería pesada.

Nuestro turno llegaba ya: piedras, tierra, cal y esquirlas volaban por la habitación.

Nos precipitamos al suelo, pero incluso antes de que el polvo hubiese tenido tiempo de posarse, estábamos tras nuestras armas. Se oyó la voz de Porta y un segundo después le vimos bajar como un acróbata por la tubería del desagüe, saltar al otro lado de la plaza, coger un *bazooka*, arrodillarse y enviar un proyectil contra los atacantes rusos. El efecto fue fantástico: los brazos, las piernas y las armas volaron en todas direcciones.

El ataque amainó un momento, pero los rusos, galvanizados por sus comisarios, se reagruparon para un nuevo asalto. Un segundo proyectil, bien preciso, estalló en medio de los reunidos y los vimos volar como briznas de paja.

Porta nos saludó riendo, se quitó el sombrero con ademanes de payaso y corrió hacia nosotros.

—¡Se han terminado las píldoras! —gritó mientras trepaba ágilmente por la tubería de cinc.

El enemigo se retiró tras el terraplén de la vía férrea y nosotros aprovechamos el respiro para volver a cargar nuestras ametralladoras, en espera del próximo paso. Poco después, el tiroteo crepitaba al otro lado del pueblo, donde los rusos trataban de

conseguir una penetración. Las dos muchachas, que se habían ocultado bajo la cama durante la batalla, asomaron muy excitadas.

—¿Qué hemos de hacer si se presentan los rusos? —preguntó Grethe.

Stege se echó a reír:

—¡Teníais que pensarlo antes de separaros de vuestro grupo!

—Está bien. Pero ahora, ¿qué se puede hacer?

—¡Quitaos las bragas, preciosas! —dijo Porta, que entraba en el mismo momento.

—¡Desvergonzado! ¡Son ustedes peores que los rusos! —gesticuló Grethe, indignada.

—Seguramente, pequeña —contestó riendo Porta—. Por lo demás, muy pronto podrás comprobarlo personalmente, porque el tío Iván está preparándose para la victoria.

Alargó a las dos mujeres un pedazo de salchichón sobre el que se lanzaron con avidez. *Hermanito*, sentado en el suelo, bebía vodka. Escupió por la ventana y después se encaró con las muchachas.

—Bueno, ¿cuál de vosotras quiere hacer la bestia de dos espaldas con *Hermanito*? Desde luego, yo soy de los que pago. ¡Soy honrado!

Y echó cien marcos sobre la cama. Las dos jóvenes se sonrojaron y le miraron enfurecidas.

—¿Estás en forma? —preguntó Porta.

—No te preocupes por eso, cabeza de chorlito. ¡No todos los días se combate por un burdel! Bueno, chicas, ¿estáis listas? —Se volvió hacia Porta—: si te viene de gusto, puedes empezar cuando yo haya terminado mi trabajo.

Cogió a Grethe y trató de besarla, pero ésta se le escapó lanzando gritos histéricos.

—¡Exactamente como los rusos! ¡Y aún los prefiero a este animal salvaje!

—Será como deseas, porque ahí viene Iván —dijo Stege.

Y en el mismo instante, lanzó una granada por la ventana.

Estalló un violento tiroteo. Los rusos se acercaban a la casa y nuestro lanzagranadas voló hecho añicos.

—¡Tanques! —aulló una voz a lo lejos.

Y en el otro lado de la línea férrea apareció el hocico de un «T-34».

El teniente Halter gritó desde la habitación:

—¡Retirada! ¡Tratad de llegar al acantilado, donde nos reorganizaremos! ¡Hay que evacuar a cuatro heridos!

—Oíd, chicas, tendréis que decidiros. O bien marcharos con Iván o ponerlos las zapatillas de carreras, porque nosotros nos las ponemos. ¡Y a toda marcha!

Al amparo de la ametralladora del legionario abandonamos la casa, sacando por la

ventana del lavabo a los heridos, que nos inundaban con su sangre.

Stege se encaró con las desorientadas muchachas:

—Bueno, ¿qué hacéis?

—Os acompañamos —contestaron en voz baja.

Salieron por la ventana y fueron recogidas por Heide y Alte.

—¡Otra vez esas chicas! —exclamó este último.

—Sí —gritó Stege—, juegan al escondite con los gendarmes.

Porta y *Hermanito* tropezaron con tres rusos, a quienes cogieron prisioneros después de una breve lucha. Uno de ellos declaró:

—*Woina nix Karosch*.

—¿Y hasta ahora no te das cuenta? —replicó Porta—. Nosotros hace mucho que lo sabemos.

—¡Maldito sea el diablo! —blasfemó el legionario, que trataba de salvar su ametralladora bajo una lluvia de balas.

Grethe lanzó un grito, se detuvo y un chorro de sangre surgió por el agujero abierto en su cuello. *Hermanito* se volvió.

—¡Vaya! ¡Ya ha recibido!

Cogió a Trude, se la echó al hombro y empezó a correr en medio de una nube de polvo.

—¡Qué desgracia! —gritó el legionario, trepando por el acantilado vertical que dominaba una casa de convalecencia.

Abajo, los rusos atacaban con aullidos de fiera. Porta a medio camino de la cima, sostenía en sus brazos a un herido, ayudado por el SS, pero el fuego enemigo le obligó a soltar al soldado, que cayó en el camino con un ruido sordo. Stege y yo, bajo un fuego infernal, tratábamos de contener al enemigo hasta que el legionario hubiese podido colocar su ametralladora pesada en lo alto del acantilado. Pasan los segundos... una eternidad... Sobre nuestras cabezas crepitaban las salvas... ¡Gracias a Dios! El legionario dispara.

Stege se incorporó y empezó a trepar. En el mismo instante sentí un choque violento en el vientre y el mundo se oscureció ante mis ojos. Apenas pude observar que *Hermanito* alargaba la muchacha a Porta. Después, caí en un abismo insondable. Más tarde, la luz brilló de nuevo, mientras unos dolores atroces me atravesaban como cuchillos; creo que grité. Todo resonaba en mis oídos: la sorda explosión de las granadas de mano, el ruido de avispa de las balas, los gritos. Abajo, un lanzallamas iluminaba el camino con resplandores rojizos.

Alte se inclinó sobre mí. Estaba cubierto de sangre y barro.

Me cargó sobre sus hombros como si fuese un saco de harina y ayudado por *Hermanito*, inició la ascensión del acantilado. ¡Otro choque! Un balazo en el pulmón... Esta idea fulguró en mi cerebro. Sentí que me ahogaba...

Notas

[1] ¡Pobres pequeñines! ¡Desgraciados pequeñines! <<

[2] Mote que se da a los soldados de infantería. <<

[3] Camisa en «argot». <<

[4] Revólver largo. <<

[5] Nombre ruso de los «órganos de Stalin». <<

[6] En español en el original. <<